

CRIMEN & CIA.

Anthony Berkeley

***EL CASO DE
LOS BOMBONES
ENVENENADOS***



Es el misterio más enigmático de la carrera del brillante detective Roger Sheringham. Junto a los miembros de su Círculo del Crimen, reconstruye el difícil rompecabezas de las extrañas circunstancias que rodean la muerte de una mujer tras una apuesta con su marido que tenía como objeto una caja de bombones. Las conclusiones a las que llega Sheringham parecen irrefutables, pero la falta de pruebas hace que se desmoronen una tras otra como castillos de naipes...

El misterio planteado por Berkeley en esta novela fascinará a todos los aficionados a la deducción y apasionará a los lectores de la buena novela policíaca tradicional.



Anthony Berkeley

El caso de los bombones envenenados

Roger Sheringham - 5

Crimen & Cia. - 40

ePub r2.0

Titivilius 05.07.15

Título original: *The Poisoned Chocolates Case*

Anthony Berkeley, 1929

Traducción: Josep Sempere

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



Para S. H. J. Cox
porque, por una vez, no lo adivinó

ROGER SHERINGHAM tomó un sorbo del viejo *brandy* colocado frente a él y se recostó en su silla, a la cabecera de la mesa.

A través del humo de los cigarrillos llegaban a sus oídos, de todas direcciones, voces impacientes que parloteaban con regocijo sobre tal y cual cosa relacionada con el asesinato, los venenos y la muerte súbita. Ello obedecía a que éste era su propio y particular Círculo de los Crímenes, fundado, organizado, reunido, y ahora dirigido por él mismo, sin ayuda alguna; y, cuando en la primera reunión, cinco meses atrás, había sido elegido presidente por unanimidad, se sintió tan lleno de orgullo como en aquel día inolvidable en el sombrío pasado, cuando un querubín disfrazado de editor había aceptado su primera novela.

Se volvió hacia el inspector jefe Moresby, de Scotland Yard, quien, como agasajado de la noche estaba sentado a su diestra, ocupado, un tanto inquieto, con un puro decididamente enorme.

—Con franqueza, Moresby, sin faltar en lo más mínimo al respeto a su institución, creo que hay en esta sala genios criminológicos de mayor solidez (me refiero a genios intuitivos, sin capacidad de esmerarse) que en cualquier otro lugar del mundo, fuera de la *Sûreté* de París.

—¿Eso cree, señor Sheringham? —dijo el inspector jefe Moresby, tolerante. Moresby siempre era amable con las extrañas

opiniones de otros—. Bien, bien. —Y nuevamente se dedicó al extremo encendido de su puro, que distaba tanto del otro, que Moresby nunca podía distinguir, por la simple succión de este último, si el primero seguía o no encendido.

Roger poseía algunos motivos para su afirmación, además del orgullo paterno. El acceso a las hechizadas cenas del Círculo de los Crímenes no estaba al alcance de cualquier hambriento. No bastaba que un aspirante a miembro profesara una adoración por el asesinato y la divulgara sin más; él o ella debía demostrar que era capaz de llevar con dignidad las espuelas criminológicas.

El interés no debía ser sólo intenso en todas las ramas de la ciencia, en el aspecto de la detección, por ejemplo, tanto como en el aspecto de la psicología criminal, con la historia de todos los casos de menor importancia sabida al dedillo por el candidato, sino que, a la vez, tenía que existir una capacidad constructiva; el opositor debía poseer un cerebro y ser capaz de utilizarlo. Llegados a este punto, era preciso redactar un escrito, a partir de una selección de temas sugeridos por los miembros, y presentarlo al presidente, que comunicaba lo que considerase meritorio a los miembros en cónclave, quienes, acto seguido, votaban a favor o en contra de la elección del aspirante; y un único voto adverso significaba el rechazo.

La intención del club era conseguir, con el tiempo, trece miembros; pero hasta el momento, tan sólo seis habían tenido éxito en superar las pruebas, y todos ellos se encontraban presentes la noche en que se inicia esta crónica. Había un famoso abogado, una dramaturga un poco menos famosa, una brillante novelista que debería haber sido más famosa de lo que era, el más inteligente (si no el más afable) de los escritores de novelas policíacas vivos, el mismo Roger Sheringham y el señor Ambrose Chitterwick, que no era en absoluto famoso, un apacible hombrecillo sin el menor aspecto particular, al que le había sorprendido aun más el verse admitido en esta compañía de personajes de lo que a éstos les sorprendiera encontrarle entre ellos.

Con la excepción del señor Chitterwick, pues, se trataba de una reunión de la que cualquier organizador podría haberse sentido orgulloso. Esta noche, Roger no sólo estaba orgulloso, sino también emocionado, puesto que se dirigía a sobrecogerles; y siempre resulta emocionante sobrecoger a personajes. Se levantó para hacerlo.

—Damas y caballeros —anunció, después de que el tamborileo sobre la mesa, debido a la acogida de copas y cigarreras se hubiera extinguido—. Damas y caballeros, en virtud de los poderes otorgados por ustedes, el presidente de nuestro Círculo está autorizado para alterar a su discreción el programa establecido para cualquier reunión. Todos conocen el programa que fue trazado para esta noche. El inspector jefe Moresby, a quien nos complace sobremanera dar la bienvenida como primer representante de Scotland Yard que nos visita —más tamborileos sobre la mesa—, el inspector jefe Moresby tuvo que ser tranquilizado con succulenta comida y buen vino para que fuese tan indiscreto como para contarnos algunas de sus experiencias que difícilmente podrían revelarse al grupo de periodistas. —Nuevos y más prolongados tamborileos.

Roger se refrescó con un sorbo de *brandy* y continuó.

—Ahora creo conocer bastante bien al inspector jefe Moresby, damas y caballeros, y en no pocas ocasiones también he intentado, y lo he intentado con gran ahínco, persuadirle, de un modo parecido, para que entrase en las sendas de la indiscreción; mas ni siquiera una vez he salido airoso del empeño. Por consiguiente albergo pocas esperanzas de que este Círculo, que nunca seduce con muchos arrullos, consiga obtener del inspector jefe Moresby algunas historias más interesantes que le harían sentirse molesto si mañana fueran publicadas en *The Daily Courier*. Damas y caballeros, me temo que el inspector jefe Moresby es insobornable.

»Por lo tanto, me he atrevido a asumir la responsabilidad de alterar nuestra diversión para esta noche; y la idea que se me ha ocurrido con respecto a ello les atraerá, al menos así lo espero y lo

creo, muy considerablemente. Me atrevo a pensar que es insólita y cautivadora a un tiempo. —Roger hizo una pausa y sonrió efusivamente a las caras interesadas que le circundaban. El inspector jefe Moresby, un tanto colorado por debajo de las orejas, seguía luchando con su puro.

—Mi idea —dijo Roger—, está relacionada con el señor Graham Bendix. —Se produjo un leve revuelo de interés—. O, mejor dicho —rectificó, más despacio—, con la señora Graham Bendix. —El revuelo se redujo a un silencio más interesado todavía.

Roger se detuvo, como si escogiera las palabras con más precisión.

—Al señor Bendix lo conocen personalmente uno o dos de los que nos hallamos aquí. Diré más, su nombre ha sido en efecto mencionado como el de un hombre que podría, posiblemente, tener interés, si le fuera ofrecido, en convertirse en miembro de este Círculo. Por *sir* Charles Wildman, si mal no recuerdo.

El abogado inclinó su cabeza, bastante grande, con dignidad.

—Sí, le sugerí en una ocasión, creo.

—La sugerencia nunca se siguió —continuó Roger—. No recuerdo exactamente por qué; creo que alguien estaba bastante convencido de que él nunca sería capaz de superar todas nuestras pruebas. Pero, de todos modos, el hecho de que su nombre llegara a ser mencionado alguna vez demuestra que el señor Bendix es al menos, hasta cierto punto, un criminalista, lo cual significa que nuestro apoyo en la terrible tragedia que le ha acontecido está matizado de un interés personal, aun en el caso de aquellos que, como yo mismo, no le conocen realmente.

—¡Muy bien! —dijo una mujer alta y bien parecida, situada a la derecha de la mesa, con el tono claro de alguien que está muy habituado a decir «muy bien» autoritariamente en momentos apropiados durante los discursos, por si alguien no estuviera escuchando. Se trataba de Alicia Dammers, la novelista, quien dirigía Institutos de la Mujer por *hobby*, escuchaba los discursos de las otras personas con genuino y altruista placer, y, en la práctica la

más incondicional de las conservadoras, respaldaba con entusiasmo las teorías del Partido Socialista.

—Mi sugerencia es —dijo Roger sencillamente— que dirijamos ese apoyo hacia usos prácticos.

No había duda de que la impaciente atención del auditorio estaba bajo su poder. *Sir* Charles Wildman arqueó sus pobladas cejas grises, por debajo de las cuales solía mirar con amenazadora aversión a los testigos de cargo que tenían el mal gusto de creer en la culpabilidad de su cliente, y balanceó los quevedos con montura de oro en su ancha cinta negra. Al otro lado de la mesa, la señora Fielder-Flemming, una mujer baja, oronda, de aspecto doméstico, que escribía obras de teatro asombrosamente indecentes y de gran éxito, y que guardaba un fiel parecido con una cocinera bastante desdeñosa en su domingo libre, tocó ligeramente el codo de la señorita Dammers y susurró algo por detrás de su mano. El señor Ambrose Chitterwick entornó sus apacibles ojos azules y adoptó la apariencia de una cabra inteligente. Sólo el escritor de novelas policíacas siguió inmóvil, aparentemente inalterado e impasible; pero en momentos críticos solía modelar su comportamiento según el de su propio detective favorito, quien permanecía invariablemente imperturbable en los instantes de mayor emoción.

—Esta mañana comuniqué la idea a Scotland Yard —continuó Roger— y, aunque allí nunca alientan esa clase de ideas se vieron realmente incapaces de descubrir algún verdadero mal en ella; con el resultado de que me marché con un renuente, pero, sin embargo, oficial, permiso para ponerla a prueba. Y bien puedo decir de inmediato que fue la misma indicación que redundó en este permiso la que puso al principio todo el asunto en mi cabeza —Roger hizo una impresionante pausa y echó un vistazo en derredor—, el hecho de que la policía haya renunciado casi por completo a encontrar al asesino de la señora Bendix.

Sonaron exclamaciones por doquier, algunas de consternación, algunas de disgusto y algunas de perplejidad. Todos los ojos se volvieron hacia Moresby. Este caballero, aparentemente ajeno a la

mirada colectiva que se cernía sobre él, se llevó el puro a la oreja y lo escuchó con atención, como si esperase recibir algún íntimo mensaje de sus profundidades.

Roger acudió en su rescate.

—A propósito, esta información es completamente confidencial, y sé que ninguno de ustedes la dejará escapar fuera de esta sala. Pero es un hecho. Las investigaciones activas, al no haber dado fruto alguno, han tenido que interrumpirse. Siempre hay esperanza, por supuesto, de que pueda surgir algún nuevo hecho, pero sin él las autoridades han llegado a la conclusión de que no pueden ir más lejos. Mi propuesta es, por lo tanto, que este Club retome el caso allí donde las autoridades lo han abandonado. —Y miró expectante el círculo de cabezas levantadas.

Todas las caras formularon preguntas a un tiempo.

Preso de entusiasmo, Roger se olvidó de la retórica y se volvió coloquial.

—Bueno, ¿lo entienden?, todos somos perspicaces, no somos tontos, y no estamos (con el perdón de mi amigo Moresby) atados a un rígido método de investigación. ¿Es mucho esperar que, con nosotros seis dispuestos a demostrar cuánto valemos y trabajando con una total independencia mutua, uno de nosotros pueda conseguir algún resultado allí donde la policía, por decirlo con franqueza, ha fracasado? No creo que sea una posibilidad remota. ¿Usted que opina, *sir* Charles?

El famoso abogado profirió una risa grave.

—Caramba, Sheringham, es una idea interesante. Pero debo reservar mi parecer hasta que usted haya perfilado su propuesta un poco más detalladamente.

—Creo que es una idea estupenda, señor Sheringham —exclamó la señora Fielder-Flemming, quien carecía del estorbo de una mente legal—. Me gustaría empezar esta misma noche. —Sus rollizas mejillas se estremecieron visiblemente de emoción—. ¿A ti no, Alicia?

—Tiene posibilidades —repuso sonriendo la dama.

—Precisamente —intervino el escritor de novelas policíacas con imparcialidad—. Me había formado una teoría particular sobre este caso. —Se llamaba Percy Robinson, pero escribía bajo el seudónimo de Morton Harrogate Bradley, el cual había impresionado hasta tal punto a los ciudadanos más ingenuos de los Estados Unidos de América que habían comprado tres ediciones de su primer libro seducidos tan sólo por la fuerza del mismo. Por algún oscuro motivo psicológico, a los estadounidenses siempre les impresiona el uso de apellidos como nombre de pila y, en particular, cuando uno de ellos resulta ser el nombre de un balneario inglés.

El señor Ambrose Chitterwick esbozó una amplia y amable sonrisa, mas no dijo palabra.

—Bien —Roger reemprendió su relación—, los detalles están abiertos a discusión, desde luego, pero yo pensé que, si todos decidíamos realizar la prueba, resultaría más entretenido que trabajáramos de manera independiente. Moresby puede facilitarnos los hechos evidentes, tal y como los conoce la policía. Él no se ha encargado personalmente del caso, pero ha efectuado una o dos tareas vinculadas con el mismo y se halla bastante familiarizado con los hechos; además, se ha pasado amablemente casi toda la tarde examinando el *dossier* en Scotland Yard para cerciorarse de no omitir cosa alguna, esta noche.

»Cuando le hayamos escuchado, algunos de nosotros podemos ser capaces de concebir inmediatamente una teoría; a otros se les pueden ocurrir posibles líneas de investigación, que desearán investigar antes de comprometerse. En cualquier caso, sugiero que nos concedamos una semana en la cual elaborar nuestras teorías, verificar nuestras hipótesis y contraponer nuestras interpretaciones individuales a los hechos que Scotland Yard ha reunido y, durante ese tiempo, ningún miembro discutirá el caso con otro miembro. Podemos conseguir algo (lo más probable es que no), pero, de todas maneras, será un ejercicio criminológico hartamente interesante; para algunos de nosotros práctico, para otros académico, lo que prefiramos. Y lo que presumo debería ser lo más interesante será

comprobar si todos llegamos o no al mismo resultado. Damas y caballeros, la reunión está abierta para la discusión, o sea cual fuere la manera apropiada de expresarlo. En otras palabras: ¿qué dicen? —Y Roger se dejó caer, de buena gana, en su asiento.

Casi antes de que sus pantalones lo hubieran tocado, le llegó la primera pregunta.

—¿Quiere decir que hemos de salir y actuar como detectives, señor Sheringham, o limitarnos a escribir una tesis sobre los hechos que el inspector jefe va a proporcionarnos? —inquirió Alicia Dammers.

—Yo pensaba que lo que cada uno prefiriese —respondió Roger—. A eso me refería cuando dije que el ejercicio sería práctico para algunos y académico para otros.

—Pero usted tiene mucha más experiencia que nosotros en el aspecto práctico, señor Sheringham —dijo la señora Fielder-Flemming haciendo un mohín (sí, un mohín).

—Y la policía tiene mucha más que yo —contrarrestó Roger.

—Depende de si usamos métodos deductivos o inductivos, sin duda —observó el señor Morton Harrogate Bradley—. Quienes prefieran los primeros trabajarán a partir de los hechos policiales y no necesitarán hacer investigaciones por su cuenta, excepto verificar quizás una o dos conclusiones. Pero el método inductivo exige una considerable cantidad de indagaciones.

—Exactamente —dijo Roger.

—Los hechos policiales y el método deductivo han resuelto un gran número de graves misterios en este país —declaró *sir* Charles Wildman—. Yo contaría con ellos en el que nos ocupa.

—Hay una característica particular en este caso —murmuró el señor Bradley para sí—, que debería llevar a uno directamente hasta el criminal. Así lo he pensado en todo momento. Me concentraré en ello.

—Estoy seguro de que no tengo la más remota idea de cómo se pone uno a investigar una cuestión, si ello se hace conveniente —

observó el señor Chitterwick con inquietud; pero nadie le oyó, así que no tuvo importancia.

—Lo único que me sorprendió en este caso —dijo Alicia Dammers muy claramente—, considerado, quiero decir, como un caso puro, fue su total ausencia de cualquier interés psicológico. —Y, sin expresarlo exactamente en tales términos, la señorita Dammers dio la impresión de que si las cosas eran así, ella no les veía mayor utilidad.

—No creo que diga eso cuando haya oído lo que Moresby tiene que decirnos —repuso Roger suavemente—. Vamos a oír mucho más de lo que ha aparecido en los periódicos, ¿sabe?

—Oigámoslo pues —sugirió *sir* Charles de modo terminante.

—¿Estamos todos conformes, entonces? —dijo Roger, mirando en derredor con la felicidad de un niño al que se le ha regalado un juguete nuevo—. ¿Todo el mundo quiere probarlo?

Entre los subsiguientes coros de entusiasmo, una única voz guardaba silencio. El señor Ambrose Chitterwick seguía preguntándose, con bastante infelicidad, cómo, si alguna vez resultaba necesario, hacerse detective, lo hacía uno. Había estudiado los recuerdos de un centenar de ex detectives, de los reales, con grandes botas negras y sombrero hongo; pero todo lo que podía recordar en este momento, extraído de aquella cantidad de gruesos libros (publicados a dieciocho y seis peniques, y saldados unos meses después a dieciocho peniques), era que un detective real, real, si pretende obtener resultados, nunca se pone un bigote falso, sino que simplemente se afeita las cejas. Como fórmula para desentrañar un misterio, al señor Chitterwick le parecía inadecuada.

Por fortuna, en el rumor de la charla que precedió al muy desganado ponerse de pie del inspector jefe Moresby, la cobardía del señor Chitterwick pasó desapercibida.

YA DE PIE y tras haber recibido ruborosamente su tributo de aplausos, el inspector jefe Moresby fue invitado a dirigirse a la concurrencia desde su silla y, agradecido, se encerró en ese refugio. Consultando el fajo de notas de su mano, empezó a informar a su muy atento auditorio de las extrañas circunstancias relacionadas con la prematura muerte de la señora Bendix. Sin reproducir sus propias palabras, y todas las numerosas preguntas suplementarias que interrumpieron su historia, lo esencial de lo que tuvo que contar fue lo siguiente:

En la mañana del viernes quince de noviembre, Graham Bendix dio un paseo hasta su club, el Rainbow, en Piccadilly, hacia las diez y media, y preguntó si había alguna carta para él. El conserje le entregó una carta y un par de circulares, y él se acercó a la chimenea de la sala para leerlas.

Mientras lo estaba haciendo, otro miembro entró en el club. Era un *baronet* de mediana edad, *sir* Eustace Pennefather, que se hospedaba a la vuelta de la esquina, en la calle Berkeley, pero pasaba la mayor parte de su tiempo en el Rainbow. El conserje echó un vistazo al reloj, como hacía cada mañana cuando llegaba *sir* Eustace, y, como siempre, eran exactamente las diez y media. Así fue como la hora quedó, sin lugar a dudas, definitivamente determinada por el conserje.

Había tres cartas y un pequeño paquete para *sir* Eustace, y él, también, los llevó junto a la chimenea para abrirlos; saludó a Bendix cuando se reunió allí con él. Los dos hombres se conocían muy poco y, probablemente, nunca habían intercambiado más de una docena de palabras en total. En aquellos precisos instantes, en la sala no había otros miembros.

Tras haber examinado sus cartas por encima, *sir* Eustace abrió el paquete y bufó con repugnancia. Bendix le miró inquisitivo y, con un gruñido, *sir* Eustace tiró la carta que había sido incluida en el paquete, agregando un poco halagüeño comentario acerca de los modernos métodos de comercio. Disimulando una sonrisa (los hábitos y opiniones de *sir* Eustace eran motivo de cierto regocijo para sus consocios), Bendix leyó la carta. Era de la firma Mason e Hijos, los importantes fabricantes de chocolate, e informaba de que acababan de poner en el mercado una nueva clase de bombones de licor, pensados especialmente para estimular los cultivados paladares de los Hombres de Buen Gusto. Siendo *sir* Eustace, presumiblemente un Hombre de Buen Gusto, sería lo bastante amable como para honrar al señor Mason y a sus hijos aceptando la caja de una libra adjunta, y cualquier crítica o elogio que pudiera hacer respecto de ellos sería apreciada casi tanto más que un favor.

—¿Creen que soy una condenada corista —exclamó furioso *sir* Eustace, un hombre colérico— para escribirles alabanzas de sus condenados bombones? ¡Condenados sean! Me quejaré al condenado comité. Ese tipo de condenadas cosas no pueden ser condenadamente permitidas aquí. —Puesto que el Club Rainbow es, en efecto, como todo el mundo sabe, un club muy orgulloso y exclusivo, con una ininterrumpida descendencia desde el Café Rainbow, fundado en 1734. Ni siquiera una familia fundada por el bastardo de un rey puede ser tan exclusiva hoy en día como un club fundado en un café.

—Pues, por lo que a mí se refiere, no hay mal que por bien no venga —le tranquilizó Bendix—. Ha hecho que me acordara de algo. Tengo que hacerme con unos bombones, para pagar una deuda

honorable. Mi esposa y yo teníamos un palco en el Imperial anoche, y yo aposté una caja de bombones contra cien cigarrillos a que ella no descubriría al criminal en el final del segundo acto. Ganó ella. Tengo que acordarme de comprarlos. No es una mala función. *La calavera crujente*. ¿La ha visto usted?

—Ni es condenadamente probable que lo haga —replicó el otro sin sosegar—. Tengo mejores cosas que hacer que sentarme y mirar a un montón de condenados imbéciles haciendo burradas con pintura fosforescente y disparándose con condenadas pistolas de juguete el uno al otro. ¿Ha dicho que quería una caja de bombones? Bien, quédese con esta condenada caja.

El dinero que ahorraba con este ofrecimiento no tenía la menor importancia para Bendix. Él era un hombre muy rico y probablemente llevara consigo suficiente dinero en metálico para comprar un centenar de tales cajas. Pero siempre es preferible ahorrarse problemas.

—¿Está usted seguro de que no los quiere? —objetó cortésmente.

En la respuesta de *sir* Eustace sólo una palabra, varias veces repetida, fue reconocible con claridad. Pero su significado era evidente. Bendix le dio las gracias y, desafortunadamente para él, aceptó el obsequio.

Por obra de un extraordinariamente afortunado azar, la envoltura de la caja no fue arrojada al fuego, ni por *sir* Eustace, víctima de la indignación, ni por el mismo Bendix cuando todo el conjunto, caja, carta adjunta, envoltura y cordel fue amontonado en sus manos por el casi apopléjico *baronet*. Esto fue lo más afortunado, dado que los dos hombres ya habían echado los sobres de sus cartas a las llamas.

Bendix, sin embargo, se limitó a ir hasta la mesa del conserje, allí lo depositó todo y le pidió al hombre que le guardara la caja. El conserje la dejó a un lado y arrojó la envoltura a la papelera. La carta adjunta había caído de la mano de Bendix inadvertidamente mientras éste atravesaba la sala. El conserje, pulcro, la recogió unos

minutos más tarde y la puso también en la papelera, por lo cual, junto con la envoltura, fue recuperada después por la policía.

Esos dos artículos, puede decirse enseguida, constituyeron dos de las tres únicas pistas tangibles del asesinato; la tercera, por supuesto, eran los mismos bombones.

De los tres inconscientes protagonistas de la inminente tragedia, *sir* Eustace era con mucho el más extraordinario. Todavía a uno o dos años de los cincuenta, semejaba, con su brillante cara roja y su rechoncho físico, un típico rústico de la vieja escuela, y tanto sus modales como su lenguaje estaban de acuerdo con la tradición. Había asimismo otras semejanzas, pero se hallaban igualmente en la superficie. Las voces de los rústicos de la vieja escuela solían ser ligeramente roncas hacia los últimos años de la mediana edad, pero ello no se debía al *whisky*. Se dedicaban a la caza, lo mismo que *sir* Eustace, con avidez; pero los rústicos limitaban sus cacerías a los zorros, y *sir* Eustace era mucho más católico en sus gustos predatorios. En resumen, *sir* Eustace era, sin duda, un mal *baronet*. Pero todos sus vicios eran a gran escala, con el habitual resultado de que la mayoría de los otros hombres, recomendables o no, le apreciaban bastante (sin contar tal vez a algunos maridos aquí y allí o uno o dos padres), y las mujeres escuchaban francamente sus roncas palabras.

Comparado con él, Bendix era un hombre bastante corriente, un individuo alto, moreno, no mal parecido, de veintiocho años, tranquilo y un tanto reservado, popular en cierta medida, pero que no pedía ni en apariencia correspondía a algo fuera de una cordialidad un poco solemne.

Se había convertido en un hombre rico a la muerte de su padre, cinco años atrás, quien había amasado una fortuna gracias a los terrenos que había adquirido en áreas sin cultivar con una extraordinaria previsión para venderlos después, nunca a menos de diez veces lo que había pagado por ellos, cuando se hallaban circundados de casas y fábricas edificadas con el dinero de otras personas. «Tan sólo siéntate bien erguido y deja que los demás te

hagan rico», había sido su lema, que demostró ser muy acertado. El hijo, aunque poseedor de una renta que imposibilitaba cualquier necesidad de trabajar, había heredado evidentemente las tendencias del padre, puesto que tenía su cuchara metida en un gran número de succulentos negocios sólo (como explicaba, con un cierto tono de disculpa) por un ferviente amor al juego más emocionante del mundo.

Dinero llama dinero. Graham Bendix lo había heredado, lo había hecho e, inevitablemente, lo había casado también. Ella era la hija huérfana de un naviero de Liverpool, con cerca de medio millón por derecho propio que entregarle a Bendix, quien no lo precisaba en absoluto. Pero la importancia del dinero era secundaria, ya que él la necesitaba a ella y no a su dinero, e igualmente la habría aceptado de no haber tenido un cuarto de penique.

Ella era precisamente su tipo. Una muchacha alta, de ideas bastante formales, sumamente culta, no tan joven para que su carácter no hubiera tenido tiempo de cuajar (tenía veinticinco años cuando Bendix se casó con ella, hacía tres) era la esposa ideal para él. Tal vez un tanto puritana en algunos aspectos, pero, para entonces, Bendix estaba lo bastante preparado para ser un puritano si Joan Cullompton lo era.

A pesar del estilo que más tarde desarrolló, en su juventud Bendix se había corrido algunas juergas de la forma normal. Los camerinos, por así decirlo, no le habían sido del todo desconocidos. En relación con ello, su nombre había sido mencionado por más de una frágil y plumosa dama. Se las había arreglado, en síntesis, para divertirse, discreta, pero, por ningún medio, clandestinamente, a la manera corriente de los jóvenes con demasiado dinero y demasiados pocos años. Pero todo eso, otra vez del modo ordinario, se había acabado con su matrimonio.

Quería a su esposa con verdadera devoción, y no le importaba quién lo supiera, mientras se dijera igualmente de ella que, si bien un poquitín menos abiertamente, llevaba asimismo el corazón en la mano. Para no andarse con rodeos, los Bendix habían tenido éxito,

aparentemente, en conseguir la octava maravilla del mundo moderno: un matrimonio feliz.

Y, en mitad de ello cayó, como el estampido de un trueno, la caja de bombones.

—Tras dejar la caja de bombones con el conserje —prosiguió Moresby, revolviendo sus papeles para encontrar el adecuado—, el señor Bendix siguió a *sir* Eustace al salón, donde estaba leyendo el *Morning Post*.

Roger asintió con la cabeza. No había ningún otro periódico que *sir* Eustace pudiera posiblemente haber estado leyendo sino el *Morning Post*.

Bendix, por su parte, procedió a examinar el *Daily Telegraph*. Aquella mañana estaba bastante desocupado. No debía asistir a reunión alguna de la junta directiva, y ninguno de los asuntos en los que estaba interesado le obligaban a salir bajo la lluvia de un típico día de noviembre. Pasó el resto de la mañana sin un propósito fijo, leyó los periódicos matutinos, miró de pasada los semanarios y jugó unas partidas de billar con otro miembro igualmente ocioso. A eso de las doce y media regresó a su casa en la plaza Eaton para comer, llevando los bombones.

La señora Bendix había comunicado que aquel día no estaría presente a la hora de la comida, pero su cita había sido cancelada y ella también se encontraba allí. Bendix le dio la caja de bombones después de comer mientras estaban sentados tomando café en el salón, explicándole como habían llegado a sus manos. Riéndose, la señora Bendix bromeó acerca de su tacañería al no comprarle una caja, pero aprobó la marca y mostró interés en degustar la nueva variedad de la firma. Joan Bendix no era tan formal como para carecer de un sano interés femenino por los buenos bombones.

Su aspecto, no obstante, no pareció impresionarla mucho.

—Kümmel, kirsch, marrasquino —dijo, investigando con los dedos por entre los dulces envueltos en papel plateado ostentando cada uno el nombre de su relleno en primorosas letras azules—. Parece que nada más. Aquí no veo algo nuevo, Graham. Se han

limitado a sacar esas tres clases de sus bombones de licor corrientes.

—Oh —dijo Bendix, que no estaba particularmente interesado en bombones—. Bueno, supongo que no me importa mucho. A mí todos los bombones de licor me saben igual.

—Sí, y hasta los han envasado en su habitual caja de bombones —se quejó su esposa, examinando la tapa.

—No son más que una muestra —señaló Bendix—. Puede que aún no tengan las cajas adecuadas.

—No creo que exista la más leve diferencia —declaró la señora Bendix, desenvolviendo un kümmel. Le tendió la caja a su marido—. ¿Quieres uno?

Él negó con la cabeza.

—No, gracias, querida. Ya sabes que nunca como de estas cosas.

—Pues tendrás que comerte uno de éstos como penitencia por no haberme comprado una caja apropiada. ¡Cógelo! —Le tiró uno. Cuando lo cogió, ella hizo una mueca—. ¡Oh! Me equivocaba. Éstos son diferentes. Son veinte veces más fuertes.

—Bueno, es lo menos que pueden fabricar —Bendix sonrió, pensando en los acostumbrados dulces insípidos que vendían bajo el nombre de bombones de licor.

Se puso en la boca el que ella le diera y lo mordió; un sabor ardiente, no insufrible pero excesivamente fuerte para resultar agradable, siguió a la liberación del líquido.

—¡Caramba! —exclamó—, vaya si son fuertes. Creo que los han llenado con alcohol puro.

—Oh, seguramente no harían eso —dijo su esposa, desenvolviendo otro—. Pero son muy fuertes. Debe de ser la nueva mezcla. En realidad, casi queman. No estoy segura de si me gustan o no. Y el de kirsch tenía un fortísimo sabor a almendras. Éste quizás es mejor. Prueba también un marrasquino.

Engulló otro para complacerla, y le desagradó más todavía.

—Es curioso —comentó, tocándose el paladar con la punta de la lengua—. Tengo la lengua completamente insensible.

—Yo también lo he notado al principio —convino ella—. Ahora me escuece bastante. Pues no noto diferencia entre el kirsch y el marrasquino. ¡Y cómo queman! No puedo decidir si me gustan o no.

—A mí no —dijo Bendix con decisión—. Creo que les pasa algo. Yo de ti no comería más.

—Bueno, son sólo un experimento, supongo —dijo su esposa.

Unos minutos después, Bendix salió para acudir a una cita en la ciudad. Dejó a su esposa tratando aún de resolver si le gustaban o no los bombones, y sin parar de comerlos para decidirlo. Las últimas palabras que le dijo fueron que volvían a quemarle tanto la boca que temía no ser capaz de probar alguno más.

—El señor Bendix recuerda aquella conversación con mucha claridad —dijo Moresby, inspeccionando las caras absortas—, porque fue la última vez que vio a su esposa con vida.

La conversación en el salón había tenido lugar aproximadamente a las dos y cuarto o y media. Bendix acudió a su cita en la ciudad a las tres, y permaneció allí alrededor de media hora y luego cogió un taxi para volver a su club a tomar el té.

Se había sentido extremadamente mal durante su charla de negocios, y en el taxi casi sufrió un colapso; el conductor tuvo que llamar al conserje para que lo ayudase a sacarlo del coche y entrarlo en el club. Los dos lo describen como cadavéricamente pálido, con la mirada fija, los labios lívidos y la piel húmeda y fría. Sin embargo, su mente no parecía afectada y, una vez lo hubieron acompañado escaleras arriba, se vio con fuerzas de entrar por su propio pie al salón, con la ayuda del brazo del conserje.

El conserje, alarmado por su aspecto, quiso llamar enseguida a un médico, pero Bendix, que era la última persona que armaría revuelos, se resistió de plano a que lo hiciera, diciendo que sólo podía ser un fuerte ataque de indigestión, y que se repondría en unos minutos; debía de haber comido algo que no le sentara bien. El conserje tuvo sus reservas, pero no insistió.

Bendix repitió su diagnóstico unos minutos después a *sir* Eustace Pennefather, que se encontraba en el salón en aquellos momentos, pues no se había movido del club. Pero esta vez Bendix agregó:

—Y creo que fueron esos infernales bombones que me dio usted, ahora que pienso en ello. Ya me pareció que tenían algo raro. Sería mejor que fuera a llamar a mi esposa para averiguar si también se ha puesto así.

Sir Eustace, un hombre bondadoso, a quien el aspecto de Bendix no le sobresaltó menos que al conserje, se sintió inquieto por la insinuación de que él pudiera, de algún modo, ser responsable del mismo, y se ofreció para ir a telefonear a la señora Bendix, ya que el otro no se hallaba en condiciones de moverse. Bendix estaba a punto de responder, cuando un extraño cambio se produjo en él. Su cuerpo, que había permanecido flojamente reclinado en la silla, fue preso de una súbita convulsión, que lo irguió rígidamente; su boca se cerró, los labios lívidos se retiraron en una mueca horrible, y sus manos se crisparon en los brazos de la silla. Al mismo tiempo, *sir* Eustace fue consciente de un inconfundible olor a almendras amargas.

Completamente alarmado ahora, creyendo de veras que Bendix agonizaba ante sus ojos, llamó a gritos al conserje y a un médico. Había dos o tres hombres más al otro extremo de la gran sala (en la cual, probablemente, nunca se había oído un grito en todo el curso de su historia) y éstos se apresuraron a ir de inmediato. *Sir* Eustace envió a uno de ellos a que le dijese al conserje que se pusiera en contacto con el médico más próximo sin un segundo de demora y, con la colaboración de los otros, trató de colocar el cuerpo convulso en una postura más cómoda. Entre ellos no cupo la menor duda de que Bendix había tomado veneno. Le hablaron, preguntándole cómo se encontraba y qué podían hacer por él, pero Bendix no quiso o no pudo contestar. En realidad, estaba completamente inconsciente.

Antes de que llegase el médico, se recibió un mensaje telefónico de un inquieto mayordomo preguntando si el señor Bendix estaba

allí, y que si estaba debía volver a casa de inmediato, pues la señora Bendix había caído gravemente enferma.

En la casa de la plaza Eaton, las cosas habían seguido más o menos el mismo curso con la señora Bendix que con su marido, aunque un poco más rápido. Tras la partida de este último, ella permaneció una media hora en el salón, durante la cual debió de haberse comido tres bombones más. Luego subió a su habitación y llamó a su doncella, a la que dijo que se encontraba muy mal y se iba a acostar un rato. Igual que su marido, atribuyó su estado a un violento ataque de indigestión.

La doncella le preparó una dosis de un frasco de polvos para la indigestión, que consistía principalmente en bicarbonato sódico y bismuto, y le llevó una botella de agua caliente, dejándola acostada en la cama. La descripción del aspecto de su señora concordaba exactamente con la descripción que hicieran de Bendix el conserje y el taxista, pero, a diferencia de ellos, a la mujer no pareció alarmarle. Más tarde admitió la opinión de que la señora Bendix, cualquier cosa menos una mujer glotona, debía de haberse dado un atracón en la comida.

A las tres y cuarto, el timbre de la habitación de la señora Bendix sonó violentamente.

La muchacha subió con presteza las escaleras y halló a su señora aparentemente bajo un ataque cataléptico, inconsciente y rígida. Ahora asustada por completo, perdió varios preciosos minutos en inútiles intentos de hacerla volver en sí, y luego bajó apresuradamente las escaleras para telefonar al médico. El doctor que les atendía regularmente no estaba en casa, y transcurrió algún tiempo antes de que el mayordomo, que había encontrado a la muchacha semi histérica al teléfono y se había ocupado personalmente del asunto, pudiera ponerse en contacto con otro. Cuando este último llegó allí, casi media hora después de que hubiera sonado el timbre de la señora Bendix, ya nada se podía hacer por ella. Había entrado en coma y, a pesar de todo lo que el

doctor pudo intentar, murió menos de diez minutos después de su llegada.

De hecho, ya estaba muerta cuando el mayordomo telefoneó al Club Rainbow.

AL LLEGAR a este punto de su narración, Moresby hizo una pausa para añadir dramatismo, tomar aliento y refrescarse. Hasta aquí, pese al impaciente interés con el que fuera seguida la historia, no se había sacado a relucir el más mínima hecho del que sus oyentes no estuvieran enterados. Eran las investigaciones de la policía lo que querían oír, no sólo porque no se habían publicado detalles de las mismas, sino porque no se les había facilitado ni el más leve indicio de la teoría que se sostuvo oficialmente.

Tal vez Moresby había percibido algo de este sentimiento, puesto que, tras un breve descanso, prosiguió con una ligera sonrisa.

—Bien, damas y caballeros, no les entretendré más con los preliminares, pero conviene repasarlo todo mientras estamos en ello, si queremos disponer de una perspectiva global del caso.

»Como sabrán, pues, el señor Bendix no murió. Por fortuna para él, sólo había comido dos de los bombones, en contraste con los siete de su esposa, pero su suerte fue todavía mayor al caer en las manos de un hábil médico. Cuando el doctor vio a la señora Bendix, era demasiado tarde para que hiciese algo; pero la menor cantidad de veneno que el señor Bendix había ingerido significaba que su progreso no era tan rápido, y el médico tuvo tiempo de salvarle.

»Cabe señalar que el doctor ignoraba por entonces con qué veneno se enfrentaba. Le trató sobre todo para un envenenamiento

con ácido prúsico, pensando, por los síntomas y el olor, que el señor Bendix debía de haber tomado aceite de almendras amargas, pero no estaba seguro, y probó asimismo una o dos cosas más. De todos modos, al fin resultó que no podía haber tomado una dosis letal, y, hacia las ocho de la noche, se hallaba de nuevo consciente. Le colocaron en uno de los dormitorios del club, y, al día siguiente, ya convalecía.

Al principio —siguió explicando Moresby—, en Scotland Yard se pensó que la muerte de la señora Bendix y el salvarse por los pelos de su marido se debieron a un terrible accidente. Por supuesto, la policía se había hecho cargo del asunto tan pronto como se les informó de la muerte de la mujer y se estableció el hecho del veneno. En el momento oportuno, un detective inspector de distrito llegó al Rainbow Club y, tan pronto como el doctor lo permitiera después de que Bendix recuperase la conciencia, mantuvo una entrevista con el hombre, aún muy enfermo.

A causa de su incierto estado, se le ocultó el hecho de la muerte de su esposa y únicamente se le formularon preguntas acerca de su propia experiencia, puesto que estaba ya claro que los dos casos se hallaban entrelazados, y desvelar uno aclararía igualmente el otro. El inspector le dijo a Bendix con franqueza que había sido envenenado, y le apremió con miras a obtener una explicación de cómo había ingerido la sustancia. ¿Podía facilitársela de alguna manera?

No pasó mucho tiempo antes de que los bombones volvieran a la mente de Bendix. Mencionó su sabor ardiente y dijo haber hablado ya de ellos a *sir* Eustace como la posible causa de su enfermedad.

El inspector ya lo sabía.

Antes de que Bendix volviera en sí, se había dedicado a entrevistar a las personas que habían estado en contacto con él desde su regreso al club aquella tarde. Había oído el relato del conserje y hecho gestiones para localizar al taxista; había hablado con los miembros que se habían congregado en torno de Bendix en

el salón, y *sir* Eustace le había informado del comentario de Bendix respecto de los bombones.

El inspector no había concedido mucha importancia a este detalle en su momento, sino que, simplemente como una cuestión rutinaria, había interrogado a *sir* Eustace con detenimiento acerca del episodio en su conjunto y, otra vez como una cuestión rutinaria, había revuelto luego la papelería y sacado la envoltura y la carta adjunta. Aún como una cuestión rutinaria, y aún no especialmente impresionado, procedió ahora a interrogar a Bendix sobre el mismo tema, y entonces, por fin, empezó a comprender su significado al oír cómo los dos habían compartido los bombones después de comer y cómo, incluso antes de que Bendix hubiera abandonado su casa, la esposa había comido más que el marido.

Ahora el médico intervino y el inspector tuvo que salir del cuarto del enfermo. Su primera acción fue telefonar a su colega en el domicilio de Bendix y decirle que se incautara sin dilación de la caja de bombones, la cual seguía probablemente en el salón; al mismo tiempo, le pidió un cálculo aproximado del número de bombones que faltaban. El otro le dijo que nueve o diez. El inspector, ateniéndose a la información de Bendix había dado cuenta de seis o siete, colgó y telefoneó a Scotland Yard para ponerles al corriente de lo que había descubierto.

El interés se centró ahora en los bombones. Esa noche los llevaron a Scotland Yard y los enviaron enseguida para que los analizaran.

—Bien, el médico no se había equivocado mucho —dijo Moresby—. En realidad, el veneno de esos bombones no era aceite de almendras amargas, era nitrobenceno; pero tengo entendido que no es tan diferente. Si alguno de ustedes, damas o caballeros, posee conocimientos de química, sabrá más que yo acerca de la sustancia, pero creo que se emplea de vez en cuando en los tipos más baratos de confitería (sin embargo, menos de lo que se solía utilizar) para proporcionar un sabor de almendras como sucedáneo del aceite de almendras amargas, el cual, no hace falta que se lo

diga, es también un poderoso veneno. Pero la forma más habitual de usar nitrobenceno comercialmente es en la fabricación de tintes de anilina.

Cuando llegó el informe preliminar del analista, la teoría inicial de Scotland Yard de muerte accidental se vio consolidada. Definitivamente, se había empleado veneno en la confección de bombones y otros dulces. Debía de haberse cometido un terrible error. La firma había estado valiéndose de la sustancia como un sucedáneo barato de los licores genuinos, y se había empleado un exceso de ella. El hecho de que los únicos licores citados en las envolturas plateadas fueran marrasquino, kümmel y kirsch, todos los cuales llevan un más o menos perceptible sabor a almendras, apoyaba esta idea.

Pero antes de que la policía se dirigiese a la firma para obtener una explicación, nuevos hechos salieron a la luz. Se descubrió que sólo los bombones del piso superior contenían veneno. Los del piso inferior carecían completamente de cualquier sustancia nociva. Por otra parte, los rellenos de las cápsulas de chocolate de dicho piso se correspondían con la descripción de las envolturas, mientras que en el piso superior, aparte el veneno, todos los dulces contenían una mezcla de los tres licores mencionados y no, por ejemplo, marrasquino puro y veneno. Más adelante se observó que en los dos pisos inferiores no existía el menor rastro de marrasquino, kirsch o kümmel.

El hecho interesante que apareció también en el detallado informe del analista era que cada uno de los bombones del piso superior contenía, además de su combinación de tres licores, exactamente seis medidas de nitrobenceno, ni más ni menos. Las cápsulas eran de tamaño mediano y había mucho espacio para una considerable cantidad de la mezcla de licores, además de la cantidad fija de veneno. Eso era significativo. Y lo era más aún el hecho posterior de que en la base de cada uno de los mortíferos bombones hubiera huellas inconfundibles de un agujero perforado

en la cápsula y, posteriormente, tapado con un trozo de chocolate fundido.

Para la policía, ahora era evidente que había un juego sucio por medio.

Se había llevado a cabo una tentativa deliberada de asesinar a *sir* Eustace Pennefather. El aspirante a asesino había adquirido una caja de bombones de licor de Mason; separado aquéllos en los que el sabor a almendras no resultara extraño; practicado un agujerito en cada uno y vaciado de su contenido; inyectado, probablemente con el cargador de una pluma estilográfica, la dosis de veneno; llenado la cavidad con la mezcla de los primeros rellenos; tapado cuidadosamente el agujero, y envuelto de nuevo con sus cubiertas de papel plateado. Una labor meticulosa, meticulosamente realizada.

La carta adjunta y la envoltura que habían llegado con la caja de bombones adquiriría ahora suprema importancia, y el inspector, que había tenido la previsión de rescatarlas del olvido, tuvo la oportunidad de palmearse a sí mismo la espalda. Junto con la propia caja y los bombones que quedaban, constituían las únicas pistas materiales de este asesinato a sangre fría.

Llevándoselas consigo, el inspector jefe encargado ahora del caso llamó al director gerente de Mason e Hijos y, sin informarle de las circunstancias por las cuales habían llegado a sus manos, dejó la carta frente a él y le invitó a explicar ciertos puntos relacionados con ella. ¿Cuántas de éstas (le preguntó al director gerente) se habían enviado, quién sabía de ésta y quién podría haber tenido la oportunidad de manipular la caja que le fue enviada a *sir* Eustace?

Si el policía había esperado sorprender al señor Mason, el resultado fue insignificante comparado con la manera en que el señor Mason sorprendió al policía.

—¿Y bien, señor? —apuntó el inspector jefe, cuando pareció que el señor Mason seguiría examinando la carta todo el día.

El señor Mason se colocó las gafas en el ángulo adecuado para examinar a inspectores jefe en lugar de cartas. Era un hombrecillo

de edad, bastante violento, que había comenzado en una calle de mala muerte en Huddlesfield, y no tenía intención de que alguien lo olvidara.

—¿De dónde diablos ha sacado eso? —preguntó. Los periódicos, debía recordarse, aún no se habían apoderado del aspecto sensacional de la muerte de la señora Bendix.

—He venido —contestó el inspector jefe con dignidad— para preguntarle acerca de su envío, señor, no para decirle dónde lo he conseguido.

—Entonces puede irse al cuerno —replicó el señor Mason con decisión—. Y llévase a Scotland Yard con usted —añadió, por medio de una global ocurrencia tardía.

—Debo advertirle, señor —dijo el inspector jefe, un tanto pillado de improviso, pero ocultando el hecho bajo su porte más autoritario—, debo advertirle que puede resultarle una cuestión de suma gravedad el negarse a responder a mis preguntas.

Aparentemente, esta amenaza encubierta exasperó más que intimidó al señor Mason.

—Lárguese de mi despacho —contestó—. ¿Está trompa o qué, hombre? ¿O se cree gracioso? Sabe tan bien como yo que esta carta nunca salió de aquí.

Fue entonces cuando el inspector jefe se sorprendió.

—¿No... no fue enviada siquiera por su empresa? —Era una posibilidad que no se le había ocurrido—. ¿Entonces... está falsificada?

—¿No es eso lo que le estoy diciendo? —gruñó el viejo, mirándole con ferocidad por debajo de sus pobladas cejas. Pero la estupefacción del inspector jefe le había apaciguado un poco.

—Señor —dijo el oficial—, debo pedirle que tenga la bondad de responder a mis preguntas tan extensamente como le sea posible. Estoy investigando un caso de asesinato y... —se detuvo y pensó con astucia— y parece que el asesino ha utilizado su negocio con entera libertad para encubrir sus manejos.

La astucia del inspector se impuso.

—¡Que el diablo se lo lleve! Maldito canalla. Hágame las preguntas que quiera, joven; las responderé lo mejor que pueda.

Establecida así la comunicación, el inspector jefe procedió a esforzarse al máximo.

Durante los próximos cinco minutos su corazón fue encogiéndose cada vez más. En lugar del sencillo caso que había esperado, enseguida se le hizo evidente que el asunto iba a ser en verdad muy difícil. Hasta ahora había pensado (y sus superiores habían coincidido con él) que iba a enfrentarse a un caso de tentación repentina. Alguien de la empresa Mason tenía inquina a *sir* Eustace. En las manos de éste (o, más probablemente, tal y como el inspector jefe había considerado, de ésta) habían caído la caja y la carta dirigidas a aquél. La oportunidad había sido patente; los medios, bajo la forma del nitrobencono empleado en la fábrica, habían estado bien a mano; el resultado había venido a continuación. La pista de un delincuente así sería bastante fácil de seguir.

Pero ahora, por lo visto, esta agradable teoría tenía que abandonarse, puesto que, en primer lugar, jamás se había enviado una carta como ésta; la firma no había producido una nueva clase de bombones y, si lo hubiera hecho, no era su costumbre repartir cajas de muestra entre particulares; la carta era una falsificación. Pero el papel para cartas, por otra parte (y éste era el único vestigio que quedaba como apoyo de la teoría) era perfectamente genuino, por lo que supiera el viejo. No podía decirlo con certeza, pero era casi seguro que se trataba de un fragmento del antiguo surtido, que se había agotado hacía unos seis meses. El membrete podía ser falsificado, pero no lo creía.

—¿Hace seis meses? —preguntó con desdicha el inspector.

—Más o menos —repuso el otro, y arrancó un pedazo de papel de un soporte situado frente a él—. Éste es el que usamos ahora. — El inspector lo examinó. No había la menor duda de la diferencia. El nuevo papel era más delgado y más satinado. Pero el membrete

parecía exactamente igual. El inspector tomó nota de la firma que había impreso ambos.

Por desgracia, no disponían de muestra alguna del antiguo papel. El señor Mason hizo que la buscaran de inmediato, pero no quedaba ni una sola hoja.

—En realidad —dijo ahora Moresby— se había observado que el papel en el que fue escrita la carta era viejo. Tiene los bordes claramente amarillentos. La haré circular y ustedes podrán verlo por sí mismos. Les ruego que lo traten con cuidado.

El papel, manejado una vez por un asesino, pasó lentamente de cada aspirante de detective a su vecino.

—Bien, para abreviar una larga historia —continuó Moresby—, lo hicimos examinar por la firma de impresores Webster's, en la calle Frith, y se hallan en condiciones de jurar que es obra suya. Lo cual significa que el papel era auténtico, desgraciadamente.

—Quiere decir, por supuesto —adujo *sir* Charles Wildman, de modo impresionante—, que, de haber sido el membrete una copia, ¿la tarea de descubrir a los impresores que la ejecutaron hubiera sido comparativamente sencilla?

—Exacto, *sir* Charles. Salvo en el caso de que la hubiera hecho alguien que poseyera una pequeña imprenta; pero eso también habría sido fácil de averiguar. Todo lo que sabemos a ciencia cierta es que el asesino es alguien que tenía acceso al papel de cartas de Mason seis meses atrás; y eso es muy extenso.

—¿Cree usted que fue sustraída con la verdadera intención de darle la finalidad para la cual se utilizó? —inquirió Alicia Dammers.

—Eso parece, señora. Y hubo algo que retrasó al asesino.

En cuanto a la envoltura, el señor Mason se había visto incapaz de prestar la más mínima ayuda. Ésta consistía simplemente en un trozo de fino papel de embalar ordinario, del que podía comprarse en cualquier sitio, con el nombre y dirección de *sir* Eustace escrito a mano en pulcras mayúsculas. Aparentemente, a partir de ello nada podía averiguarse en absoluto. El matasellos señalaba que había

sido remitido en el correo de las nueve treinta de la noche, desde la oficina de correos de la calle Southampton, en Strand.

—Hay una recogida a las ocho y media y otra a las nueve y media —explicó Moresby—, de suerte que tuvo que haberse echado al buzón entre estas dos horas. El paquete era lo bastante reducido para caber en la abertura de las cartas. Los sellos completan el valor correcto. La oficina de correos estaba cerrada por entonces, así que no pudo ser entregado en el mostrador. Quizá tendrían interés en verlo. —El trozo de papel de embalar pasó gravemente de uno a otro.

—¿Ha traído también la caja y los demás bombones? —preguntó la señora Fielder-Flemming.

—No, señora. Era una de las cajas corrientes de Mason y todos los bombones han sido utilizados para su análisis.

—¡Oh! —la decepción de la señora Fielder-Flemming fue evidente—. Pensaba que en ella podía haber huellas dactilares —explicó.

—Ya las hemos buscado —respondió Moresby sin pestañear.

Se produjo una pausa mientras la envoltura pasaba de mano en mano.

—Naturalmente, hemos efectuado indagaciones acerca de si fue visto alguien que echara un paquete en el buzón de la calle Southampton entre las ocho y media y las nueve y media —prosiguió Moresby—, pero sin resultados. También hemos interrogado con suma meticulosidad a *sir* Eustace Pennefather para descubrir si podía arrojar algo de luz sobre la cuestión de por qué alguien desearía quitarle la vida, o quién. *Sir* Eustace no puede darnos la menor idea. Seguimos, por supuesto, la habitual línea de investigación referente a quién se beneficiaría de su muerte, pero sin el menor resultado provechoso. La mayor parte de sus posesiones se destinan a su esposa, la cual tiene un pleito de divorcio contra él, y se encuentra fuera del país. Hemos comprobado sus movimientos y está al margen del asunto. Además

—agregó Moresby, con poca profesionalidad—, es una señorita muy amable.

»Como algo innegable, todo lo que sabemos es que el asesino tuvo alguna relación con Mason e Hijos seis meses atrás, y estuvo, casi seguro, en la calle Southampton en algún momento comprendido entre las ocho treinta y las nueve treinta de aquella noche en particular. Mucho me temo que nos encontramos en un cajón sin salida. —Moresby no añadió que en idéntica situación se hallaban también los criminólogos aficionados que tenía delante, pero lo insinuó muy claramente.

Se produjo un silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Roger.

—Eso es todo, señor Sheringham —convino Moresby.

Se produjo otro silencio.

—La policía tendrá una teoría, ¿no es así? —profirió el señor Morton Harrogate Bradley, con tono objetivo.

Moresby vaciló perceptiblemente.

—Adelante, Moresby —le alentó Roger—. Es una teoría bastante simple. Ya la conozco.

—Bien —dijo Moresby, estimulado de ese modo—, nos inclinamos a creer que el crimen fue obra de un lunático, o semilunático, a quien es posible que *sir* Eustace no conociera personalmente en lo más mínimo. Ya saben —continuó con valentía— que la vida de *sir* Eustace era un tanto, bien, podríamos decir febril* si me perdonan la palabra. En Scotland Yard pensamos que algún maníaco religioso o social se atrevió a atentar contra él para librar al mundo de su presencia, por así decirlo. Algunas de sus aventuras habían dado un poco de qué hablar, como ustedes sabrán.

»O podría no ser más que un simple loco homicida, que disfruta matando gente a distancia. Ya conocen el caso Horwood. Algún lunático mandó bombones envenenados al propio jefe de policía. Eso llamó mucho la atención. Opinamos que este caso puede ser una reminiscencia de aquél. Un caso que suscite un gran interés a

menudo le sigue otro de idénticas características, como no es preciso que les recuerde.

»Pues bien, ésa es nuestra teoría. Y si es la correcta, tenemos tantas posibilidades de atrapar al asesino como... como... —el inspector jefe Moresby buscó algo realmente mordaz.

—Como nosotros tenemos —sugirió Roger.

EL CÍRCULO siguió sentado algún tiempo tras la partida de Moresby. Había muchas cosas que discutir y todo el mundo tenía opiniones que expresar, sugerencias que proponer y teorías que anticipar.

Algo se puso de manifiesto con singular unanimidad: la policía había estado trabajando sobre pistas erróneas. Su teoría debía ser errónea. Éste no era un asesinato casual, obra de un demente fortuito. Alguien muy concreto se había ocupado meticulosamente del asunto de ayudar a *sir* Eustace a abandonar este mundo y a ese alguien le apoyaba un móvil igualmente concreto. Como casi todos los asesinatos, de hecho, era una cuestión de *cherchez le motif*.

En la exposición y debate de teorías, Roger se mantuvo firmemente apaciguador. El propósito global del experimento, como indicó más de una vez, era que todo el mundo debería trabajar con independencia, sin influencias de algún otro cerebro, formarse, cada uno o cada una, su propia teoría, y empeñarse con ahínco en probarla a su manera.

—¿Pero no deberíamos reunir nuestros hechos, Sheringham? —tronó *sir* Charles—. Yo sugeriría que, aunque sigamos nuestras investigaciones independientemente, todos los nuevos hechos que descubramos deberían de ponerse enseguida a disposición de todos. Éste debería ser un ejercicio mental, no una competición de indagación rutinaria.

—Hay muchas razones a favor de tal opinión, *sir* Charles —convino Roger—. De hecho, la he considerado detenidamente. Pero, en general, creo que, después de esta noche, será mejor que cada uno guarde para sí las nuevas averiguaciones que efectúe. Como usted sabe, poseemos ya los hechos que la policía ha descubierto, y cualquier otra cosa que podamos encontrar es probable que no sea tanto una pista hacia el asesino como un pequeño detalle, totalmente insignificante en sí mismo, que sustente una teoría particular.

Sir Charles gruñó, evidentemente muy poco convencido.

—No tengo el menor inconveniente en someterlo a votación —dijo Roger con elegancia.

Se sometió a votación. *Sir* Charles y la señora Fielder-Flemming votaron porque todos los hechos fueran revelados; el señor Bradley, Alicia Dammers, el señor Chitterwick (este último tras una considerable indecisión) y Roger votaron en contra.

—Nos quedamos con nuestros propios hechos —dijo Roger, y tomó nota mental de quiénes habían votado por cada opción. Se inclinaba a pensar que la votación indicaba con notable fidelidad quién iba a contentarse con las teorías generales, y quién estaba dispuesto a tomar parte en el espíritu del juego hasta el punto de salir y trabajar por él. O, simplemente, podía demostrar quién tenía ya una teoría y quién no.

Sir Charles aceptó el resultado con resignación.

—Así pues, a partir de ahora empezamos en las mismas condiciones —declaró.

—A partir del momento en que abandonemos esta sala —rectificó Morton Harrogate Bradley, arreglándose la posición de la corbata—. Pero coincido lo bastante con la propuesta de *sir* Charles como para opinar que si alguien puede en estos instantes añadir algo a la exposición del inspector jefe, debería hacerlo.

—¿Pero hay alguien que pueda? —inquirió la señora Fielder-Flemming.

—*Sir* Charles conoce al señor y a la señora Bendix —señaló Alicia Dammers, imparcial—. Y a *sir* Eustace. Y yo también conozco a *sir* Eustace, por supuesto.

Roger sonrió. Tal aserto era una atenuación característica por parte de la señorita Dammers. Todo el mundo sabía que ella había sido la única mujer (según apuntaban los rumores) que había llegado a vencer en su propio terreno a *sir* Eustace Pennefather. A *sir* Eustace se le había ocurrido agregar la cabellera de una intelectual a las de aquellas otras mujeres un tanto menos intelectuales que colgaban ya de su cinturón. Con su atractivo, su talle alto y esbelto y su irreprochable buen gusto en cuestión de atavíos, Alicia Dammers había satisfecho sus muy exigentes requisitos en lo que a la apariencia femenina se refería. El hombre se había desvivido por fascinarla.

El amplio círculo de amistades de la señorita Dammers había esperado los resultados con regocijo considerable. En apariencia, la señorita Dammers se había mostrado en exceso dispuesta a dejarse fascinar. Daba la impresión de que viviera permanentemente a punto de sucumbir a los halagos de *sir* Eustace. Habían comido, cenado, hecho visitas y excursiones juntos sin tregua. *Sir* Eustace, estimulado por la esperanza diaria de que la entrega tendría lugar al día siguiente, había ejercitado su pasión con todas y cada una de las argucias que conocía.

Entonces la señorita Dammers se había retirado tranquilamente, y el otoño próximo publicado un libro en el cual *sir* Eustace Pennefather, disecado hasta el último ligamento, era entregado al mundo con toda la antiestética desnudez de su anatomía psicológica.

La señorita Dammers nunca hablaba de su «arte», puesto que era una escritora brillante de veras y no sólo pretendía serlo, pero sostenía con pleno convencimiento que todo debía sacrificarse (incluyendo los sentimientos de los Eustace Pennefather de este mundo) en aras de cualquiera que fuese el dios que en la intimidad adoraba en lugar de aquél.

—Desde el punto de vista del asesino, está claro que el señor y la señora Bendix quedan al margen del crimen —le indicó ahora el señor Bradley, con el tono suave de quien le enseña a un niño que en el alfabeto la letra A va seguida de la letra B-. Por lo que sabemos, su única relación con *sir* Eustace es que tanto él como Bendix pertenecían al Rainbow.

—No necesito darle mi opinión de *sir* Eustace —comentó la señorita Dammers—. Aquellos de ustedes que hayan leído *El demonio y la carne* sabrán cómo lo veía y no tengo razón alguna para suponer que haya cambiado desde que estuve estudiándolo. Mas no pretendo ser infalible. Sería interesante saber si la opinión de *sir* Charles coincide o no con la mía.

Sir Charles, que no había leído *El demonio y la carne*, pareció un tanto azorado.

—Bueno, no creo que yo pueda añadir mucho a la impresión que de él diera el inspector jefe. No conozco bien al hombre y ciertamente no tengo el menor deseo de hacerlo.

Todo el mundo adoptó un aire en extremo inocente. Era del dominio público que había existido la posibilidad de un compromiso entre *sir* Eustace y la única hija de *sir* Charles, y que éste había considerado la perspectiva sin una pizca de entusiasmo. Más adelante se supo incluso que el compromiso había sido anunciado prematuramente y desmentido con prontitud al día siguiente.

Sir Charles trató de parecer tan inocente como todos los demás.

—Como insinuó el inspector jefe, en cierto modo es un mal sujeto. Algunos podrían llegar al extremo de tacharle de canalla. Las mujeres —explicó *sir* Charles con franqueza—. Y bebe demasiado —añadió. Era evidente que a *sir* Charles Wildman no le caía en gracia *sir* Eustace Pennefather.

—Yo puedo añadir un pequeño detalle, de valor puramente psicológico —agregó Alicia Dammers—. Pero demuestra la torpeza de sus reacciones. Incluso durante el breve período en el que el rumor de la tragedia ha unido el nombre de *sir* Eustace al de una nueva mujer. Me sorprendió un poco enterarme de eso —intercaló la

señorita Dammers con tono jocoso—. Yo me habría inclinado a pensar que su terrible equivocación y sus afortunadas consecuencias para sí mismo le causarían mayores trastornos, aun cuando la señora Bendix le fuera del todo desconocida.

—Sí, ahora que lo dice, tendría que haber rectificado antes esa apreciación —observó *sir* Charles—. La señora Bendix no le era del todo desconocida, aunque es probable que pueda no acordarse de haberla llegado a conocer. Pero la conoció. Una noche de estreno estaba yo hablando con la señora Bendix (he olvidado la obra) y *sir* Eustace vino hacia mí. Los presenté, mencionando algo de que Bendix era un miembro del Rainbow. Casi lo había olvidado.

—Pues me temo que me había equivocado por completo respecto de él —dijo la señorita Dammers, disgustada—. He sido demasiado amable. —Ser demasiado amable en la sala de disección era sin lugar a dudas, en opinión de la señorita Dammers, un crimen mucho peor que ser demasiado poco amable.

—En cuanto a Bendix —dijo *sir* Charles con bastante imprecisión —, nada creo que pueda añadir a lo que usted ya sabe de él. Un gran tipo, sensato y decente. Aunque es rico, el dinero no se le ha subido en absoluto a la cabeza. Y tampoco a su esposa, una mujer encantadora. Tal vez un tanto formal. La clase de mujer a la que le gusta sentarse en los comités. Sin embargo, eso nada dice en contra de ella.

—Mas bien lo contrario, diría yo —observó la señorita Dammers, a quien le gustaba sentarse en los comités.

—Claro, claro —replicó *sir* Charles con rapidez, acordándose de las curiosas predilecciones de la señorita Dammers—. Y, evidentemente, no era tan formal como para negarse a una apuesta, aunque fuera insignificante.

—Ella hizo otra apuesta, de la que nada sabía —salmodió con tono solemne la señora Fielder-Flemming, que ya estaba sopesando las posibilidades dramáticas de la situación—. Y no fue una apuesta insignificante, sino horrible. Fue con la Muerte, y la perdió ella. —La señora Fielder-Flemming propendía, lamentablemente, a extender

su sentido dramático a su vida cotidiana, lo cual no encajaba en absoluto con su aspecto culinario.

Echó un solapado vistazo a Alicia Dammers, preguntándose si podría idear una obra de teatro antes de que la dama le comiera el terreno con un libro.

Como presidente, Roger tomó medidas para reconducir la discusión hacia asuntos más relevantes.

—Sí, pobre mujer. Pero después de todo, no debemos permitirnos malinterpretar la cuestión. Es bastante difícil recordar que la persona asesinada no tiene la más nimia relación con el crimen, por así decirlo, pero ahí está. Por accidente tan sólo, la persona errónea murió; es en *sir* Eustace en quien hemos de concentrarnos. Ahora: ¿alguien más de los aquí presentes conoce a *sir* Eustace, o algo que le ataña, o cualquier otro hecho referente al crimen?

Nadie respondió.

—Entonces, nos hallamos todos en paridad de condiciones, y ahora ocupémonos de nuestra próxima reunión. Sugiero que nos concedamos una semana entera para formular nuestras teorías y llevar a cabo las investigaciones que creamos oportunas, que luego nos reunamos en veladas consecutivas, empezando el lunes que viene, y que ahora echemos a suertes el orden en el cual vamos a leer nuestros documentos o exponer nuestras conclusiones.

¿O alguien opina que debería haber más de un orador por noche?

Tras una breve charla, quedó decidido volver a reunirse el lunes, de hoy en ocho días y, a fin y efecto de una más extensa discusión, asignar una velada a cada miembro. Entonces se echaron a suerte los turnos, con el resultado de que los miembros hablarían en el siguiente orden: (1) *sir* Charles Wildman, (2) señora Fielder-Flemming, (3) señor Morton Harrogate Bradley, (4) Roger Sheringham, (5) Alicia Dammers y (6) señor Ambrose Chitterwick.

El señor Chitterwick se animó considerablemente cuando su nombre fue anunciado como el último de la lista.

—Por entonces —le confió a Morton Harrogate—, es casi seguro que alguien haya descubierto la solución correcta y, por tanto, yo no tendré que exponer mis propias conclusiones. Si alguna vez llego verdaderamente a alguna —añadió dubitativo—. Dígame, ¿cómo se pone realmente a trabajar un detective?

El señor Bradley sonrió benévolo y le prometió al señor Chitterwick prestarle uno de sus propios libros. El señor Chitterwick, que los había leído todos y poseía la mayor parte de ellos, se lo agradeció efusivamente.

Antes de que la reunión al fin se levantara, la señora Fielder-Flemming no pudo resistirse a una nueva oportunidad de ponerse levemente dramática.

—Cuán extraña es la vida —suspiró, dirigiéndose a *sir* Charles, que se encontraba al otro lado de la mesa—. En efecto vi a la señora Bendix y a su marido en su palco del Imperial la noche antes de que ella muriese. (Oh, sí; los conocía de vista. Asistían con frecuencia a mis estrenos). Yo estaba en una butaca, casi directamente debajo de su palco. De hecho, la vida es ciertamente más extraña que la ficción. Si por un minuto pudiera haber imaginado el fatal destino que pendía sobre su cabeza, hab...

—Habría tenido el buen juicio de advertirle que se mantuviera apartada de los bombones, espero —observó *sir* Charles, que no se avenía mucho con la señora Fielder-Flemming.

Entonces la reunión se levantó.

Roger volvió a su piso en el Albany, sintiéndose sumamente complacido de sí mismo. Tenía la sospecha de que las diversas tentativas de dar con una solución le iban a resultar casi tan interesantes como el mismo problema.

Sin embargo, estaba dispuesto a demostrar toda su valía. No había sido muy afortunado con el puesto que le tocara y habría preferido el del señor Chitterwick, lo cual hubiese significado que tendría la ventaja de conocer ya los resultados conseguidos por sus rivales antes que revelar el suyo. No era que se propusiese contar con los cerebros de los demás, de ningún modo; como el señor

Morton Harrogate Bradley, él disponía ya de una teoría particular; pero habría sido agradable poder sopesar y criticar los esfuerzos de *sir* Charles, el señor Bradley y Alicia Dammers en particular (esos tres, creía, poseían las mejores mentes del Círculo) antes de entregarse irrevocablemente. Y, más que en cualquier otro crimen por el que hubiera estado interesado, quería descubrir la solución correcta de éste en concreto.

Para su sorpresa, cuando llegó a su piso encontró a Moresby esperando en su sala de estar.

Ah, señor Sheringham —dijo el cauteloso oficial—. Supuse que no le importaría que esperase aquí para charlar un poco con usted. ¿No tiene mucha prisa por acostarse, verdad?

—En absoluto —respondió Roger, haciendo cosas con una jarra y un sifón. Aún es temprano. Diga cuándo.

Discretamente, Moresby miró hacia el otro lado. En cuanto se hubieron acomodado en dos enormes butacas de piel ante el fuego, Moresby se explicó.

—En realidad, señor Sheringham, el jefe me encomendó que les sometiera a una especie de vigilancia extraoficial a usted y a sus amigos en este asunto. No es que no confiemos en ustedes o pensemos que pecarán de indiscreción, o algo así, pero es mejor que nos mantengamos al tanto, simplemente, de lo que ocurre con un ataque detectivesco masivo como éste.

—Así, si alguno de nosotros averigua algo importante de veras, ustedes pueden colarse primero y aprovecharse de ello —Roger sonrió—. Sí, comprendo perfectamente el aspecto oficial.

—Así podemos tomar medidas para evitar que el pájaro se asuste —rectificó Moresby, en tono de reproche—. Eso es todo, señor Sheringham.

—¿De veras? —repuso Roger, con abierto escepticismo—. Pero lo más probable es que usted no crea que su mano protectora será necesaria, ¿eh Moresby?

—Con franqueza, señor, no lo creo. No tenemos la costumbre de cerrar un caso mientras pensemos que existe la más mínima

posibilidad de descubrir al criminal; y el detective inspector Farrar, quien se ha encargado de éste, es un hombre competente.

—¿Y es suya esa teoría? ¿La de que es obra de un criminal demente, cuya pista es del todo imposible seguir?

Ésa es la opinión que se ha visto obligado a formarse, señor Sheringham. Pero nada malo hay en que los miembros de su Círculo se diviertan —añadió Moresby, magnánimo— si así lo desean y disponen de tiempo que perder.

—Bien, bien —dijo Roger, negándose a seguirle el juego.

Fumaron sus pipas en silencio durante unos minutos.

—Vamos, Moresby —dijo Roger suavemente.

El inspector jefe lo miró con una expresión que sólo indicaba una leve sorpresa.

—¿Señor?

Roger sacudió la cabeza.

—Eso es inaceptable, Moresby, inaceptable. Vamos, suéltelo ya.

—¿Soltar qué, señor Sheringham? —inquirió Moresby, la imagen de la inocente perplejidad.

—La auténtica razón por la que ha venido aquí —dijo Roger groseramente—. ¿Acaso quería sonsacarme, en beneficio de esa decadente institución que representa? Pues bien, le advierto que esta vez no hay de qué hablar. Lo conozco mejor que hace dieciocho meses, en Ludmouth, recuerde.

—¿Cómo puede habérsele ocurrido semejante idea, señor Sheringham? —dijo con voz entrecortada pero enfática aquel hombre tan incomprendido, el inspector jefe Moresby, de Scotland Yard—. He venido porque pensaba que podría desear formularme unas cuantas preguntas, para echarle una mano en encontrar al asesino antes de que cualquiera de sus amigos pudiese hacerlo. Eso es todo.

Roger se rió.

—Moresby, usted me agrada. Es un punto luminoso 1 en un mundo sombrío. Supongo que trata de convencer a los mismísimos criminales que arresta de que a usted le duele más que a ellos. Y no

me sorprendería lo más mínimo que, de algún modo, lograra que le creyeran. Muy bien, si eso es todo por lo que ha venido, le haré algunas preguntas, y se lo agradeceré mucho. Respóndame a esto, pues. ¿Quién cree usted que intentaba asesinar a *sir* Eustace Pennefather?

Con delicadeza, Moresby tomó un sorbo de su *whisky* con soda.

—Ya sabe lo que opino, señor Sheringham.

—En realidad no lo sé —replicó Roger—. Sólo sé lo que me ha dicho que opina.

—Yo no me he encargado en absoluto del caso, señor Sheringham —contestó Moresby, sin comprometerse.

—¿Quién cree usted realmente que trataba de asesinar a *sir* Eustace Pennefather? —repitió Roger con paciencia—. Según su propia opinión, ¿es correcta o errónea la teoría de la policía?

Moresby entre la espada y la pared, se permitió la novedad de hablar con extraoficial franqueza. Sonrió con disimulo, como ante un pensamiento secreto.

—Bien, señor Sheringham —dijo con lentitud—, ¿acaso no es útil nuestra teoría? Me refiero a que nos facilita todo los pretextos para no descubrir al asesino. Difícilmente se puede esperar que estemos en contacto con todas las criaturas del país que están fuera de sus cabales y puedan poseer impulsos homicidas.

»Nuestra teoría será hecha pública al concluir la suspendida encuesta judicial, en un plazo aproximado de quince días, con los motivos y los hechos que la respaldan, y cualquier prueba contraria a la misma no será mencionada, y usted verá cómo el juez estará conforme, y el jurado estará conforme, y los periódicos estarán conformes, y todos dirán que, realmente, en esta ocasión no se puede culpar a la policía por no haber atrapado al asesino, y todo el mundo estará contento.

—Excepto el señor Bendix, que no ha vengado el asesinato de su esposa —añadió Roger—. Moresby, está usted manifestando un auténtico sarcasmo. Y de todo ello deduzco que usted,

personalmente, se apartará de este amigable acuerdo general. ¿Cree que el caso ha sido mal llevado por su gente?

La última pregunta de Roger siguió tan de cerca a sus comentarios previos, que Moresby la respondió antes siquiera de tener tiempo de pensar en la posible indiscreción de hacerlo.

—No, señor Sheringham, no lo creo. Farrar es un hombre competente y no dejaría piedra sin remover... ninguna piedra, quiero decir, que pudiera remover. —Moresby hizo una significativa pausa.

—¡Ah! —dijo Roger.

Habiéndose comprometido hasta este punto, Moresby parecía dispuesto a seguir adelante. Volvió a acomodarse en su butaca y, temerariamente, bebió un respetable sorbo de su vaso. Roger, atreviéndose apenas a respirar demasiado alto por temor a ponerle obstáculos, examinó el fuego con detenimiento.

—Éste es un caso muy difícil, ¿comprende señor Sheringham? —declaró Moresby—. Por supuesto que Farrar tenía una mente abierta cuando emprendió sus investigaciones sobre el mismo, y conservó su mente abierta incluso después de haberse enterado de que *sir* Eustace era un poco más crápula de lo que imaginara en un principio. Es decir, que nunca perdió de vista el hecho de que podría haber sido algún lunático ajeno quien le enviase los bombones a *sir* Eustace, movido por un sentimiento socialista o religioso general, que le indujera a creer que le haría un favor a la sociedad o al cielo quitándole de en medio. Un fanático, podría decirse.

—Asesinato por convicción —murmuró Roger—. ¿Ah sí?

—Pero, naturalmente, en lo que Farrar se concentraba era en la vida privada de *sir* Eustace. Y es aquí donde nosotros, los agentes de policía, estamos en desventaja. No nos resulta fácil investigar la vida privada de un *baronet*. Nadie quiere prestarnos ayuda; todo el mundo parece deseoso de ponernos obstáculos. Todas las pistas que Farrar consideraba prometedoras le condujeron a un callejón sin salida. El mismo *sir* Eustace le dijo que se fuera al diablo y no se anduvo con rodeos.

—Es natural, desde su punto de vista —dijo Roger pensativo—. Lo último que querría ver sería un haz de sus pecadillos dispuesto para una fiesta de la cosecha en el tribunal.

—Sí, y la señora Bendix yaciendo en su tumba a causa de ellos —replicó Moresby con aspereza—. No, él fue responsable de su muerte, aunque admitiré que bastante indirectamente, y a él le incumbía mostrarse lo más servicial posible con el agente de policía que investigaba el caso. Pero allí estuvo Farrar; no pudo llegar más lejos. Desenterró uno o dos escándalos, es cierto, pero a ninguna parte le condujeron. Así que... bueno, él no ha reconocido esto, señor Sheringham y, como usted comprenderá, yo no debería decírselo; es algo que no debe salir de esta habitación, téngalo en cuenta.

—Santo cielo, claro que no —dijo Roger con impaciencia.

—Pues bien, mi opinión particular es que Farrar fue impulsado a la otra conclusión en defensa propia. Y el jefe tuvo que aprobarla también en defensa propia. Pero si quiere llegar al fondo de la cuestión, señor Sheringham (y a nadie le complacería más que al propio Farrar), le aconsejo concentre su atención en la vida privada de *sir* Eustace. Usted tiene más posibilidades que cualquiera de nosotros: usted se encuentra en su nivel, usted conocerá a miembros de su club, usted conocerá personalmente a sus amigos, y a los amigos de sus amigos. Y éste —concluyó Moresby—, es el consejo que realmente he venido a darle.

—Eso es muy amable de su parte, Moresby —dijo Roger efusivamente—. Muy amable. Tómese otro trago.

—Pues muchas gracias, señor Sheringham —dijo el inspector jefe Moresby.

Roger reflexionó mientras mezclaba las bebidas.

—Creo que tiene razón, Moresby —dijo despacio—. De hecho, he estado pensando detenidamente en esos indicios desde que leí el primer informe completo. La verdad reside en la vida privada de *sir* Eustace, estoy convencido. Y si fuera supersticioso, que no lo soy, ¿sabe lo que creería? Que el asesino falló su blanco y *sir*

Eustace escapó de la muerte por expresa intención de la providencia; de manera que él, la víctima destinada, sería el irónico instrumento encargado de llevar a su intencionado asesino a la justicia.

—¿De veras creería eso, señor Sheringham? —dijo el sarcástico inspector jefe, que tampoco era supersticioso. La idea parecía gustarle bastante a Roger.

—*El azar vengador*. Es un buen título para una película, ¿no es cierto? Pero hay en él una grande y terrible verdad. ¿Cuántas veces sus hombres de Scotland Yard no tropiezan con alguna prueba de vital importancia por pura casualidad? ¿En cuántas ocasiones no se ha visto conducido hasta la solución correcta por lo que parecen ser una serie de simples coincidencias? No estoy desvalorizando su trabajo detectivesco; pero piense tan sólo en la frecuencia con la que una brillante pieza de trabajo detectivesco que le ha guiado a lo largo de la mayor parte del camino, pero no los últimos metros decisivos, recibe un singular golpe de pura suerte (de suerte totalmente bien merecida, sin duda, pero suerte), el cual se limita a completar el caso por usted. Se me ocurren veintenas de ejemplos. El asesinato del Milsom y Fowler, por citar uno. ¿Comprende a qué me refiero? ¿Se trata cada vez de casualidad? ¿O es la providencia vengando a la víctima?

—Bueno, señor Sheringham —dijo el inspector jefe Moresby—, para serle franco, no me importa lo que sea, mientras me permita atrapar al hombre adecuado.

—Moresby —se rió Roger—, es usted imposible.

A *SIR* CHARLES WILDMAN, según se decía, le interesaban más los hechos honrados que las supercherías psicológicas.

Los hechos le eran muy queridos a *sir* Charles. Más aún, no podía vivir sin ellos. Sus ingresos de aproximadamente treinta mil libras anuales provenían por entero de la manera autoritaria en que era capaz de manejarlos. Nadie había entre el cuerpo de abogados que pudiera deformar de modo tan convincente un hecho honesto pero complicado hasta darle una interpretación completamente distinta de la que cualquier persona corriente (el fiscal, por ejemplo) le habría dado. Él podía coger ese hecho, mirarlo con audacia a la cara, retorcerlo, leer un mensaje en su nuca, volverlo del revés y descubrir augurios en sus entrañas, bailar triunfalmente sobre su cadáver, pulverizarlo por completo, remoldearlo si era necesario en una forma totalmente diferente y, por último, si el hecho aún tenía el atrevimiento de conservar algún vestigio de su aspecto primario, rugirle de la manera más aterradora. Si eso fallaba, estaba perfectamente preparado para llorar ante él en pleno tribunal.

No era de extrañar que *sir* Charles Wildman, un abogado de categoría superior, percibiese anualmente esa suma de dinero por transformar los hechos de aspecto amenazador para sus clientes en innumerables palomitas cada una de las cuales proclamaba arrulladora la tierna inocencia de tales clientes. Si al lector le

interesan las estadísticas, podría añadirse que, de colocarse uno encima del otro, el número de asesinos que *sir* Charles había salvado de la horca durante su carrera habría realmente alcanzado una importante altura.

Sir Charles Wildman había comparecido raras veces en calidad de acusador. No se considera elegante que el fiscal vocifere, y hay escasa necesidad de sus lágrimas. Sus bramidos y sus lágrimas públicas constituían la mejor baza de *sir* Charles Wildman. Procedente de la vieja escuela, era uno de sus ultimísimos representantes; le parecía que la vieja escuela le pagaba generosamente.

Por consiguiente, en cuanto su mirada, de modo impresionante, inspeccionó el Círculo de los Crímenes en su próxima reunión, una semana después de que Roger hiciera su propuesta, y se ajustó los quevedos con montura de oro sobre su nariz un tanto abultada, a los demás miembros no les cupo la menor duda de la calidad del espectáculo que les esperaba. Al fin y al cabo, iban a disfrutar por nada de lo que ascendía a un escrito de mil guineas en un juicio.

Sir Charles echó un vistazo al bloc de notas que llevaba en la mano y carraspeó. Ningún abogado podía carraspear con un tono tan amenazador como *sir* Charles.

—Damas y caballeros —empezó, en tono de importancia—, no resulta anormal que yo debería haber manifestado un mayor interés en este asesinato que quizá cualquier otra persona, a causa de razones personales que, sin duda, ya se les habrán ocurrido. El nombre de *sir* Eustace Pennefather, como ustedes deben de saber, se ha mencionado en relación con el de mi hija, y si bien la noticia de su compromiso no fue tan sólo prematura sino del todo carente de base, es inevitable que sintiera una cierta relación personal, leve, no obstante, con esta tentativa de asesinar a un hombre a quien se ha mencionado como mi posible yerno.

»No deseo insistir en este aspecto personal del caso, el cual, por lo demás, he tratado de considerar tan impersonalmente como cualquier otro con el que haya estado vinculado; pero lo expongo

más que nada como una excusa, puesto que ello me ha permitido abordar el problema planteado por nuestro presidente con un conocimiento más profundo de la persona interesada del que el resto de ustedes pudiera tener y me temo, asimismo, con información a mi disposición que contribuye en gran medida a indicar la verdad de este misterio.

»Sé que debería haber puesto tal información a disposición de mis consocios la semana pasada y les pido disculpas de todo corazón por no haberlo hecho; pero la verdad es que entonces no comprendí que mi conocimiento estuviera relacionado en modo alguno con la solución o fuese siquiera remotamente provechoso, y sólo cuando empecé a reflexionar sobre el caso con el propósito de resolver el trágico enredo, se grabó en mí la decisiva importancia de esta información. —*Sir* Charles hizo una pausa y permitió que la sonoridad de su florido lenguaje resonase por la sala.

»Ahora, con la ayuda de la misma —declaró, mirando gravemente una cara tras otra—, soy del parecer que he descifrado este enigma.

Un revuelo de emoción, no por esperado menos sincero, se extendió por el leal Círculo.

Sir Charles se quitó los quevedos con un movimiento brusco y los balanceó, en un gesto característico, en su ancha cinta.

—Sí, creo, de hecho estoy seguro, que estoy a punto de elucidar para ustedes este oscuro asunto. Y por esa razón lamento que la suerte de hablar en primer lugar haya recaído en mí. Tal vez habría sido más interesante que se nos hubiera permitido examinar algunas otras teorías primero y demostrar su falsedad, antes de que indagáramos hasta llegar a la verdad. Es decir, suponiendo que haya otra teoría que examinar.

»No me sorprendería, sin embargo, descubrir que todos ustedes se hubieran visto lanzados a la misma conclusión a la cual yo he sido conducido. En lo más mínimo. No pretendo poseer facultades excepcionales al admitir que los hechos me hablasen por sí mismos; no me enorgullezco de la menor intuición sobrehumana al haber

sido capaz de investigar más a fondo este oscuro asunto que nuestros agentes solventadores de misterios y descifradores de extraños enigmas, el cualificado cuerpo de detectives. Todo lo contrario. Sólo soy un ser humano corriente, no dotado de más facultades que cualquiera de mis semejantes. No me asombraría ni un instante el enterarme de que sólo estoy siguiendo los pasos de algunos de ustedes al depositar la culpa sobre la persona que, como aduzco estoy a punto de demostrarles más allá de toda posibilidad de duda, cometió este horrible crimen.

Habiéndose así prevenido contra la improbable contingencia de que algún otro miembro del Círculo hubiera sido tan listo como él, *sir* Charles se ahorró un poco de cháchara y fue directo al grano.

—Emprendí mis investigaciones con una pregunta en mi mente, y sólo una... la pregunta cuya respuesta correcta ha resultado ser una guía segura hasta el criminal en casi todos los asesinatos que se han cometido nunca, la pregunta que casi ningún criminal puede evitar dejar tras de sí, irrecusable, aunque conozca la respuesta: la pregunta... *cui bono*? —*Sir* Charles se concedió un momento de silencio cargado de expectación—. ¿Quién —tradujo amablemente— salió ganando? ¿Quién —parafraseó, a beneficio de cualquier posible imbécil de entre la audiencia—, por decirlo sin remilgos, puntuaría por la muerte de *sir* Eustace Pennefather? —Lanzó vistazos inquisitivos por debajo de sus pobladas cejas, pero sus oyentes participaron sumisos en el juego; nadie se comprometió a informarle antes de tiempo.

Sir Charles era con mucho un retórico experto para informarles a su vez antes de tiempo. Dejando la pregunta como un inmenso interrogante en sus mentes, se desvió hacia otra senda.

—Ahora, a mi entender, sólo había tres indicios concretos en este crimen —continuó, en tono casi familiar—. Me refiero, por supuesto, a la carta falsificada, la envoltura y los mismos bombones. De aquéllos, la envoltura sólo podía resultar útil en cuanto a su matasellos. Las señas manuscritas las descarté como inservibles. Las podría haber escrito cualquiera, en cualquier momento. Me

pareció que no llevaba a parte alguna y fui incapaz de ver que los bombones y la caja que los contenía poseyeran la menor utilidad como pruebas, puedo estar equivocado, pero no pude verlo. Eran muestras de una famosa marca, a la venta en centenares de tiendas; sería infructuoso tratar de localizar a su vendedor. Además, todas las posibilidades en esa dirección las habría sin duda explorado ya la policía. Me quedaban, en síntesis, sólo dos pruebas materiales: la carta falsificada y el matasellos en la envoltura, sobre las cuales debía erigirse la estructura completa de la investigación.

Sir Charles hizo una nueva pausa, para dejar que la magnitud de su labor se abriera paso en las mentes de los otros; al parecer, había olvidado el hecho de que su problema tendría que haber sido común a todos. Roger, quien con dificultad había permanecido en silencio durante tanto tiempo, introdujo una discreta pregunta.

—¿Se había decidido ya acerca del criminal, *sir* Charles?

—Ya había respondido para mi propia satisfacción la pregunta que me había formulado a mí mismo, a lo cual me referí hace unos minutos —repuso *sir* Charles, con dignidad, pero sin ser explícito.

—Comprendo. Ya se había decidido —concretó Roger por él—. Sería interesante saberlo, así nosotros podremos seguir mejor su método de abordar la investigación. ¿Entonces empleó métodos inductivos?

—Es posible, es posible —dijo *sir* Charles malhumorado. A *sir* Charles le disgustaba intensamente que le espolearan para que concretase.

Guardó unos momentos de ceñudo silencio, con el fin de recuperarse de la afrenta.

—La tarea, lo comprendí enseguida —prosiguió, con voz más severa—, no iba a resultar fácil. El período a mi disposición era en extremo limitado; las indagaciones de amplia repercusión eran, como es evidente, necesarias; mi tiempo se hallaba con mucho rigurosamente comprometido para permitirme realizar en persona cualquier investigación que pudiera parecerme aconsejable. Pensé con detenimiento en el asunto y decidí que la única manera posible

con la cual podría llegar a una conclusión, era estudiar los hechos del caso durante un tiempo suficiente, hasta que me encontrara en condiciones de formular una teoría capaz de resistir todos los análisis a que pudiera someterla extraídos de los conocimientos que obraban ya en mi poder, y luego confeccionar una meticulosa lista de puntos posteriores que eran ajenos a mi conocimiento, pero que debían tratarse de hecho si mi teoría fuese correcta; tales puntos podían entonces ser investigados por personas que actuasen en mi nombre y, si se veían justificados, mi teoría quedaría demostrada de manera concluyente. —*Sir Charles* tomó aliento.

—En otras palabras —murmuró Roger, con una sonrisa a Alicia Dammers, transformando cien palabras en cuatro—, decidí emplear métodos inductivos. —Pero habló tan bajo que nadie más que la señorita Dammers le oyó.

Ella le devolvió la sonrisa, agradecida. El arte de la palabra escrita no es como el de la palabra hablada.

—Concebí mi teoría —anunció *sir Charles* con sorprendente sencillez. Tal vez aún le faltaba un poco el aliento—. Concebí mi teoría. Forzosamente, la mayor parte de ella fueron conjeturas. Permítanme darles un ejemplo. La tenencia por parte del criminal de una hoja de papel para cartas de Mason e hijos, me había desconcertado más que cualquier otra cosa. No era un artículo que la persona en la que pensaba pudiera esperarse que poseyera y, menos aún, fuese capaz de adquirir. No podía imaginar método alguno por el cual, con el plan ya determinado y la hoja de papel que se requería para su ejecución, una cosa así pudiera ser adquirida deliberadamente por la persona en cuestión sin levantar sospechas más tarde.

»Por consiguiente, llegué a la conclusión de que la efectiva capacidad de obtener una hoja de papel para cartas de Mason sin despertar la menor sospecha era motivo de que se emplease el papel de esa firma en particular. —*Sir Charles* miró triunfante en derredor, como si esperase algo.

Roger se lo proporcionó; con todo, a cada uno de ellos se le debía de haber ocurrido con igual rapidez que la idea resultaba casi demasiado obvia para merecer comentario alguno.

—Es un punto en verdad muy interesante, *sir* Charles. Muy ingenioso.

Sir Charles asintió, expresando su conformidad.

—Admito que se trata de una pura conjetura. Nada más que una conjetura. Pero una conjetura que finalmente resultó justificada. —*Sir* Charles se estaba perdiendo de tal modo en la admiración de su propia perspicacia, que se había olvidado de toda su afición a las frases largas y tortuosas y las oraciones subordinadas de lento fluir. Su voluminosa cabeza se sacudió enérgicamente sobre sus hombros.

—Me detuve a pensar cómo algo semejante podía llegar a manos de alguien y si su posesión podría verificarse luego. Al fin se me ocurrió que muchas empresas intercalan una hoja de papel para cartas con una factura, con las palabras «Le saludamos atentamente» o alguna frase similar mecanografiada en ella. Ello originó tres preguntas. ¿Cultivaban en la casa Mason esa costumbre? ¿Tenía la persona en cuestión una cuenta en dicha casa? O, más específicamente, para explicar el borde amarillento del papel, ¿la había tenido en el pasado? ¿Quedaba algún indicio en el papel de que una frase de tales características hubiera sido cuidadosamente borrada?

»Damas y caballeros —tronó *sir* Charles, colorado de emoción—, ustedes comprenderán que las probabilidades contrarias a que esas tres preguntas pudieran responderse de manera afirmativa eran enormes. Abrumadoras. Antes de formulármelas sabía que, si resultaba ser así, no se podría considerar responsable a la simple casualidad. —*Sir* Charles bajó la voz—. Yo sabía —dijo despacio— que si esas tres preguntas fueran respondidas de manera afirmativa, la persona en quien pensaba debía ser tan culpable como si yo la hubiera visto con mis propios ojos inyectando el veneno en aquellos bombones.

Hizo una pausa y miró en derredor de modo impresionante, atrayendo todos los ojos hacia su rostro.

—Damas y caballeros, esas tres preguntas fueron respondidas afirmativamente.

La oratoria es un arte poderoso. Roger sabía a la perfección que *sir* Charles, por la fuerza de la costumbre, estaba empleando sobre ellos todos los habituales y trillados trucos forenses. Roger notó que se contuvo con dificultad de añadir «del jurado» a su «Damas y caballeros». Pero, en realidad, eso era todo lo que podía esperarse. *Sir* Charles tenía una buena historia que contar, y una historia en la que estaba claro creía con sinceridad y, simplemente, la estaba contando de la manera que, tras todos esos años de práctica, le resultaba más natural. No era eso lo que fastidiaba a Roger.

Lo que le fastidiaba era que él había seguido a duras penas la pista de una liebre completamente distinta y, convencido como lo había estado de que la suya debía ser la correcta, al principio sólo había experimentado una ligera diversión mientras *sir* Charles se entretenía jugueteando con su presa particular. Ahora se había dejado influenciar por la simple retórica, aunque no ignorase lo barata que era, y comenzado a hacerse preguntas.

¿Pero era sólo la retórica lo que había hecho que empezase a dudar? *Sir* Charles parecía disponer de varios hechos sustanciales que entretener en la diáfana telaraña de su oratoria. Y si bien podía ser un viejo pomposo, desde luego que no era tonto. Roger comenzó a sentir una inconfundible desazón, puesto que su propia liebre, hubo de admitirlo, era muy esquiva.

En cuanto *sir* Charles procedió a desarrollar su tesis, el desasosiego de Roger empezó a convertirse en evidente desdicha.

—No puede existir la menor duda respecto de ello. A través de un agente averigüé que la casa Mason, una empresa anticuada, invariablemente ofrecía a los clientes que tuvieran una cuenta con ellos (nueve décimas partes de su negocio son, por supuesto, de venta al por mayor) la cortesía de incluir una nota de agradecimiento, no más de dos o tres palabras mecanografiadas en

el centro de una hoja de papel para cartas. Descubrí que esta persona había tenido una cuenta en la empresa, la cual fue aparentemente cancelada cinco meses atrás; es decir, se envió en aquel momento un cheque de liquidación y, desde entonces, no se han encargado más productos.

»Además, encontré tiempo para efectuar una visita especial a Scotland Yard con el fin de volver a examinar la carta. Al mirar el dorso pude distinguir señales del todo inconfundibles, aunque indescifrables, de antiguas palabras mecanografiadas en el centro de la página. Éstas cortaban por la mitad una de las frases de la carta, y eso demuestra que no podrían haber sido una borradura de dicha frase; su longitud corresponde a la nota que esperaba y muestran indicios de los más cuidadosos intentos, por medio de frotar, enrollar y doblar repetidamente el papel satinado, de suprimir no sólo la tinta de la máquina de escribir, sino incluso las mismas muescas causadas por los tipos.

»Ésta, creí, era la prueba concluyente de que mi teoría era correcta y me dispuse de inmediato a resolver los otros puntos inciertos que se me habían ocurrido. Quedaba poco tiempo y recurrí ni más ni menos que a cuatro empresas de fiables agentes de investigación, entre los cuales dividí la tarea de suministrarme los datos que estaba buscando. Esto no sólo me ahorró un tiempo considerable, sino que tuvo la ventaja de no depositar la suma total de la información obtenida en otras manos que las mías. En verdad, hice lo mejor que pude, tanto en distribuir mis preguntas como en impedir que cualquiera de las firmas llegase siquiera a imaginar el propósito que yo tenía en mente; y en esto soy de la opinión de que he tenido éxito.

»Acto seguido me ocupé del matasellos. Por exigencias del caso, era preciso demostrar que mi sospechosa había estado realmente en las cercanías del Strand a la hora en cuestión. Ustedes dirán —sugirió *sir* Charles, examinando las caras interesadas que le circundaban y escogiendo al señor Morton Harrogate Bradley como el causante de esa fútil objeción—.

Ustedes dirán —le dijo con severidad al señor Bradley— que ello no era necesario. El paquete podía haber sido echado al correo con toda la inocencia por un inconsciente cómplice a quien le hubiera sido confiado, de suerte que el verdadero criminal dispusiera de una inquebrantable coartada para aquel período; tanto más cuanto la persona a quien me refiero no se hallaba efectivamente en este país, así que sería muy fácil rogarle a una amiga que pudiera viajar a Inglaterra que se encargara del trabajo de echar el paquete al correo en este país y así ahorrarse el coste del franqueo desde el extranjero, que, en lo que a paquetes se refiere, no es insignificante.

»No estoy de acuerdo —le dijo *sir* Charles al señor Bradley con mayor severidad aún—. He meditado sobre este punto y no creo que la persona en la que pienso se comprometiera a correr un riesgo de tamaña gravedad, ya que la amiga se acordaría casi con toda certeza del incidente cuando leyera el caso en los periódicos, como sería prácticamente inevitable.

»No —concluyó *sir* Charles, aniquilando por fin al señor Bradley de una vez por todas—, estoy convencido de que la persona en la que pienso comprendería que nadie más debía tocar ese paquete hasta que hubiera pasado a la custodia de la oficina de correos.

—Por supuesto —dijo el señor Bradley académicamente— que la señora Pennefather puede no haber tenido un cómplice inocente, sino uno culpable. ¿Habrás pensado en ello, no? —El señor Bradley logró dar a entender que el asunto carecía de auténtico interés, pero como *sir* Charles dirigiera tales observaciones hacia él, no hubo más que cortesía en comentarlas.

Sir Charles adquirió un visible tono púrpura. Se sentía orgulloso del hábil modo en que había estado ocultando el nombre de su sospechosa, con el fin de sacarlo a relucir justo al final, entre un maravilloso redoblar de tambores, después de demostrar su caso, igual que en una auténtica novela policíaca. Y ahora ese miserable escritorzuelo de las mismas lo había echado todo a perder.

—Señor —entonó, con oportunos aires johnsonianos—, debo llamarle la atención sobre el hecho de que no he mencionado

nombre alguno en absoluto. Hacer semejante cosa es muy imprudente. ¿Es preciso que le recuerde que existe algo llamado ley de difamación?

Morton Harrogate esbozó su exasperante sonrisa de superioridad (realmente era un joven de lo más insufrible).

—¡De veras, *sir* Charles! —se mofó, acariciándose el pequeño y pulcro objeto que lucía sobre su labio superior—. No voy a escribir un relato acerca de la señora Pennefather tratando de asesinar a su marido, si es eso contra lo que me previene. ¿O podría ser que se refiriese, posiblemente, a la ley de calumnia?

Sir Charles, que se había referido a la calumnia, envolvió al señor Bradley con una feroz mirada carmesí.

Roger corrió al rescate. Los combatientes le recordaban un toro y un tábano, y ésta es una disputa que, a menudo, resulta muy divertido observar. Pero el Círculo de los Crímenes se había fundado con el fin de investigar los crímenes de los demás, no para proporcionar oportunidades de que se cometieran otros nuevos. A Roger no le agradaban particularmente ni el toro ni el tábano, pero ambos le divertían en sus diferentes maneras; no tenía, desde luego, aversión a ninguno. Al señor Bradley, por otra parte, le caían mal tanto Roger como *sir* Charles. De los dos, Roger le resultaba más antipático porque era un caballero y pretendía no serlo, mientras que él mismo no era un caballero y pretendía serlo. Y eso, con seguridad, es causa suficiente para tomar inquina a cualquiera.

—Me alegra que haya planteado este punto, *sir* Charles —dijo ahora Roger afablemente—. Es algo que hemos de considerar. Personalmente, no veo cómo vamos a realizar progreso alguno a no ser que lleguemos a un acuerdo sobre la ley de calumnia, ¿no creen ustedes?

Sir Charles consintió en ser apaciguado.

—Es un punto difícil —convino el abogado que había en él, inundando de inmediato al ultrajado ser humano. Un abogado nato se apartará de cualquier otra ocupación de segundo orden, incluyendo los escritos, por un aspecto legal realmente espinoso, lo

mismo que una mujer nata se pondrá su mejor juego de ropa interior y se empolvará la nariz antes de introducir esta última en la cocina de gas.

—Creo —dijo Roger cuidadosamente, deseoso de no herir susceptibilidades legales (era una propuesta temeraria para que la hiciera un profano), que deberíamos pasar por alto esta ley particular. Quiero decir —añadió con precipitación, observando el aspecto dolorido de la frente de *sir* Charles al pedírsele que condenase esta violación de una *lex intangenda*—, quiero decir que habríamos de llegar a algún acuerdo referente a que todo cuanto se diga en esta sala debería estar libre de prejuicios, o quedar entre amigos, o... o no en el espíritu del adverbio —se lanzó con desesperación—, o como se diga en las tortuosidades legales. —En general, no fue un discurso diplomático.

Pero es dudoso que *sir* Charles lo oyera. Una mirada distraída se había posado en sus ojos, como un señor de la apelación canturreando sobre un pedazo de cinta roja.

—La calumnia, como todos sabemos —murmuró—, consiste en la malévola pronunciación de unas palabras de características tales como para exponer a la parte que las pronuncia en presencia de otros a una demanda a petición de la parte a quien van dirigidas. En este caso, siendo la acusación de un crimen o delito de menor cuantía, el cual es punible corporalmente, los perjuicios pecuniarios no tendrían que demostrarse y, siendo la acusación difamatoria, su falsedad sería presumible y la responsabilidad de probar su veracidad recaería sobre el demandado. Por consiguiente, tendríamos que la interesante situación del acusado en una demanda por calumnia devendría, en esencia, la del querellante en un litigio civil por asesinato. Y, realmente —dijo *sir* Charles, muy confuso—, no sé lo que ocurriría entonces.

—Eh... ¿qué hay de la impunidad? —sugirió Roger débilmente.

—Por supuesto —le ignoró *sir* Charles—, en la declaración tendrían que constar las verdaderas palabras usadas, no simplemente su significado e inferencia generales; y no tener éxito

en demostrar que fueron dichas daría como resultado que el querellante no es apto; así, a menos que aquí se hubieran tomado notas y sido éstas firmadas por un testigo que hubiese oído la difamación, no acabo de ver cómo podría ser admisible una demanda.

—¿Inmunidad? —murmuró Roger desesperadamente.

—Además, yo habría de sostener la opinión —dijo *sir* Charles, animándose— de que ésta podría considerarse una de aquellas peculiares ocasiones en que las afirmaciones, difamatorias en sí mismas e incluso falsas, se pueden hacer si es a partir de un motivo perfectamente justo y con una firme convicción de su veracidad. En tal caso, la suposición se vería trastocada y el querellante tendría la responsabilidad de probar, y esto con la satisfacción de un jurado, que el demandado fue movido por expresa malevolencia. En tal caso, supongo que el tribunal se vería regido casi enteramente por consideraciones de conveniencia pública, las cuales casi probablemente se referirían a...

—¡Inmunidad! —dijo Roger en alta voz.

Sir Charles le dirigió una sombría mirada de fanático, roja como la tinta. Pero esta vez la palabra había hecho mella.

—A eso iba —le reprendió—. Ahora, en nuestro caso, apenas creo que un alegato de inmunidad privada, los límites son, desde luego, sumamente difíciles de definir. En caso de que pudiéramos abogar con éxito, sería dudoso si todas las afirmaciones realizadas aquí son cuestiones de comunicación puramente privada, ya que debe resolverse si este Círculo constituye, en realidad, una asamblea pública o privada. Ambos puntos —dijo *sir* Charles con gran interés— podrían discutirse. O incluso, si vamos a eso, si es una corporación privada reuniéndose en público o, viceversa, una asamblea pública celebrada en privado. Es un punto muy discutible. —*Sir* Charles balanceó sus quevedos durante un momento para dar énfasis a la extrema discutibilidad del punto.

»Pero me inclino a aventurar la opinión —se lanzó por fin— de que, en general, podríamos tener motivo para aferrarnos a la

sumisión de que la ocasión goza de inmunidad en tanto se refiere por entero a comunicaciones realizadas sin *animus injuriandi* alguno, sino únicamente en el cumplimiento de un deber, no necesariamente legal, sino moral o social, y cualesquiera afirmaciones así pronunciadas se hallan bajo la cobertura de un alegato de *veritas convicii*, siendo realizado, dentro de los límites convenientes, por personas en un proceso de *bona fide*, particular y de interés público. Sin embargo, tengo el deber de decir —*sir* Charles recurrió de inmediato a las evasivas, como si le horrorizase el haber acabado por comprometerse—, que ésta no es una cuestión de completa seguridad, y una actitud más prudente podría ser la de evitar la mención directa de cualquier nombre, mientras que nada nos impide indicar, de manera inequívoca, tal como por medio de signos o, posiblemente, por medio de algún modo de imitación o representación, a la persona a quien respectivamente nos refiramos.

—Sin embargo —hostigó el presidente, con voz débil pero porfiada—, ¿en general cree usted que la ocasión puede considerarse privilegiada y que podemos seguir adelante y mencionar los nombres que queramos?

Los quevedos de *sir* Charles describieron un círculo completo y simbólico.

—Creo —dijo *sir* Charles, realmente con gran autoridad (después de todo, era una opinión que le habría costado al Círculo una suma tan asombrosamente redonda, que en el despacho se había comentado con gran respeto que *sir* Charles no necesitaba que le escatimaran un poco de autoridad en la comunicación de la misma)—, creo —dijo *sir* Charles—, que podríamos correr ese riesgo.

—¡Muy bien! —dijo el presidente con alivio.

—NO ME SORPRENDERÍA —continuó *sir* Charles—, que muchos de ustedes hubieran llegado a la misma conclusión que yo con respecto a la identidad del asesino. A mí me parece que el caso guarda una semejanza tan sorprendente con uno de los asesinatos clásicos, que la similitud apenas puede haber pasado desapercibida. Me refiero, por supuesto, al caso de Marie Lafarge.

—¡Oh! —exclamó Roger, sorprendido. Por lo que a él se refería, tal similitud había pasado desapercibida. Se revolvió incómodo; pensó que la semejanza era evidente.

—Ahí tenemos también a una esposa, acusada de enviar un artículo envenenado a su marido. Si el artículo era un pastel o una caja de bombones, no viene al caso. Lo que hará, tal vez, que...

—Pero nadie en su sano juicio cree todavía que Marie Lafarge era culpable —le interrumpió Alicia Dammers, con poco común indignación—. Prácticamente se ha demostrado que el pastel fue enviado por el capataz, o lo que fuera. ¿No se llamaba Dennis? Su móvil era también mucho más importante que el suyo.

Sir Charles la miró con severidad.

—Creo que he dicho acusada de enviarlo. Hablaba de un hecho, no de una opinión.

—Lo siento —dijo la señorita Dammers sin alterarse, con una inclinación de cabeza.

—En todo caso, sólo menciono la coincidencia por lo que vale. Reanudemos ahora nuestra discusión en el punto en que la dejamos. Con respecto a ésta, el problema que acaba de plantearse —dijo *sir* Charles, resueltamente impersonal—, se refiere a si la señora Pennefather pudo no haber tenido una cómplice inocente sino una culpable. Esa duda ya se me había ocurrido. Estoy convencido de que éste no es el caso. Fue ella sola quien planeó y llevó a cabo este asunto.

—Hizo una pausa, invitando a que se le formulara la pregunta evidente.

Roger se la proporcionó con suma diplomacia.

—¿Cómo pudo hacerlo, *sir* Charles? Sabemos que estuvo todo el tiempo en el sur de Francia. La policía ya investigó este punto concreto. Ella tiene una sólida coartada.

Sir Charles le concedió una efusiva sonrisa.

—Ella *tenía* una sólida coartada. Yo la he destruido.

»Esto es lo que ocurrió realmente. Tres días antes de que el paquete fuera echado al correo, la señora Pennefather abandonó Mentone y fue, en apariencia, una semana a Avignon. Al final de la semana regresó a Mentone. Su firma figura en el registro del hotel de Avignon, ella tiene la factura, todo está completamente en orden. El único detalle curioso es que, según parece, no se llevó a su criada, una joven con aires de suficiencia, aspecto distinguido y buenos modales, a Avignon con ella, puesto que la factura del hotel corresponde a una sola persona. Y, no obstante, la criada no se quedó en Mentone. Así pues, ¿desapareció la criada por completo? —preguntó *sir* Charles indignado.

—¡Oh! —asintió el señor Chitterwick, que había estado escuchando atentamente—. Entiendo. Qué ingenioso.

—Sumamente ingenioso —convino *sir* Charles, atribuyéndose satisfecho el mérito de la errónea ingeniosidad de la dama—. La criada ocupó el lugar de la señora; la señora efectuó una visita secreta a Inglaterra. Y yo lo he comprobado fuera de toda duda. Un agente, obrando de acuerdo a las instrucciones que le mandé por

telégrafo, le enseñó al propietario del hotel de Avignon una fotografía de la señora Pennefather y le preguntó si esa persona se había alojado alguna vez en el hotel; el hombre afirmó que no la había visto en su vida. Mi agente le mostró una instantánea que había obtenido de la criada; el propietario la reconoció en el acto como la señora Pennefather. Otra de mis «conjeturas» había resultado ser tan sólo demasiado exacta. —*Sir* Charles se reclinó en su silla y balanceó los quevedos en silencioso tributo a su propia astucia.

—¿Entonces la señora Pennefather tuvo una cómplice? —murmuró el señor Bradley, con el aire de alguien que discute *Los tres ositos* con una niño de cuatro años.

—Una cómplice inocente —replicó *sir* Charles—. Mi agente interrogó con diplomacias la criada y averiguó que su señora le había dicho que tenía que ir a Inglaterra por asuntos urgentes, pero, al haber pasado seis meses del año en curso en aquel país, habría de pagar el impuesto sobre la renta británico si volvía a poner los pies en Inglaterra ese año. Estaba en juego una suma considerable, y la señora Pennefather sugirió este plan como un medio de soslayar la dificultad, ofreciendo a la muchacha un generoso soborno. Como es natural, la oferta fue aceptada. Muy ingenioso, muy ingenioso. —Hizo otra pausa y sonrió efusivamente mirando en derredor, a la espera de elogios.

—Ha sido usted muy inteligente, *sir* Charles —murmuró Alicia Dammers, rompiendo el silencio.

—No dispongo de la menor prueba de su permanencia en este país —se lamentó *sir* Charles—, así que desde el punto de vista legal, los argumentos contra ella son incompletos en lo que a esto se refiere, pero el descubrirlo será cuestión de la policía. En todos los demás aspectos, me permito decir que mi caso está concluido. Lamento, lamento profundamente tener que decirlo, pero no me queda alternativa: la señora Pennefather es la asesina de la señora Bendix.

Se produjo un meditabundo silencio en cuanto *sir* Charles hubo terminado de hablar. Las preguntas estaban en el aire, pero a nadie parecía importarle ser el primero en formular una. Roger miraba al vacío, como si vigilara nostálgico, el rastro de su propia liebre. No había duda de que, tal como estaban las cosas por el momento, *sir* Charles parecía haber demostrado sus argumentos.

El señor Ambrose Chitterwick hizo de tripas corazón para romper el silencio.

—Debemos felicitarle, *sir* Charles. Su solución es tan brillante como sorprendente. Sólo se me ocurre una pregunta, que es la del móvil. ¿Por qué habría la señora Pennefather de desear la muerte de su marido cuando se encuentra efectivamente en trámites de divorciarse de él? ¿Tenía alguna razón para sospechar que no se le concedería un decreto?

—Ninguna en absoluto —respondió *sir* Charles suavemente—. Fue sólo porque estaba segura de que se le concedería un decreto que deseaba su muerte.

—No... no acabo de comprenderlo —tartamudeó el señor Chitterwick.

Sir Charles consintió que la perplejidad general continuase durante unos momentos antes de condescender a disiparla. Tenía la sensibilidad del orador por la atmósfera.

—Al principio de mis observaciones me referí a cierta información que había llegado a mis manos y había contribuido a mis esfuerzos por encontrar la solución. Ahora estoy dispuesto a revelar, en estricta confianza, cuál fue esa información.

»Ustedes ya saben que se habló de un compromiso entre *sir* Eustace y mi hija. Creo que no violaré los secretos de confesión si les digo que, no hace muchas semanas, *sir* Eustace acudió a mí y me pidió formalmente que sancionase un compromiso entre ellos tan pronto como el decreto *nisi* de su esposa hubiera sido pronunciado.

»No es preciso que les ponga al corriente de todo lo que se desprendió de esta entrevista. Lo que concierne a este asunto, es

que *sir* Eustace me comunicó de modo terminante que su esposa había estado poco dispuesta a divorciarse, y que sólo al final había conseguido él su propósito, tras hacer testamento enteramente a su favor e incluir en el mismo su finca de Worcestershire. Ella disponía de una pequeña renta particular y *sir* Eustace, además, iba a tenerlo en consideración en cuanto le fuera posible; pero con el crédito de la hipoteca de su finca consumiendo casi todo el alquiler que percibía por ella y sus otros gastos, ésta no podía ser muy importante. Su vida, sin embargo, estaba cuantiosamente asegurada con arreglo a las capitulaciones de la señora Pennefather y la hipoteca de la finca era del género llamado póliza de dote, y caducaba a su muerte. Él tenía, por lo tanto, como francamente admitía, muy poco que ofrecerle a mi hija.

»Como yo mismo —dijo *sir* Charles de modo impresionante—, ustedes no pueden comprender la trascendencia de esto. Según el testamento que existía entonces, la señora Pennefather, de no tener siquiera una renta adecuada, pasaría a ser una mujer relativamente rica a la muerte de su marido. Pero llegan a sus oídos rumores de una posible boda entre ese marido y otra mujer tan pronto como el divorcio esté consumado. ¿Acaso no es lo más probable que, una vez concluida esta obligación, se haga un nuevo testamento?

»Su carácter queda revelado con bastante claridad por su consentimiento en aceptar el soborno del testamento como un aliciente para el divorcio. Ella es, qué duda cabe, una mujer codiciosa, ávida de dinero. El asesinato no es más que el siguiente paso que da una mujer así. Y el asesinato es su única esperanza. No creo —concluyó *sir* Charles—, que necesite insistir más en este punto. —Sus quevedos se balancearon con deliberación.

—Es extraordinariamente convincente —dijo Roger con un leve suspiro—. ¿Piensa entregar esta información a la policía, *sir* Charles?

—Me figuro que dejar de hacerlo constituiría una grave negligencia de mi deber de ciudadano —respondió *sir* Charles, con

una pomposidad que no ocultaba en modo alguno lo satisfecho que estaba de sí mismo.

—¡Bah! —observó el señor Bradley, quien evidentemente no iba a mostrarse tan satisfecho con *sir* Charles como *sir* Charles lo estaba—. ¿Qué pasa con los bombones? ¿Forma parte de sus argumentos que los preparase aquí, o los trajo consigo?

Sir Charles agitó una ligera mano.

—¿Es eso esencial?

—Yo diría que sería muy esencial relacionarla de alguna manera con el veneno.

—¿El nitrobenceno? Valdría más tratar de relacionarla con la adquisición de los bombones. Ella no tendría la menor dificultad en obtenerlo. Yo considero su elección del veneno, de hecho, como algo equiparable con la ingeniosidad que ha manifestado en los otros detalles.

—Entiendo. —El señor Bradley se acarició su bigotito y miró belicosamente a *sir* Charles—. ¿Sabe, *sir* Charles? Pensándolo bien, usted no ha demostrado realmente la culpabilidad de la señora Pennefather, en absoluto. Todo lo que ha demostrado es el móvil y la oportunidad.

Una imprevista aliada se puso del lado del señor Bradley.

—¡Exactamente! —gritó la señora Fielder-Flemming—. Eso es lo que yo estaba a punto de señalar. Si entrega a la policía la información que ha reunido, *sir* Charles, no creo que le den las gracias por ello. Como dice el señor Bradley, usted no ha demostrado la culpabilidad de la señora Pennefather, ni algo parecido. Estoy completamente segura de que está del todo equivocado.

Sir Charles fue cogido tan de improviso, que por un momento sólo pudo mirarles con desconcierto.

—¡Equivocado! —logró exclamar—. Estaba claro que semejante posibilidad nunca había entrado en la órbita de *sir* Charles.

—Bueno, quizá sería mejor decir... que no tiene razón —rectificó la señora Fielder-Flemming con bastante humor.

—Pero mi estimada señora... —por una vez las palabras no llegaban a *sir* Charles—. Pero ¿por qué? —se defendió débilmente.

—Porque estoy segura de ello —replicó la señora Fielder-Flemming, de manera muy satisfactoria.

Roger había estado observando este intercambio con un gradual cambio de parecer. De ser hipnotizado por la autoconfianza y persuasión de *sir* Charles hasta adquirir una especie de conformidad, ahora, como reacción, se estaba volviendo hacia el otro extremo. ¡Diantre!, este tipo, Bradley, había estado al tanto después de todo. Y tenía toda la razón. Había tales lagunas en los argumentos de *sir* Charles que éste, como abogado defensor de la señora Pennefather podría haber hecho navegar un transatlántico por ellas.

—Por supuesto —dijo pensativo—, el hecho de que antes de ir al extranjero la señora Pennefather pudiera haber tenido una cuenta en la casa Mason no es sorprendente en lo más mínimo. Ni lo es el hecho de que la casa Mason envíe una nota de cortesía con sus facturas. Como el mismo *sir* Charles dijo, lo hacen muchas casas acreditadas, chapadas a la antigua. Y el hecho de que la hoja de papel en que fue escrita la carta se hubiera usado anteriormente con algún propósito, no sólo no es sorprendente si uno se para a pensarlo; es incluso evidente. A quienquiera que sea el asesino, se le plantearía el mismo problema de obtener la hoja de papel. Sí; en realidad, que las tres preguntas iniciales de *sir* Charles acertaran a tener respuestas afirmativas no parece poco más que una coincidencia.

Sir Charles se volvió hacia este nuevo antagonista como un toro herido.

—¡Pero las probabilidades en contra eran enormes! —rugió—. Si fue una coincidencia, fue la más increíble de todas las que haya podido experimentar en mi vida.

—Ah, *sir* Charles, pero usted tiene prejuicios —le dijo el señor Bradley con suavidad—. Y exagera terriblemente, ¿sabe? Parece que su estimación de las probabilidades sea, más o menos, de una

entre un millón. Yo las calcularía de seis a una. Permutaciones y combinaciones, ¿sabe usted?

—¡Al diablo con sus permutaciones, señor! —respondió *sir* Charles con énfasis—. Y también con sus combinaciones.

El señor Bradley se volvió hacia Roger.

—Señor presidente, ¿permiten las reglas de este club que un miembro insulte la ropa interior de otro miembro? Además, *sir* Charles —añadió para este furioso caballero—, yo no llevo de eso. Nunca lo he llevado, desde que era una criatura.

Por la dignidad de la presidencia, Roger no pudo unirse a las disimuladas risas de deleite que escaparon en torno de la mesa; en interés de la preservación del Círculo, tenía que verter aceite sobre esas agitadísimas aguas.

—Bradley, se está apartando de la cuestión, ¿no cree? Yo no quiero destruir forzosamente su teoría, *sir* Charles, ni desvirtuar, en modo alguno, la manera harto brillante en que la ha defendido; pero para mantenerse firme, su teoría debe ser capaz de soportar cualquier argumento que podamos formular contra ella. Eso es todo. Y creo honestamente que tiende a conceder una importancia un tanto excesiva a las respuestas a esas tres preguntas. ¿Qué dice usted, señorita Dammers?

—Estoy de acuerdo —dijo resueltamente la señorita Dammers—. La manera en que *sir* Charles subrayó su importancia, me recordó, en su momento, uno de los trucos favoritos de los escritores de novelas policíacas. Dijo, si mal no recuerdo, que si esas preguntas eran respondidas afirmativamente él sabía que su sospechosa era tan culpable como si la hubiera visto con sus propios ojos introducir el veneno en los bombones, puesto que las probabilidades en contra de una fortuita respuesta afirmativa a las tres era incalculable. En otras palabras, se limitó a hacer una rotunda afirmación, carente del apoyo de pruebas o razonamiento.

—¿Y eso es lo que hacen los escritores de novelas policíacas, señorita Dammers? —preguntó el señor Bradley, con una sonrisa tolerante.

—Invariablemente, señor Bradley. Lo he notado en sus propios libros. Usted afirma una cosa con tanto énfasis, que el lector no piensa en cuestionársela. «Aquí —dice el detective—, hay una botella de líquido rojo y allí una de líquido azul. Si estos dos líquidos resultan ser tinta, entonces sabemos que fueron adquiridos para rellenar los tinteros vacíos de la biblioteca con tanta certeza como si hubiéramos leído los mismos pensamientos del muerto». Mientras que la tinta roja pudiera haberla comprado una de las criadas para teñir un jersey y la azul la secretaria para su estilográfica; o un centenar de explicaciones semejantes. Pero todas las posibilidades de esa índole son silenciosamente ignoradas. ¿No es así?

—Completamente —convino Bradley, sin inmutarse—. No perder el tiempo en cosas que no sean esenciales. Sólo decirle al lector de un modo estrepitoso lo que debe pensar y él lo pensará sin la menor duda. Ha comprendido la técnica a la perfección. ¿Por qué no intenta probar suerte en ese terreno? Es un juego bastante provechoso, ¿sabe?

—Quizás algún día. Y, con todo, diré a su favor, señor Bradley, que sus detectives sí que investigan. No se limitan a estar por ahí y esperar a que alguien les diga quién cometió el asesinato, como hacen los supuestos detectives en la mayoría de las supuestas novelas policíacas que ha leído.

—Gracias —repuso el señor Bradley—. ¿Entonces usted realmente lee novelas policíacas, señorita Dammers?

—Desde luego —dijo resuelta la señorita Dammers—. ¿Por qué no? —Rechazó al señor Bradley con la misma brusquedad con que había respondido a su desafío—. ¿Y la carta, *sir* Charles? La mecanografía. ¿A eso no le concede importancia?

—Como detalle, por supuesto que habría de tomarse en cuenta; yo sólo estaba exponiendo los indicios inconfundibles del caso. —*Sir* Charles ya no se parecía a un toro—. Supongo que la policía descubriría las pruebas concluyentes de esa naturaleza.

—Creo que podrían tener ciertas dificultades en relacionar a Pauline Pennefather con la máquina en que se escribió esa carta —

observó la señora Fielder-Flemming, no sin aspereza.

La marea de la opinión estaba claramente en contra de *sir* Charles.

—Pero el móvil —suplicó, ahora patéticamente a la defensiva—. Han de admitir que el móvil es abrumador.

—¿Usted no conoce a Pauline, *sir* Charles?... ¿A la señora Pennefather? —sugirió la señorita Dammers.

—Pues no.

—Es evidente —comentó la señorita Dammers.

—¿No coincide usted con la teoría de *sir* Charles, señorita Dammers? —se atrevió a expresar el señor Chitterwick.

—No —dijo con énfasis la señorita Dammers.

—¿Sería posible preguntarle la razón? —se aventuró de nuevo el señor Chitterwick.

—Desde luego que sí. Me temo que es una razón concluyente, *sir* Charles. Yo me hallaba en París en el momento del asesinato y, más o menos a la hora en que el paquete fue echado al correo, estaba hablando con Pauline Pennefather en el vestíbulo de la Ópera.

—¡Cómo! —exclamó el desconcertado *sir* Charles, los restos de su maravillosa teoría haciéndose añicos en sus oídos.

—Supongo que debería disculparme por no haberle informado de esto antes —dijo la señorita Dammers con suprema tranquilidad—, pero quería ver la clase de argumentos que podía esgrimir en contra de ella. Y de veras debo felicitarlo. Fue una extraordinaria muestra de razonamiento inductivo. Si por ventura yo no hubiera sabido que estaba edificada sobre una completa falacia, usted me habría convencido del todo.

—Pero... ¿pero por qué el secreto y... y la suplantación por parte de la criada, si era una visita inocente? —tartamudeó *sir* Charles, con la mente dando vueltas frenéticamente alrededor de aviones privados y el tiempo que tardarían de la *Place de l'Opera* a Trafalgar Square.

—Oh, yo no he dicho que fuera una visita inocente —replicó la señorita Dammers a la ligera—. *Sir* Eustace no es el único que espera el divorcio para volver a casarse. Y, Pauline, entretanto, y con toda la razón, no ve por qué habría de perder un tiempo valioso. Al fin y al cabo, ya no es tan joven. Y siempre hay una extraña criatura llamada el Censor, ¿no es cierto?

Poco después, el presidente suspendió la reunión del Círculo. Lo hizo porque no deseaba que uno de los miembros muriese de apoplejía en sus manos.

LA SEÑORA FIELDER-FLEMMING estaba nerviosa. Nerviosa de verdad.

Pasaba de un lado para otro las páginas de su cuaderno de notas sin orden ni concierto y apenas parecía capaz de presentar los breves preliminares que debían resolverse antes de que Roger le pidiera diese la solución que, según le había afirmado privadamente a Alicia Dammers, era sin duda la correcta del asesinato de la señora Bendix. Con tan importante conocimiento en su mente, se habría pensado que, por una vez en su vida, la señora Fielder-Flemming tenía realmente una milagrosa oportunidad de causar impresión, pero, por una vez en su vida, no se aprovechaba de ella. Si no hubiera sido la señora Fielder-Flemming, se podría haber llegado al extremo de decir que no sabía qué hacer.

—¿Está usted preparada, señora Fielder-Flemming? —le preguntó Roger, contemplando esa sorprendente manifestación.

La señora Fielder-Flemming se arregló su nada elegante sombrero, se frotó la nariz (al estar desprovista de polvos, ese habitual tratamiento no le infligía sufrimiento alguno; sólo relucía con un poco más de brillantez, en rosada turbación) y lanzó un solapado vistazo en derredor de la mesa. Roger siguió contemplándola perplejo. Definitivamente, la señora Fielder-Flemming se estaba acobardando al verse en el centro de la atención. Por algún motivo oculto, abordaba su labor con auténtico disgusto, y un disgusto,

además, completamente desproporcionado a la magnitud de la misma.

Carraspeó nerviosamente.

—Tengo una muy difícil obligación que cumplir —empezó en voz baja—. La noche anterior casi no dormí. Es difícil imaginar algo más desagradable para una mujer como yo. —Hizo una pausa, humedeciéndose los labios.

—Oh, vamos, señora Fielder-Flemming —Roger se vio obligado a darle aliento—. A todos nos ocurre lo mismo, ya lo sabe. Y me he enterado de que usted pronunció un excelente discurso en uno de sus estrenos.

La señora Fielder-Flemming lo miró, en absoluto alentada.

—No me estaba refiriendo a este aspecto del asunto, señor Sheringham —replicó, con bastante más aspereza—. Hablaba de la responsabilidad que ha recaído sobre mí a causa del conocimiento que ha llegado a mis manos, la terrible obligación que debo cumplir a resultas del mismo.

—¿Quiere decir que ha resuelto el problemilla? —inquirió el señor Bradley, un tanto irrespetuosamente.

La señora Fielder-Flemming lo miró sombríamente.

—Con infinito pesar —dijo en tono bajo y femenino—, lo he hecho. —La señora Fielder-Flemming estaba recuperando su aplomo.

Consultó un momento sus notas y luego comenzó a hablar con voz más firme.

—Yo siempre he considerado la criminología con una suerte de ojo profesional. Para mí, su interés principal ha sido siempre su inmenso potencial dramático. La inevitabilidad del asesinato: la víctima predestinada, que lucha inconsciente e infructuosamente contra el destino; el homicida predestinado, que al principio avanza también inconscientemente, y después con una total e inexorable comprensión, hacia la realización de su hado; las causas ocultas, desconocidas tal vez tanto por la víctima como por el homicida, que sin cesar impulsan al cumplimiento del destino.

»Aparte la acción y el horror del acto en sí, siempre he creído que tienen más posibilidades dramáticas los asesinatos más corrientes y sórdidos que cualquier otra situación que pueda acontecerle a un hombre. Ibseniano en el inevitable resultado de ciertas circunstancias, en yuxtaposición a lo que llamamos destino, no menos que Edgar Wallaciano en la catarsis experimentada por las emociones del espectador en su punto culminante.

»Quizás era natural que yo no sólo contemplase este caso particular desde el punto de vista de mi profesión (y desde luego, no podría haberse ideado un giro argumental de mayor dramatismo), sino también la labor de resolverlo. De todas maneras, natural o no, esto es lo que hice; y el resultado me ha disculpado terriblemente. Estudié el caso a la luz de una de las más antiguas situaciones dramáticas, y muy pronto todo se volvió demasiado claro. Me refiero a la situación en la que los caballeros que por estos días pasan por críticos dramáticos, denominan “el eterno triángulo”.

»Tuve que empezar, claro está, por uno de los tres miembros del triángulo, *sir* Eustace Pennefather. De los dos desconocidos, uno debía ser una mujer y el otro podía ser un hombre o una mujer. Así que recurrí a otra antigua y acertada máxima y procedí a *chercher la femme*. Y —dijo la señora Fielder-Flemming con gran solemnidad—, la encontré.

Hasta aquí, debía admitirse, su auditorio no quedó muy impresionado. Ni siquiera la prometedora obertura les había conmovido, puesto que sólo podía esperarse que la señora Fielder-Flemming sentiría que era su deber insistir en sus femeninos escrúpulos de entregar un criminal a la justicia. Sus frases un tanto pesadas, asimismo, aprendidas de todo corazón para el evento, incluso desvirtuaban el interés de lo que tenía que comunicar.

Pero cuando prosiguió, tras esperar en vano una tributaria exclamación de sorpresa ante su información de última hora, la tensión un tanto calculada de su estilo había dado paso a una improvisada seriedad que resultaba mucho más impresionante.

—No esperaba que el triángulo fuese el tan traído y llevado —dijo, con un ligero codazo a los desacreditados restos de *sir* Charles—. A la señora Pennefather ni siquiera la tuve en consideración. La astucia del crimen, estoy segura, debe ser el reflejo de una situación poco común. Y, después de todo, un triángulo no precisa incluir necesariamente un marido y una esposa entre sus miembros; cualesquiera tres personas pueden, si las circunstancias así lo disponen, formar uno. Son las circunstancias, no los tres protagonistas, las que constituyen el triángulo.

»*Sir* Charles nos ha dicho que este crimen le recordaba el caso de Marie Lafarge y en ciertos aspectos (pudo haber añadido) también el caso de Mary Ansell. A mí también me recordó un caso, pero ninguno de éstos. El caso Molineux, de Nueva York, me parece a mí, proporciona una similitud mucho más estrecha que cualquier otro.

»Todos se acordarán de los detalles, claro. El señor Cornish, un director del importante Knickerbocker Athletic Club recibió en el correo navideño un pequeño vaso plateado y un frasco de bromo-seltzer, dirigido a él en el club. Pensó que se lo habían enviado en broma, y guardó la envoltura con el fin de identificar al bromista. Varios días más tarde una mujer que vivía en la misma pensión de Cornish se quejó del dolor de cabeza y Cornish le dio un poco de bromo-seltzer. En un tiempo muy breve ella había muerto y Cornish, que sólo había tomado un sorbo porque ella se quejaba de que era amargo, cayó violentamente enfermo, pero luego se recuperó.

»Al final, un nombre llamado Molineux, otro miembro del mismo club, fue arrestado y sometido a juicio. Había un gran número de pruebas en su contra y se supo que odiaba terriblemente a Cornish, tanto, que ya le había agredido en una ocasión. Además, otro miembro del club, un hombre llamado Barnet, había sido asesinado a principios de año por medio de tomar lo que pretendía ser una muestra de un conocido polvo contra el dolor de cabeza que también le había sido enviado al club y, poco antes del episodio de Cornish, Molineux contrajo matrimonio con una muchacha que había

sido en efecto la prometida de Barnet en el momento de su muerte; él siempre la había querido, pero ella había preferido a Barnet. Molineux, como ustedes recordarán, fue condenado en el primer Juicio y absuelto en el segundo; posteriormente se volvió loco.

»Ahora el paralelismo me parece completo. Nuestro caso es, a todos los efectos, un compuesto del caso Cornish-cum-Barnet. Las semejanzas son extraordinarias. Tenemos el artículo envenenado dirigido al club del hombre; tenemos, en el caso de Cornish, la muerte de la víctima incorrecta; tenemos la conservación de la envoltura; tenemos, en el caso de Barnet, el elemento triángulo (y un triángulo, advertirán ustedes, sin marido y mujer). Es totalmente asombroso. Es, de hecho, más que asombroso: es significativo. Las cosas no ocurren así totalmente por casualidad.

La señora Fielder-Flemming hizo una pausa y se sonó la nariz, con delicadeza pero con emoción. Ahora se estaba exaltando con finura y, en consecuencia, lo mismo le sucedía a su auditorio. Si no hubo exclamaciones de asombro, hubo, de todos modos, el tributo del completo silencio hasta que estuvo lista para continuar.

—He dicho que tal semejanza era más que asombrosa, que era significativa. Explicaré su particular significación más adelante; por el momento baste decir que me sirvió también de gran ayuda. La comprensión de la extrema fidelidad del paralelismo me produjo una notable conmoción, pero un vez lo hube comprendido, me sentí extrañamente convencida de que era en esa misma semejanza donde debía hallarse la pista para la solución del asesinato de la señora Bendix. Lo sentí con tal intensidad que de algún modo lo supe verdaderamente. A veces tengo estas intuiciones (justifíquenlas como quieran) y, que yo sepa, aún nunca me han fallado. Ésta tampoco lo hizo.

»Comencé por examinar el caso a la luz del de Molineux. ¿Me ayudaría este último a descubrir a la mujer que buscaba en el primero? ¿Cuáles eran los indicios, en lo que se refería a Barnet? Barnet recibió su fatal paquete porque proyectaba casarse con una muchacha con la que el asesinato había resuelto no debía casarse.

Ya con tantos paralelismos entre los dos casos, aquí... —La señora Fielder-Flemming echó hacia atrás su abultado sombrero, en un ángulo todavía menos elegante e inspeccionó la mesa con pausa, con el aire de uno de los primeros cristianos ensayando el poder del ojo humano sobre un dudosamente intimidado grupo de leones...— ¡aquí había otro!

Esta vez la señora Fielder-Flemming fue recompensada con varias auténticas y audibles exclamaciones de asombro. La de *sir* Charles fue la más audible, una colérica y ultrajada exclamación que bordeó peligrosamente el bufido. El señor Chitterwick soltó un entrecortado grito de aprensión, como si temiera una suerte de secuela física fruto del áspero intercambio de miradas entre *sir* Charles y la señora Fielder-Flemming, las del primero definitivamente amenazadoras en la advertencia que expresaban, las de la dama chillando casi como desafío a ésta.

El presidente soltó también una exclamación sofocada, preguntándose qué habría de hacer un presidente si dos miembros de su Círculo, y además de sexo opuesto, la emprendían a bofetadas delante de sus mismas narices.

El señor Bradley se olvidó de sí mismo para proferir igualmente una exclamación sofocada, poseído por el más deleitoso y completo de los éxtasis. Parecía como si la señora Fielder-Flemming fuese a demostrar una habilidad superior a la suya como picadora de toros, pero el señor Bradley se negaba a concederle tal honor mientras se le permitiese sentarse y hacer suyo el auditorio. Ni en sus más osadas gracias, dignas de un torero, se habría atrevido el señor Bradley a pretender que la mismísima hija de su víctima era la causa del asesinato. ¿Podría esta magnífica mujer presentar realmente argumentos que respaldasen un idea tan llena de agujeros? ¿Y qué pasaría si resultase ser cierta? Al fin y al cabo, semejante cosa era harto concebible. Se habían cometido asesinatos, en sobradas ocasiones, por motivo de bellas damas; ¿y por qué no por la hermosa hija de un viejo abogado pomposo? Oh, Dios; oh, Montreal.

Finalmente, la señora Fielder-Flemming profirió también una exclamación sofocada para sí.

Sólo Alicia Dammers siguió sentada, sin una exclamación de asombro, con el rostro iluminado por algo que no era más que un intelectual interés en el desarrollo de los argumentos de su consocia, resueltamente impersonal. Se podría colegir que a la señorita Dammers le sería indiferente que su propia madre hubiera estado metida en el asesinato, con tal de que su participación en el mismo hubiera proporcionado oportunidades para la agudización del ingenio y la estimulación de la inteligencia. Sin llegar a admitir su reconocimiento de que un elemento personal estaba siendo introducido en las investigaciones del Círculo, ella lograba, con todo, difundir la idea de que *sir* Charles incluso debería estar objetivamente encantado ante la posibilidad de semejante iniciativa por parte de su hija.

Sir Charles, sin embargo, no estaba ni mucho menos encantado. Atendiendo a la roja protuberancia de venas de su frente, era obvio que algo iba a estallar en él dentro de contados segundos. La señora Fielder-Flemming saltó, como una gallina inquieta pero resuelta, hacia el hueco de silencio.

—Hemos acordado renunciar a la ley de calumnia aquí —casi chilló—. Para nosotros, los personalismos no existen. Si surge el nombre de alguien a quien conozcamos en persona, lo pronunciamos tan resueltamente, a propósito de lo que sea, como si fuera el de un completo extraño. ¿Verdad que éste es el acuerdo concreto al que llegamos la última noche, señor presidente? ¿No hemos de hacer lo que creamos que es nuestro deber para con la sociedad, con total independencia de cualesquiera consideraciones personales?

Por un momento, Roger dio rienda suelta a sus temblores. No quería que su precioso Círculo explotase en una nube de polvo, para nunca más volver a verse unido. Y, aunque no podía hacer otra cosa que admirar el aturrullado pero intrépido valor de la señora Fielder-Flemming, tuvo que contentarse con envidiarlo en cuanto a

sir Charles se refería, puesto que él no poseía, desde luego, algo así. Por otra parte, no había la menor duda de que la señora tenía la razón de su lado, ¿y qué otra cosa puede hacer un presidente aparte de administrar justicia?

—Perfectamente correcto, señora Fielder-Flemming —hubo de admitir, esperando que su voz sonara tan firme como habría deseado.

Por un instante un brillo azul, que procedía de *sir* Charles, le envolvió misteriosamente. Entonces, cuando la señora Fielder-Flemming, evidentemente alentada por este apoyo oficial, volvió a empuñar su bomba, los rayos de luz apuntaron de nuevo hacia ella. Roger, mirándoles nervioso a los dos, no pudo evitar pensar que los rayos azules son cosas que nunca deberían dirigirse hacia las bombas.

La señora Fielder-Flemming hizo increíbles juegos malabares con su bomba. Aunque a menudo parecía a punto de deslizarse por entre sus dedos, nunca llegó a tocar el suelo o detonar.

—Muy bien, pues. Seguiré. Ahora mi triángulo contaba con el segundo de sus miembros. Por analogía con el asesinato Barnett, ¿dónde debía buscarse al tercer miembro? Evidentemente, con Moulinex como prototipo, en alguna persona que ansiara impedirle al primer miembro que se casara con el segundo.

»Hasta aquí, como ustedes verán, no estoy en desacuerdo con las conclusiones que *sir* Charles nos brindó la pasada noche, aunque mi método de llegar a ellas fue quizás un tanto diferente. Él nos ofreció asimismo un triángulo, sin definirlo expresamente como tal (incluso tal vez sin reconocerlo como tal). Y los dos primeros miembros de su triángulo son precisamente los mismos que los dos primeros del mío.

Aquí la señora Fielder-Flemming hizo un notable esfuerzo por devolverle a *sir* Charles una parte de su mirada furiosa, en un provocativo reto a la contradicción. No obstante, como ella tan sólo constatará un hecho evidente, el cual *sir* Charles era del todo incapaz de rebatir sin justificar que él no se había referido a lo que

se había referido la noche anterior, el reto quedó sin respuesta. El brillo también disminuyó visiblemente. Pero, así y todo (como indicó bien a las claras la expresión de *sir* Charles), un triángulo bajo cualquier otro nombre *no* desprende un olor tan desagradable.

—Es cuando llegamos al tercer miembro —prosiguió la señora Fielder-Flemming, con renovada confianza—, que estamos en desacuerdo. *Sir* Charles nos sugirió a la señora Pennefather. Yo no tengo el placer de conocerla, pero la señorita Dammers, que sí la conoce bien, me dice que en casi todos los detalles, la estimación que *sir* Charles nos presentó de su carácter era equivocada. Ella ni es mezquina ni codiciosa ni, de modo imaginable alguno, capaz del horrible acto que *sir* Charles, quizás un poco precipitadamente, estaba dispuesto a atribuirle. La señora Pennefather, a mi entender, es una mujer particularmente amable y bondadosa; un tanto liberal, sin duda, pero no es peor por eso; en verdad, como algunos de nosotros pensaríamos, mucho mejor.

La señora Fielder-Flemming fomentaba la creencia de que no sólo era tolerante con una pequeña e inofensiva inmoralidad, sino que estaba realmente dispuesta a actuar como madrina de cualquier ejemplo particular de la misma. En realidad, a veces daba largos rodeos con el fin de propagar tal opinión entre sus amigos. Pero, por desgracia, sus amigos se empeñaban en recordar que ella se había negado a saber algo más de una de sus sobrinas desde que esta última, al enterarse de que su marido de mediana edad mantenía, por motivos de holgura, a una amante distinta en cada una de las cuatro partes de Inglaterra, y sólo por encontrarse en el lado seguro, también una en Escocia, se había fugado con un joven de su propiedad, del cual estaba enamorada con devoción.

—Del mismo modo en que discrepo con *sir* Charles sobre la identidad de la tercera persona del triángulo —continuó la señora Fielder-Flemming, que felizmente ignoraba los recuerdos de sus amigos—, así discrepo con él en los medios por los cuales se debe establecer tal identidad. Estamos en completo desacuerdo en nuestras ideas relativas al mismo corazón del problema: el móvil. *Sir*

Charles quería que pensáramos que éste fue un asesinato (o mejor, una tentativa), cometido por intereses; estoy convencido de que el incentivo fue, de todos modos menos vil que éste. Se nos ha enseñado que el asesinato nunca puede ser realmente justificable; pero hay ocasiones en que bordea peligrosamente el reverso de tal enseñanza. Ésta, en mi opinión, es una de ellas.

»Es en el carácter de *sir* Eustace en donde veo la indicación de la identidad de la tercera persona. Meditémoslo durante un momento. No estamos limitados por consideración alguna de calumnia, y podemos decir enseguida que, desde ciertos puntos de vista, *sir* Eustace es un miembro de la comunidad hartamente indeseable. Desde el punto de vista de un joven, por citar un ejemplo, que esté enamorado de una muchacha, *sir* Eustace debe ser una de las últimas personas con quien el joven desearía que la muchacha se tratara. Él no es simplemente inmoral, es, sin que sirva de excusa por su inmoralidad, algo mucho más grave. Es un calavera, un derrochador, carente de honor y escrúpulos en lo que a mujeres se refiere, y un hombre, además, que ya ha contraído un fracaso de matrimonio con una mujer de lo más encantadora y de ningún modo intolerable en exceso a la hora de hacer la vista gorda incluso ante una más que liberal concesión de los habituales pecadillos y deslices masculinos. Como presunto marido de cualquier muchacha joven, *sir* Eustace Pennefather es una tragedia.

»Y como presunto marido para una joven a quien un hombre ama con todo su corazón —entonó la señora Fielder-Flemming con gran solemnidad—, resulta fácil de imaginar que, a los ojos de este hombre en particular, *sir* Eustace Pennefather se convierte en poco menos que en una imposibilidad.

»Y un hombre que sea un hombre —añadió la señora Fielder-Flemming, que presentaba un acusado color malva a causa del nerviosismo—, no admite imposibilidades.

Hizo una expectante pausa.

—Telón, fin del primer acto —le dijo en confianza el señor Bradley al señor Ambrose Chitterwick, por detrás de la mano.

El señor Chitterwick sonrió nervioso.

SIR CHARLES se aprovechó, como era habitual, del primer descanso para levantarse de su asiento. Como muchos de nosotros por estos días a la hora del primer descanso (cuando no es una obra de la señora Fielder-Flemming la que se discute) casi se sentía físicamente incapaz de contenerse durante más tiempo.

—Señor presidente —tronó—, pongamos esto en claro. ¿Está o no formulando la señora Flemming la ridícula acusación de que algún amigo de mi hija es el responsable de este crimen?

El presidente levantó la vista, con un cierto desamparo, hacia la imponente mole que se cernía coléricamente sobre él, y deseó ser cualquier otra cosa menos el presidente.

—En realidad, no lo sé, *sir* Charles —confesó, lo cual no era sólo débil sino falso.

La señora Fielder-Flemming, sin embargo, era ahora completamente capaz de hablar por sí misma.

—Todavía a nadie he acusado específicamente del crimen, *sir* Charles —dijo, con una fría dignidad sólo estropeada por el hecho de que su sombrero, que en apariencia había estado compartiendo las emociones de su dueña, se hallaba ahora ladeado sobre su oreja izquierda—. Hasta el momento sólo he estado desarrollando una tesis.

Sir Charles le habría respondido al señor Bradley con evasivo desdén johnsoniano: «Señor, al diablo con su tesis». Impedido ahora por las puerilidades de la convención civilizada relativa a las relaciones corteses entre sexos, no pudo más que recurrir al brillo azul una vez más.

Con la deslealtad propia de su sexo, la señora Fielder-Flemming se aprovechó con prontitud de su desventaja.

—Y —agregó intencionadamente—, aún no he terminado.

Sir Charles se sentó: la perfecta alegoría. Pero al hacerlo gruñó para sí con gran malicia.

El señor Bradley refrenó el impulso de dar una palmada en la espalda del señor Chitterwick, y luego simuló acariciarle el mentón con los dedos.

Con una serenidad tan natural como para ser claramente artificial, la señora Fielder-Flemming procedió a dar por concluido el descanso y subió el telón para su segundo acto.

—Tras haberles ofrecido mi procedimiento encaminado a llegar a la identidad del tercer miembro del triángulo que postulé, encaminado, en otras palabras, hacia la del asesino, seguiré hasta las verdaderas pruebas y les demostraré cómo éstas apoyan mis conclusiones. ¿He dicho «apoyan»? Quiero decir, las confirman fuera de toda duda.

—¿Pero cuáles son sus conclusiones, señora Fielder-Flemming? —preguntó Bradley, con un aire de suave interés—. Todavía no las ha definido. Usted sólo insinuó que el asesino fue un rival de *sir* Eustace por la mano de la señorita Wildman.

—Exactamente —convino Alicia Dammers—. Aun cuando no quiera darnos todavía el nombre del individuo, Mabel, ¿no puede abreviar un poco por nosotros? —A la señorita Dammers no le gustaba la imprecisión. Le olía a trabajo mal hecho, que era lo que más detestaba en este mundo. Además, estaba realmente interesada en saber sobre quién había recaído la elección de la señora Fielder-Flemming. Mabel, ella lo sabía, podía parecer algo

así como una imbécil, hablar como tal y comportarse como si lo fuera; y, con todo, realmente no era en absoluto imbécil.

Pero Mabel estaba decidida a ser coquetona.

—Me temo que aún no. Por ciertas razones, primero quiero demostrar mis argumentos. Creo que después lo comprenderán.

—Muy bien —suspiró la señorita Dammers—. Pero prescindamos de la atmósfera de novela policíaca. Lo único que queremos es resolver este difícil caso, no desorientarnos los unos a los otros.

—Tengo mis razones, Alicia —dijo la señora Fielder-Flemming con el ceño fruncido y, de modo bastante manifiesto, se dispuso a reunir sus pensamientos—. ¿Por dónde iba? Oh, sí, las pruebas. Ahora esto es muy interesante. He conseguido obtener dos pruebas de vital importancia, las cuales, que yo sepa, nunca antes se habían presentado.

»La primera es que *sir* Eustace no estaba enamorado de... —la señora Fielder-Flemming titubeó; luego, como ya diera el paso decisivo, siguió al intrépido señor Bradley a las profundidades de la total franqueza— de la señorita Wildman en absoluto. Se proponía casarse con ella simplemente por su dinero... o, mejor dicho, por lo que esperaba sacar del dinero de su padre. Espero, *sir* Charles —añadió la señora Fielder-Flemming glacialmente—, que no me considerará una calumniadora si hago referencia al hecho de que es usted un hombre sumamente rico. Ello tiene una muy importante relación con mis argumentos.

Sir Charles inclinó su abultada y distinguida cabeza.

—Difícilmente es una cuestión de calumnia, señora. Tan sólo es una cuestión de buen gusto, lo cual se halla fuera de mi órbita profesional. Me temo que sería una pérdida de tiempo el que tratara de asesorarla sobre ello.

—Eso es muy interesante, señora Fielder-Flemming —se interpuso Roger apresuradamente en este intercambio de humoradas—. ¿Cómo lo descubrió?

—Por el criado de *sir* Eustace, señor Sheringham —contestó la señora Fielder-Flemming, no sin cierto orgullo—. Le interrogué. *Sir* Eustace no lo guardaba en secreto. Parece confiar sinceramente en su criado. Por lo visto esperaba poder liquidar sus deudas, comprar uno o dos caballos de carreras, mantener a la actual señora Pennefather y, en términos generales, emprender una nueva vida sin duda deshonrosa. Incluso le había prometido a Barker (así se llama su criado) un obsequio de cien libras el día que «llevase a la potrilla al altar», según lo expresó. Lamento herir sus sentimientos, *sir* Charles, pero tengo que hacer frente a los hechos, y los sentimientos deben sucumbir ante ellos. Un regalo de diez libras compró toda la información que quería. Una información que resultó harto extraordinario. —Miró triunfante alrededor.

—¿No cree, tal vez —osó expresar el señor Chitterwick con una sonrisa de disculpa—, que una información de una fuente tan corrompida podría no ser completamente digna de crédito? La fuente parece corrompidísima. Vaya, yo no creo que mi propio criado me vendiese por un billete de diez libras.

—De tal amo, tal criado —replicó la señora Fielder-Flemming con sequedad—. Su información fue perfectamente digna de crédito. Puede verificar casi todo lo que me contó, así que me creo con derecho de dar también por correcta la pequeña parte restante.

»Querría citar otra de las confidencias de *sir* Eustace. No es importante, pero es muy, muy reveladora. Él había hecho la tentativa de seducir a la señorita Wildman en un reservado del Restaurante Pug-Dog (esto, por ejemplo, lo verifiqué después), según parece con el propósito de asegurar la certeza de la boda que él deseaba. (De nuevo le pido disculpas, *sir* Charles, pero estos hechos tienen que ser presentados). Sería mejor que dijese enseguida que la tentativa no tuvo éxito. Aquella noche *sir* Eustace comentó (y de su ayuda de cámara a toda la gente, recuerden): “Puedes llevar a una potrilla al altar, pero no puedes emborracharla”. Esto, presumo, les demostrará mejor que todas mis palabras la clase de hombre que es *sir* Eustace Pennefather. Y les demostrará, asimismo, cuán

abrumadoramente intenso fue el incentivo del hombre que la amaba de veras para ponerla para siempre fuera del alcance de semejantes bestias.

»Y eso me lleva a mi segunda prueba. Ésta es, en verdad, la piedra angular de toda la estructura, la base sobre la cual descansaba (como el asesino lo veía) la necesidad del asesinato y, al mismo tiempo, la base de mi propia reconstrucción del crimen. La señorita Wildman estaba irrazonable, desesperanzada e irrevocablemente encaprichada por *sir* Eustace Pennefather.

Como un artista en un efecto dramático, la señora Fielder-Flemming guardó silencio durante un momento para dejar que la trascendencia de tal información se abriera paso en las mentes de su auditorio. Pero *sir* Charles estaba demasiado preocupado personalmente para interesarse en trascendencias.

—¿Y se puede preguntar cómo se enteró de eso, señora? —exigió, repleto de sarcasmo—. ¿Por la criada de mi hija?

—Por la criada de su hija —respondió la señora Fielder-Flemming con suavidad—. Indagar, descubro, es una afición cara, pero una no debe arrepentirse del dinero invertido en una buena causa.

Roger suspiró. Estaba claro que, una vez este infortunado niño de su invención sufriera una dolorosa muerte, el Círculo (si para entonces no se había vuelto completamente cuadrado) se encontraría sin la señora Fielder-Flemming o *sir* Charles Wildman; y él sabía cuál sería de los dos. Era una lástima. *Sir* Charles, además de ser una gran ventaja desde el punto de vista profesional, era un estímulo, aparte el señor Ambrose Chitterwick, del elemento literario; y Roger, que había asistido a unas cuantas tertulias literarias en los días de su juventud, estaba del todo convencido de que sería incapaz de soportar una reunión que sólo consistiera en gente que se ganaba la vida con sus máquinas de escribir.

Además, la señora Fielder-Flemming estaba siendo un poco dura con el viejo. Después de todo, era su hija la que estaba en cuestión.

—Acabo de demostrar —dijo la señora Fielder-Flemming— un abrumador móvil para que el hombre que tengo en mente eliminase a *sir* Eustace. De hecho, debió de haberle parecido la única salida posible de una situación intolerable. Déjenme continuar para relacionarle con los escasos hechos que nos concedió el anónimo asesino.

»Cuando la otra noche el inspector jefe nos permitió examinar la carta falsificada de Mason e Hijos, yo la estudié de cerca, puesto que entiendo un poco de máquinas de escribir. Esa carta fue escrita con una máquina Hamilton. El hombre en el que pienso tiene una máquina de escribir Hamilton en su lugar de trabajo. Ustedes dirán que se trata sólo de una coincidencia, al ser la Hamilton tan comúnmente utilizada. Puede que lo sea; pero si se acumulan bastantes coincidencias, dejan de volverse coincidencias y se convierten en certidumbres.

»Del mismo modo tenemos la coincidencia posterior del papel para cartas de la casa Mason. Este hombre tiene una relación concreta con dicha casa. Tres años antes, como ustedes recordarán, la casa Mason se vio involucrada en un importante litigio. He olvidado los detalles, pero creo que entablaron una demanda contra uno de sus rivales. ¿Puede acordarse, *sir* Charles?

Sir Charles asintió a regañadientes, como si estuviera poco dispuesto a ayudar a su antagonista incluso con esta insignificante información.

—Cómo no —dijo con sequedad—. Fue contra la Fearnley Chocolate Company por la infracción del copyright en una figura de un anuncio. Yo abagué por la casa Mason.

—Gracias. Sí, ya me parecía que era algo así. Muy bien, pues. Ese hombre tuvo relación con este mismo caso. Estuvo asesorando a la casa Mason en el aspecto legal. Debió de entrar y salir de sus despachos. Sus oportunidades de apoderarse de una hoja de papel para cartas habrían sido legión. Las posibilidades por las que podría haberse visto en posesión de una hoja, tres años después, serían innumerables. El papel tenía los bordes amarillentos; debió de haber

tenido tres años largos. Mostraba una borradura. Esa borradura, digo yo, son los restos de una breve nota sobre el caso apuntada un día en el despacho de Mason. La cosa está clara. Todo encaja.

»Luego está el asunto del matasellos. Coincido con *sir* Charles en que podemos dar por sentado que el asesino, por muy astuto que sea, y por muy deseoso que pudiera estar de crear una coartada, no le confiara el fatal paquete a alguna otra persona para que lo echase al buzón. Aparte que un cómplice, al que estoy segura podemos excluir de la cuestión, sería peligrosísimo; sería harto difícil que el nombre de *sir* Eustace no fuera visto, y la relación establecida más adelante. El asesino, seguro más que nadie en su creencia de que la sospecha no caería sobre él (igual que todos los asesinos que han existido), apuesta una coartada contra un cierto riesgo y él mismo echa la cosa al buzón. Es por lo tanto aconsejable, sólo para remachar los argumentos contra él, relacionar al hombre con la vecindad del Strand entre las ocho y media y las nueve y media de aquella noche en particular.

»De un modo harto sorprendente encontré esta tarea, que había esperado que sería la de mayor dificultad, la más fácil de todas. El hombre que tengo en la cabeza asistió efectivamente a una cena pública esa noche en el Hotel Cecil, una cena de reunión, para ser exactos, de su antigua escuela. El Hotel Cecil, no es preciso que se lo recuerde, está casi enfrente de la calle Southampton. La oficina de correos de la calle Southampton es la más próxima al hotel. ¿Qué le sería más fácil que escabullirse de su asiento durante los cinco minutos que eran todo lo que se necesitaría, y regresar antes incluso de que sus vecinos hubieran reparado en su acción?

—¿Qué, verdaderamente? —murmuró el extasiado señor Bradley.

—Tengo que hacer dos últimas observaciones. Ustedes recuerdan que al señalar las semejanzas de este caso con el asunto Molineux, comenté que tal similitud era más que sorprendente, era significativa. Explicaré lo que quise decir con eso. Lo que quise decir fue que el paralelismo era demasiado estrecho para que se tratase

sólo de una coincidencia. Este caso es una *copia* deliberada de aquél. Y si lo es, sólo se puede llegar a una conclusión. Este asesinato es la obra de un hombre empapado en la historia criminal... de un criminalista. Y el hombre en el que pienso es un criminalista.

»Mi última observación se refiere al mentís en la prensa del rumoreado compromiso entre *sir* Eustace Pennefather y la señorita Wildman. Por su ayuda de cámara supe que no fue *sir* Eustace quien envió tal mentís. Ni tampoco la señorita Wildman. *Sir* Eustace se enojó furiosamente por ello. Fue enviado, por su propia iniciativa y sin consultar a ninguno de los dos, por el hombre a quien estoy acusando de haber cometido el crimen que estamos tratando de aclarar.

El señor Bradley dejó de felicitarse a sí mismo por un momento.

—¿Y el nitrobenceno? ¿Pudo relacionarlo también con él?

—Este es uno de los poquísimos puntos en los que coincido con *sir* Charles. No creo que sea en absoluto necesario, o posible, relacionarlo con un producto tan común, que puede adquirirse en cualquier sitio sin la más mínima dificultad o comentario.

La señora Fielder-Flemming se estaba conteniendo con visible esfuerzo. Sus palabras, tan sosegadas y judiciales al leer, habían sido, hasta ahora, pronunciadas también con un tenaz esfuerzo por mantener la calma y la dicción judicial. Pero con cada frase el esfuerzo se volvía evidentemente más difícil. Resultaba claro que la señora Fielder-Flemming se estaba emocionando de tal modo que no parecía imposible que algunas frases más como esas pudieran sofocarla, si bien para los otros semejante intensidad emotiva parecía un tanto innecesaria. Se estaba aproximando a su punto culminante, desde luego, pero incluso eso difícilmente podía considerarse una excusa para una cara de un púrpura tan vivo y un sombrero que ahora, de algún modo, había logrado montar en su mismísimo cogote, en donde temblaba agitadamente por solidaridad con su dueña.

—Eso es todo —concluyó bruscamente—. Me permito decir que he demostrado mis argumentos. Ese hombre es el asesino.

Hubo un completo silencio.

—¿Y bien? —dijo Alicia Dammers con impaciencia—. ¿Quién es, entonces?

Sir Charles, que había estado observando a la oradora con un ceño que se fruncía más y más a cada minuto, golpeó amenazadoramente la mesa que había ante él.

—Eso es —gruñó—. Pongamos las cosas en claro. ¿Contra quién van dirigidas esas ridículas insinuaciones tuyas, señora? —Se comprendía que *sir* Charles no concordaba con las conclusiones de la dama, incluso antes de saber cuáles eran.

—Acusaciones, *sir* Charles —le corrigió con voz chillona la señora Fielder-Flemming—. ¿Pre... pretende no saberlo?

—En realidad, señora —respondió *sir* Charles, con gran dignidad—, me temo que no tengo la menor idea.

Y entonces la señora Fielder-Flemming se volvió lamentablemente dramática. Poniéndose de pie con lentitud como una reina de la tragedia (salvo que las reinas de la tragedia no llevan el sombrero temblorosamente en el mismísimo cogote, y si sus rostros son propensos a tornarse de un púrpura brillante con la emoción disimulan el matiz con pinturas oleosas apropiadas), haciendo caso omiso de la silla que se volcó tras ella con un ruido sordo, semejante a la voz del destino, su dedo trémulo señalando hacia el otro lado de la mesa, se enfrentó con *sir* Charles con cada centímetro de su escaso metro sesenta.

—¡Usted! —chilló la señora Fielder-Flemming—. ¡Usted es el hombre! —Su dedo extendido temblaba como una cinta ante un ventilador—. ¡La marca de Caín está en su frente! ¡Asesino!

En el silencio de extático horror que siguió, el señor Bradley se pegó con delirio al brazo del señor Chitterwick.

Sir Charles consiguió recuperar su voz, temporalmente extraviada.

—La mujer está loca —dijo con voz entrecortada.

Al ver que no había sido golpeada en el acto, y ni siquiera destruida por el relámpago azul de los ojos de *sir* Charles, dos posibilidades a las cuales parecía haber temido, la señora Fielder-Flemming procedió, un poco menos histéricamente, a explicar su acusación.

—No, no estoy loca, *Sir* Charles; estoy muy, pero que muy cuerda. Usted amaba a su hija, y con el doble amor que un hombre que ha perdido a su esposa siente por el único ser femenino que le queda. Usted consideró que cualquier medida extrema era justificable para evitar que cayese en la manos de *sir* Eustace Pennefather... para que su juventud, su inocencia, su confianza fueran explotadas por semejante canalla.

»Por su propia boca le condeno; Ya nos ha dicho que no era preciso mencionar todo lo que ocurrió en su entrevista con *sir* Eustace. No; dado que entonces habría tenido que revelar el hecho de que usted le comunicó que preferiría matarle con sus propias manos antes que ver a su hija casada con él. Y cuando las cosas llegaron a tal límite, entre el encaprichamiento y terquedad de la pobre muchacha y el propósito de *sir* Eustace de sacar partido de ellos, no le quedaba medio alguno, fuera de aquél precisamente, para impedir la catástrofe, y a usted no le acobardó emplearlo. *Sir* Charles Wildman, que Dios le juzgue, porque yo no puedo. — Resollando, la señora Fielder-Flemming recogió su silla volcada y se sentó en ella.

—Bien, *sir* Charles —comentó el señor Bradley, cuyo henchido tórax amenazaba con reventar su chaleco—. Bien, no lo habría pensado de usted. Asesinato, realmente. Muy malo; muy, pero que muy malo.

Por una vez *sir* Charles no hizo caso de su leal tábano. Cabe la duda de que siquiera le oyese. Ahora que había penetrado en su conciencia que la señora Fielder-Flemming verdaderamente formulara su acusación con toda seriedad y no fuese víctima de un temporal ataque de locura, su tórax se estaba hinchando igual de tumultuosamente que el del señor Bradley. Su rostro, al adoptar el

matiz purpúreo que la señora Fielder-Flemming estaba abandonando, adquirió el aspecto de la rana de la fábula que fue incapaz de comprender su propio punto de explosión. Roger, cuyas emociones al escuchar el arranque de la señora Fielder-Flemming habían sido tan confusas como para ser casi un revoltijo, comenzó a sentir bastante inquietud por él.

Pero *sir* Charles encontró la válvula de seguridad de las palabras justo a tiempo.

—Señor presidente —explotó a través de ella—, si no estoy en lo cierto al imaginar que esto es una broma por parte de esta dama, aunque una broma del peor de los gustos, ¿se supone que debo tomarme en serio esta ridícula tontería?

Roger echó un vistazo a la cara de la señora Fielder-Flemming, ahora convertida en una masa pétrea, y tragó saliva. No obstante, aunque *sir* Charles pudiera calificarlo de ridículo, su antagonista había deducido sin duda unos argumentos, y no eran tampoco unos argumentos endebles o carentes de base.

—Creo —dijo con el mayor tiento que pudo— que si no se tratara de usted sino de otra persona, *sir* Charles, usted aprobaría una acusación de este tipo; cuando hay auténticas pruebas que la respaldan, exige al menos ser tomada en serio tanto como ser rebatida.

Sir Charles resopló y la señora Fielder-Flemming asintió varias veces con la cabeza, con vehemencia.

—Si es posible rebatirla —observó el señor Bradley—. Pero debo admitir que, personalmente, estoy impresionado. A mí me parece que la señora Fielder-Flemming ha resuelto el caso. ¿Querría que fuese a telefonear a la policía, señor presidente? —habló con el aire de seriedad de quien se esfuerza por cumplir con su deber de ciudadano, por muy desagradable que éste pudiera ser.

Sir Charles echó fuego por los ojos, pero una vez más pareció estar privado del habla.

—Creo que todavía no —dijo Roger con suavidad—. Aún no hemos oído la respuesta de *sir* Charles.

—Bueno, supongo que bien podemos *oírle* —concedió el señor Bradley.

Cinco pares de ojos se pegaron sobre *sir* Charles, cinco pares de oídos se aguzaron.

Pero *sir* Charles, luchando poderosamente consigo mismo, guardó silencio.

—Como yo esperaba —murmuró el señor Bradley—. No hay defensa. Hasta *sir* Charles, que tantos asesinos le ha arrebatado a la cuerda, no puede encontrar qué decir en un caso tan manifiesto. Es muy triste.

Por la mirada relampagueante que le lanzó a su verdugo, pudo deducirse que *sir* Charles podría haber encontrado mucho que decir de haber estado solos los dos hombres. Así las cosas, sólo pudo proferir un ruido sordo.

—Señor presidente —dijo Alicia Dammers, con su vigorosa eficiencia habitual—, tengo una propuesta que hacer. *Sir* Charles parece admitir su culpabilidad en rebeldía, y el señor Bradley, como buen ciudadano, desea entregarlo a la policía.

—¡Muy bien! —observó el buen ciudadano.

—Yo, personalmente, lamentaría hacer eso. Creo que *sir* Charles tiene una gran cantidad de cosas que decir. Según nos han enseñado, el asesinato es invariablemente antisocial. ¿Pero lo es? Soy del parecer de que la intención de *sir* Charles, la de librar al mundo (y, de manera incidental, a su propia hija) de *sir* Eustace Pennefather, fue completamente en pro de los mejores intereses del mundo. Que su intención fracasara y matara a una víctima inocente no viene en absoluto al caso. Incluso la señora Fielder-Flemming parecía tener sus dudas acerca de si *sir* Charles debería de ser condenado, aunque añadió, en conclusión, que no se sentía competente para juzgarle.

»Yo no comparto su opinión. Siendo una persona, espero, de razonable inteligencia, me siento perfectamente competente para juzgarle. Y considero además que nosotros cinco somos competentes para juzgarle. Por lo tanto, sugiero que le juzguemos

en realidad nosotros mismos. La señora Fielder-Flemming podría hacer de acusadora; alguien (yo propongo al señor Bradley) podría defenderle; y nosotros cinco constituir un jurado, y el fallo ser por mayoría a favor o en contra. Nos obligaríamos a obrar de acuerdo con el resultado, y si éste es en su contra, llamamos a la policía; si es a su favor, acordamos no pronunciar ni una palabra de su culpabilidad fuera de esta sala. ¿Se puede someter a votación en la reunión?

Roger le sonrió con reproche. Sabía muy bien que la señorita Dammers no creía más que él en la culpabilidad de *sir* Charles, y sabía que sólo estaba tomándole el eminente pelo al abogado; con cierta crueldad, pero sin duda ella opinaba que era bueno para él. La señorita Dammers se declaraba una firme partidaria de observar el revés de las cosas y sostenía que sería muy útil para el gato verse perseguido de vez en cuando por el ratón; por lo tanto, era ciertamente muy saludable para un hombre que había procesado a otros hombres por crímenes que podían castigarse con pena de muerte, encontrarse por una vez en el banquillo de los acusados bajo tan aterrador cargo. El señor Bradley, por otra parte, aun cuando era evidente que tampoco creía que *sir* Charles fuese el asesino, no se burlaba por convicción, sino porque sólo así podía fastidiar un poco a *sir* Charles por haber triunfado más en la vida de lo que el señor Bradley probablemente pudiese.

Ni el señor Chitterwick, pensó Roger, tenía serias dudas en cuanto a la posibilidad de que *sir* Charles fuese culpable, aunque seguía pareciendo tan alarmado ante la temeridad de la señora Fielder-Flemming al sugerir una cosa semejante, que no era del todo posible decir lo que pensaba. Por supuesto, Roger estaba completamente seguro de que nadie abrigase el mínimo recelo de la inocencia de *sir* Charles, excepto la señora Fielder-Flemming... y, tal vez, atendiendo a su aspecto, el mismo *sir* Charles. Como este ultrajado caballero había señalado, tal idea, mirándola con serena reflexión, era sencillamente la más ridícula de las tonterías. *Sir* Charles no podía ser culpable porque..., porque era *sir* Charles, y

porque esas cosas no ocurren, y porque era obvio que no podía serlo.

Por otra parte, la señora Fielder-Flemming había demostrado con gran destreza que lo era. Y *sir* Charles aún no había intentado demostrar que no lo era.

No por primera vez Roger deseó sinceramente que, menos él, cualquiera estuviese en la silla presidencial.

—Creo —repitió—, que antes de dar un paso deberíamos escuchar lo que *sir* Charles tiene que decir. Estoy seguro —agregó el presidente amablemente, acordándose de la frase correcta—, de que podrá probar su inocencia. —Miró expectante al criminal.

Sir Charles pareció sacudirse bruscamente la confusión producida por su cólera.

—¿Realmente se supone que debo defenderme contra este... este histerismo? —escupió—. Muy bien. Admito que soy un criminalista lo cual la señora Fielder-Flemming parece considerar una prueba irrecusable. Admito que asistí a una cena en el Hotel Cecil aquella noche, lo cual parece que es suficiente para poner la cuerda alrededor de mi cuello. Admito, ya que parece que mis asuntos privados tienen que sacarse a la luz a rastras, sin miramientos de buen gusto o decencia, que preferiría haber estrangulado a *sir* Eustace con mis propias manos antes que verle casado con mi hija.

Hizo un pausa y se pasó la mano, con un gesto de cierta fatiga, por su ancha frente. Ya no era formidable, sino tan sólo un viejo bastante cansado. Roger sintió una intensa compasión por él. Pero la señora Fielder-Flemming había expuesto demasiado bien sus argumentos para que fuese posible perdonarle.

—Lo admito todo, pero nada de ello constituye una prueba que influyese mucho en un tribunal. Si quieren que demuestre que verdaderamente no envié esos bombones, ¿qué he de decir? Podría traer a mis dos vecinos de la cena, quienes jurarían que no llegué a abandonar mi asiento hasta... bueno, debió de ser después de las diez. Puedo demostrar, a través de otros testigos, que mi hija al fin

consintió, a causa de mis quejas, en renunciar a la idea de la boda con *sir* Eustace, y ha ido, por voluntad propia, a vivir con unos parientes nuestros en Devonshire por un tiempo considerable. Pero otra vez tengo que admitir que esto ha ocurrido después de la fecha del envío de los bombones.

»En resumen, la señora Fielder-Flemming ha logrado, con notable habilidad, reunir una acusación *prime facie* contra mí, aunque estuviera basada en una suposición errónea (yo le indicaría que el abogado nunca entra y sale constantemente del domicilio de su cliente, sino que, por lo general, sólo se encuentra con él en presencia de su procurador, en el lugar de trabajo del primero, o en su propio despacho), y estoy completamente dispuesto, si esta reunión lo considera conveniente, a que el asunto sea investigado de modo oficial. Más aún, apruebo tal investigación en vista de la calumnia que se ha vertido sobre mi nombre. Señor presidente, le pido, como representante de los miembros en su totalidad, que tome las medidas que estime oportunas.

Roger anduvo con pies de plomo.

—Yo, por mi parte, *sir* Charles, estoy del todo convencido de que los argumentos de la señora Fielder-Flemming, aunque han sido sobremanera ingeniosos, se han basado, como dice usted, en un error y, realmente, como una cuestión de simple probabilidad, no puedo concebir a un padre enviándole bombones envenenados al aspirante a novio de su propia hija. Una momentánea recapacitación le demostraría lo inevitable que sería en la práctica que los bombones llegasen, con el tiempo, a manos de la hija. Yo tengo mi propia opinión sobre este crimen, pero, además de eso, tengo la completa certeza de que, en realidad, las acusaciones contra *sir* Charles no han sido demostradas.

—Señor presidente —intervino la señora Fielder-Flemming, no sin vehemencia—, usted puede decir lo que le plazca, pero en interés del...

—Estoy de acuerdo, señor presidente —la interrumpió la señora Dammers, tajante—. Es impensable que *sir* Charles pudiera haber

enviado esos bombones.

—¡Bah! —dijo el señor Bradley, poco dispuesto a que le echaran a perder la diversión tan pronto.

—¡Muy bien! —dijo el señor Chitterwick, con sorprendente firmeza.

—Por otra parte —prosiguió Roger—, comprendo perfectamente que la señora Fielder-Flemming tenga derecho a la investigación oficial que pide *sir* Charles, no menos del que tiene *sir* Charles en beneficio de su buen nombre. Y coincido con *sir* Charles en que ella ha inferido unos argumentos *prima facie* para la investigación. Pero lo que quisiera subrayar es que hasta el momento sólo han hablado dos miembros de los seis, y no es una remota posibilidad que tan asombrosos progresos puedan haberse visto eclipsados cuando todos hayamos hecho uso de nuestro turno, que el que estamos discutiendo ahora pueda (no digo que ocurra, pero puede ocurrir) haberse reducido a nada.

—¡Vaya! —murmuró el señor Bradley—. ¿Qué secreto guarda nuestro respetable presidente?

—Por lo tanto, propongo, como una moción formal —concluyó Roger, ignorando las miradas un tanto desabridas que le echaba la señora Fielder-Flemming—, que aplacemos indefinidamente la cuestión relativa a *sir* Charles, para su discusión o relato dentro o fuera de esta sala, durante una semana a partir de hoy, cuando cualquier miembro que así lo desee podrá sacarla de nuevo a colación por voluntad propia, a falta de lo cual ésta cae en el olvido para siempre. ¿La sometemos a votación? ¿Los que estén a favor?

La moción fue aprobada por unanimidad. A la señora Fielder-Flemming le habría gustado votar en contra, pero, sin embargo, nunca había pertenecido a un comité en donde todas las mociones no fueran aprobadas por unanimidad y el hábito estaba demasiado arraigado en ella.

Luego se suspendió la sesión, bastante agobiada.

ROGER estaba sentado en la mesa del despacho de Moresby en Scotland Yard y balanceaba las piernas malhumorado. Moresby no le servía de la más mínima ayuda.

—Ya se lo he dicho, señor Sheringham —dijo el inspector jefe, con aire sufrido—. Es inútil que trate de sonsacarme. Le he dicho todo lo que sé. Le ayudaría si pudiera, como usted sabe —Roger dio un bufido de incredulidad—, pero estamos simplemente en un callejón sin salida.

—Igual que yo —gruñó Roger—. Y no me gusta.

—Pronto se acostumbrará, señor Sheringham —le consoló Moresby—, si emprende a menudo esta clase de trabajos.

—Simplemente no puedo ir más lejos —se lamentó Roger—. De hecho, no creo que quiera. Estoy prácticamente seguro de que, en total, he estado trabajando sobre bases equivocadas. Si la pista reside realmente en la vida privada de *sir* Eustace, él la está protegiendo como el mismo demonio. Pero no creo que se encuentre allí.

—¡Veremos! —dijo Moresby, que lo creía.

—He interrogado severamente a sus amigos, hasta que se han hartado de verme. He mendigado presentaciones a los amigos de sus amigos, y a los amigos de sus amigos de sus amigos, y los he interrogado con dureza también a ellos. ¿Y qué he descubierto?

Que *sir* Eustace no era sólo un crápula, como usted ya me dijo, sino además un crápula completamente indiscreto; el tipo totalmente grosero, por fortuna mucho más raro de lo que las mujeres suponen, que habla de sus conquistas femeninas con nombres y todo... aunque creo que en el caso de *sir* Eustace esto se debe tan sólo a la falta de imaginación y no a una desvergüenza natural. Pero usted comprende a qué me refiero. He reunido los nombres de veintenas de mujeres, y todos conducen... ¡a ninguna parte! Si el motivo oculto es una mujer, a esta altura debería haberme enterado de su existencia. Y no me he enterado.

—¿Y qué hay de aquel caso estadounidense, el que considerábamos guardaba tan extraordinario paralelismo, señor Sheringham?

—Uno de nuestros miembros lo citó la pasada noche —dijo Roger con pesimismo—. Y la mujer sacó de él muy pocas deducciones.

—Ah, sí —asintió el inspector jefe—. Sería la señora Fielder-Flemming, supongo. Cree que *sir* Charles Wildman es el culpable, ¿verdad?

Roger le miró con fijeza.

—¿Cómo diablos lo ha sabido? ¡Oh! La desaprensiva vieja bruja. ¿Ella le dio el soplo, no es cierto?

—Desde luego que no, señor —respondió Moresby con un aire virtuoso, como si la mitad de los casos difíciles que resuelve Scotland Yard no avanzaran poco a poco por el buen camino gracias, sobre todo, a la «información recibida».

—Ella no nos ha dicho una palabra, aunque no estoy diciendo que no habría sido su deber hacerlo. Pero no hay muchas cosas que sus miembros estén haciendo que ignoremos, y también pensando en ellas, si a eso vamos.

—Estamos siendo vigilados —dijo Roger, complacido—. Sí, ya me dijo al principio que no nos iban a perder de vista. Bueno, bueno. ¿Es que van a arrestar a *sir* Charles?

—Creo que todavía no, señor Sheringham —replicó Moresby con gravedad.

—¿Qué opina de la teoría, pues? Ella ha demostrado sus argumentos de manera extraordinaria.

—Me sorprendería mucho —dijo Moresby con tiento— que me convencieran de que *sir* Charles Wildman se había dedicado a asesinar gente por su cuenta en vez de impedirnos colgar a otros asesinos.

—Es algo que resulta menos provechoso, desde luego —convino Roger—. Sí; claro que, en realidad, puede que no tenga valor alguno pero es una bonita idea.

—¿Y qué teoría va usted a exponer, señor Sheringham?

—Moresby, no tengo la remota idea. Y además he de hablar mañana por la noche. Supongo que puedo improvisar algo para quedar bien, pero es decepcionante. —Roger reflexionó un momento—. Creo que el auténtico problema es que mi interés por este caso es puramente teórico. Para todos los demás ha sido personal, y eso no sólo da un incentivo mucho mayor para llegar al fondo del caso, sino que, de algún modo, ayuda realmente a ello. Se recogen fragmentos más importantes en el proceso de información, supongo. Y más detalles incidentales de la gente involucrada.

—Bueno, señor Sheringham —comentó Moresby con un poco de malicia—, tal vez ahora admitirá que a quienes trabajamos aquí, con intereses que nunca son personales (si por eso entiende mirar un caso desde dentro y no desde fuera), se nos puede disculpar cuando fracasamos en un caso. Lo cual, dicho sea de paso —agregó Moresby con profesional orgullo—, sucede muy raramente.

—Desde luego que sí —asintió Roger con honda emoción—. Bien, Moresby, antes de comer tengo que pasar por la penosa cuestión de comprar un sombrero nuevo. ¿Le apetece seguirme hasta la calle Bond? Después podría entrar en un mesón cercano y le resultaría muy agradable seguirme también hasta allí.

—Lo siento, señor Sheringham —dijo el inspector jefe Moresby, con intención—, pero tengo cosas que hacer.

Roger se marchó.

Se sentía tan abatido que tomó un taxi hasta la calle Bond en lugar del autobús, para animarse. Roger, que había estado en Londres de vez en cuando durante los años de la guerra y se acordaba de las interesantes costumbres que cultivaron los taxistas a lo largo de aquel período, nunca había cogido uno desde entonces, ya que un autobús prestaba idéntico servicio. La memoria pública es notoriamente breve, pero los prejuicios públicos son, al igual, notoriamente prolongados.

Roger tenía motivos para su desaliento. No sólo estaba, como le había dicho a Moresby, en un callejón sin salida, sino que la creencia de que, en realidad, había estado trabajando sobre pistas completamente erróneas empezaba a implantarse en él; y la posibilidad de que toda la labor que había invertido en el caso hubiera sido tan sólo una pérdida de tiempo, era descorazonadora. Su inicial interés en el asunto había sido grande, aunque, como acababa de darse cuenta, puramente teórico, tal como el que sentiría en cualquier asesinato planeado con ingenio; y a pesar de las relaciones entabladas con personas que conocían a varios de los protagonistas, seguía sintiéndose incómodamente ajeno al caso. Por alguna causa, no existía la más mínima relación personal que le permitiera realmente esforzarse al máximo por resolverlo. Estaba comenzando a sospechar que era la clase de caso que requería interminables indagaciones para las cuales un particular carece de la habilidad, la paciencia y el tiempo de llevarlas adelante, y que sólo la policía puede emprender.

Fue el azar, dos encuentros casuales aquel mismo día y casi en una hora, lo que cambió por completo el aspecto del caso a los ojos de Roger, y trasladó por fin el interés que le suscitaba de lo teórico a lo personal.

El primero tuvo lugar en la calle Bond.

Al salir de la sombrerería, con su sombrero nuevo justo en el ángulo preciso, vio que la señorita Verreker-le-Mesurer avanzaba hacia él. La señorita Verreker-le-Mesurer era pequeña, elegante,

rica, relativamente joven y viuda, y codiciaba a Roger. El porqué, ni siquiera Roger, que tenía su parte correspondiente de oportuno engreimiento, podía comprenderlo; pero siempre que le diera la oportunidad, ella se tendería a sus pies (metafóricamente, claro; no tenía la menor intención de darle la oportunidad de hacerlo de manera literal) y le contemplaría con sus grandes ojos castaños derritiéndose con fervorosa inspiración. Pero ella hablaba. En resumen, ella hablaba, y hablaba, y hablaba. Y Roger, a quien le gustaba bastante hablar, no podía resistirlo.

Trató de apresurarse a cruzar la calle, pero no había abertura alguna en el torrente de tráfico. Estaba acorralado. Con una alegre sonrisa que encubría pensamientos injuriosos, arruinó el ángulo de su precioso sombrero nuevo.

La señora Verreker-le-Mesurer se pegó a él con satisfacción.

—¡Oh, señor Sheringham! Justamente la mismísima persona a quien quería ver. Dígame, señor Sheringham. En la más absoluta confianza, claro. ¿Está usted reanudando las investigaciones sobre el espantoso asunto de la muerte de la pobre Joan Bendix? Oh, no... no me diga que no. —Roger trataba de decirle que había esperado hacerlo, pero ella no le dio ocasión—. Oh, ¿de veras no lo está? Pero es demasiado espantoso. Usted debería, ¿sabe?, usted realmente debería intentar averiguar quién envió esos bombones a *sir* Eustace Pennefather. Creo que será usted malo si no lo hace.

Roger, con la helada mueca de la relación civilizada en su rostro, intentó de nuevo introducir una palabra; sin resultado.

—Me horroricé al enterarme de ello. Simplemente me horroricé. —La señora Verreker-le-Mesurer manifestó horror—. ¿Sabe? Joan y yo éramos muy amigas. Íntimas amigas. De hecho fuimos juntas a la escuela... ¿Ha dicho algo, señor Sheringham?

Roger, que había dejado escapar un gemido vagamente incrédulo, se apresuró a sacudir la cabeza.

—Y lo más horrible, lo verdaderamente terrible, es que Joan lo atrajo todo sobre sí. ¿No es horroroso, señor Sheringham?

Roger ya no quería huir.

—¿Qué ha dicho? —consiguió intercalar, con renovada incredulidad.

—Supongo que es lo que llaman una trágica ironía. —La señora Verreker-le-Mesurer siguió parlotando alegremente—. Desde luego que fue lo bastante trágico; nunca he oído hablar de algo tan trágicamente irónico. Usted sabe de la apuesta que le hizo su marido, claro, así que él tuvo que llevarle la caja de bombones y si no lo hubiera hecho, *sir* Eustace nunca le habría dado los envenenados, sino que se los habría comido y muerto él y, por todo lo que he oído de él, Santas Pascuas y que se pudra. Bueno, señor Sheringham... —la señora Verreker-le-Mesurer redujo la voz a un susurro de conspiradora y echó un vistazo en derredor de la manera apropiada—. Nunca lo he contado, pero se lo digo a usted porque sé que me lo agradecerá. ¿A usted le *interesa* la ironía, verdad?

—La adoro —repuso Roger maquinalmente—. ¿Sí?

—Bien... ¡Joan no jugaba limpio!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Roger, desconcertado. La señora Verreker-le-Mesurer estaba ingenuamente satisfecha de la sensación que había despertado—. Toma, ella no tendría que haber hecho la apuesta en absoluto. Fue un castigo, claro, pero lo espantoso es que ella se lo buscó, en cierto modo. Esto me inquieta terriblemente. De veras, señor Sheringham, casi no puedo resistir apagar la luz cuando me voy a la cama. No veo más que la cara de Joan mirándome en la oscuridad. Es horrible. —Y por un breve instante, el rostro de la señora Verreker-le-Mesurer reflejó realmente la emoción que manifestaba: tenía un aspecto bastante ojeroso.

—¿Y por qué no tendría la señora Bendix que haber hecho la apuesta? —preguntó Roger con paciencia.

—¡Oh! Toma, porque ya había visto la obra antes. Fuimos juntas, la primera semana después del estreno. Ella siempre *supo* quién era el criminal.

—¡Caramba! —Roger estaba tan impresionado como la señora Verreker-le-Mesurer pudiera haber deseado—. ¿El azar vengador otra vez, eh? Ninguno de nosotros es inmune a él.

—¿Se refiere a la justicia poética? —gorjeó la señora Verreker-le-Mesurer, para quien estos comentarios habían sido un poquitín oscuros—. Sí que lo fue, en cierto modo, ¿no? Aunque, realmente, el castigo fue muy desproporcionado al crimen. Dios mío, si todas las mujeres que hacen trampa en una apuesta tienen que ser asesinadas por ello, ¿dónde estaríamos nosotras? —quiso saber la señora Verreker-le-Mesurer con inconsciente franqueza.

—¡Bah! —dijo Roger con diplomacia.

La señora Verreker-le-Mesurer miró rápidamente a un lado y a otro de la acera y se humedeció los labios. Roger tuvo la extraña impresión de que no hablaba por hablar, como era habitual en ella, sino, de algún modo recóndito, para evitar no hablar. Era como si le afligiese más la muerte de su amiga de lo que se permitía demostrar y encontrase cierto alivio en parlotear constantemente. A Roger le interesó asimismo observar que, si bien era probable que hubiera apreciado a la mujer muerta, ahora ella se veía empujada, como en contra de su voluntad, a insinuar su culpa al mismo tiempo que la elogiaba. Era como si, de este modo, pudiera obtener cierto sutil consuelo por la muerte verdadera.

—¡Pero que fuera a ocurrirle precisamente a Joan Bendix! No puedo quitármelo de la cabeza, señor Sheringham. Nunca habría pensado que Joan haría un cosa así.

Joan era una muchacha tan agradable. Un poco tacaña, quizá, teniendo en cuenta lo pudiente que era, pero eso no importa. Claro que sé que sólo lo hizo para divertirse, para tomarle el pelo a su marido, pero yo siempre solía pensar que Joan era una muchacha tan formal, si sabe lo que quiero decir.

—Perfectamente —repuso Roger, que podía entender el inglés llano como la mayoría de la gente.

—Quiero decir que la gente corriente no habla del honor, y de la verdad, y de jugar limpio, y todas esas cosas que una da por sentadas. Pero Joan sí lo hacía. Siempre estaba diciendo que si esto no era honrado, o que si aquello no sería jugar limpio. Bueno, ella pagó caro no jugar limpio, pobre muchacha, ¿no es cierto? Sin

embargo, supongo que todo sirve para demostrar la verdad del viejo refrán.

—¿Qué viejo refrán? —preguntó Roger, casi hipnotizado por este torrente.

—Toma, que del agua mansa me libre Dios. Después de todo, Joan no debió de haber sido tan mansa, me temo. —La señora Verreker-le-Mesurer suspiró. Evidentemente, el no ser manso era un grave error social—. No es que quiera hablar mal de ella, ahora que está muerta, pobrecita, pero... bueno, lo que quiero decir es que creo que la psicología es interesantísima, ¿no lo cree usted, señor Sheringham?

—Absolutamente fascinante —asintió Roger con gravedad—. Bueno, me temo que debo...

—¿Y qué piensa ese hombre, *sir* Eustace Pennefather, de todo esto? —exigió la señora Verreker-le-Mesurer, con una expresión de categórico rencor—. Al fin y al cabo, es tan responsable de la muerte de Joan como cualquiera.

—¿Ah, sí? —Roger no sentía el más mínimo afecto especial por *sir* Eustace, pero se sintió obligado a defenderlo contra esta acusación—. Realmente, no creo que pueda decir eso, señora Verreker-le-Mesurer.

—Puedo y lo digo —afirmó aquella dama—. ¿Ha llegado a conocerle, señor Sheringham? He oído que es una horrible criatura. Siempre corriendo detrás de una u otra mujer, y cuando se cansa de ella se limita a tirarla... ¡pías!, así. ¿Es verdad?

—Me temo que no puedo decírselo —dijo Roger glacialmente—. No lo conozco en absoluto.

—Bueno, todo el mundo sabe con quién se relaciona ahora —replicó la señora Verreker-le-Mesurer, tal vez de un color un poquitín más rosa que lo que justificaban las delicadas ayudas a la naturaleza que lucía en sus mejillas—. Media docena de personas me lo han contado. De entre todas las mujeres, con esa Bryce. Ya sabe, la esposa del hombre del aceite, o petróleo o con lo que haya hecho su dinero.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Roger, con bastante falsedad.

—Dicen que empezó hará una semana —siguió, incansable, con sus comadreo de última hora—. Para consolarse por no conseguir a Dora Wildman, supongo. Bueno, gracias a Dios, *sir* Charles tuvo el buen sentido de adoptar una actitud firme. ¿Lo hizo, verdad? Me enteré el otro día. ¡Un hombre horrible! Uno se figuraría que un ser tan espantoso, al ser prácticamente responsable de la muerte de la pobre Joan, habría sentado un poco la cabeza, ¿no es cierto? Pero ni hablar de ello. En realidad, creo que él...

—¿Ha visto algún espectáculo últimamente? —le preguntó Roger, en alta voz.

La señora Verreker-le-Mesurer lo miró con fijeza, perpleja durante un momento.

—¿Espectáculos? Sí, me parece que lo he visto casi todo. ¿Por qué, señor Sheringham?

—Sólo deseaba saberlo. La nueva revista del Pavilion es bastante buena, ¿no? Bien, me temo que debo...

—¡Oh no! —la señora Verreker-le-Mesurer se estremeció delicadamente—. Estaba allí la noche anterior a la muerte de Joan («¿No hay algún tema que pueda apartarnos un instante de éste?», pensó Roger). La señora Cavel-sotke tenía un palco y me pidió que me uniera a su grupo.

—¿Sí? —Roger se preguntaba si sería descortés que simplemente rechazara a la dama, como en el rugby, y se metiera a toda prisa en la abertura del tráfico más próxima—. Un espectáculo bastante bueno —dijo sin pensar, avanzando despacio, con inquietud, hacia el freno—. Aquella pieza corta, *El sempiterno triángulo*, me gustó en especial.

—¿El sempiterno triángulo? —repitió distraída la señora Verreker-le-Mesurer.

—Sí, poco después del comienzo.

—¡Oh! Entonces puede que no la haya visto. Llegué con unos minutos de retraso, me temo. Pero después —dijo la señora

Verreker-le-Mesurer con patetismo—, siempre me parece que llego tarde para todo. —Roger reparó mentalmente en que los minutos tenían ribetes de eufemismo, como la mayoría de las declaraciones de la señora Verreker-le-Mesurer relativas a sí misma. Desde luego que *El sempiterno triángulo* no se había representado en la primera media hora de la función.

—¡Ah! —Roger miró fijamente el autobús que se acercaba—. Me temo que tendrá que disculparme, señora Verreker-le-Mesurer. Hay un hombre en ese autobús que quiere hablar conmigo. ¡*Scotland Yard!* —siseó, en un impresionante susurro.

—¡Oh! Entonces..., entonces, ¿eso significa que está investigando la muerte de la pobre Joan, señor Sheringham? ¡Tiene que decírmelo! No lo sabrá ni un alma.

Roger miró en derredor con aire misterioso y frunció el ceño de la manera apropiada.

—¡Sí! —asintió, con el dedo en los labios—. Pero ni una palabra, señora Verreker-le-Mesurer.

—Claro que no, se lo prometo. —Pero a Roger le decepcionó notar que la dama no parecía tan impresionada como él había esperado. Por su expresión, estaba casi dispuesto a creer que sospechaba lo infructuosos que habían sido sus esfuerzos y le afligía un poco que hubiera cargado con más de lo que podía manejar.

Pero ahora el autobús había llegado a su altura y, con un precipitado «Adiós», Roger subió al estribo con un movimiento enérgico cuando el vehículo pasó junto a él avanzando pesadamente. Con pasmosa cautela, sintiendo aquellos ojos castaños clavados con temor reverente en su espalda, subió los peldaños y tomó asiento, tras un exagerado examen de los otros pasajeros, junto a un hombrecillo completamente inofensivo con sombrero hongo. El hombrecillo, que era un recepcionista que desempeñaba el empleo de escultor de monumentos funerarios en Tooting, le miraba con resentimiento. Había innumerables asientos vacíos por todos lados.

El autobús dio la vuelta y entró en Piccadilly; Roger bajó en Club Rainbow. Una vez más, estuvo comiendo con un miembro del mismo. Roger se había pasado la mayor parte de los últimos diez días invitando a comer a los miembros del Club Rainbow que, por muy remotamente, conociera, con el fin de que, a cambio, le invitaran al club. Hasta el momento, todo ese derroche de trabajo no había dado el más mínimo fruto provechoso, y para hoy no preveía que las cosas cambiasen.

No se trataba en absoluto de que el miembro fuese reacio a hablar de la tragedia. Parecía ser que había ido a la escuela con Bendix y se mostraba tan dispuesto a responder de él, por la fuerza de ese vínculo, como la señora Verreker-le-Mesurer lo había estado por la señora Bendix. Por lo tanto, se congratulaba, y no poco, de tener una relación más estrecha con el asunto que sus consocios. En verdad, se comprendía que la relación era incluso un poquitín más profunda que la del mismo *sir* Eustace. El invitado de Roger era de esa clase de hombres.

Mientras estaban hablando, un hombre entró en el comedor y pasó junto a la mesa que ocupaban. El invitado de Roger guardó silencio bruscamente. El recién llegado les saludó con un brusco movimiento de cabeza y siguió adelante.

El invitado de Roger se inclinó por encima de la mesa y habló con el tono bajo de alguien a quien se le ha otorgado una revelación.

—¡Hablando del rey de Roma! Ése era Bendix. Es la primera vez que lo veo por aquí desde que ocurrió. ¡Pobre diablo! Quedó destrozado, ¿sabe? Nunca había visto a un hombre que quisiera tanto a su esposa. Todo el mundo lo sabía. ¿Ha visto el aspecto cadavérico que tiene? —Todo esto en un discreto susurro que le debía de haber resultado mucho más evidente al sujeto del mismo de haber estado mirando en su dirección que el más estridente griterío.

Roger asintió brevemente. Había vislumbrado la cara de Bendix y le había sobresaltado incluso antes de conocer su identidad.

Estaba ojerosa, pálida y surcada de arrugas de amargura, prematuramente envejecida. «Por Dios —pensó ahora, muy impresionado—, alguien debe de hacer realmente un esfuerzo. Si no se descubre pronto al asesino, también matará a este hombre».

Un tanto al azar, y con gran indiscreción, dijo en voz alta:

—No se ha colgado exactamente de su cuello. Creía que ustedes dos eran amigos inseparables.

Su invitado pareció incómodo.

—Oh, bueno, usted sólo tiene que tener en cuenta el presente —opinó—. Además, no éramos exactamente amigos inseparables. En realidad, me llevaba uno o dos años. O incluso podrían haber sido tres. Y estábamos también en pabellones distintos. Y él, desde luego, estaba en el bando moderno (¿se puede imaginar a este hijo de su padre siendo otra cosa?), en tanto que yo era un ave clásica.

—Comprendo —dijo Roger con cierta seriedad, dándose cuenta de que la verdadera relación de su invitado con Bendix en la escuela se había limitado, a lo sumo, a la de la punta del pie del último con las partes más posteriores del primero.

Lo dejó sin más.

Durante el resto de la comida estuvo un tanto distraído. Había algo que no paraba de darle vueltas en la cabeza y no podía identificarlo. En alguna parte, de algún modo, le parecía que, durante la última hora, se le había comunicado una información trascendental y él no había llegado a comprender su importancia.

No fue hasta que se estaba poniendo el abrigo, media hora más tarde, cuando por el momento había dejado de obligar a su mente a que soltara su presa, que la comprensión le llegó de improviso sin ser invitada, con arreglo a su exasperante estilo individual. Se quedó paralizado, con un brazo en la manga del abrigo y el otro en acto de rebuscar torpemente.

—*¡Caramba!* —dijo con suavidad.

—¿Pasa algo, chico? —preguntó su invitado, ahora achispado por un exceso de oporto.

—No, gracias; nada —se apresuró a contestar Roger, volviendo a la realidad.

Fuera del club, llamó a un taxi.

Probablemente por primera vez en su vida, la señora Verreker-le-Mesurer le había dado a alguien una idea constructiva.

Durante el resto del día, Roger estuvo muy ocupado de verdad.

EL PRESIDENTE cedió la palabra al señor Bradley.

El señor Bradley se acarició el bigote y mentalmente extrajo los ases de su manga.

Había iniciado su carrera (cuando era todavía Percy Robinson) como vendedor de coches, y había descubierto que da más dinero la fabricación. Ahora fabricaba novelas policíacas y no encontraba inútil su anterior experiencia de la credulidad del público. Seguía siendo su propio vendedor, pero de vez en cuando le resultaba difícil recordar que ya no estaba subido a un stand en Olympia. Incluyendo a Morton Harrogate Bradley, despreciaba cordialmente a todos y a todo lo de este mundo, con la única excepción de Percy Robinson. Vendía sus ejemplares de diez mil en diez mil.

—Esto me resulta bastante inoportuno —comenzó, con la pronunciación lenta y arrastrada de los caballeros, como si se dirigiera a un auditorio de imbéciles—. Había tenido en gran medida la impresión de que se esperaba de mí que presentara como asesino a la persona más inverosímil, según la habitual tradición; y la señora Fielder-Flemming me ha ganado terreno. No acierto a comprender cómo es posible que pueda descubrirles un asesino más improbable que *sir* Charles, aquí presente. Todos los que tengamos la desgracia de hablar después de la señora Fielder-

Flemming habremos de conformarnos con acumular un montón de acontecimientos decepcionantes.

»No es que no haya hecho cuanto he podido. Estudié el caso de acuerdo con mi propio criterio y éste me condujo a una conclusión que en verdad me ha sorprendido muchísimo. Pero como he dicho, después de la última oradora, ésta les parecerá probablemente a todos ustedes un lúgubre jarro de agua fría sobre sus expectativas. Vamos a ver, ¿por dónde empecé? Oh, sí; por el veneno.

»Ahora el uso de nitrobenceno como el agente del envenenamiento llamó muchísimo mi atención. Lo encontré en extremo significativo. El nitrobenceno es lo último que esperaríamos encontrar dentro de esos bombones. He hecho un cierto estudio de venenos, en relación con mi trabajo, y nunca he oído hablar de que el nitrobenceno fuera empleado en algún caso criminal. Constan casos de su utilización en el suicidio y en envenenamiento accidental, pero no más de tres o cuatro en total.

»Me extraña que este punto no se les ocurriera a mis predecesores. Lo realmente interesante es que hay muy poca gente que conozca el nitrobenceno como veneno. Ni siquiera los expertos. Estuve hablando con un hombre que obtuvo una beca en ciencias en Cambridge y se especializó en química y, realmente, nunca ha oído mencionarlo como veneno. En realidad, descubrí que yo sabía mucho más del nitrobenceno que él. No cabe duda de que un químico comercial nunca lo ubicaría entre los venenos corrientes. Ni siquiera se halla catalogado como tal, y el catálogo es lo bastante extenso. Bien, a mi todo esto me parece muy significativo.

»Luego hay otras cuestiones acerca de éste. Se emplea principalmente en el comercio. De hecho es la clase de sustancia que podría utilizarse casi en cualquier producto. Es un disolvente bastante universal. Se nos ha informado de que se usa principalmente en la elaboración de tintes de anilina. Este puede que sea el más destacado, pero no es, desde luego, el más frecuente. Se utiliza mucho en confitería, como asimismo nos informaron, y también en perfumería. Pero realmente no puedo

intentar proporcionarles una lista de sus aplicaciones. Éstas van de los bombones a neumáticos para coches. Lo importante es que se puede adquirir con toda facilidad.

»En cuanto a eso, se puede preparar también con idéntica facilidad. Cualquier colegial sabe cómo tratar el benceno con ácido nítrico para obtener nitrobenceno. Yo mismo lo he hecho un centenar de veces. Todo lo que se necesita son unas cuantas nociones de química, y nada de costosos aparatos. O, en última instancia, igualmente podría hacerlo alguien que careciese de los más mínimos conocimientos de química; es decir, el verdadero proceso de prepararlo. Oh, y eso se podría hacer con absoluto secreto, dicho sea de paso. Nadie necesita suponerlo siquiera. Pero yo creo que, de todos modos, haría falta una pizca de conocimientos de química, si alguien se pusiera alguna vez a prepararla. Al menos, para este fin particular.

»Bien; en lo que se refería al caso en su conjunto, el uso del nitrobenceno no sólo me pareció la única característica original, sino, con mucho, la prueba más importante. No de la manera en que el ácido prúsico constituye una valiosa prueba a causa de que es muy difícil de obtener, sino porque una vez se decidiera su utilización, cualquiera podría adquirir o fabricar nitrobenceno, y eso, qué duda cabe, es un formidable punto a favor de la misma, desde la óptica del aspirante a asesino. No; lo que quiero decir es que el tipo de persona que llegase a pensar en valerse de esta sustancia, debería ser definible dentro de unos límites sorprendentemente reducidos.

El señor Bradley se detuvo un momento para encender un cigarrillo y, si en su fuero interno le complacía que sus consocios manifestaran el alto nivel de interés que él les había suscitado por medio de no pronunciar una palabra hasta que estuviera listo para continuar, no dio muestras de ello. Contemplándolos durante un instante como si inspeccionara una clase compuesta enteramente de idiotas, reanudó sus argumentos.

—Ante todo, pues, podemos atribuirle a este usuario del nitrobenceno un mínimo, de todas maneras, de conocimientos de química. O quizá tendría que calificar esto. O conocimientos de química o un conocimiento especializado. Un ayudante de farmacia, por ejemplo, que se hallara lo bastante interesado en su empleo para ampliar sus estudios luego de concluir su horario de trabajo, cumpliría los requisitos para el primer caso, y una mujer empleada en una fábrica en donde se utilizara el nitrobenceno y en donde se hubiera advertido a los empleados de sus propiedades tóxicas, serviría de ejemplo para el segundo. Existen dos clases de personas, me parece a mí, que podrían llegar a pensar en valerse de la sustancia, y la primera clase se subdivide en las dos clases que he mencionado.

»Pero es la segunda clase con la que presumo nos estamos enfrentando en este crimen. En conjunto, es un tipo de persona más inteligente.

»En esta categoría, el ayudante de farmacia se convierte en un simple aficionado a la química, la muchacha de la fábrica, digamos una doctora, con un interés en la toxicología o, para apartarnos del especialista, una dama sumamente inteligente con un firme interés en la criminología, en particular por su aspecto toxicológico... tal, de hecho, como la señora Fielder-Flemming aquí presente.

La señora Fielder-Flemming profirió una indignada exclamación y *sir* Charles, si bien momentáneamente alarmado ante el inesperado origen del cual había partido este toma y daca que últimamente había sufrido a manos de la respingante dama, emitió al instante siguiente un sonido que cualquiera sólo podría haber descrito como una risotada.

—Todos ellos, como ustedes comprenderán —continuó el señor Bradley con total serenidad—, la clase de personas de las que no sólo podría esperarse que guardasen la *Medicina legal* de Taylor en sus librerías, sino que la consultasen con frecuencia.

»Yo coincido con usted, señora Fielder-Flemming, en que el método de este crimen muestra indicios de conocimiento

criminológico. Usted citó un caso que, en verdad, guardaba un extraordinario paralelismo; *sir* Charles citó otro, y yo aún voy a citar un tercero. Es un corriente revoltijo de viejos casos y estoy completamente seguro, como lo está usted, de que es algo más que una mera coincidencia. Yo mismo había llegado a esta conclusión, la del conocimiento criminológico, antes de que usted la mencionara siquiera y a ello contribuyó también la intensa impresión de que quienquiera que enviase esos bombones a *sir* Eustace posee un ejemplar del libro de Taylor. Es una pura conjetura, lo admito, pero en mi ejemplar del libro de Taylor el capítulo sobre el nitrobencono se encuentra en la página inmediata a la del cianuro potásico; y a mí me parece que eso da qué pensar. —El orador se detuvo un momento.

El señor Chitterwick asintió con la cabeza.

—Creo que lo comprendo. Usted quiere decir que cualquiera que buscara deliberadamente un veneno entre las páginas que cumpliese ciertos requisitos...

—Exacto —convino el señor Bradley.

—Usted insiste mucho en esta cuestión del veneno —observó *sir* Charles, casi con simpatía—. ¿Nos está diciendo que cree haber identificado al asesino mediante deducciones extraídas sólo de este punto?

—No, *sir* Charles, no creo que pueda ir tan lejos como eso. Insisto tanto en ello porque, como he dicho, es la única característica realmente original del crimen. Por sí misma no puede resolver el problema, pero considerada en unión con otras características, presumo que debería contribuir a hacerlo... o, de todos modos, proporcionar tan concluyentes datos sobre una persona de la que se sospeche por otros motivos como para transformar la sospecha en certidumbre.

»Mirémoslo, por ejemplo, a la luz del crimen en su totalidad. Creo que lo primero en lo que uno repara es que este crimen no sólo es obra de una persona inteligente, sino también instruida. Bien, como comprenderán, eso excluye enseguida la primera

división de personas de las que se podría esperar utilizasen nitrobenceno como agente del envenenamiento. Quedan pues suprimidos nuestro ayudante de farmacia y nuestra muchacha de la fábrica. Podemos concentrarnos en nuestra persona inteligente e instruida, interesada en criminología, poseedora de ciertos conocimientos de toxicología y, si no estoy muy equivocado (y raras veces lo estoy) un ejemplar del libro de Taylor u otro similar en su librería.

—Esto, mis queridos Watsons, es lo que tiene que indicarme la singular elección del nitrobenceno por el criminal.

Y el señor Bradley se acarició el brote de pelo de su labio superior con una ofensiva complacencia que no tenía del todo asumida. El señor Bradley se esmeraba bastante en inculcar al mundo cuán satisfecho estaba de sí mismo, pero su afectada actitud, de hecho, no carecía de base.

—Muy ingenioso, desde luego —murmuró el señor Chitterwick impresionado, según era de esperar.

—Ahora sigamos con ello —comentó la señorita Dammers, en absoluto impresionada—. ¿Cuál es su teoría? Es decir, si de veras tiene una.

—Oh, tengo una, ya lo creo. —El señor Bradley sonrió con aire desdeñoso. Ésta era la primera vez que había conseguido incitar a la señorita Dammers a que le contestara bruscamente—. Pero tomemos las cosas en su debido orden. Quiero demostrarles cuán inevitablemente fui conducido a mi conclusión, y sólo puedo hacerlo por medio de seguir mis propias huellas, por así decirlo. Habiendo pues sacado mis deducciones a partir del veneno, me puse a examinar las otras pistas para ver si me llevaban a un resultado que pudiera verificar a través del otro. En primer lugar, me concentré en el papel de la carta falsificada, la única pista realmente valiosa aparte el veneno.

»Ahora, esa hoja de papel me confundía. Por alguna razón que era incapaz de identificar, el nombre de la casa Mason parecía tocar en mí una nota de recuerdo. Estaba seguro de que había oído

hablar de la casa Mason en relación con alguna otra cosa y no sólo a través de sus excelentes bombones. Al fin me acordé.

»Me temo que aquí tengo que tocar cuestiones personales y le pido disculpas por anticipado, *sir* Charles, por la falta de buen gusto. Mi hermana, antes de casarse, era taquimecanógrafa. —La repentina y extrema languidez del señor Bradley indicaba que le parecía que esa relación necesitaba una cierta defensa y estaba decidido a no darlo a entender—. Es decir, su cultura la ponía en un nivel bastante superior al de la habitual taquimecanógrafa y era, en realidad, una secretaria cualificada.

»Se había incorporado a un establecimiento dirigido por una señora que proporcionaba secretarias a empresas para que ocupasen temporalmente los puestos de las muchachas situadas en posiciones de responsabilidad que se hallaban enfermas, o de vacaciones, o algo así. Incluyendo a mi hermana, sólo había dos o tres muchachas que desempeñaban este cargo y, por norma, los puestos donde las destinaban sólo duraban dos o tres semanas. Por lo tanto, cada muchacha dispondría de un buen número de tales puestos a lo largo del año. Sin embargo, recordé con claridad que una de las empresas a las que acudió mi hermana mientras estuvo allí fue la casa Mason, como secretaria temporal de uno de los directores.

»Esto me pareció posiblemente útil. No sería probable que ella pudiese arrojar algo de luz sobre el asesinato, pero, de todos modos ella podría darme cartas de presentación para uno o dos miembros del personal de la casa Mason, si fuese necesario. De manera que fui a visitarla para hablar de ello.

»Se acordaba muy bien. Hacía unos tres o cuatro años que había trabajado allí y le gustaba tanto que había pensado muy en serio solicitar un puesto permanente como secretaria de la empresa, si hubiera uno disponible. Naturalmente, no había llegado a conocer muy bien a nadie del personal, pero sí lo bastante como para darme las cartas de presentación si las deseaba.

»“A propósito”, acerté a decirle casualmente, “vi la carta que le enviaron a *sir* Eustace con los bombones, y no sólo el nombre de Mason sino el papel en sí me resultaron familiares. ¿Acaso lo utilizaste para escribirme mientras estabas allí?”.

»“No recuerdo haberlo hecho nunca”, dijo ella, “pero desde luego el papel te resultaba familiar. Aquí has jugado a menudo a juegos con papel, ¿verdad? Ya sabes que siempre lo usamos. Tiene el tamaño adecuado. Los juegos con papel, debería explicar, han sido siempre los predilectos de nuestra familia”.

»Es curioso cómo una relación permanecerá en la mente, pero no las verdaderas circunstancias de la misma. Entonces, por supuesto, lo recordé enseguida. Había todo un montón del papel en uno de los cajones del escritorio de mi hermana. A menudo yo mismo lo había cortado en tiras para nuestros juegos.

»“¿Cómo lo conseguiste?”, le pregunté.

»Me dio la impresión de que contestó de una manera bastante evasiva, sólo diciendo que lo había sacado del despacho cuando trabajaba allí. Insistí y al fin ella me dijo que una noche estaba a punto de abandonar el despacho cuando recordó que unos amigos irían después a cenar a casa. Con toda seguridad habríamos de jugar a alguna clase de juego con papel y nos habíamos quedado sin el conveniente. Subió a toda prisa las escaleras, de regreso al despacho, dejó su maletín sobre la mesa y lo abrió, cogió apresuradamente algo de papel de la pila que había junto a su máquina de escribir y lo arrojó dentro del maletín. Debido a su prisa no advirtió lo mucho que había cogido y aquella provisión de papel, que se suponía nos iba a sacar de un apuro por una noche, había durado realmente casi cuatro años. Debió de haber cogido algo así como la mitad de una resma.

»Bien, me marché de casa de mi hermana bastante alarmado. Antes de irme examiné las hojas que quedaban y, según pude ver, eran exactamente iguales a la hoja en la que fue escrita la carta. Incluso los bordes se hallaban un poco descoloridos. Estaba más que alarmado: estaba sobrecogido. Porque debería decirles que ya

se me había ocurrido que, de todos los métodos de emprender la búsqueda de la persona que le había enviado esa carta a *sir* Eustace, el que me parecía más prometedor era el de buscar a quien la escribiera entre los empleados o ex empleados de la misma empresa.

»En realidad, mi descubrimiento tenía un aspecto aún más desconcertante. Al pensar en el caso se me había ocurrido la idea de que en la cuestión del papel para cartas y la del método del crimen en sí era muy posible que la policía y todos los demás hubieran tomado el rábano por las hojas. Aparentemente, se había dado por sentado que el asesino había decidido el método en primer lugar y luego se había ocupado de obtener el papel para llevarlo a cabo.

»¿Pero acaso no era más factible que el papel para cartas ya hubiera estado allí, en manos del criminal y que fuese la posesión fortuita del mismo la que sugiriese realmente el método del crimen? En tal caso, por supuesto, la probabilidad de encontrar la pista del asesino por medio del papel para cartas sería en verdad muy pequeña, mientras que en el otro caso siempre existe esa posibilidad. ¿Se le había ocurrido a usted, por ejemplo, señor presidente?

—He de admitir que no —confesó Roger—. Y, sin embargo, como en los ardides de Holmes, la posibilidad es bastante evidente ahora que ha sido presentada. Debo decirlo, me parece un punto muy sólido, Bradley.

—Psicológicamente, claro —convino la señorita Dammers—, es perfecto.

—Gracias —murmuró el señor Bradley—. Entonces serán ustedes capaces de comprender lo desconcertante que fue mi descubrimiento. Puesto que, si este punto llegara a tener importancia, cualquiera, hombre o mujer, que tuviese en su posesión papel para cartas de la casa Mason, con los bordes ligeramente descoloridos, se volvería de inmediato sospechoso.

—H-r-r-r-mmmmf —*sir* Charles carraspeó enérgicamente a propósito del comentario. La consecuencia era evidente. Los caballeros no sospechan de sus propias hermanas.

—Ay, ay —cloqueó el señor Chitterwick, con mayor humanidad.

El señor Bradley siguió aumentando la angustia.

—Y había otra cosa que no puedo pasar por alto. Antes de cursar sus estudios como secretaria, mi hermana había acariciado la idea de hacerse enfermera de hospital. De joven siguió un cursillo de enfermera y siempre estuvo sumamente interesada en ello. No sólo acostumbraba a leer libros sobre el tema, sino también libros de medicina. Varias veces —dijo solemne el señor Bradley— la he visto estudiando mi ejemplar del libro de Taylor, aparentemente absorta en él.

Se detuvo otra vez, pero en esta ocasión nadie hizo comentario alguno. La impresión general era que esto estaba comenzando a pasar de castaño oscuro.

—Bien, me fui a casa y pensé detenidamente en ello. Desde luego parecía absurdo poner a mi propia hermana en la lista de sospechosos y además encabezándola. Uno no relaciona a su propio círculo familiar con la idea del asesinato. Las dos cosas no combinan en absoluto. Con todo, no podía dejar de comprender que si la persona en cuestión hubiera sido cualquiera menos mi hermana, tendría que haberme sentido muy contento con la perspectiva de resolver el caso. Pero tal como estaban las cosas, ¿qué iba a hacer?

»Al final —dijo el señor Bradley con presunción—, hice lo que creía era mi deber y me enfrenté a la situación. Al día siguiente volví a casa de mi hermana y le pregunté directamente si había tenido alguna vez algún tipo de relación con *sir* Eustace Pennefather y, de ser así, cuál había sido. Ella me miró sin comprender y dijo que hasta el asesinato nunca había oído hablar del hombre. Le creí. Le pregunté si podía acordarse de lo que había estado haciendo la noche antes del asesinato. Ella me miró, comprendiendo menos aún y dijo que había estado en Manchester con su marido en aquella

ocasión, que se habían alojado en el Hotel Peacock, y por la noche habían ido al cine a ver una película llamada, según podía recordar, *Los fuegos del destino*. Volví a creerle.

»Por una cuestión de cautela rutinaria, más tarde comprobé sus declaraciones y descubrí que eran perfectamente correctas; ella tenía una inquebrantable coartada para la hora en que el paquete fue echado al buzón. Sentí un indescriptible alivio. —El señor Bradley hablaba en voz baja, con patetismo y autodomínio, pero Roger vislumbró sus ojos cuando miró hacia arriba y en ellos había una chispa burlona que hizo que el presidente experimentase un cierto desasosiego. El problema del señor Bradley era que uno nunca llegaba a conocerle del todo.

»Al no haber tenido éxito con mi primer candidato, entonces tabulé las conclusiones que me había formado hasta la fecha y me dispuse a estudiar los otros puntos del caso.

»Luego se me ocurrió que el inspector jefe de Scotland Yard se había mostrado un tanto reticente con respecto a las pruebas la noche que se había dirigido a nosotros. Así que le telefoneé y le formulé unas cuantas preguntas que se me habían ocurrido. Gracias a él supe que la máquina de escribir era una Hamilton n.º 4, o sea, el modelo de Hamilton más corriente; las señas de la envoltura habían sido escritas con una pluma estilográfica, casi seguro con una Onyx provista de plumilla mediana; que la tinta era de la casa Harfield; y que nada había que descubrir en el papel de envolver (papel de estraza común) ni en el cordel. Ya nos habían dicho que en ninguna parte había huellas dactilares.

»Bien, supongo que no debería de admitirlo teniendo en cuenta mi modo de ganarme la vida, pero que me aspen si tengo la más mínima idea de cómo un detective profesional se ocupa de su trabajo —dijo el señor Bradley con franqueza—. Claro que en una novela es bastante fácil, porque hay un cierto número de cosas que el autor quiere averiguar y no deja que alguien más que su detective las descubra. En la vida real, sin duda, las cosas no suelen resultar así.

»De todas maneras lo que hice fue copiar los métodos de mi propio detective y emprender el trabajo del modo más sistemático que pude. Es decir, elaboré una meticulosa lista de todas las pruebas, tanto de hechos como de personajes (y me sorprendió la cantidad de cosas que aparecían cuando uno las tabulaba), y extraje las deducciones que pude de cada parte, intentando, al mismo tiempo, no formarme la más mínima idea preconcebida sobre la identidad de la persona que saldría de mi nido de conclusiones totales.

»En otras palabras —dijo el señor Bradley, no sin severidad—, no decidí que la señora A o el señor fulano B tuvieran un motivo tan bueno para el crimen que ella o él tenían, sin duda, que haberlo cometido, y luego retorcí mis pruebas para que encajasen en esta cómoda teoría.

—¡Muy bien! —Roger se vio en la necesidad de aprobarlo.

—¡Muy bien! —corearon por turnos tanto Alicia Dammers como el señor Ambrose Chitterwick.

Sir Charles y la señora Fielder-Flemming se miraron entre sí y luego desviaron apresuradamente la vista puesto que a todo el mundo agradan dos niños a quienes en una escuela dominical han pillado cometiendo juntos la misma falta.

—Dios mío —murmuró el señor Bradley—, esto es muy agotador. ¿Puedo tomarme un descanso de cinco minutos, señor presidente, y fumar medio cigarrillo?

Amablemente, el presidente le concedió un descanso en el que recuperar las fuerzas.

YO SIEMPRE HE PENSADO —continuó el señor Bradley, restablecido—, yo siempre he pensado que los asesinatos se pueden dividir en dos clases: cerrados o abiertos. Por asesinato cerrado entiendo el que se ha cometido en un cierto círculo cerrado de personas, tal como un grupo de invitados a una casa, en el cual se sabe que el asesino está limitado a los miembros de aquel mismo grupo. Ésta es, con mucho, la forma más común en la ficción. Denomino asesinato abierto a uno en el que el criminal no se halla limitado a grupo particular alguno, sino que podría ser casi cualquier persona del mundo. Esto, claro está, es casi invariablemente lo que sucede en la vida real.

»El caso del cual nos ocupamos posee la peculiaridad de que no se puede situar claramente en ninguna de las dos categorías. La policía dice que es un asesinato abierto; nuestros dos oradores, aquí presentes, que me precedieron, parecen considerarlo cerrado.

»Es cuestión del móvil. Si uno coincide con la policía en que es obra de algún fanático o un criminal demente, entonces es, sin duda, un asesinato abierto; cualquier persona de Londres, carente de coartada, podría haber echado el paquete al buzón aquella noche. Si alguien sustenta la opinión de que el móvil era personal, relacionado con *sir* Eustace, entonces el asesinato queda confinado

al círculo cerrado de gente que haya tenido algún que otro tipo de relación con *sir* Eustace.

»Y hablando de echar ese paquete al correo, tengo que efectuar una digresión para contarles algo muy interesante. A pesar de todo lo que sé en contra, ¡podría haber visto al asesino con mis propios ojos, en el mismo acto de echarlo al buzón! Cuando ocurrió, yo pasaba por la calle Southampton aquella noche, alrededor de las nueve menos cuarto. Poco suponía yo, como diría el señor Edgar Wallace, que el primer acto de este trágico drama estaba posiblemente revelándose en aquel preciso instante ante mis confiadas narices. Ni siquiera una premonición de desastre hizo vacilar mi paso. Era evidente que la providencia estaba bastante cerca de las premoniciones esa noche. Pero si tan sólo mis perezosos instintos me hubieran advertido, cuántos problemas podría haber ahorrado a todos nosotros. ¡Ay de mí! —dijo con tristeza—, así es la vida. Sin embargo, esto no viene al caso. Estamos discutiendo los asesinatos cerrados y abiertos.

»Yo estaba resuelto a no formarme la más mínima opinión categórica en un modo u otro; así que para atenerme a lo más seguro, lo traté como un asesinato abierto. Entonces adopté la actitud de que el mundo entero se hallaba bajo sospecha. Para reducir un poco el área de acción, me puse a la tarea con el fin de crear al único individuo que realmente lo hizo, partiendo de los exiguos indicios que él o ella nos había concedido.

»Había ya sacado las conclusiones de la elección del nitrobenceno, las cuales les he explicado. Pero como corolario a la buena información, añadí la muy significativa posdata: pero no los internados privados ni la universidad. ¿No está usted de acuerdo, *sir* Charles? Simplemente no sería aconsejable.

—Los hombres de los internados privados han sido conocidos anteriormente por cometer asesinatos —indicó *sir* Charles un poco despistado.

—No cabe duda. Pero no de una manera tan solapada como ésta. El código del internado privado representa algo, seguramente,

hasta en el asesinato. Eso, estoy convencido, me lo diría cualquier hombre de internado privado. Ésta no es en absoluto una forma caballerosa de asesinato. Un hombre de internado privado, si alguna vez pudiera decidirse a algo tan poco convencional como el asesinato, utilizaría un hacha o un revólver o algo que les pusiera a él y a su víctima cara a cara. Nunca mataría a un hombre por la espalda, por así decirlo. Estoy completamente seguro de ello.

»Luego, otra conclusión evidente es que es excepcionalmente diestro con los dedos. Desenvolver aquellos bombones, vaciarlos, rellenarlos, tapar los agujeros con chocolate derretido y envolverlos otra vez con su papel plateado para que semejase que nunca habían sido manipulados... puedo decirles que no es una tarea fácil. Y además realizada con guantes, recuerden.

»Al principio pensé que la preciosa forma en la que había sido ejecutada apuntaba firmemente hacia una mujer. Sin embargo, llevé a cabo un experimento y les propuse a unos doce amigos míos que probasen su destreza en ello, hombres y mujeres, y de todo el grupo yo fui el único (lo dijo sin la menor arrogancia en particular) que hizo un buen trabajo. Así que no era necesariamente una mujer. Pero la habilidad manual era un buen punto para verificar.

»Después estaba la cuestión de las seis dosis exactas en cada bombón. Creo que eso es muy revelador. Indica una metódica disposición de ánimo equivalente a una verdadera pasión por la simetría. Tales personas existen. No pueden soportar que los cuadros de una pared no estén exactamente equilibrados entre sí. Lo sé porque yo mismo soy así en gran medida. A mi entender, la simetría es sinónimo de orden. Comprendo bastante por qué el asesino llenó de ese modo los bombones. Yo es probable que habría hecho lo mismo. Inconscientemente.

»Entonces creo que podemos atribuirle a él o a ella una mente creativa. Un crimen de tales características no se comete sin reflexión. Está creado deliberadamente, fragmento a fragmento, escena a escena, desarrollado con exactitud como se desarrolla una

obra de teatro. ¿No está usted de acuerdo, señora Fielder-Flemming?

—No se me había ocurrido, pero puede ser verdad.

—Oh, sí; su realización debió ser el fruto de una larga y exhaustiva meditación. No creo que nos haga falta preocuparnos por el plagio de otros crímenes. Las mayores mentes creativas no están por encima al adaptar las ideas de otras personas para sus propios usos. Yo mismo lo hago. Y lo mismo lo hace usted, espero, Sheringham; y usted, sin duda, señorita Dammers; y usted también a veces, como he de suponer, señora Fielder-Flemming. Ahora sean honestos, todos ustedes.

Un manso murmullo de honestidad admitió ocasionales errores en ese sentido.

—Por supuesto. Fíjense en cómo Sullivan solía adaptar antigua música sacra y convertir un canto gregoriano en *Un par de ojs brillantes*, o algo igualmente incantable. Es lícito. Bien, existe todo esto para facilitar el retrato de nuestro desconocido y, finalmente, debe presentarse, con su maquillaje mental, la fría e implacable inhumanidad del envenenador o envenenadora. Creo que eso es todo. ¿Pero ya es algo, no? Uno debería poder contribuir en buena medida al reconocimiento de nuestro criminal si alguna vez se tropezara con una persona de estas variadas características.

»Oh, y hay otro punto que no debo olvidar. El crimen análogo. Me sorprende que nadie lo mencionara. A mi entender, es una semejanza más estrecha de las que hayamos tenido hasta ahora. No es un caso famoso, pero probablemente habrán oído hablar de él. El asesinato del doctor Wilson, en Filadelfia, hace exactamente veinte años.

»Lo repasaré con brevedad. Este hombre, Wilson, una mañana recibió lo que pretendía ser una botella de cerveza de muestra, enviada por una conocida marca cervecera. Había una carta con ella, escrita aparentemente en su papel oficial, y la etiqueta de las señas llevaba impreso el nombre de la firma. Wilson se bebió la

cerveza durante la comida y murió de inmediato. El líquido estaba saturado de cianuro potásico.

»Pronto se comprobó que la cerveza no procedía absolutamente de la fábrica, la cual no enviaba muestras. Había sido repartida a través de la compañía de servicios urgentes local, pero todo lo que pudieron decir fue que les había sido enviada para su entrega por un hombre. La etiqueta impresa y el papel para cartas habían sido falsificados, impresos especialmente para la ocasión.

»El misterio nunca se resolvió. La prensa utilizada para imprimir el membrete de la carta y la etiqueta no pudo ser localizada, si bien la policía visitó cada una de las imprentas de todos los Estados Unidos. El móvil concreto del asesinato jamás fue determinado de manera satisfactoria. Un típico asesinato abierto. La botella llegó como caída de las nubes y el asesino se quedó en ella.

»Ya ven la estrecha semejanza con este caso, en particular en la presunta muestra. Como la señora Fielder-Flemming ha señalado, es casi demasiado buena para tratarse de una coincidencia. Nuestro asesino debió de haber tenido este caso en la cabeza, con su (para el asesino) afortunado resultado. En realidad, existía un posible móvil. Wilson era un célebre abortista y alguien pudo haber querido acabar con sus actividades. Conciencia, supongo. Hay gente que tiene semejante cosa. Ésa es otra semejanza con este asunto, ¿lo ven? *Sir* Eustace es un célebre malviviente. Y eso viene a apoyar la opinión de la policía, de un fanático anónimo. Creo que hay muchas cosas que decir a ese respecto.

»Pero tengo que seguir con mi exposición.

»Bien; habiendo llegado a este punto tabulé mis conclusiones y confeccioné una lista de condiciones que nuestro criminal debía de satisfacer. Ahora querría indicar que estas condiciones eran tantas y tan diversas que si pudiera encontrarse a alguien que encajara con ellas, las posibilidades, *sir* Charles, no serían de un simple millón a una, sino de varios millones a una de que él o ella tiene que ser la persona culpable. Ésta no es sólo una afirmación gratuita, es un frío hecho matemático.

»Tengo doce condiciones, y las probabilidades matemáticas en contra de que todas ellas las cumpla una sola persona son realmente (si mi aritmética resiste a la prueba) de cuatrocientos setenta y nueve millones mil seiscientas a una. Y eso, entiéndase bien, si todas las probabilidades fueran iguales. Pero no lo son. Que él debería poseer ciertos conocimientos de criminología constituye al menos una probabilidad entre diez. Que él sería capaz de apoderarse del papel para cartas de la casa Mason, debe de constituir más de cien contra una.

»Bien, resumiendo —opinó el señor Bradley—, yo pensaría que las verdaderas probabilidades rondan los cuatro billones, setecientos noventa mil millones, quinientos dieciséis mil cuatrocientos cincuenta y ocho a una. En otras palabras, es una ganga. ¿Todos están de acuerdo?

Todos estaban demasiado pasmados para discrepar.

—Conforme; entonces hay unanimidad —dijo el señor Bradley alegremente—. Así que les leeré mi lista.

Hojeó una pequeña agenda y comenzó a leer:

CONDICIONES QUE HA DE CUMPLIR EL CRIMINAL

1. Debe poseer al menos una elemental cantidad de conocimientos de química.
2. Debe poseer al menos un elemental conocimiento de criminología.
3. Debe poseer una razonablemente buena formación cultural, pero no de internado privado o universidad.
4. Debe poseer o tener acceso al papel para cartas de la casa Mason.
5. Debe poseer o tener acceso a una máquina de escribir Hamilton n.º 4.
6. Debió haber estado en las cercanías de la calle Southampton durante la hora crítica, 8:30 - 9:30, la noche anterior al asesinato.

7. Debió poseer o tener acceso a una pluma estilográfica Onyx provista de plumilla mediana.
8. Debió poseer o tener acceso a la tinta para pluma estilográfica de la casa Harfield.
9. Debe tener en cierto modo una mente creativa, pero capaz de adaptar las creaciones de otros.
10. Debe ser más hábil de lo común con los dedos.
11. Debe ser una persona de costumbres metódicas, probablemente con una fuerte inclinación por la simetría.
12. Debe poseer la fría inhumanidad del envenenador.

—A propósito —dijo el señor Bradley, escondiendo otra vez su agenda—, ya ve que también he coincidido con usted, *sir* Charles, en que el asesino nunca habría confiado el paquete a otra persona para que lo echase al buzón. Oh, y otra cuestión. A efectos de referencia. Si alguien quiere ver una pluma Onyx, y además provista de una plumilla mediana, den un vistazo a la mía. Y, curiosamente, también está cargada con tinta de la casa Harfield. La pluma circuló despacio alrededor de la mesa mientras el señor Bradley, reclinándose en su silla, contemplaba su avance con sonrisa paternalista.

—Y eso —dijo el señor Bradley, cuando la pluma le hubo sido devuelta— es todo.

Roger creyó conocer la explicación de la chispa que apareciera de vez en cuando en el ojo del señor Bradley.

—Quiere decir que el problema sigue sin resolver. Los cuatro billones de probabilidades fueron demasiado para usted. ¿No pudo encontrar a alguien que encajase en sus condiciones?

—Bueno —dijo el señor Bradley, manifestando de pronto una aparente desgana—, para que lo sepan, he encontrado a alguien que sí encaja.

—¿Ah sí? ¡Bravo! ¿Quién es?

—Diantre —dijo el tímido señor Bradley—, ¿saben?, ni me atrevo a decírselo. De veras que es demasiado ridículo.

Un coro de protestas, marrullerías y estímulos fue dirigido de inmediato hacia él. El señor Bradley nunca se había sentido tan popular.

—Se reirán de mí si se lo digo.

Dio la impresión de que todos preferirían sufrir las torturas de la inquisición antes que reírse del señor Bradley. Nunca habían sido reunidas cinco personas menos dispuestas a burlarse a expensas del señor Bradley.

—El señor Bradley pareció tomárselo a pecho.

—Bueno, es muy difícil. Que me aspen si sé qué hacer. Si puedo demostrarles que la persona en la que pienso no sólo satisface exactamente todas y cada una de mis condiciones, sino que también tenía un cierto interés (remoto, lo reconozco, pero susceptible de ser probado) en enviar esos bombones a *sir* Eustace, ¿me asegura usted, señor presidente, que la reunión me aconsejará seriamente acerca de cuál es mi obligación en el asunto?

—Dios mío, claro que sí —asintió Roger enseguida, con gran emoción. Roger había pensado que podía ha— liarse en la antesala de resolver el problema, pero estaba completamente seguro de que él y Bradley no habían dado con la misma solución. Y si el socio había en verdad llegado a una...

—¡Dios santo, claro que sí! —dijo Roger.

El señor Bradley miró en derredor de la mesa, con aire preocupado.

—Bien, ¿no comprenden a quién me refiero? Ay, Dios, me figuraba que se lo había anunciado cada dos frases.

Nadie había comprendido a quién se refería.

—¿La única persona posible, según mi parecer, de la que podría llegar a esperarse que satisficiera las doce condiciones? —dijo la preocupada versión del señor Bradley, despeinando su pelo cuidadosamente alisado—. ¡Rayos y truenos, no mi hermana, en absoluto, sino..., sino..., sino yo, claro!

Se produjo un estupefacto silencio.

—¿Ha... dicho usted? —osó expresar por fin el señor Chitterwick.

El señor Bradley volvió hacia él sus ojos melancólicos.

—Me temo que es evidente. Yo poseo más que unos elementales conocimientos de química. Yo sé preparar nitrobenceno y a menudo lo he hecho. Yo soy criminólogo. Yo he recibido una formación cultural razonablemente buena, pero no en un internado privado o universidad. Yo tuve libre acceso al papel para cartas de la casa Mason. Yo poseo una máquina de escribir Hamilton n.º 4. Yo estaba en la calle Southampton durante la hora crítica. Yo poseo una pluma Onyx, provista de plumilla mediana y cargada con tinta Harfield. Yo tengo una cierta mente creativa, pero soy capaz de adaptar las ideas de otros. Yo soy más hábil de lo común con los dedos. Yo soy una persona de costumbres metódicas, con una fuerte inclinación por la simetría. Y, en apariencia, yo tengo la fría inhumanidad del envenenador.

»Sí —suspiró el señor Bradley—, sencillamente no hay modo de eludirlo. Yo envié esos bombones a *sir* Eustace.

»Tengo que haberlo hecho. Lo he demostrado de manera concluyente. Y lo extraordinario es que no recuerdo ni pizca. Supongo que lo hice cuando estaba pensando en alguna otra cosa. He notado que, a ratos, me despisto un poco.

Roger estaba luchando con un desmedido deseo de reír. Sin embargo, consiguió preguntarle con la gravedad precisa:

—¿Y cuál imagina que fue su móvil, señor Bradley?

El señor Bradley se animó un poco.

—Sí, esto constituyó una dificultad. Durante mucho tiempo no pude verificar mi móvil de manera alguna. Ni siquiera pude averiguar cuáles eran mis vínculos con *sir* Eustace Pennefather. Había oído hablar de él, claro, como cualquiera que haya estado alguna vez en el Rainbow. Y había llegado a la conclusión de que era un tanto indecente. Pero yo no le tenía inquina al hombre. Él podía ser tan indecente como deseara, por lo que a mí me iba en ello. No creo

siquiera haberlo visto alguna vez. Sí, el móvil era un auténtico obstáculo, puesto que, sin duda, debía existir uno. ¿Por qué tendría que haber intentado matarle si no?

—¿Y lo descubrió?

—Creo que he logrado encontrar por fin la que debe de ser la verdadera causa —dijo el señor Bradley, no sin orgullo—. Tras devanarme los sesos durante mucho tiempo, recordé que una vez le había oído decir a un amigo, en una discusión sobre el trabajo detectivesco, que la ambición de mi vida era cometer un asesinato, porque estaba perfectamente convencido de que podría hacerlo sin que me descubrieran. Y la emoción, señalé, ha de ser estupenda; ningún juego de apuestas que se haya inventado puede equipararse a ello. Un asesino está haciendo realmente una magnífica apuesta con la policía, le demostré, con su propia vida y la de su víctima en juego; si sale airoso, gana las dos; si lo atrapan, las pierde. Para un hombre como yo, que tiene la desgracia de aburrirse en extremo con el tipo habitual de recreo popular, el asesinato sería el *hobby par excellence*.

—¡Ah! —asintió Roger portentosamente.

—Esa conversación, cuando la recordé —continuó el señor Bradley con gran seriedad—, me pareció extremadamente significativa. Fui enseguida a ver a mi amigo y le pregunté si se acordaba de ella y estaba dispuesto a jurar que se había producido. Él lo estuvo. De hecho se vio capaz de añadir detalles posteriores, más irrecusables todavía. Quedé tan impresionado que le tomé declaración.

»Ampliando mi concepto (según su declaración), yo había seguido por considerar cuál sería el mejor modo de llevarlo a término. Lo más obvio, había decidido, era escoger a alguna figura cuya desaparición el mundo no lamentase, no necesariamente un político (por lo visto me esforcé bastante en evitar lo obvio), y simplemente asesinarla a distancia. Para jugar limpio, se habrían de dejar una o dos pistas, más o menos oscuras. Según parece, dejé bastantes más de las que pretendía.

»Mi amigo acabó por decirme que aquella noche me despedí de él expresando la más firme intención de llevar a cabo mi primer asesinato a la mínima oportunidad. La práctica no sólo constituiría un muy admirable *hobby*, le dije, sino que la experiencia sería inestimable para un escritor de novelas policíacas como yo.

»Esto, presumo —dijo el señor Bradley con dignidad—, demuestra mi móvil con la mayor de las certezas.

—Asesinato por experimento —comentó Roger—. Una nueva categoría. Muy interesante.

—Asesinato para los hastiados buscadores de placeres —le corrigió el señor Bradley—. Existe un precedente, ¿sabe? Loeb y Leopold. Bien, aquí lo tienen. ¿He demostrado mis argumentos, señor presidente?

—Completamente, a mi entender. No puedo detectar el más mínimo defecto en sus razonamientos.

—Me he esforzado en gran medida para hacerlos mucho más irrecusables de lo que nunca los haya hecho en mis novelas. Basándose en estas pistas, usted podría, en el tribunal, alegar unas muy feas acusaciones en contra de mí, ¿no es cierto, *sir* Charles?

—Bueno, querría profundizar un poco más, pero a primera vista, Bradley, admito que por cuanto valen las pruebas indiciarias (y en mi opinión, como usted ya sabe, lo valen todo) no puedo ver que existan muchas dudas acerca de que usted enviara esos bombones a *sir* Eustace.

—¿Y si digo, aquí y ahora, que en verdad los *envié*? —porfió el señor Bradley.

—No podría desconfiar de usted.

—Y, sin embargo, no lo hice. Pero si me dan tiempo, estoy del todo dispuesto a demostrarles del mismo modo concluyente que la persona que los envió fue el arzobispo de Canterbury, o Sybil Thorndike, o la señora Robinson-Smythe de The Laurels, Acacia Road, en Upper Tooting, el presidente de los Estados Unidos o cualquier otra persona de este mundo que a usted le apetezca mencionar.

»Se acabó la prueba. Construí todos estos argumentos en mi contra movido por la única coincidencia de que mi hermana poseyera unas cuantas hojas de papel para cartas de la casa Mason. Lo que les he contado no ha sido más que la verdad. Pero no les he contado toda la verdad. La prueba artística es, como cualquier otra cosa artística, simplemente un asunto de selección. Si sabes qué poner y qué quitar puedes demostrar lo que te plazca, de manera harto concluyente. Yo lo hago en todas las novelas que escribo y ningún crítico me ha echado todavía un rapapolvo por presentar argumentos que cojeasen. Pero al mismo tiempo —dijo el señor Bradley con modestia—, supongo que ningún crítico ha leído alguna vez una de mis novelas.

—Bueno, ha sido una muestra de trabajo muy ingeniosa —evaluó la señorita Dammers—. Y muy instructiva.

—Gracias —murmuró reconocido el señor Bradley.

—Y lo que significa —la señorita Fielder-Flemming pronunció un veredicto un tanto agrio— es que usted no tiene la más ligera idea de quién es el verdadero criminal.

—Oh, claro que lo sé —dijo el señor Bradley lánguidamente—. Pero no puedo demostrarlo. Así que no vale la pena que se lo diga.

Todos se irguieron en sus sillas.

—¿Ha descubierto a algún otro, a pesar de las probabilidades, que reúna esas condiciones de usted? —preguntó *sir* Charles.

—Imagino que las reúne —admitió el señor Bradley—, puesto que ella lo hizo. Pero por desgracia no he podido verificarlas todas.

—¡Ella! —captó el señor Chitterwick.

—Oh, sí, fue una mujer. Eso fue lo más evidente de todo el caso... y, a propósito, una de las cosas de las que me he cuidado omitir. En realidad, me extraña que no se haya mencionado antes. Seguramente, si hay algo evidente en esta cuestión, es que se trata del crimen de una mujer. Nunca se le ocurriría a un hombre enviar bombones envenenados a otro hombre. Él habría enviado una hoja de afeitar de muestra envenenada, o *whisky*, o cerveza, como el

infortunado amigo del doctor Wilson. Evidentemente, es el crimen de una mujer.

—Me asombra —dijo Roger con suavidad.

El señor Bradley le lanzó una penetrante mirada.

—¿No está de acuerdo, Sheringham?

—Sólo estoy asombrado —dijo Roger—. Pero es un punto muy discutible.

—Inexpugnable, diría yo —repuso el señor Bradley, hablando con lentitud.

—Bien —dijo la señorita Dammers, que no soportaba estos asuntos de nula trascendencia—, ¿no va a decirnos quién lo hizo, señor Bradley?

El señor Bradley la miró burlón.

—¿Pero acaso no he dicho que no valía la pena, puesto que no podía demostrarlo? Además, hay implícito un asuntillo del honor de la dama.

—¿Está usted resucitando la ley de calumnia para zafarse de una dificultad?

—Oh, no, Dios me libre. No me importaría lo más mínimo el revelarla como asesina. Es algo mucho más importante que eso. Resulta que en cierta época fue la amante de *sir* Eustace, saben ustedes, y esto se halla regido por un código.

—¡Ah! —dijo el señor Chitterwick.

El señor Bradley, se volvió cortésmente hacia él.

—¿Iba a decir algo?

—No, no. Sólo me preguntaba si usted habría estado pensando en los mismos indicios que yo. Eso es todo.

—¿Se refiere a la teoría de la amante rechazada?

—Pues —dijo incómodo el señor Chitterwick—, sí.

—Desde luego. ¿A usted también se le ha ocurrido esta línea de investigación? —El tono del señor Bradley era el de un benévolo profesor dando palmaditas en la cabeza de un alumno que promete—. Es la correcta, sin duda. Si se examina el crimen en su totalidad y a la luz del carácter de *sir* Eustace, una amante rechazada,

irradiando celos, sobresale como un faro en mitad del mismo. Ésta es una de las cosas que oportunamente omití también de mi lista de condiciones... n.º 13, el criminal debe ser una mujer. Y haciendo otra vez referencia a la prueba artística, tanto *sir* Charles como la señora Fielder-Flemming la ensayaron, ¿no es verdad? Los dos olvidaron establecer alguna conexión del nitrobenzeno con sus respectivos criminales, aunque tal conexión es imprescindible para los argumentos de ambos.

—¿Entonces, piensa usted realmente que los celos son el móvil?
—sugirió el señor Chitterwick.

—Estoy absolutamente convencido —le aseguró el señor Bradley—. Pero le diré algo más de lo que no estoy en absoluto convencido, y es que la víctima deseada fuese *sir* Eustace Pennefather.

—¿No era la víctima deseada? —preguntó Roger con inquietud—. ¿Cómo lo dedujo?

—Bueno, he descubierto —dijo el señor Bradley disimulando su orgullo—, que *sir* Eustace había tenido una cita para comer el día del asesinato. Parece haberlo guardado en gran secreto, y fue ciertamente con una mujer; y no sólo con una mujer, sino con una mujer en la que *sir* Eustace estaba más que un poco interesado. No es probable que fuera la señorita Wildman, sino alguien de quien él quería a toda costa que la señorita Wildman no se enterara. Pero, en mi opinión, la mujer que envió los bombones lo sabía. La cita fue cancelada, pero la otra mujer podría no haberlo sabido.

»Mi sugerencia (sólo es una sugerencia y no puedo demostrarla en modo alguno, salvo decir que dan un mayor sentido a los bombones) es que esos bombones no estaban en absoluto destinados a *sir* Eustace, sino a la rival de la remitente.

—¡Ah! —musitó la señorita Fielder-Flemming.

—Ésta es una idea totalmente nueva —se quejó *sir* Charles.

Roger se había apresurado a repasar los nombres de las diversas damas de *sir* Eustace. Antes había sido incapaz de encajar

a una en el crimen, y era incapaz ahora; con todo, no creía que se le hubiera escapado alguna.

—Si la mujer en quien está pensando, Bradley, la remitente, —dijo sin gran confianza—, fue de veras una amante de *sir* Eustace, no creo que necesite preocuparse en ser demasiado puntilloso. Su nombre está sin duda en los labios de todo el Club Rainbow, con respecto a esto, si no en todos los clubs de Londres. *Sir* Eustace no es un hombre reservado.

—Puedo asegurarle, señor Bradley —dijo irónica la señorita Dammers—, que los criterios de honor de *sir* Eustace se quedan muy cortos comparados con los suyos.

—En este caso —les dijo impasible el señor Bradley—, creo que no.

—¿Cómo es eso?

—Porque estoy del todo seguro de que, aparte mi inconsciente informador, *sir* Eustace y yo mismo, nadie hay que conozca la relación. Excepto la dama, por supuesto —agregó el señor Bradley, puntilloso—. Naturalmente, a ella no se le habría escapado.

—Entonces, ¿cómo se enteró? —inquirió la señorita Dammers.

—Me temo —le informó el señor Bradley afablemente—, no estar autorizado para decírselo.

Roger se acarició el mentón. ¿Podría existir otra mujer de quien nunca hubiera tenido noticias? En tal caso, ¿cómo seguiría resistiendo su nueva teoría?

—¿Su estrecha similitud se viene abajo, pues? —estaba diciendo la señora Fielder-Flemming.

—No del todo. Pero, si es así, dispongo de otra igual de satisfactoria. Christina Edmunds. Prácticamente el mismo caso, prescindiendo de la locura. Celos maniáticos. Bombones envenenados. ¿Qué podría superarlo?

—¡Bah! El pilar de sus últimos argumentos, según he colegido —observó *sir* Charles—, o, de todas maneras, el punto de partida, fue la elección del nitrobenceno. Supongo que éste y las deducciones que le permitió sacar tienen para aquéllos la misma importancia.

¿Vamos a suponer que esta dama es una química aficionada, con un ejemplar de Taylor en su librería?

El señor Bradley esbozó una amable sonrisa.

—Éste, como usted muy bien ha señalado, fue el pilar de mi *último* argumento, *sir* Charles. Pero ya no el de éste. Me temo que mis observaciones sobre la elección del veneno fueron argumentos bastante especiosos. Yo apuntaba hacia una cierta persona, sabe usted, y por lo tanto sólo saqué las deducciones que se adaptaban a esta persona en particular. Sin embargo, había en ellas, con todo, una muy posible verdad, si bien no valoraría sus probabilidades tan alto como entonces pretendí hacer. Estoy completamente dispuesto a creer que el nitrobenceno se utilizó simplemente porque era muy fácil de conseguir. Pero es del todo cierto que la sustancia apenas se conoce como veneno.

—¿Entonces no la utiliza en su presente argumento?

—Oh, sí que la utilizo. Sigo pensando en el punto de que el criminal no tanto la usara como estuviera enterado de su uso, es perfectamente ortodoxo. El motivo de tal conocimiento debería poder demostrarse. Antes insistí en que el motivo era un ejemplar de un libro como el Taylor, y sigo haciéndolo. Da la casualidad que esta buena señora tiene un ejemplar del Taylor.

—¿Es una criminóloga, pues? —saltó la señora Fielder-Flemming.

El señor Bradley se reclinó en su silla y contempló el techo.

—Ésta diría yo, es una pregunta muy discutible. Con franqueza, no sé qué pensar acerca del asunto de la criminología. Yo, personalmente, no veo a esta dama como una «ista» de género alguno. Su función en la vida es perfectamente obvia, la que cumplía para *sir* Eustace, y yo no la consideraría capaz de alguna otra. Excepto empolvase la nariz de un modo bastante encantador y tener un aspecto en extremo decorativo. Pero todo esto es la parte esencial de su verdadera *raison d'être*. No creo que posiblemente pudiera ser una criminóloga, más de lo que podría serlo un canario.

Pero, sin duda, posee nociones de criminología, puesto que en su piso hay una librería repleta de obras sobre el tema.

—¿Es una amiga personal suya, pues? —inquirió la señora Fielder-Flemming de manera muy despreocupada.

—Oh, no. Sólo la he visto una vez. Fue cuando llamé a su piso con un flamante ejemplar de un libro de crímenes populares recién publicado bajo el brazo, y me presenté como un viajante del editor que solicitaba pedidos del libro; ¿podría tener el placer de apuntar su nombre? Hacía cuatro días que el libro había salido a la calle, pero ella me enseñó con orgullo un ejemplar del mismo que ya figuraba en su librería. Entonces a ella le interesaba la criminología. Oh, sí, sencillamente la adoraba; el asesinato era *muy* fascinante, ¿verdad? Concluyente, creo yo.

—Parece un poco tonta —comentó *sir* Charles.

—Parece un poco tonta —asintió el señor Bradley—. Habla como si fuera un poco tonta. De haberla conocido en un té, habría dicho que es un poco tonta. Y, sin embargo, llevó a cabo un asesinato planeado con auténtica destreza, así que no veo cómo puede ser un poco tonta.

—¿No se le ocurre —comentó la señorita Dammers— que tal vez ella nunca hizo algo de eso?

—Pues no —tuvo que confesar el señor Bradley—. Me temo que no. Hablo de una amante de *sir* Eustace, rechazada hace relativamente poco (bueno, no más de tres años, y la esperanza tarda en desaparecer), que no se cree moco de pavo y considera el asesinato de lo más fascinante. ¡Muy bien, de veras!

»A propósito, si quiere alguna prueba confirmatoria de que había sido una de las amadas de *sir* Eustace, podría añadir que vi una fotografía suya en su piso. Estaba en un marco con un borde muy ancho. El borde exhibía la palabra “Tu”, convenientemente aislada del resto. No “Tuyo”, dese cuenta, sino “Tu”. Creo que es una razonable suposición de que algo muy afectuoso yace bajo ese discreto borde.

—Yo sé de su propia boca que *sir* Eustace cambia de amante con tanta frecuencia como de sombreros —dijo la señorita Dammers enérgicamente—. ¿Acaso no es posible que más de una pueda haber sufrido de complejo de celos?

—Pero no, creo yo, haber poseído también un ejemplar de Taylor —insistió el señor Bradley.

—El factor conocimiento criminológico parece haber ocupado, en este caso, el puesto del factor nitrobenceno al final —meditó el señor Chitterwick—. ¿Estoy en lo cierto al pensar así?

—Completamente —le aseguró el señor Bradley, bondadoso—. Ésta, en mi opinión, es la pista realmente importante. Se halla tan acentuada, ¿lo ve usted? Tenemos dos ángulos enteramente distintos desde donde enfocarla: la elección del veneno y las sugestivas características del caso. De hecho, nos estamos tropezando con ella todo el tiempo.

—Vaya, vaya —murmuró el señor Chitterwick, reprendiéndose a sí mismo, como podría hacer alguien que se hubiera estado tropezando todo el tiempo con una cosa y nunca lo hubiese notado siquiera.

Se produjo un breve silencio, que el señor Chitterwick achacó (por completo injustamente) a una censura general de su propia estupidez.

—Su lista de conclusiones —la señorita Dammers volvió a la carga—. Usted dijo que no las había podido verificar todas. ¿Cuáles de ellas satisface definitivamente esta mujer, y cuáles de ellas no ha podido verificar?

El señor Bradley adoptó un aire vigilante.

—N.º 1, no sé si posee conocimientos de química. N.º 2, sé que posee al menos un conocimiento elemental de criminología. N.º 3, ella está casi segura de haber tenido una formación cultural razonablemente buena (aunque si llegó a aprender algo es un asunto totalmente distinto), y creo que podemos suponer que nunca estuvo en un internado privado. N.º 4, no he podido relacionarla con el papel para cartas de la casa Mason, excepto en la medida que

tiene una cuenta en la casa Mason; y si esto le basta a *sir* Charles, también me basta a mí. N.º 5, no he podido relacionarla con una máquina de escribir Hamilton, pero esto debería ser muy fácil; una de sus amigas seguro que tiene una.

»N.º 6, ella podría haber estado en las cercanías de la calle Southampton. Trató de demostrar una coartada, pero lo hizo malísimamente; está llena de agujeros. Se supone que estuvo en un teatro, pero ni siquiera llegó allí hasta bien pasadas las nueve. N.º 7, vi una pluma Onyx en su escritorio. N.º 8, vi un frasco de tinta Harfield en una de los casilleros del escritorio.

»N.º 9, yo no diría que tenga una mente creativa; yo diría que no tiene mente en absoluto; pero según parece, aquí hemos de concederle el beneficio de cualquier duda que pueda haber. N.º 10, a juzgar por su cara, yo diría que es muy hábil con los dedos. N.º 11, si es una persona de costumbres metódicas, ello debe de parecerle un punto acriminador, puesto que ciertamente lo disimula muy bien. N.º 12, esto creo que podría rectificarse en «debe tener la total falta de imaginación del envenenador». Eso es todo.

—Ya veo —dijo la señorita Dammers. Hay huecos.

—Los hay —convino el señor Bradley suavemente—. A decir verdad, sé que esta mujer tiene que haberlo hecho porque, realmente, ¿sabe?, ella debía hacerlo. Pero no puedo creerlo.

—¡Ah! —dijo la señora Fielder-Flemming construyendo una elegante frase con una palabra.

—A propósito, Sheringham —comentó el señor Bradley—, ¿conoce usted a la mala señora?

—La conozco, ¿no? —dijo Roger, saliendo aparentemente de un trance—. Creo que sí. Escuche, si apunto un nombre en un papel, ¿le importará decirme si estoy o no en lo cierto?

—En lo más mínimo —repuso el afable señor Bradley—. En realidad, yo mismo iba a sugerir algo parecido. Creo que, como presidente, usted debería saber a quién me refiero, en caso de que tenga algún valor.

Roger dobló en dos la hoja de papel y la tiró a la mesa.

—Ésta es la persona, supongo.

—Está usted en lo cierto —dijo el señor Bradley.

—¿Y usted basa la mayoría de sus argumentos en los motivos por los que a ella le interesa la criminología?

—Así podría decirse —concedió el señor Bradley.

A pesar de sí mismo, Roger se ruborizó ligeramente. Tenía las mejores razones para saber por qué la señora Verreker-le-Mesurer profesaba tanto interés en la criminología. Hablando sin rodeos, las razones casi le habían sido impuestas.

—Pues está usted absolutamente equivocado, Bradley —dijo sin vacilar—. Absolutamente.

—¿Lo sabe usted de manera categórica?

Roger contuvo un involuntario escalofrío.

—Muy categórica.

—Ya sabe que nunca creí que ella lo hiciera —dijo el filosófico señor Bradley.

ROGER estaba muy atareado.

Revoloteando de aquí para allí, del todo indiferente a lo que los relojes tenían que decirle, trataba de tener sus argumentos acabados antes de la noche. Sus actividades podrían haberle parecido a esa ingenua criminóloga, la señora Verreker-le-Mesurer, no sólo incomprensibles, sino también inútiles.

La tarde anterior, por ejemplo, había tomado su primer taxi hasta la Biblioteca Pública Holborn y consultado allí una obra de referencia del género más desabrido. Después se había dirigido a las oficinas de los señores Weall y Wilson, la conocida firma que existe para proteger los intereses comerciales de particulares y proporcionar subscriptores con información sumamente confidencial relativa a la estabilidad de cualquier negocio en el cual se pretenda invertir dinero.

Roger, con poco sincera elocuencia, presentándose como un potencial inversionista de grandes sumas, había anotado su nombre de subscritor, rellenado varios de los especiales formularios de investigación que llevan el encabezamiento de «Estrictamente confidencial», y no había consentido en marcharse hasta que los señores Weall y Wilson le hubieron prometido, en consideración a cierto dinero extra, tener en sus manos la información requerida en un plazo de veintisiete horas.

Luego había comprado un periódico y acudido a Scotland Yard. Allí buscó a Moresby.

—Moresby —dijo sin preámbulos—, quiero que me haga un importante favor. ¿Puede encontrarme a un taxista que recogiera a un pasajero en Piccadilly Circus o sus inmediaciones, alrededor de las nueve y diez, antes del asesinato de la señora Bendix, y lo dejara en el, o cerca del Strand, al final de la calle Southampton? ¿Y/u otro taxi que recogiera a otro pasajero en el Strand, cerca de la calle Southampton alrededor de las nueve y cuarto y lo dejara igualmente en las cercanías de Piccadilly Circus? El segundo es el más probable de los dos; no estoy completamente seguro del primero. O se podría haber usado un sólo taxi para el doble trayecto, pero lo dudo mucho. ¿Cree que podrá hacerme ese favor?

—Puede que no consigamos resultado alguno después de tanto tiempo —dijo Moresby nada convencido—. Es realmente importante, ¿verdad?

—Importantísimo.

—Bueno, lo intentaré, desde luego, puesto que es usted, señor Sheringham, y sé que puedo creerle si me dice que es importante. Pero no lo haría por otra persona.

—Estupendo —dijo Roger efusivamente—. Hágalo con la mayor urgencia, ¿quiere? Y podría telefonarme al Albany mañana, a eso de la hora del té, si cree que ya tiene a mi hombre.

—¿De qué se trata, pues, señor Sheringham?

—Estoy intentando probar la falsedad de una coartada harto interesante —repuso Roger.

Regresó a su piso para cenar.

Tras la cena su cabeza estaba zumbando con demasiado afán para que pudiera hacer otra cosa que llevarla a dar un paseo. Deambuló inquieto hasta salir del Albany y dobló hacia Piccadilly. Anduvo con lentitud por el Circus, pensando mucho, y se detuvo un momento, por costumbre, para inspeccionar sin verlas las fotografías de la nueva revista que colgaban en el exterior del Pavilion. Lo siguiente que advirtió fue que debía de haber doblado

hacia el Haymarket y descrito un amplio círculo y entrado en la calle Jermyn, puesto que se encontraba ante el teatro Imperial, en aquella fascinante calle, observando distraído a los últimos componentes del público que entraban en tropel.

Mirando los anuncios de *La calavera crujiente*, vio que la terrible representación comenzaba a las ocho y media. Echando un vistazo a su reloj, observó que pasaban veinticinco minutos de la hora.

De alguna manera tenía que pasar la noche.

Entró.

De alguna manera la noche también pasó.

A la mañana siguiente, temprano (o sea, temprano para Roger, digamos a las diez y media), en un lugar desolado, en alguna parte más allá de los límites de la civilización, resumiendo, en Acton, Roger se encontraba parlamentando con una joven en las oficinas de la Compañía de Perfumes Anglo-oriental. La joven estaba atrincherada detrás de un tabique en el interior de la entrada principal, siendo su único medio de comunicación con el mundo exterior una ventanilla provista de cristal esmerilado. Ella abría dicha ventanilla (si se la llamaba el tiempo necesario y con voz lo bastante alta) para dirigir unas cuantas respuestas bruscas a los inoportunos clientes y ella cerraría de golpe dicha ventanilla, a modo de indirecta, de que la entrevista, según su opinión, debía darse ya por terminada.

—Buenos días —dijo Roger suavemente, cuando su tercer toque hubo emplazado a esa muchacha a salir de las profundidades de su fortaleza—. He llamado para...

—Viajantes, los martes y viernes por la mañana, de diez a once —dijo la doncella de modo sorprendente, y cerró la ventanilla con uno de sus mejores golpes. «Esto le enseñará a tratar de hacer negocios con una respetable firma británica un jueves por la mañana, pardiez», dijo el golpe.

Roger miró la ventanilla cerrada sin comprender. Entonces cayó en la cuenta de que se había cometido un error. Volvió a llamar.

Al cuarto toque la ventanilla se abrió de repente, como si algo hubiera explotado tras ella.

—Ya le he dicho —espetó la muchacha, indignada con justicia—, que sólo atendemos...

—No soy un viajante —se apresuró a decir Roger—, al menos —añadió meticuloso, pensando en los tristes desiertos que había explorado antes de hallar este inhóspito oasis—, al menos no un viajante comercial.

—¿No quiere vender algo? —preguntó la muchacha con recelo. Empapada de todo lo mejor del emprendedor espíritu de los métodos británicos de negocios, ella, por instinto, miraba con profunda desconfianza a cualquiera que posiblemente pudiese desear una cosa tan poco práctica como *venderle* algo a su empresa.

—Nada —le aseguró Roger con suprema formalidad, impresionado a su vez por la asquerosa vulgaridad de semejante procedimiento.

En estas condiciones parecía que la muchacha, si bien de ningún modo deseosa de sentarle en sus rodillas, estaba dispuesta a soportarle durante unos segundos.

—Bueno, ¿pues qué quiere? —preguntó, con un aire de hastío paciente, incluso generosamente resistido. De su tono se desprendía que muy pocas personas llegaban más lejos de esa puerta, a menos que poseyeran la vergonzosa intención de intentar hacer negocios con su empresa. Parece mentira... ¡negocios!

—Soy abogado —mintió Roger— y estoy investigando un asunto relacionado con un tal señor Joseph Lea Hardwick, que estuvo empleado aquí. Lamento decirle que...

—Lo siento, nunca he oído hablar de este caballero —dijo escuetamente la muchacha e indicó con su modo habitual que la entrevista se había prolongado en exceso.

Una vez más, Roger hizo uso de su bastón. Después de la séptima solicitud se vio premiado con otro panorama de indignada mocedad británica.

—Ya le he dicho...

Pero Roger ya tenía suficiente.

—Y ahora, joven permítame decirle algo a usted. Si se niega a responder a mis pregunta, le advierto que puede verse en graves problemas. ¿Nunca ha oído hablar del desacato al juez? —Hay ocasiones en que una ligera falsificación de la verdad es permisible. Hay ocasiones, también, en que un estratégico cachiporrazo puede disculparse. Esta ocasión era una mezcla de ambas.

La muchacha, aunque lejos de hallarse intimidada, estaba al menos impresionada.

—Bien, ¿qué quiere saber, pues? —preguntó con resignación.

—Ese hombre, Joseph Lee Hardwick...

—Le he dicho que nunca he oído hablar de él.

Como el caballero en cuestión había disfrutado de una existencia de sólo dos o tres minutos y únicamente en el cerebro de Roger, su creador ya contaba con esto.

—Es posible que le conociera bajo otro nombre —dijo misteriosamente.

La muchacha se interesó. Más aún, pareció verdaderamente alarmada. Habló en tono agudo.

—Si se trata de divorcio, déjeme decirle que a *mí* nada puede endosarme. Jamás supe que estuviera casado siquiera. Además, no es que hubiera una causa. Quiero decir... bueno, al menos... de todos modos, es un hatajo de mentiras. Yo nunca...

—No se trata de divorcio —Roger se apresuró a refrenar la corriente, no poco menos alarmado ante estas revelaciones tan impropias de una muchacha.

—No... Nada tiene que ver en absoluto con su vida privada. Es acerca de un hombre que estuvo empleado aquí.

—¡Oh! —el tardío alivio de la muchacha se transformó rápidamente en indignación.

—Bueno, ¿y no podía decirlo?

—Empleado aquí —continuó Roger con firmeza—, en el departamento de nitrobenceno. ¿Ustedes tienen un departamento

de nitrobencono, verdad?

—No que yo sepa; estoy segura.

Roger hizo el ruido que suele deletrearse:

—¡Tchah! Sabe perfectamente bien a que me refiero. El departamento que manipula el nitrobencono que aquí se utiliza. No creo que esté dispuesta a desmentir que aquí se utiliza nitrobencono, espero. Y en cantidad.

—Bien, ¿y qué si se utiliza?

—Se ha notificado a mi firma que ese hombre encontró la muerte a causa de que se distribuyeran insuficientes advertencias entre los empleados de aquí acerca de la peligrosa naturaleza de esta sustancia. Querría...

—¿Cómo? ¿Qué uno de nuestros hombres murió? No me lo creo. Yo habría sido la primera en saberlo si...

—Ha sido silenciado —intercaló Roger con rapidez—. Querría que me enseñara una copia de la advertencia que está colgada en la fábrica referente al nitrobencono.

—Bueno, lo siento, pero me temo que no puedo complacerle.

—¿Pretende decirme —dijo Roger, con gran sobresalto—, que no se ha repartido advertencia alguna en absoluto entre sus empleados acerca de esta peligrosísima sustancia? ¿Ni siquiera se les ha dicho que es un mortífero veneno?

—Yo no he dicho eso, ¿verdad? Claro que están avisados de que es venenoso. Todo el mundo lo está. Y tienen mucho cuidado con la forma en que se manipula, estoy segura. Sólo se da la casualidad de que no hay colgada una advertencia. Y si quiere saber más de ello, sería mejor que viese a uno de los directores. Yo le...

—Gracias —la interrumpió Roger, diciendo la verdad al final—. Me he enterado de todo lo que quería. Buenos días. —Se retiró jubiloso.

Se retiró hasta la casa Webster, los impresores, en un taxi.

Sin duda, la casa Webster es a la tipografía lo que Monte Carlo es a la Riviera. La casa Webster, prácticamente hablando, es la

tipografía. Así pues, ¿adónde tendría que haber ido Roger, con la mayor naturalidad, si quería algún tipo nuevo de papel para cartas de una manera muy especial y particular, como por lo visto quería?

A la joven de detrás del mostrador que le atendió, le especificó en extenso y con todo lujo de detalles lo que quería exactamente. La joven le entregó su libro de muestras y le rogó lo examinara por si podía encontrar en él un estilo que le conviniese. Mientras lo hojeaba, ella se ocupó de otro cliente. Por no faltar a la verdad, aquella joven se había cansado un poco de Roger y sus necesidades.

Al parecer, Roger no pudo encontrar un estilo que le conviniese, puesto que cerró el libro y se deslizó poco a poco a lo largo del mostrador hasta qué estuvo en el territorio de la siguiente joven. A su vez la embarcó a ella en la epopeya de sus requisitos, y ella a su vez también, le entregó su libro de muestras y le rogó escogiese una. Como el libro sólo fuera otro ejemplar de la misma edición, no es de extrañar que Roger no hiciera el más mínimo progreso.

Una vez más se deslizó poco a poco a lo largo del mostrador, y una vez más recitó su saga a la tercera, y última, de las jóvenes. Sabedora del juego, le entregó su libro de muestras. Pero en esta ocasión Roger obtuvo su recompensa. Era un libro de la misma edición, pero no una copia exacta.

—Naturalmente, estoy seguro de que tendrán lo que deseo —comentó gárrulo a medida que lo hojeaba con rapidez—, porque he venido aquí aconsejado por un amigo que es realmente muy escrupuloso. Muy escrupuloso.

—¿De veras? —dijo la joven, haciendo todo lo posible por parecer en extremo interesada. Era, en efecto, muy joven, lo bastante como para estudiar la técnica del arte de vender en sus horas libres; y una de las primeras normas en el arte de vender que había aprendido, era la de recibir el comentario del cliente sobre el bonito día que hace con la misma vehemente y respetuosa admiración de los penetrantes poderes de su observación que le otorgaría a una adivina que la informase de que recibiría una carta

de un misterioso extranjero del otro lado del mar conteniendo una oferta de dinero, sólo con las líneas de su mano.

—Bien —dijo ella, esforzándose mucho—, algunas personas son escrupulosas, eso está claro.

—¡Anda! —Roger pareció muy sorprendido—. ¿Sabe?, creo que llevo encima la fotografía de mi amigo ahora mismo. ¿No es una extraordinaria coincidencia?

—Caramba —dijo la sumisa joven.

Roger sacó la fortuita fotografía y se la tendió a través del mostrador.

—¡Vaya! ¿Lo reconoce?

La joven cogió la fotografía y la escudriñó.

—¡Así que éste es su amigo! ¡Caramba! ¿No es extraordinario? Sí, claro que lo reconozco. El mundo es un pañuelo, ¿no?

—Hará unos quince días, creo que mi amigo estuvo aquí por última vez —insistió Roger—. ¿Es verdad?

La joven reflexionó.

—Sí, supongo que hará cosa de unos quince días. Sí, más o menos. Éste es un género del que estamos vendiendo mucho en estos momentos.

Roger compró una desmesurada cantidad de papel para cartas que no necesitaba en lo más mínimo, por pura bondad. Y porque ella era realmente una joven muy amable y era una vergüenza aprovecharse de ella.

Luego regresó a su piso para comer.

Pasó casi toda la tarde tratando aparentemente de comprar una máquina de escribir de segunda mano.

Roger se mostró muy exigente en que su máquina de escribir tendría que ser una Hamilton n.º 4. Cuando el vendedor trató de inducirle a considerar otras marcas, él se negó a verlas, diciendo que la Hamilton n.º 4 se la había aconsejado encarecidamente un amigo suyo, que había comprado una de segunda mano hacía sólo tres semanas. ¿Tal vez fue en esta misma tienda? ¿No? ¿No habían

vendido una Hamilton n.º 4 durante los últimos dos meses? Qué raro.

Pero en una tienda sí la habían vendido; y eso era aún más raro. El servicial vendedor comprobó la fecha exacta y descubrió que sólo hacía un mes de ello. Roger describió a su amigo y el vendedor estuvo enseguida de acuerdo en que el amigo de Roger y su propio cliente eran la misma persona.

—Dios mío, y ahora que lo pienso —gritó Roger—, creo que llevo encima la fotografía de mi amigo en este preciso instante. ¡Déjeme comprobarlo! Revolvió sus bolsillos y, para su enorme sorpresa, extrajo la fotografía en cuestión.

El vendedor, muy atentamente, procedió a identificar a su cliente sin vacilar. Después siguió, igual de atentamente, intentando vender a Roger la Hamilton n.º 4 de segunda mano, la cual el entusiasta detective sintió que no tenía el descaro de negarse a adquirir. Investigar, estaba descubriendo Roger, es, para la persona sin autoridad oficial que la respalde, un asunto singularmente caro. Pero como la señora Fielder-Flemming, no se arrepentía de invertir dinero en una buena causa.

Regresó a su piso para tomar el té. Nada tenía que hacer, excepto aguardar la llamada de Moresby.

Se produjo más pronto de lo que esperaba.

—¿Es usted, señor Sheringham? Aquí hay catorce taxistas amontonados en mi despacho —dijo Moresby con grosería—. Todos ellos llevaron a pasajeros de Piccadilly Circus al Strand o viceversa, a la hora que usted dijo. ¿Qué quiere que haga con ellos?

—Reténgalos ahí amablemente hasta que yo llegue, inspector jefe —replicó Roger con dignidad, y cogió el sombrero. Con mucho, no había esperado a más de tres, pero no iba a dejar que Moresby lo supiera.

Sin embargo, la entrevista con los catorce fue bastante breve. Roger enseñó sucesivamente la fotografía a cada uno de los hombres de sonrisa burlona (Roger supuso que había habido un poco de humor grueso por parte de Moresby antes de que llegara)

haciendo esfuerzos por sujetarla de manera que Moresby no pudiera verla, y les preguntó si podían reconocer a su pasajero. Ninguno pudo.

Moresby despidió a los hombres con una amplia sonrisa.

—Es una lástima, señor Sheringham. Esto pone algunos obstáculos en los argumentos que está tratando de desarrollar, sin duda.

Roger le sonrió con aire suficiente.

—Al contrario, mi querido Moresby: tan sólo los afianza.

—¿Cómo, qué ha dicho? —preguntó Moresby, tan alarmado que se olvidó de la gramática—. ¿Qué se propone, señor Sheringham, eh?

—Creía que usted lo sabía todo. ¿Acaso no nos están vigilando?

—¡Caramba! —Moresby parecía realmente un tanto desconcertado—. A decir verdad, señor Sheringham, toda su gente parecía actuar con tanta independencia, que les dije a mis hombres que abandonaran; no consideré que valiese la pena que continuasen.

—Vaya, vaya —dijo Roger despacio—. ¡Qué bien! Bueno, el mundo es un pañuelo, ¿no?

—¿Así que, qué ha estado haciendo, señor Sheringham? ¿Supongo que no tendrá inconveniente en contármelo?

—Ninguno en absoluto, Moresby. Es su trabajo. ¿Le interesa saber que he averiguado quién le envió aquellos bombones a *sir* Eustace?

Moresby lo miró de hito en hito por un momento.

—Desde luego que me interesa, señor Sheringham. Si es verdad que usted lo ha hecho.

—Oh, sí que lo he hecho —dijo Roger con gran aplomo; ni siquiera el mismo *sir* Charles podría haber hablado así—. Le facilitaré un informe tan pronto como haya puesto mis pruebas en orden —añadió. Y reprimió un bostezo.

—¿Ha sido ahora, señor Sheringham? —dijo Moresby con voz sofocada.

—Oh, sí; hasta cierto punto. Pero absurdamente sencillo una vez que se ha comprendido el factor realmente esencial. Así, es del todo ridículo. Le traeré el informe en algún momento. Hasta la vista, pues. —Y se marchó tranquilamente.

No se puede ocultar el hecho de que Roger tenía sus momentos fastidiosos.

ROGER se cedió la palabra.

—Damas y caballeros, como responsable de este experimento, creo que debo felicitar a mí mismo. Los tres miembros que han hablado hasta ahora han demostrado una capacidad de observación y razonamiento, que no creo pudiera haber sido superada por alguna otra agencia. Antes de empezar su exposición, cada uno estaba convencido de que había resuelto el problema y podría aducir pruebas definitivas en apoyo de tal solución, y cada uno, pienso, tiene todavía el derecho a decir que su interpretación del enigma no ha sido aún definitivamente refutada.

»Incluso la elección de la señora Pennefather por parte de *sir* Charles es perfectamente discutible, a pesar de la definitiva coartada que la señorita Dammers es capaz de proporcionarle a la misma señora Pennefather; *sir* Charles está en su pleno derecho al decir que la señora Pennefather tiene una cómplice, y alegar en apoyo de ello las circunstancias en cierta medida dudosas concernientes a su estancia en París.

»Y con respecto a esto querría aprovechar la oportunidad de retirar lo que le dije a Bradley anoche. Dije que sabía a ciencia cierta que la mujer en la que él pensaba no podía haber cometido el asesinato. Ésa fue una declaración errónea. No lo sabía en absoluto a ciencia cierta.

Encontré la idea, por lo que personalmente sabía de esa mujer, completamente increíble.

»Por otra parte —dijo Roger con valentía—, tengo motivos para sospechar el origen de su interés en la criminología, y estoy bastante seguro de que es muy distinto del postulado por Bradley. Lo que debería haber dicho era que su culpabilidad de este crimen era una imposibilidad psicológica. Pero en cuanto a los hechos, las imposibilidades psicológicas no pueden demostrarse. Bradley tiene todavía el perfecto derecho de creer que ella es la asesina. Y, en todo caso, ella tiene, desde luego, que permanecer en la lista de sospechosos.

—¿Sabe Sheringham? Estoy de acuerdo con usted acerca de la imposibilidad psicológica —observó el señor Bradley—. Yo dije otro tanto. El problema es que considero que demostré mis argumentos en contra de ella.

—Pero también demostró los argumentos en contra de usted —señaló la señora Fielder-Flemming amablemente.

—Oh, sí; pero eso es una inconsistencia que me trae sin cuidado. Eso no implica imposibilidad psicológica alguna, ¿comprende?

—No —dijo la señora Fielder-Flemming—. Tal vez no.

—¡Imposibilidad psicológica! —contribuyó *sir* Charles enérgicamente—. Oh, ustedes los novelistas. Hoy en día se hallan tan restringidos por Freud que han perdido de vista por completo la naturaleza humana. Cuando yo era joven nadie hablaba de imposibilidades psicológicas. ¿Y por qué? Porque sabíamos muy bien que tal cosa no existía.

—En otras palabras, la persona más impensada puede, en determinadas circunstancias, realizar las cosas más improbables —amplió la señora Fielder-Flemming—. Bien, puedo ser anticuada, pero me inclino a concordar con esto.

—Constance Kent —salió *sir* Charles.

—Lizzie Borden —cubrió la señora Fielder-Flemming.

—Todo el caso Adelaide Bartlett —*sir* Charles sacó el as de triunfo.

La señora Fielder-Flemming recogió las cartas en una pulcra baraja.

—En mi opinión, la gente que habla de imposibilidades psicológicas trata las cuestiones que éstas implican como personajes de una de sus novelas... infunde una cierta proporción de su propio maquillaje mental en ellas y, en consecuencia, nunca se distingue con claridad que, lo que creen puede ser imposible para ellos, puede muy bien ser posible (por muy improbable) para algún otro.

—Entonces hay mucho que decir después de todo sobre el axioma del mercader de la novela policíaca, el de la persona más inverosímil —murmuró el señor Bradley—. ¡Muy bien!

—¿Escucharemos ahora lo que el señor Sheringham tiene que decir acerca del caso? —sugirió la señorita Dammers.

Roger aprovechó la indicación.

—Me disponía a hablar de lo interesantes que habían sido también los resultados del experimento, en cuanto a que se diera la casualidad de que las tres personas que ya han hablado haya tropezado cada una con una persona diferente como asesina. Yo, de paso, voy a sugerir a otra, aun cuando la señorita Dammers y el señor Chitterwick coincidan por separado con uno de nosotros, que nos proporciona cuatro posibilidades totalmente distintas. No me importa confesar que había previsto que ocurriese algo así, aunque poco esperaba tan excelente resultado.

»Sin embargo, como Bradley ha señalado en sus observaciones sobre los asesinatos abiertos y cerrados, las posibilidades de este caso son prácticamente infinitas. Esto, desde luego, lo vuelve mucho más interesante desde nuestro punto de vista. Por ejemplo, yo empecé mis propias investigaciones desde la óptica de la vida privada de *sir* Eustace. Era allí, estaba convencido, donde debía buscarse la pista del asesinato. Igual que lo estaba Bradley. Y, como él, pensaba que esta pista presentaría la forma de una amante

rechazada; los celos o la venganza, estaba seguro, resultarían ser el motivo principal del crimen. Por último, como él, quedé convencido a partir de la primera ojeada al asunto que el crimen era obra de una mujer.

»La consecuencia fue que empecé a trabajar enteramente desde el punto de vista de la mujer de *sir* Eustace. Pasé un buen número de días no muy respetables reuniendo datos, hasta quedar convencido de que tenía una lista completa de todas sus aventuras amorosas durante los últimos cinco años. No me costó demasiado. *Sir* Eustace, como dije la pasada noche, no es un hombre reservado. Por lo visto no había conseguido la lista completa, puesto que no incluí en ella a la señora cuyo nombre no fue mencionado anoche, y si había una omisión, es posible que hubiera más. De todas maneras parece que *sir* Eustace, para hacerle justicia, tuvo sus momentos de discreción.

»Pero ahora todo esto no viene realmente al caso. Lo que importa es que al principio estaba seguro de que el crimen no sólo fue obra de una mujer, sino de una mujer que había sido, en fecha relativamente reciente, la amante de *sir* Eustace.

»Ahora he cambiado todas mis opiniones, *in toto*.

—¡Oh, no! —protestó el señor Bradley—. No me diga que desde el comienzo he ido por el mal camino.

—Eso me temo —dijo Roger, tratando de apartar el triunfo de su voz. Resulta muy difícil, cuando uno ha resuelto verdaderamente un problema que ha desconcertado a tantos cerebros excelentes, mostrar una completa indiferencia ante el mismo.

»Lamento tener que decir —prosiguió, esperando tener una apariencia más humilde de cómo se sentía en su fuero interno—, lamento tener que decir que no puedo atribuir todo el mérito de este cambio de opinión a mi propia perspicacia. Para ser honesto, fue la pura suerte. Un encuentro casual con una estúpida mujer en la calle Bond puso en mis manos una información, trivial en sí misma (mi informadora no comprendió ni por un momento su trascendencia), pero que, para mí, alteró de inmediato todo el caso. En un instante

vi que había estado trabajando sobre premisas equivocadas. Que había estado cometiendo, de hecho, el concreto error fundamental que la asesina se había propuesto que la policía y todo el mundo cometiera.

»Es una cuestión curiosa, este elemento de suerte en la solución de los enigmas criminales —rumió Roger—. Da la casualidad de que lo estaba discutiendo con Moresby, en relación con este mismo caso. Le mencioné la cantidad de problemas imposibles que Scotland Yard resuelve con el tiempo por medio de la pura suerte... una prueba esencial que surge espontáneamente, por así decirlo, o una información presentada por una mujer furiosa porque casualmente su marido le ha dado pie para los celos justo antes del crimen. Este tipo de cosas no dejan de ocurrir. *El azar vengador*, sugerí como título si Moresby quiere hacer alguna vez una película de semejante historia.

»Bien, el azar vengador ha vuelto a actuar. Mediante ese afortunado encuentro en la calle Bond, en un momento de iluminación me mostró quién había enviado esos bombones a *sir* Eustace Pennefather.

—¡Vaya, vaya, vaya! —el señor Bradley expresó amablemente los sentimientos del Círculo.

—¿Y quién fue, pues? —preguntó la señorita Dammers, que adolecía de una desventurada carencia de sentido dramático. Si vamos a eso, la señorita Dammers era propensa a congratularse a sí misma por el hecho de carecer del sentido de la construcción, y por que ninguno de sus libros tuviese argumento siquiera. Los novelistas que utilizan palabras como «valores» y «reflejos» y «complejo de Edipo», simplemente nada quieren tener que ver con argumentos.

—¿Quién se le presentó en esta interesante revelación, señor Sheringham?

—Oh, permítame primero desarrollar un poco mi historia —suplicó Roger.

La señorita Dammers suspiró. Las historias, Roger como compañero en los menesteres artísticos, debería haberlo sabido, sencillamente no se llevaban en la actualidad. Pero a la sazón Roger era un autor de éxito y con tales criaturas todo es posible.

Ajeno a estas reflexiones, Roger se había recostado en su silla con actitud distendida, meditando sin prisa. Cuando retomó la palabra, fue en un tono más familiar que el que usara antes.

—¿Saben?, éste fue un caso de verdad singular. Usted, Bradley y la señora Fielder-Flemming no le hicieron justicia criminal cuando lo describieron como un batiburrillo de otros casos. Se pueden haber adoptado ideas realmente meritorias de casos anteriores, tal vez; pero como dice Fielding, en *Tom Jones*, tomar prestado de los clásicos, aun sin confesarlo, es del todo legítimo por lo que toca a la obra original. Y ésta es una obra original. Presenta una característica que no sólo la absuelve de todo cargo adverso, sino que los demás prototipos no le llegan a la suela del zapato.

»Está destinado a convertirse en uno de los casos clásicos. Y de no ser por el más simple de los accidentes, que el criminal, pese a toda su habilidad no pudo posiblemente prever, presumo se habría convertido en uno de los misterios clásicos. En general, tiendo a considerarlo el asesinato planeado con mayor perfección del que jamás haya tenido noticia (porque, claro está, uno no tiene noticia de los planeados incluso con mayor perfección, ya que nunca se llega a saber que son asesinatos siquiera). Es de una corrección tan exacta... ingenioso, completamente simple y, en la medida de lo posible, infalible.

—¡Bah! ¿No ha resultado tan infalible, eh, Sheringham? —gruñó *sir* Charles.

Roger le sonrió.

—El móvil es muy evidente cuando se sabe dónde buscarlo, pero no se sabía. El método es muy significativo una vez se han comprendido sus verdaderos factores esenciales, pero no se habían comprendido. Los indicios no están más que ligeramente ocultos cuando se ha caído en la cuenta de qué los oculta, pero no se había

caído en la cuenta. Todo estaba previsto. Se dejaron trozos de jabón por todas partes, y en nuestras prisas todos terminamos por llenarnos los ojos de ellos. No es de extrañar que no pudiéramos ver con claridad. En verdad fue maravillosamente planeado. La policía, el público, la prensa... todos engañados por completo. Es casi lastimoso tener que revelar el asesino.

—Sin duda, señor Sheringham —comentó la señora Fielder-Flemming—, está usted muy elocuente.

—Un asesinato perfecto hace que me sienta elocuente. Si yo fuera este criminal en particular me habría estado componiendo odas a mí mismo durante los últimos quince días.

—Y así las cosas —sugirió la señorita Dammers—, le apetece escribirse odas a sí mismo por haber resuelto el asunto.

—Más bien sí —convino Roger.

»Bueno, comenzaré con los hechos. Por lo que se refiere a éstos, no diré que disponga de tal colección de detalles como Bradley fue capaz de acumular para demostrar su primera teoría, pero creo que estarán de acuerdo en que he obtenido más que suficientes. Quizá sería aconsejable que repasara su lista de condiciones que el asesino debía cumplir, aunque, como verán, no coincido en absoluto con ellas.

»Apruebo y puedo demostrar las dos primeras, que el asesino debe poseer al menos un elemental conocimiento de química y criminología, pero estoy en desacuerdo con ambas partes de la tercera; no creo que una buena formación cultural sea realmente indispensable y, desde luego, no habría de rechazar a alguien con formación de internado privado o universitaria, por razones que luego explicaré. Ni apruebo la cuarta, que él o ella debe haber poseído o tenido acceso al papel para cartas de la casa Mason. Fue una ingeniosa idea de Bradley que la posesión del papel para cartas sugiriese el método del crimen, pero presumo que errónea; un caso anterior sugirió el método, se eligieron los bombones (por una muy buena razón, como después explicaré) como vehículo, y la casa Mason por ser la más importante firma de fabricantes de chocolate.

Entonces fue necesario obtener una hoja de papel para cartas, y me hallo en posición de demostrar cómo se hizo tal cosa.

»La quinta condición, la modificaría. No estoy de acuerdo en que el criminal debe poseer o tener acceso a una máquina de escribir Hamilton n.º 4, pero sí en que esta posesión debe haber existido. En otras palabras, pondría esta condición en pasado. Recuerden que hemos de enfrentarnos con un criminal muy astuto y un crimen muy meticulosamente planificado. Me pareció muy improbable que se dejara una prueba tan incriminadora como la misma máquina de escribir por ahí, para que la descubriese el primero que pasara. Es mucho más probable que se hubiera adquirido una máquina especialmente para la ocasión. La carta revelaba que no era una máquina de escribir nueva la que se habría utilizado. Con el ánimo de mi deducción, por lo tanto, dediqué toda una tarde a investigar en tiendas de máquinas de escribir de segunda mano hasta que di con el sitio fuera comprada y probé la compra. El vendedor pudo identificar a mi asesino por una fotografía que llevaba conmigo.

—¿Y dónde está ahora la máquina? —preguntó ansiosa la señora Fielder-Flemming.

—Supongo que en el fondo del Támesis. Eso es lo importante. Mi criminal nada deja al azar.

»Con la sexta condición, la de estar cerca de la oficina de correos durante la hora crítica, sin duda coincido. Mi asesino tiene una ligera coartada, pero no vale. En cuanto a las dos siguientes, la pluma estilográfica y la tinta, no he podido verificarlas en absoluto y en tanto coincido en que su posesión sería una confirmación harto satisfactoria, no les concedo gran importancia; las plumas Onyx son tan universales, al igual que la tinta Harfield, que aquí no hay muchos argumentos en ninguna de las dos direcciones. Además, sería propio de mi criminal que no poseyera ninguna de las dos, sino que las hubiera comprado discretamente. Por último, estoy de acuerdo en lo de la mente creativa y la habilidad con los dedos y, por supuesto, con la peculiar mentalidad del envenenador, pero no con la necesidad de las costumbres metódicas.

—Oh, vamos —dijo dolorido el señor Bradley—. Creía que ésa era una deducción bastante bien fundada. Y también es lógica.

—Para mí no lo es —replicó Roger.

El señor Bradley se encogió de hombros.

—Es el papel para cartas el que me interesa —dijo *sir* Charles—. Según mi criterio, ése es el punto donde deben apoyarse las acusaciones contra cualquiera. ¿Cómo demuestra la posesión del papel para cartas, Sheringham?

—El papel para cartas —dijo Roger— fue extraído, hará cosa de unas tres semanas, de uno de los libros de muestras de membretes para cartas de la casa Webster. La borradura sería alguna marca privada de Webster, el precio, por ejemplo: «Este estilo, 5s. 9d.». En la casa de Webster disponen de tres libros que contienen exactamente las mismas muestras. Dos de ellos incluyen una hoja de papel de la casa Mason; la del tercero ha desaparecido. Puedo demostrar que, más o menos tres semanas atrás, mi sospechoso tuvo contacto con el libro.

—¿De veras puede? —*sir* Charles estaba impresionado—. Esto suena muy concluyente. ¿Qué le dio la idea del libro de muestras?

—Los bordes amarillentos de la carta —repuso Roger, ni una pizca satisfecho de sí mismo—. No comprendía cómo una hoja de papel que se había conservado entre una pila podía tener los bordes tan descoloridos, de modo que saqué la conclusión de que debía de haber sido una hoja aislada. Entonces se me ocurrió que caminando por Londres se ven hojas aisladas de papel pegadas a un tablón en los escaparates de las imprentas. Pero esta hoja no presentaba agujeros de chinchetas ni cualquier otra señal de haber sido fijada a un tablón. Además, sería difícil, desprenderla del mismo. ¿Qué era lo mejor, a continuación? Evidentemente, un libro de muestras, tal como los que se suelen encontrar en aquellas tiendas. Así que me dirigí a los impresores del papel para cartas de la casa Mason, y en su establecimiento, por así decirlo, mi hoja no estaba.

—Sí —murmuró *sir* Charles—, desde luego, esto suena harto concluyente. —Suspiró. Se diría que, melancólico, estaba

contemplando con el ojo de su mente la menguante figura de la señora Pennefather y los preciosos argumentos que había construido alrededor de ella. Entonces se animó. Esta vez se diría que había desviado su visión hacia la figura, que también disminuía, de *sir* Charles Wildman, y los preciosos argumentos que asimismo se habían erigido alrededor de él.

—Así que ahora —dijo Roger, sintiendo que realmente no podía aplazarlo por más tiempo—, llegamos al error fundamental al cual acabo de referirme, la trampa que el asesino nos tendió y en la que todos caímos con tanta elegancia.

Todos se irguieron en sus sillas.

Roger los contempló benévolaente.

—Usted, Bradley, estuvo muy cerca de verlo la pasada noche, con su casual sugerencia de que *sir* Eustace pudiera no haber sido, después de todo, la víctima designada. Esto es del todo cierto. Pero yo voy más lejos todavía.

—Sin embargo, yo caí en la trampa, ¿no? —dijo dolorido el señor Bradley—. Bueno, ¿y cuál es esa trampa? ¿Cuál es el error fundamental en el que todos incurrimos?

—¡Toma! —exclamó Roger triunfante—, ¡que el plan había fracasado...!, ¡que se había matado a la persona equivocada!

Obtuvo su recompensa.

—¡Cómo! —dijeron todos a la vez—. Santo cielo... ¿No querrá decir...?

—Exactamente —se jactó Roger—. Era ésta, precisamente, su belleza. El plan *no* había fallado. Había salido redondo. *No* se había matado a la persona equivocada. Era, vaya que sí, la persona correcta.

—¿Qué es todo esto? —dijo con énfasis *sir* Charles, embobado—. ¿Cómo rayos lo dedujo?

—La señora Bendix fue el objetivo desde un buen principio —prosiguió Roger, con mayor sobriedad—. Por eso la trama era tan ingeniosa. Hasta la cosa más sencilla estaba prevista. Se había calculado que, si Bendix podía ser llevado con naturalidad en

presencia de *sir* Eustace mientras se estaba abriendo el paquete, este último le entregaría los bombones a él. Se había previsto que la policía buscaría al criminal entre las personas relacionadas con *sir* Eustace, y no las de la muerta. Es probable que también se hubiera previsto, Bradley, que el crimen se consideraría obra de una mujer, mientras que, en realidad, se emplearon bombones porque el objetivo era, claro está, una mujer.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo el señor Bradley.

—¿Entonces su teoría es —continuó *sir* Charles—, que el asesino era alguien relacionado con la muerta, y nada en absoluto tenía que ver con *sir* Eustace? —Habló como si semejante teoría no le suscitara el mínimo rechazo.

—Ésa es —confirmó Roger—. Pero primero permítame contarle lo que por último me abrió los ojos a la trampa. La información decisiva que obtuve en la calle Bond fue ésta: que la señora Bendix había visto antes aquella obra, *La calavera crujente*. No cabe la menor duda acerca de ello; ella fue, en verdad, con mi informadora. Usted advierte, desde luego, la extraordinaria trascendencia. Esto significa que ella ya conocía la contestación de la apuesta que hizo a su marido acerca de la identidad del criminal.

Una leve aspiración de aire atestiguó el general aprecio de tal información.

—¡Oh! ¡Qué pieza maravillosa de divina ironía! —la señorita Dammers estaba ejerciendo su habitual facultad de inspeccionar las cosas desde el aspecto impersonal—. Luego ella atrajo sobre sí, realmente, su propio y merecido castigo. La apuesta que ganó, la mató virtualmente.

—Sí —dijo Roger—. La ironía no se le había escapado ni siquiera a mi informadora. El castigo, como ella señalara, fue mucho mayor que el crimen. Pero no creo —Roger hablaba con mucha suavidad, en un poderoso esfuerzo por refrenar su regocijo—, no creo que, ni ahora siquiera, comprendan del todo a qué me refiero.

Todos lo miraron inquisitivos.

—Todos ustedes han escuchado minuciosas descripciones de la señora Bendix. Todos ustedes deben de haberse formado una imagen mental de ella pasablemente aproximada. Era una muchacha sencilla, honesta, que, hasta creo (según mi informadora), todo lo convertía en exagerados fetiches de honradez y juego limpio. ¿Acaso encaja en esta imagen una apuesta a la que ella sabía ya la respuesta?

—¡Ah! —asintió el señor Bradley—. Oh, es difícil.

—Exacto. Es (con disculpas a *sir* Charles) una imposibilidad psicológica. Lo es de veras, ¿sabe usted, *sir* Charles?; uno simplemente no puede verla haciendo una cosa semejante, aunque sea en broma; y colijo que la diversión no era, de ningún modo, su incentivo en la vida.

»*Ergo* —concluyó Roger rápidamente—, ella no la hizo. *Ergo*, esa apuesta nunca tuvo lugar. *Ergo*, nunca existió tal apuesta. *Ergo*, Bendix estaba mintiendo. *Ergo*, Bendix quería obtener esos bombones por algún otro motivo que el que manifestó. Y, siendo lo que eran los bombones, sólo había otro motivo.

»Éstos son mis argumentos.

CUANDO LA EMOCIÓN con que fue recibida esta revolucionaria interpretación del caso se hubo sosegado, Roger continuó la defensa de su teoría con más detalle.

—Constituye en cierto modo una conmoción desagradable, claro está, el encontrarse pensando en Bendix como el astuto asesino de su propia esposa, pero, en realidad, una vez has conseguido deshacerte de todo prejuicio, no comprendo cómo puede evitarse tal conclusión. Cada detalle de los hechos, por muy insignificante que sea, sirve para confirmarla.

—¡Pero el móvil! —exclamó la señora Fielder-Flemming.

—¿El móvil? Santo cielo, tenía motivos más que suficientes. En primer lugar estaba franca... no, no francamente; ¡secretamente!... cansado de ella. Recuerde lo que nos dijeron de su carácter. Era un hombre que la había corrido. Pero por lo visto no había terminado de correrla, puesto que su nombre se ha mencionado a propósito de más de una mujer incluso después de su matrimonio; por lo general, en el estilo ya tan pasado de moda: actrices. Así que Bendix no era un tío tan solemne, en modo alguno. Le gustaba divertirse. Y su esposa, diría yo, era poco menos que la última persona del mundo que comprendiese tales sentimientos.

»No es que no le hubiera gustado lo suficiente cuando se casó con ella, muy posiblemente, si bien fue su dinero lo que buscó todo

el tiempo. Pero ella tuvo que haberle provocado un mortal aburrimiento muy pronto. Y, realmente —dijo Roger, imparcial—, creo que en este punto difícilmente se le puede disculpar. Cualquier mujer, por muy simpática que sea, tiene que aburrir a un hombre normal si no hace otra cosa que parlotear de continuo sobre el honor, el deber y el jugar limpio; y ésta, estoy autorizado para decirlo, era la costumbre de la señora Bendix.

»Tan sólo miren el *ménage* bajo esta nueva luz. La esposa nunca le perdonaría el más nimio pecadillo. El hombre se vería atosigado por cada desliz durante años. Todo lo que ella hiciera estaría bien, y todo lo que él hiciera, mal. Su mojigata rectitud sería eternamente contrastada con su vileza. Incluso podría exaltarse hasta llegar al estado de esas criaturas medio locas que se pasan toda su vida de casadas vilipendiando a sus esposos por haberse sentido atraídos por otras mujeres antes de que hubieran conocido siquiera a la muchacha con quien tuvieron la desgracia de casarse. No crean que intento denigrar a la señora Bendix. Sólo estoy demostrándoles cuán intolerable podría haber sido la vida en su compañía.

»Pero ése es sólo el móvil accesorio. El auténtico problema fue que ella era demasiado tacaña, lo cual también lo sé de primera mano. Por eso firmó su propia sentencia de muerte. Él deseaba muchísimo su dinero, o una parte del mismo (por eso se casó con ella), y ella se negaba a entregárselo.

»Una de las primeras cosas que hice fue consultar una Guía de Empresas y confeccionar una lista de las firmas de las que es accionista, con miras a conseguir un informe confidencial de su estado financiero. El informe me llegó justo antes de que saliera de casa. Me comunicó exactamente lo que esperaba... que todas aquellas empresas, sin excepción, se bambolean, algunas de ellas sólo un poco, pero otras están al borde de la quiebra. Todas necesitan dinero para salir a flote. ¿Acaso no es evidente? Se le había acabado el dinero y tenía que conseguir más. Tuve tiempo para ir corriendo a la Somerset House y otra vez fue tal y como

esperaba: el testamento de la señora Bendix era totalmente a su favor. El aspecto de veras importante (que nadie parece haber sospechado) es que él no es en absoluto un hombre de negocios; es un hombre corrompido. Y medio millón... ¡no está mal!

—Oh, sí. El móvil es más que suficiente.

—Móvil aceptado —dijo el señor Bradley—. ¿Y el nitrobenceno? Usted dijo, creo, que Bendix posee ciertos conocimientos de química.

Roger se rió.

—Me recuerda una ópera de Wagner, Bradley. El *motif* del nitrobenceno surge de usted siempre que se menciona un posible criminal. Sin embargo, creo que puedo satisfacerle incluso a usted en este caso. El nitrobenceno, como sabe, se utiliza en perfumería. En la lista de los negocios de Bendix consta la Compañía de Perfumes Anglo-oriental. Hice un especial y terrible viaje a Acton con el expreso propósito de averiguar si la Compañía Anglo-oriental empleaba nitrobenceno y, de ser así, si sus cualidades venenosas se hallaban del todo reconocidas. La respuesta a ambas preguntas fue afirmativa. De modo que no existe la menor duda de que Bendix está completamente familiarizado con la sustancia.

»Él podría haber cogido fácilmente su provisión de la fábrica, pero me inclino a dudarlo. Pienso que es más inteligente. Es probable que preparase la sustancia por su cuenta, si el proceso es tan fácil como Bradley nos explicó. Puesto que, por casualidad, sé que optó por las ciencias en Silchester (de esto me enteré también fortuitamente), lo cual presupone, de todas maneras, un elemental conocimiento de química. ¿Lo aprueba usted, Bradley?

—Apruebo el nitrobenceno, amigo —concedió el señor Bradley.

Roger tamborileó en la mesa con las puntas de los dedos, pensativo.

—¿Fue un asunto bien planeado, verdad? —meditó—. Y por ello extremadamente fácil de reconstruir. Bendix debió pensar que había tomado precauciones contra cualquier posible contingencia. Y estuvo muy cerca de conseguirlo. Sólo que intervino esa pizca de

nefasta arena que se introduce entre los suaves mecanismos de tantos crímenes ingeniosos: él ignoraba que su esposa ya había visto la obra. Se había decidido por la ligera coartada de su presencia en el teatro, ¿comprenden?, sólo por si alguna vez, cosa imposible, se levantaban sospechas y, sin duda, insistió en su deseo de ver la obra y de llevar a su esposa con él. Pero no malograr su deseo, ella le ocultaría desinteresadamente el hecho de que ya había visto la obra, y no le apetecía mucho volver a verla. Tal desinterés defraudó su confianza. Porque es inconcebible que ella hubiese sacado partido del mismo para ganar la apuesta que él finge haber hecho con ella.

»Salió del teatro, por supuesto, durante el primer descanso y corrió hasta donde le permitían los diez minutos de que disponía para echar el paquete al correo. Yo mismo asistí a la espantosa representación la pasada noche, sólo para comprobar cuándo tenían lugar los descansos. El primero se adapta perfectamente. Me había hecho a la idea de que podía haber tomado un taxi para llegar antes a correos debido a la falta de tiempo, pero si lo hizo, no hay taxista alguno que hiciera un trayecto similar aquella noche que pueda identificarle. O, posiblemente, el taxista apropiado no se ha presentado todavía. Acudí a Scotland Yard para que me hicieran el favor de investigar este punto. Pero en verdad cuadra mucho mejor con el ingenio que ha demostrado desde el principio, que hubiese ido en autobús o metro. Los taxis, se diría, son fácilmente localizables. Pero de hacerlo así, hubiese llegado verdaderamente con muy poco tiempo, y no me sorprendería que unos minutos tarde a su palco. La policía puede ser capaz de demostrarlo.

—Me parece a mí —observó el señor Bradley—, que nos equivocamos en cierta medida al no aceptar al hombre como socio del club. ¿Suponíamos que su criminología no estaba al debido nivel, eh? Vaya, vaya.

—Pero apenas cabía esperar que supiéramos que era un criminólogo práctico más que uno simplemente teórico —Roger

sonrió—. Con todo, fue un error. Habría sido muy grato incluir a un criminólogo práctico entre nuestros socios.

—He de confesar que en cierto momento pensé que lo habíamos hecho —dijo la señora Fielder-Flemming, haciendo las paces—. *Sir Charles* —agregó sin que fuera necesario—, le pido disculpas sin reserva.

Sir Charles inclinó cortésmente la cabeza.

—Por favor, señora, ni lo mencione. Y, en cualquier caso, la experiencia me resultó interesante.

—Me temo que me dejé llevar a conclusiones falaces por el caso que citara —dijo la señora Fielder-Flemming, con bastante tristeza—. Era de una semejanza extrañamente fiel.

—Fue también el primer caso semejante que se me ocurrió —convino Roger—. Estudié muy de cerca el caso Molineux, esperando me proporcionara una indicación. Pero ahora, si me pidieran uno semejante, respondería con el caso Carlyle Harris. Ustedes se acordarán, el joven estudiante de medicina que le envió una píldora que contenía morfina a la muchacha Helen Potts, con la que resultaba había estado casado en secreto durante un año. Era asimismo un libertino en ciernes y un sinvergüenza habitual. Una famosa novela, como ustedes saben, se ha basado en el caso; así pues, ¿por qué no también un famoso crimen?

—Entonces, señor Sheringham —quiso saber la señorita Dammers—, ¿por qué cree que el señor Bendix se arriesgó a no destruir la carta falsificada y la envoltura cuando tuvo la oportunidad?

—Se cuidó mucho de no hacerlo —repuso Roger con prontitud—, porque la carta falsificada y la envoltura no sólo tenían el propósito de desviar las sospechas de sí mismo, sino realmente para dirigirlas hacia algún otro... un empleado de la casa Mason, por ejemplo, o un demente anónimo. Que es exactamente lo que ocurrió.

—¿Pero no constituiría un grave peligro enviar de este modo bombones envenenados a *sir Eustace*? —sugirió el señor

Chitterwick, falto de confianza—. Quiero decir que *sir* Eustace podía haber estado enfermo a la mañana siguiente, o no haberse ofrecido a entregarlos en absoluto. Supongamos que se los hubiera dado a cualquier otro en vez de a Bendix.

Roger procedió a darle al señor Chitterwick motivos para su falta de confianza. En estos momentos estaba sintiendo un cierto orgullo personal por Bendix, y le afligía que se tratase tan injustamente a un hombre importante.

—¡Oh, vamos! Concédale a mi hombre la reputación que se merece. No es un chapucero, ¿sabe usted? No se habrían producido resultados graves si *sir* Eustace hubiera estado enfermo esa mañana, o se hubiera comido los bombones, o si éstos hubieran sido robados de paso y consumidos por la hija favorita del cartero, o cualquier otra improbable contingencia. ¡Vamos, señor Chitterwick! Usted no se imagina que enviaría por correo los bombones envenenados, ¿verdad? Claro que no. Enviaría bombones inofensivos y los intercambiaría por los otros de camino a casa. ¡Cuernos! Él no se habría tomado tantas molestias por darle oportunidades al azar.

—¡Oh! Ya comprendo —murmuró el señor Chitterwick, debidamente avasallado.

—Nos enfrentamos con un criminal muy destacado —siguió Roger, con menos severidad—. Esto se nota en cada detalle. Tomemos la llegada al club, sólo como ejemplo... esa llegada de una anticipación tan poco habitual (¿por qué esa anticipación, dicho sea de paso, si él no es culpable?). Bien, él no aguarda fuera y sigue a su inconsciente cómplice al interior, ¿comprenden? Ni pensarlo. Se elige a *sir* Eustace porque se sabe que él llega allí con toda puntualidad a las diez y media de cada mañana; se enorgullece de ello; se jacta de ello; se desvive por conservar la buena y vieja costumbre. Así que Bendix llega a las diez treinta y cinco, y allí están los bombones. A propósito; al principio del caso me había esforzado por comprender por qué los bombones le habían sido

enviados a *sir* Eustace a su club, en lugar de a su piso. Ahora es evidente.

—Bueno, no iba tan mal encaminado con mi lista de condiciones —se consoló a sí mismo el señor Bradley—. ¿Pero por qué no está de acuerdo con mi punto harto astuto de que el asesino no era un hombre de internado privado o universidad, señor Sheringham? ¿Sólo porque se da la casualidad de que Bendix estuvo en Silchester y Oxford?

—No, porque yo le haría comprender, con mayor astucia todavía, que, si bien el código de un internado privado o universidad podría influir en un asesino respecto a la forma de matar a otro hombre, ello no se dejaría sentir cuando la víctima tiene que ser una mujer. Estoy de acuerdo en que si Bendix hubiera deseado deshacerse de *sir* Eustace, probablemente le hubiera liquidado de un modo sencillo, escrupuloso y viril. Pero no se emplean métodos sencillos, escrupulosos y viriles en las relaciones con las mujeres, en todo caso se las golpea en la cabeza con una cachiporra o algo por el estilo. El veneno, creo yo, cumpliría bien la función. Y el sufrimiento es muy breve con una dosis grande de nitrobenzeno. Pronto sobreviene la inconsciencia.

—Sí —admitió el señor Bradley—, éste es un punto demasiado sutil para uno de mis atributos no psicológicos.

—Creo que me ocupé de la mayoría de sus otras condiciones. En lo que respecta a las costumbres metódicas, que usted coligió de las meticulosas dosis de veneno en cada bombón, mi opinión es, desde luego, que las dosis fueron exactamente iguales con el fin de que Bendix pudiera tomar cualesquiera de los bombones y estar seguro de haber introducido la cantidad apropiada de nitrobenzeno en su organismo para provocar los síntomas que quería, y no la suficiente para que corriese un peligro grave. Que él mismo se administrara una dosis del veneno fue realmente un golpe maestro. Y resulta muy natural que un hombre no comiera tantos bombones como una mujer. Exageró sus síntomas de manera considerable, sin duda, pero el efecto que le produjo a todo el mundo fue tremendo.

»Hemos de recordar, ustedes comprenderán, que sólo disponemos de su palabra, por la conversación en el salón, en lo tocante a la ingestión de bombones, igual que sólo disponemos de su palabra, de idéntica fuente, de que alguna vez llegara a producirse una apuesta. Sin embargo, la mayor parte de la conversación ciertamente tuvo lugar. Bendix es con mucho un gran artista para no utilizar en todo lo posible la verdad en sus mentiras. Pero, por supuesto, aquella tarde no se habría marchado hasta que la hubiera visto comer o, de alguna manera, la hubiera hecho comer, al menos seis de los bombones, los cuales sabía constituían una dosis más que letal. Ésa fue otra ventaja de haber colocado la sustancia en esas seis mínimas medidas exactas.

—De hecho —recapituló el señor Bradley—, nuestro tío Bendix es un gran hombre.

—Realmente lo es —dijo Roger, con gran solemnidad.

—¿No tiene la menor duda de que él es el criminal? —inquirió la señorita Dammers.

—Ninguna en absoluto —repuso Roger, asombrado.

—Hum —dijo la señorita Dammers.

—¿Por qué? ¿Acaso la tiene usted?

—Hum —repitió la señorita Dammers.

Entonces la conversación se interrumpió.

—Bien —dijo el señor Bradley—. ¿Le decimos al señor Sheringham lo equivocado que está?

La señora Fielder-Flemming pareció ponerse tensa.

—Me temo —dijo en voz muy baja—, que lo único que está es en lo cierto.

Pero el señor Bradley se negaba a dejarse impresionar.

—Oh, creo que puedo encontrar uno o dos huecos que escoger. Usted parece concederle mucha importancia al móvil, Sheringham. ¿No exagera? Uno no envenena a su esposa cuando se cansa de ella; la abandona. Y, en realidad, me resisto bastante a creer (a) que Bendix estuviera tan empeñado en obtener más dinero para echar por el desagüe de sus negocios como para cometer un asesinato

por ello, y (b) que la señora Bendix haya sido tan tacaña como para negarse a prestar ayuda a su marido si en verdad se encontraba gravemente presionado.

—Pues creo que ha fracasado en apreciar el carácter de ambos —le dijo Roger—. Ambos eran tan tercos como una mula. Fue la señora Bendix, no su marido, la que comprendió que su negocio era un desagüe. Podría proporcionarle una lista de un kilómetro de longitud, de asesinatos que se han cometido por motivos mucho más nimios de los que Bendix tenía.

—Vuelvo a aceptar el móvil, pues. Ahora recuerde que la señora Bendix tenía una cita para comer el día de su muerte, la cual fue cancelada. ¿Acaso Bendix lo ignoraba? Porque si no era así, ¿habría elegido un día para la entrega de los bombones en el que sabía que su mujer no estaría en casa a la hora de la comida para recibirlos?

—Precisamente el punto que había pensado plantearle yo misma al señor Sheringham —comentó la señorita Dammers.

Rogers parecía confuso.

—A mí me parece un punto de extrema importancia. Si vamos a eso, ¿por qué debería él, necesariamente, querer entregarle los bombones a su esposa a la hora de la comida?

—Por dos razones —respondió el señor Bradley con engañosa elocuencia—, en primer lugar, porque querría, naturalmente, aplicarlos al propósito conveniente lo antes posible y, en segundo lugar, porque, siendo su esposa la única persona que podría contradecir la historia de la apuesta, estaba claro que querría silenciarla tan pronto como pudiera.

—Está usted usando sofisterías —Roger sonrió—, y me niego a seguirle el juego. En cuanto a eso, no veo por qué Bendix debería haber sabido en absoluto de la cita de su esposa. Los dos comían con mucha frecuencia fuera de casa y no creo que pusieran un cuidado particular en informarse mutuamente con antelación.

—¡Bah! —dijo el señor Bradley, y se acarició la barbilla.

El señor Chitterwick se atrevió a erguir su recién aplastada cabeza.

—¿Usted basa realmente todos sus argumentos en la apuesta, no es cierto, señor Sheringham?

—Y en la deducción psicológica que extraje de la historia de la misma. Sí, lo hago. Por completo.

—Y si, después de todo, se pudiera demostrar que la apuesta se había realizado, ¿no le quedarían argumentos?

—¿Por qué? —exclamó Roger con cierta alarma—, ¿dispone de alguna prueba independiente de que la apuesta se realizara?

—Oh, no. Oh, por Dios, no. Nada de eso. Pensaba simplemente que si alguien quisiera refutar sus argumentos, como sugirió Bradley, es en la apuesta en lo que tendría que concentrarse.

—¿Acaso quiere decir que poner objeciones triviales al móvil, y a la cita para comer, y a tales cuestiones secundarias no viene en absoluto al caso? —sugirió el señor Bradley afablemente—. Oh, estoy del todo de acuerdo. Pero sólo trataba de poner a prueba sus argumentos, ¿sabe usted?, no de refutarlos. ¿Y por qué? Porque creo que son correctos. El misterio de los bombones envenenados, por lo que a mí se refiere, ha concluido.

—Gracias, Bradley —dijo el señor Sheringham.

—Así que tres vítores para nuestro detectivesco presidente —continuó el señor Bradley con gran cordialidad— unidos con el nombre de Graham Reynard Bendix por la magnífica satisfacción que nos ha dado. Hip, hip...

—¿Y dice que ha demostrado definitivamente la adquisición de la máquina de escribir y el contacto del señor Bendix con el libro de muestras de Webster? —comentó Alicia Dammers, quien al parecer había estado siguiendo un hilo de pensamiento particular.

—Eso es —dijo Roger, no sin autosatisfacción.

—¿Me daría el nombre de la tienda de máquinas de escribir?

—Desde luego —Roger arrancó una página de su libreta de notas y apuntó el nombre y dirección.

—Gracias. ¿Y puede describirme a la muchacha de la casa Webster que identificó la fotografía del señor Bendix?

Roger la miró un tanto inquieto; ella le devolvió la mirada con su habitual serenidad. La inquietud de Roger aumentó. Le dio una descripción de la joven de la casa Webster lo más ajustada posible a su recuerdo. La señorita Dammers le dio las gracias imperturbable.

—Bueno, ¿qué haremos acerca de todo esto? —insistió el señor Bradley, que parecía haber adoptado el papel de empresario de su presidente—. ¿Enviaremos una delegación a Scotland Yard constituida por Sheringham y yo mismo para informarles de que sus problemas han terminado?

—¿Supone usted que todo el mundo coincide con el señor Sheringham?

—Por supuesto.

—¿No es costumbre someter ese tipo de cuestión a votación? —sugirió la señorita Dammers fríamente.

—Aprobada por unanimidad —adujo el señor Bradley—. Sí, hagámoslo por el procedimiento correcto. Bien, pues; Sheringham propone que esta reunión acepte su solución al misterio de los bombones envenenados como la correcta, y envíe una delegación formada por él mismo y el señor Bradley a Scotland Yard para hablar bastante severamente con la policía. Yo apoyo la proposición. ¿Los que estén a favor...? ¿Señora Fielder-Flemming?

La señora Fielder-Flemming procuró ocultar su desaprobación del señor Bradley en su aprobación de la sugerencia del señor Bradley.

—Naturalmente creo que el señor Sheringham ha demostrado sus argumentos —dijo con rigidez.

—¿*Sir* Charles?

—Estoy de acuerdo —dijo *sir* Charles con tono severo, refutando igualmente la frivolidad del señor Bradley.

—¿Chitterwick?

—También estoy de acuerdo. —¿Fue la imaginación de Roger o el señor Chitterwick vaciló un instante antes de hablar, como si le preocupara alguna reserva mental que no se atrevía a expresar en palabras? Roger decidió que era su imaginación.

—¿Y la señorita Dammers? —concluyó el señor Bradley.

La señorita Dammers miró tranquilamente en derredor de la mesa.

—No estoy en absoluto de acuerdo. Creo que la exposición del señor Sheringham ha sido sumamente ingeniosa y del todo digna de su reputación; al mismo tiempo, creo que es completamente errónea. Mañana espero ser capaz de demostrarles a ustedes quién cometió realmente este crimen.

El Círculo la miró con boquiabierto respeto.

Roger, preguntándose si en realidad sus oídos no le habrían jugado una mala pasada, descubrió que también su lengua se negaba de plano a hablar. Un claro sonido rezumó de él.

El señor Bradley fue el primero en recuperarse.

—No aprobada por unanimidad. Señor presidente, creo que esto es un precedente. ¿Sabe alguien lo que ocurre cuando una resolución no es aprobada por unanimidad?

A causa de la incapacidad temporal del presidente, la señorita Dammers se encargó de decidir.

—Se suspende la reunión, creo —dijo.

Y la reunión se suspendió.

A LA NOCHE SIGUIENTE, Roger llegó a la sala de reuniones del Círculo aun más ansioso de lo habitual. En su fuero interno se resistía a creer que la señorita Dammers llegara a ser capaz de destruir sus argumentos contra Bendix, o a perjudicarlos siquiera, pero, en todo caso, lo que ella tuviera que decir no podía dejar de ser interesantísimo, incluso sin las críticas a su propia solución. Roger había estado esperando la exposición de la señorita Dammers con mayor interés que la de cualquier otro.

Alicia Dammers era, en grado sumo, un reflejo de la época.

De haber nacido cincuenta años antes, es difícil de comprender cómo podría haber seguido existiendo. Era imposible que pudiera haberse convertido en la novelista de la época, una extraña criatura (en la imaginación popular) con guantes de algodón blancos, un porte altamente emocional, y apasionados, por no decir histéricos, anhelos por una aventura sentimental, de la cual su aspecto, desgraciadamente, la excluía. Los guantes de la señorita Dammers, como sus ropas, eran primorosos y el algodón no podía haberla tocado desde que tenía diez años (si alguna vez los tuviera); para ella la tirantez era el colmo del mal gusto; y si supiera como suspirar, sin duda se lo guardaría para sí. Se intuía que la señorita Dammers consideraba la pasión y el arrebol del todo innecesarios para su

propia persona, si bien un fenómeno interesante en los mortales inferiores.

De gusano con guantes de algodón la novelista se había desarrollado a través de la fase de capullo con aire de cocinera, en la cual la señora Fielder-Flemming se había quedado, y de ahí a la objetiva y seria mariposa, no poco frecuentemente hermosa, así como pensativa, cuyas decorativas pinturas les encanta publicar a los semanarios ilustrados de hoy en día. Mariposas con sosegadas frentes, arrugadas sólo ligeramente con analítica cavilación. Mariposas irónicas, cínicas; mariposas de cirujano apiñándose en salas de disección mentales (y, a veces, para ser sinceros, propensas a entretenerse allí más de lo debido); desapasionadas mariposas, revoloteando con elegancia de un complejo de vivos colores a otro. Y, en ocasiones, carentes por completo de humor, y entonces mariposas penosamente aburridas, cuyo acumulado polen parece haberse vuelto, un poquito, del color del fango.

Al encontrarse con la señorita Dammers y mirar su rostro ovalado, clásico, con sus facciones pequeñas y frágiles y grandes ojos grises, al dar una aprobadora ojeada a su alto talle maravillosamente vestido, nadie cuya imaginación fuese popular todavía la habría tomado por novelista. Y esto, según la opinión de la señorita Dammers, unido a la habilidad de escribir buenos libros, era exactamente lo que una autora moderna, provista de las ideas adecuadas, debería esperar conseguir.

Nadie había tenido la valentía suficiente para preguntarle alguna vez a la señorita Dammers cómo podía esperar analizar con éxito en los demás emociones que ella nunca había experimentado en sí misma. Debido, probablemente, a que quien formulara la pregunta se vería enfrentado a dos respuestas: porque podía hacerlo y lo hacía. Y eso con mucha suerte.

—La pasada noche escuchamos —comenzó la señorita Dammers a las nueve y cinco minutos de la siguiente velada—, una sumamente hábil exposición de una no menos interesante teoría sobre este crimen. Los métodos del señor Sheringham, si se me

permite decirlo, fueron un modelo para todos nosotros. Comenzando con los deductivos, avanzó con ellos hasta donde le fue posible llegar, que fue, desde luego, hasta la persona del criminal; luego confió en los inductivos para probar sus argumentos. De este modo, fue capaz de utilizar cada método lo mejor que pudo. Que esta ingeniosa combinación estuviera basada en una falsedad y, por lo tanto, careciese de toda posibilidad de conducir al señor Sheringham hasta la solución correcta, es más una cuestión de mala suerte que culpa suya.

Roger, que seguía sin creer que no hubiera llegado a la verdad, sonrió dudoso.

—La interpretación del señor Sheringham del crimen —continuó la señorita Dammers, con su tono distinto y uniforme— debe habernos parecido a algunos de nosotros en extremo original. Para mí, sin embargo, fue quizá más interesante que original, puesto que partía del mismo punto que la teoría sobre la que yo misma había estado trabajando; a saber, que el crimen no había fallado su objetivo.

Roger aguzó el oído.

—Como señalara el señor Chitterwick, los argumentos del señor Sheringham descansaban sobre la apuesta entre el señor y la señora Bendix. De la historia del señor Bendix sobre dicha apuesta, él extrae la deducción psicológica de que la apuesta nunca existió. Esto es ingenioso, pero es una deducción errónea. El señor Sheringham es demasiado indulgente en su interpretación de la psicología femenina. Yo comencé, creo que puedo decirlo, también con la apuesta. Pero la deducción que extraje de ella, conociendo a mis hermanas las mujeres con un poco más de profundidad de lo que podría el señor Sheringham, fue que la señora Bendix no era tan honrada como se describía a sí misma.

—Eso lo pensé, claro —protestó Roger—. Pero lo descarté por razones puramente lógicas. Nada hay en la vida de la señora Bendix que demuestre que no era honesta, y todo demuestra que lo era. Y

cuando no existe la más mínima prueba en absoluto de que tuviera lugar la apuesta, fuera de la simple palabra de Bendix...

—Oh, sí que existe —le desafió la señorita Dammers—. He dedicado casi todo el día a verificar este punto. Sabía que nunca sería capaz de persuadirle hasta que pudiera demostrar definitivamente que hubo una apuesta. Permítame afligirle de inmediato, señor Sheringham. Tengo pruebas abrumadoras de que la apuesta tuvo lugar.

—¿Las tiene? —dijo Roger, desconcertado.

—Sin duda. Era un punto que usted tendría que haber comprobado, ¿sabe? —le reprendió con suavidad la señorita Dammers—, atendiendo a su importancia para sus argumentos. Bien, tengo dos testigos. La señora Bendix se la mencionó a su criada cuando subió a su dormitorio para acostarse, suponiendo verdaderamente (como usted, señor Sheringham) que la violenta indigestión que creía estar sufriendo era un castigo por haberla hecho. La segunda testigo es una amiga mía que conoce a los Bendix. Vio a la señora Bendix sentada a solas en su palco durante el segundo descanso, y fue a hablar con ella. En el transcurso de la conversación la señora Bendix comentó que ella y su marido habían hecho una apuesta sobre la identidad del criminal, mencionando el personaje de la obra que ella imaginaba lo era. Pero (y esto confirma completamente mi deducción) la señora Bendix *no* le dijo a mi amiga que ya había visto la obra.

—¡Oh! —exclamó Roger, ahora del todo alicaído.

La señorita Dammers le trató con toda la ternura posible.

—Sólo se podían sacar esas dos deducciones de la apuesta, y por mala suerte usted eligió la errónea.

—¿Pero cómo supo —dijo Roger, subiendo a la superficie por tercera vez—, que la señora Bendix ya había visto la obra? Yo sólo me enteré de ello hace un par de días, y por puro accidente.

—Oh, lo he sabido desde el principio —dijo la señorita Dammers a la ligera—. ¿Se lo dijo la señora Verreker-le-Mesurer, quizá? No la conozco personalmente, pero conozco a personas que sí. No le

interrumpí la pasada noche cuando hablaba del asombroso azar que le deparó esa información. Si lo hubiera hecho, habría señalado que el medio por el que todo lo que sabe la señora Verreker-le-Mesurer (según yo la veo) podrían llegar también a saberlo sus amigas, no es, de manera alguna el azar, sino la certidumbre.

—Entiendo —dijo Roger, y se hundió por tercera y última, vez. Pero mientras lo hacía recordó cierta información que la señora Verreker-le-Mesurer había conseguido, no tanto como parecía pero más o menos, ocultarle a sus amigas; y atrayendo la obscena mirada del señor Bradley, supo que su pensamiento era compartido. Así que ni siquiera la señorita Dammers era infalible en su psicología.

—Entonces —prosiguió aquella dama, un tanto didácticamente —, tenemos al señor Bendix reemplazado en su temporal papel de criminal, y de nuevo en su viejo papel de segunda víctima. —Hizo una breve pausa.

—Pero sin que *sir* Eustace vuelva al reparto en su primitivo papel inicial de presunta víctima de la función —amplió el señor Bradley.

La señorita Dammers le ignoró con toda corrección.

—Creo que ahora el señor Sheringham considerará mis argumentos tan interesantes como yo misma encontré los suyos anoche, puesto que si bien discrepamos en grado sumo en algunas cuestiones esenciales, en otras estamos extraordinariamente de acuerdo. Y uno de los puntos en que coincido es en que ciertamente se asesinó a la víctima deseada.

—¿Cómo dices, Alicia? —exclamó la señora Fielder-Flemming —. ¿También opinas que la conspiración iba dirigida contra la señora Bendix desde el principio?

—No tengo la menor duda. Pero para demostrar mi pretensión tengo que destruir aún otra de las conclusiones del señor Sheringham.

»Usted nos hizo ver, señor Sheringham, que las diez y media de la mañana era una hora muy insólita para que el señor Bendix llegase al club y, por lo tanto, sumamente significativa. Eso es del

todo cierto. Por desgracia, usted le concedió la importancia equivocada. Su llegada a esa hora no indica necesariamente una intención criminal, como usted supusiera. Se le escapó (como, para ser justa, debo decir que parece habérseles escapado a todos) que si la señora Bendix era la víctima deseada y no el señor Bendix su asesino, su presencia en el club a esa hora concreta podría haber sido prefijada por el auténtico asesino. En todo caso, creo que el señor Sheringham le podría haber concedido al señor Bendix el beneficio de la duda hasta preguntarle si tenía alguna explicación que ofrecer. Como hice yo.

—¿Le preguntó al mismo Bendix a qué se debía que hubiese llegado al club a las diez y media de aquella mañana? —dijo el señor Chitterwick con tono reverencial. Sin duda, ésa era la manera en que habrían de llevarse a término las verdaderas pesquisas. Desafortunadamente, la falta de confianza en sí mismo parecía haberle impedido al señor Chitterwick realizar una verdadera pesquisa.

—Desde luego —convino la señorita Dammers rápidamente—. Le telefoneé y le planteé la cuestión. Según colegí, ni siquiera la policía había pensado en plantárselo. Y aunque respondió del modo que yo esperaba, quedó claro que él no veía la mínima trascendencia en su respuesta. El señor Bendix me dijo que había ido allí a recibir una comunicación telefónica. ¿Pero por qué no haber dispuesto que le telefonearan a su casa?, ustedes se preguntarán. Exacto. Yo también. El motivo era que no se trataba de la clase de recado que a uno le importe recibir en casa. He de admitir que presioné mucho al señor Bendix acerca de ese recado, y como él no tuviera ni idea de la importancia de mis preguntas, debió de haber considerado que mi gusto era más que dudoso. Con todo, no pude evitarlo.

»Al final conseguí hacerle admitir que una tarde le había telefoneado a su despacho la señorita Vera Delorme, que interpreta un pequeño papel en *¡Arriba los pies!* en el teatro Regency. Sólo se había visto una o dos veces con ella, pero no le repugnaba volver a

hacerlo. Ella le preguntó si tenía algo importante que hacer a la mañana siguiente, a lo que él le contestó que no. ¿Podría llevarla a comer tranquilamente a algún sitio? Se sentiría encantado. Pero ella todavía no tenía seguridad de si estaría libre. Le telefonearía a la mañana siguiente, entre las diez y media y las once, al club Rainbow.

Cinco pares de cejas se arquearon.

—Tampoco veo que esto tenga importancia —saltó por último la señora Fielder-Flemming.

—¿No? —dijo la señorita Dammers—. ¿Pero, y si la señorita Delorme niega rotundamente haber llamado siquiera al señor Bendix?

Cinco pares de cejas se relajaron.

—¡Oh! —exclamó la señora Fielder-Flemming.

—Esto fue, claro está, lo primero que comprobé —dijo con frialdad la señorita Dammers.

El señor Chitterwick suspiró. Sí, indudablemente, esto era verdadera indagación.

—¿Entonces su asesino tenía a un cómplice, señorita Dammers? —sugirió *sir* Charles.

—Tenía dos —replicó la señorita Dammers—. Ambos inconscientes.

—Ah, sí. Se refiere a Bendix. ¿Y a la mujer que telefoneo?

—¡Vaya...! —La señorita Dammers inspeccionó en su estilo impasible el círculo de caras—. ¿Acaso no es evidente?

Por lo visto no era en absoluto evidente.

—De todas maneras tiene que ser evidente el porqué se eligió a la señorita Delorme para telefonear: debido a que el señor Bendix apenas la conocía y, ciertamente, no sería capaz de reconocer su voz por teléfono. Y en cuanto a la auténtica «voz»... ¡Venga! —la mirada de la señorita Dammers expresaba su opinión de semejante estupidez.

—¡La señora Bendix! —chilló la señora Fielder-Flemming, vislumbrando un triángulo.

—Claro. La señora Bendix, meticulosamente informada por alguien acerca de las leves faltas de su marido.

—Y ese alguien es el asesino, desde luego —asintió la señora Fielder-Flemming—. Un amigo de la señora Bendix, pues. Al menos —rectificó la señora Fielder-Flemming con cierta confusión, recordando que los verdaderos amigos rara vez se asesinan mutuamente—, le tenía por un amigo. ¡Ay! Esto se está poniendo muy interesante, Alicia.

La señorita Dammers esbozó una sonrisita irónica.

—Sí, después de todo este asesinato es un asuntillo muy íntimo. Firmemente cerrado, de hecho, señor Bradley.

»Pero estoy avanzando demasiado aprisa. Sería mejor que consumase la destrucción de los argumentos del señor Sheringham, antes de erigir los míos.

Roger gimió débilmente y miró hacia el techo, blanco y duro. Le recordó a la señorita Dammers, y volvió a bajar la vista.

—Realmente, señor Sheringham, su fe en la naturaleza humana es completamente desmesurada, ¿sabe usted? —se burló de él, despiadada, la señorita Dammers—. Cualquier cosa que alguien decida contarle, usted se la cree. Un testigo ocular nunca le parece necesario. Estoy segura de que si alguien hubiera ido a su casa y le hubiera dicho que había visto al shah de Persia inyectando el nitrobenceno en esos bombones, usted le habría creído sin titubear.

—¿Está insinuando que alguien no me ha dicho la verdad? —se lamentó el desgraciado Roger.

—Haré más que insinuarlo; se lo demostraré. Cuando usted nos explicó anoche que el hombre de la tienda de máquinas de escribir había identificado categóricamente al señor Bendix como el comprador de una Hamilton n.º 4 de segunda mano, me quedé patidifusa. Tomé nota de la dirección de la tienda. Esta mañana lo primero que hice fue ir allí. Acusé rotundamente al hombre de haberle mentado. Él lo admitió, sonriendo con culpabilidad.

»Por lo que él pudo deducir, todo lo que usted quería era una buena Hamilton n.º 4, y él tenía una buena Hamilton n.º 4 en venta.

Nada malo vio en dejar que usted supusiera que era en su tienda donde su amigo había comprado su buena Hamilton n.º 4, porque él tenía una tan buena como las que pudiera haber en cualquier otra tienda. Y si le sirvió de consuelo que reconociera a su amigo por la fotografía... bien —dijo guasona la señorita Dammers—, él estaba del todo dispuesto a consolarle tantas veces como usted tuviera fotografías que enseñarle.

—Entiendo —dijo Roger, y sus pensamientos se explayaron en las ocho libras que le había entregado a aquel simpático y consolador tendero a cambio de una Hamilton n.º 4 que no quería.

—Y en cuanto a la muchacha de la casa Webster —continuó, implacable, la señorita Dammers—, estuvo igualmente dispuesta a admitir que tal vez pudiera haberse equivocado al reconocer a aquel amigo del caballero que preguntó ayer por cierto papel para cartas. Pero, en realidad, el caballero parecía tan deseoso de que ella así lo hiciera que habría sido una verdadera lástima decepcionarlo. Y si se reducía a eso, no podía ver qué mal había en ello, y ni siquiera ahora puede verlo. —La imitación de la señorita Dammers de la joven de la casa Webster fue de lo más divertida. Roger no se rió a carcajadas.

»Lo siento si doy la impresión de insistir en exceso, señor Sheringham —dijo la señorita Dammers.

—En absoluto —repuso Roger.

—Pero resulta imprescindible para mis argumentos, ¿comprende?

—Sí, lo comprendo perfectamente —dijo Roger.

—Entonces, estas pruebas quedan despachadas. Me figuro que no tiene otra, ¿verdad?

—No lo creo —dijo Roger.

—Ustedes comprenderán —continuó la señorita Dammers, sobre el cadáver de Roger—, que estoy siguiendo el estilo de ocultar el nombre del criminal. Ahora que me ha llegado el turno de hablar, comprendo las ventajas que tiene; pero, realmente, no puedo evitar el temer que todos ustedes lo hayan adivinado cuando llegue a mi

desenlace. A mí, de todas maneras, la identidad del asesino me parece de una total y absurda claridad. Antes de revelarlo oficialmente, sin embargo, querría ocuparme de algunos otros aspectos, no verdaderas pruebas, sugeridos por el señor Sheringham en sus razonamientos.

»El señor Sheringham construyó unos argumentos muy ingeniosos. Fueron tan ingeniosos que hubo de insistir más de una vez sobre la perfecta planificación que había requerido su construcción, y la auténtica grandeza de la mente criminal que los había desarrollado. No estoy de acuerdo —dijo la señorita Dammers con sequedad—. Mis argumentos son mucho más sencillos. Fueron planeados con astucia pero no con perfección. Se apoyaron casi totalmente en la suerte; es decir, sobre una prueba decisiva que aún no había sido descubierta. Y, por último, la mente que los desarrolló no es grande en modo alguno. Pero es una mente que, ocupándose de cuestiones situadas fuera de su órbita habitual, podría, desde luego, ser imitadora.

»Esto me lleva a una opinión del señor Bradley. Coincido con él hasta el punto de considerar que se postula una cierta familiaridad con la historia de la criminología, pero no cuando sostiene que es la obra de una mente creativa. En mi opinión, la principal característica de este crimen es su servil imitación de algunos de sus predecesores. De ello colegí, de hecho, que el tipo de mente que carece de originalidad particular es terriblemente conservadora, porque se halla desprovista de la inteligencia de reconocer el progreso del cambio, es terca, dogmática y práctica, y carece por completo de cualquier sentido de los valores espirituales. Como alguien inclinada a sufrir una cierta repugnancia por la materia, percibí mi exacta antítesis detrás de toda la atmósfera de este caso.

Todo el mundo parecía convenientemente impresionado. En cuanto al señor Chitterwick, sólo podía comprender lo que antecedió a las detalladas deducciones de una simple atmósfera.

—Con otro punto del señor Sheringham ya he inferido que estoy de acuerdo: los bombones se utilizaron como vehículo del veneno

porque se pretendía que llegasen a una mujer. Y aquí podría añadir que estoy segura de que no se quería hacer daño al señor Bendix. Sabemos que al señor Bendix no le interesaban los bombones, y es razonable suponer que el asesino también lo supiera; él nunca esperó que el señor Bendix se comiese alguno.

»Es curiosa la frecuencia con que el señor Sheringham da en el blanco con pequeñas flechas, mientras que falla el tiro con la mayor de ellas. Acertó por completo en lo del papel para cartas extraído de aquel libro de muestras de la casa Webster. He de admitir que la posesión de la hoja de papel para cartas me había preocupado considerablemente. No sabía qué hacer con ello. Entonces el señor Sheringham, muy oportunamente, nos obsequió con la respuesta, y hoy he sido capaz de destruir la aplicación de la misma a su propia teoría e incorporarla a la mía. La dependienta que aparentó, por inocente cortesía, reconocer la fotografía que le mostrara el señor Sheringham, pudo reconocer de veras la que yo le enseñé. Y no sólo la reconoció —dijo la señorita Dammers con la primera muestra de complacencia que había manifestado hasta el momento—, sino que identificó al original por su nombre.

—¡Ah! —asintió la señora Fielder-Flemming, muy emocionada.

—El señor Sheringham estableció otros pequeños puntos, que me pareció aconsejable rebatirlos hoy —continuó la señorita Dammers, volviendo a su actitud impersonal—. Debido a que la mayoría de las pequeñas empresas en las que el señor Bendix figura en la junta directiva no se hallan en un próspero estado, el señor Sheringham no sólo dedujo que el señor Bendix era un mal hombre de negocios, con lo cual me inclino a coincidir, sino que necesitaba dinero desesperadamente. Una vez más, el señor Sheringham dejó de verificar su deducción, y una vez más tiene que sufrir el castigo de haberse equivocado por completo.

»Los más elementales canales de investigación le habrían proporcionado al señor Sheringham la información de que tan sólo una pequeña parte del dinero del señor Bendix está invertida en tales empresas, las cuales son, en realidad, juguetes de hombres

ricos. Con mucho, la parte más importante sigue en donde su padre la dejara al morir, en papel del Estado y seguras empresas industriales tan grandes, que ni siquiera Bendix podría nunca aspirar a sentarse en la junta. Y por lo que sé acerca de él, el señor Bendix es un hombre lo bastante generoso para admitir que no es el genio de los negocios que fuera su padre, y no tiene la menor intención de dedicar a sus juguetes más de lo que pueda holgadamente permitirse. Por lo tanto, el verdadero móvil que le otorgara el señor Sheringham para la muerte de su esposa desaparece por completo.

Roger agachó la cabeza. Sentía que, por los siglos de los siglos, los genuinos criminólogos le señalarían con el dedo del desprecio como el hombre que dejó de verificar sus propias deducciones. ¡Oh, vergonzoso futuro!

—En cuanto al móvil secundario, yo le concedo menos importancia, pero, en general, me inclino a coincidir con el señor Sheringham. Creo que la señora Bendix debía haberse convertido en una espantosa lata para su marido, quien al fin y al cabo era un hombre normal, con las reacciones normales de un hombre y su escala de valores. Yo me inclinaría a pensar que ella le empujó moralmente a los brazos de sus actrices, en busca de una pizca de compañerismo. No estoy diciendo que no estuviera profundamente enamorado de ella cuando se casó; sin duda lo estaba. Y, entonces, es natural, ella le habría tenido un profundo respeto.

»Pero es un matrimonio desgraciado —observó la cínica señorita Dammers—, en el que el respeto pierde su valor. Un hombre quiere un poco de humanidad en su lecho nupcial; no alguien a quien se tenga que profesar un profundo respeto. Pero tengo que decir que si la señora Bendix hartó a su marido antes del final, él fue lo bastante caballero para no demostrarlo. Por lo común, el matrimonio estaba considerado como ideal.

La señorita Dammers hizo una breve pausa para tomar un sorbo del vaso de agua que tenía enfrente.

—Por último, el señor Sheringham estableció el punto de que la carta y la envoltura no fueron destruidas, porque el asesino pensaba

que no sólo no le perjudicarían, sino que le ayudarían claramente. En esto también estoy de acuerdo. Pero no extraigo de ello la misma deducción que el señor Sheringham. Yo diría que esto confirma por entero mi teoría de que el asesinato es obra de una mente de segundo orden, dado que una mente de primera categoría nunca consentiría que sobreviviese la menor prueba que pudiera ser fácilmente destruida, por mucho que esperara pudiese resultarle útil, porque sabría la de veces que tales pistas, dejadas deliberadamente para despistar, han llevado sin duda al criminal a la ruina. Y yo sacaría la deducción secundaria de que no se esperaba que la envoltura y la carta fuesen en general útiles, sino que contenían una cierta información engañosa. Creo que sé cuál era esa información.

»Ya no tengo que hacer más referencia a los argumentos del señor Sheringham.

Roger levantó su gacha cabeza, y la señorita Dammers tomó otro sorbo de agua.

—En lo tocante a la cuestión del respeto que el señor Bendix le tenía a su esposa —se aventuró el señor Chitterwick—, ¿no hay allí una cierta anomalía, señorita Dammers? Porque yo entendí que usted dijo, nada más comenzar, que la deducción que había extraído de aquella apuesta era que la señora Bendix no era tan digna de respeto como todos imaginábamos. ¿No resistió la prueba, entonces, esa deducción?

—Sí que la resistió, señor Chitterwick, y no hay anomalía alguna.

—El hombre que no sea receloso, será respetuoso —dijo rápidamente la señora Fielder-Flemming, antes de que se le pudiera ocurrir a Alicia.

—Ah, el horrible sepulcro blanqueado —comentó el señor Bradley, que no les consentía eso ni a las dramaturgas distinguidas. Ahora estamos llegando a él. ¿Hay un sepulcro, señorita Dammers?

—Sí que lo hay —convino la señorita Dammers, sin emoción—. Y ahora, como dice usted, señor Bradley, estamos llegando a él.

—¡Oh! —el señor Chitterwick saltó verdaderamente de su silla—. Si la carta y la envoltura podían haber sido destruidas por el

asesino... y Bendix no fue el asesino... y supongo que el portero no tiene que tomarse en cuenta... Oh, ¡ya comprendo!

—Me preguntaba cuándo alguien lo haría —dijo la señorita Dammers.

DESDE EL MISMO principio de este caso —continuó la señorita Dammers, imperturbable como siempre—, opiné que la mayor pista que el asesino nos había dejado era una de la cual habría sido del todo inconsciente: los inconfundibles indicios de sus propios personajes. Tomando los hechos tal y como los encontré, y no dando otros por sentado como hiciera el señor Sheringham para justificar su interpretación de la excepcional mentalidad del asesino... —miró desafiante a Roger.

—¿Di por sentado algún hecho que no pudiera comprobar? —Roger se vio obligado a devolverle la mirada.

—Desde luego que lo hizo. Dio por sentado, por ejemplo, que la máquina con la que escribió la carta está ahora en el fondo del Támesis. Este hecho, que no es evidente, corrobora una vez más mi propia interpretación. Tomando pues los hechos conocidos tal y como los encontré, fui capaz de formarme la imagen mental del asesino que ya les he descrito a grandes rasgos, pero me guardé mucho de no buscar a alguien que se pareciese a mi imagen y luego erigir argumentos en su contra. Me limité a colgar la imagen en mi mente, por así decirlo, con el fin de compararla con cualquier individuo que pudiera parecer sospechoso.

»Ahora, tras haber aclarado la razón de que el señor Bendix llegara aquella mañana a su club a una hora tan insólita, sólo

quedaba a mi entender un punto oscuro, aparentemente sin importancia alguna, hacia el cual nadie pareció dirigir su atención. Me refiero a la cita para almorzar que *sir* Eustace tuviera ese día, la cual debió haberse cancelado con posterioridad. Ignoro cómo lo descubrió el señor Bradley, pero estoy del todo dispuesta a decirles cómo lo hice yo. Fue gracias al mismo útil ayuda de cámara; ustedes pueden imaginarse que si la señora Fielder-Flemming pudo sacarle tantas cosas sólo con la ayuda del dinero, yo misma, no únicamente respaldada por el dinero, sino por la ventaja de un conocimiento previo, me hallaba en posición de obtener todavía más. En todo caso, no pasó mucho tiempo antes de que el hombre mencionara casualmente que, cuatro días antes del crimen, *sir* Eustace le había pedido que llamase al Hotel Fellow, en la calle Jermyn, y reservase un departamento privado para la hora del almuerzo del día en que, con posterioridad, tuvo lugar el asesinato.

»Ése era el punto oscuro, que pensé valdría la pena aclarar si me era posible. ¿Con quién iría *sir* Eustace a comer aquel día? Evidentemente, con una mujer, ¿pero cuál de sus muchas mujeres? El ayuda de cámara no pudo facilitarme la información. Por lo que sabía, *sir* Eustace no disponía de mujer alguna en ese momento, tan absorto estaba con la persecución de la señorita Wildman (disculpe, *sir* Charles), su mano y su fortuna. ¿Era pues la misma señorita Wildman? Muy pronto fui capaz de comprobar que no.

»¿No se les ocurre que, en el día del crimen, hay una llamada para recordar la anulación de la cita para almorzar? Yo no acerté a pensarlo durante mucho tiempo, pero desde luego la hay. Aquel día la señora Bendix tenía también una cita para almorzar, que fue cancelada por algún motivo ignorado la tarde anterior.

—¡La señora Bendix! —musitó la señora Fielder-Flemming. Aquí había un jugoso triángulo.

La señorita Dammers esbozó una ligera sonrisa.

—Sí, no la tendré en ascuas. Por lo que *sir* Charles nos contó, supe que la señora Bendix y *sir* Eustace no eran, de todos modos, totales extraños, y al final conseguí relacionarlos. La señora Bendix

tenía que haber almorzado con *sir* Eustace, en un reservado, en el Hotel Fellow, un lugar de cierta mala fama.

—Para discutir los defectos de su marido, claro —sugirió la señora Fielder-Flemming, más compasiva que sus esperanzas.

—Posiblemente, entre otras cosas —dijo impasible la señorita Dammers—. Pero, sin duda, el motivo principal era porque era su amante. —La señora Dammers arrojó esta bomba entre los presentes con tan escasa emoción como si hubiera comentado que la señora Bendix lucía un vestido de tafetán color verde jade para la ocasión.

—¿Puede... puede justificar esa afirmación? —preguntó *sir* Charles, el primero en recuperarse.

La señorita Dammers se limitó a arquear sus delicadas cejas.

—Claro que sí. No haré la menor afirmación que no pueda justificar. La señora Bendix solía almorzar al menos dos veces por semana con *sir* Eustace y, de vez en cuando, también cenar, en el Hotel Fellow, siempre en el mismo departamento. Tomaban considerables precauciones y acostumbraban a llegar no sólo al hotel, sino al mismo reservado, con total independencia el uno del otro; fuera del departamento nunca se les veía juntos. Pero el camarero que los atendía (siempre el mismo), me ha firmado una declaración por la que se reconocía a la señora Bendix, por la fotografías que se publicaron después de su muerte, como la mujer que solía ir allí con *sir* Eustace Pennefather.

—¿Conque le firmó una declaración, eh? —reflexionó el señor Bradley—. A usted la investigación también debe parecerle una afición cara, señorita Dammers.

—Una puede permitirse esa afición, señor Bradley.

—Pero sólo porque almorzaba con él. —Una vez más, la señora Fielder-Flemming hablaba con la voz de la compasión—. Quiero decir, que no necesariamente significa que fuera su amante, ¿verdad? No es que tenga un concepto más bajo de ella si lo fuera, claro —se apresuró a añadir, acordándose de la actitud oficial.

—El departamento donde comían se halla comunicado con un dormitorio —respondió la señorita Dammers, con un desecado tono de voz—. Invariablemente después de que se hubieran marchado, me informó el camarero, encontraba las sábanas revueltas y la cama mostrando signos de uso reciente. Me figuro que esto se aceptaría como una prueba de adulterio lo bastante clara, ¿*sir* Charles?

—Oh, indudablemente, indudablemente —masculló *sir* Charles, con gran turbación. *Sir* Charles siempre experimentaba una desmedida turbación cuando las mujeres usaban palabras tales como «adulterio» y «perversiones sexuales», e incluso «amante», ante él, fuera de las horas laborables. *Sir* Charles era lamentablemente anticuado.

—*Sir* Eustace, desde luego —agregó la señorita Dammers, a su modo imparcial—, nada tenía que temer del Censor.

Tomó otro sorbo de agua, mientras los demás trataban de acostumbrarse a esta nueva luz que caía sobre el caso y las sorprendentes avenidas que iluminaba. La señorita Dammers procedió a iluminarlas más lejos todavía, con los poderosos haces de su reflector psicológico.

—Debían haber formado una curiosa pareja, esos dos. Sus escalas de valores, en extremo distintas; el contraste de sus respectivas reacciones ante el asunto que les unía, la posibilidad de que, ni siquiera en una pasión común, sus mentes pudieran establecer el más mínimo contacto verdadero. Quiero que examinen la psicología de la situación lo más detalladamente que puedan, porque el asesinato provino directamente de ella.

»En primer lugar, ignoro lo que pudo haber inducido a la señora Bendix a convertirse en la amante de ese hombre. No seré tan vulgar como para decir que no puedo imaginarlo, ya que puedo imaginar toda clase de formas en las que puede haber ocurrido. A una mujer buena pero estúpida le supone un curioso incentivo mental el involucrarse en los asuntos de un hombre malo. Si lleva consigo el toque de la reformadora, como muchas mujeres, pronto

se obsesiona con el fútil deseo de salvarle de sí mismo. Y en siete de cada diez casos, su primer paso en ese sentido es el de descender a su nivel.

»No es que al principio crea en absoluto que está descendiendo; una mujer buena sufre durante mucho tiempo el engaño de que, haga lo que hiciera, su particular marca de bondad no puede resultar mancillada. Ella puede compartir con él la cama del réprobo, porque sabe que al principio sólo puede esperar influirle a través de su cuerpo, hasta que el contacto se establezca a través del cuerpo con el alma y él pueda ser guiado hacia caminos mejores que la costumbre de ir a la cama en pleno día; pero la contribución inicial no pone en tela de juicio su pureza en lo más mínimo. Es una observación trillada, pero tengo que insistir en ella una vez más: las mujeres buenas tienen los más asombrosos poderes de autoengaño.

»Considero a la señora Bendix una mujer buena, antes de que conociera a *sir* Eustace. Su problema era que se creía mucho mejor de lo que era. Sus constantes alusiones al honor y al juego limpio, que citara el señor Sheringham, lo demuestran. Estaba encaprichada por su propia bondad. Y también lo estaba *sir* Eustace, por supuesto. Probablemente nunca había disfrutado de la cortesía de una mujer realmente buena. Su seducción (que fue, lo más probable, muy difícil) le habría divertido enormemente. Debe de haber tenido que escuchar horas y horas de charlas sobre el honor, la reforma y la espiritualidad, pero las habría soportado con la paciencia necesaria, a causa de la exquisita venganza en la que tenía puesto su corazón. Las dos o tres primeras visitas al Hotel Fellow deben de haberle deleitado.

»Pero después de eso las cosas se volvieron menos y menos divertidas. La señora Bendix descubriría que tal vez su bondad no soportaba la tensión con tanta firmeza como había imaginado. Habría comenzado a fastidiarle con sus autorreproches; a fastidiarle terriblemente. Él siguió viéndola primero porque una mujer, parados de su tipo, siempre es una mujer, y luego porque ella no le dejaba

elección. Puedo ver con exactitud lo que, inevitablemente, debe de haber sucedido. La señora Bendix empieza a obcecarse con su propia maldad y pierde de vista por completo su inicial entusiasmo por la reforma.

»Ahora utilizan la cama porque da la casualidad de que allí hay una cama y sería una lástima desperdiciarla, pero ella ha destruido el placer de ambos. Ahora su única lamentación es que debe ponerse a bien con su conciencia, sea mediante fugarse enseguida con *sir* Eustace o, lo más probable, mediante contárselo a su marido, disponer el divorcio (puesto que, claro está, él nunca la perdonará, nunca), y casarse con *sir* Eustace tan pronto como ambos divorcios hayan concluido. De todas maneras si bien ahora casi lo odia, no se puede pensar en algo más excepto en que el resto de su vida habrá de pasarlo con *sir* Eustace y él con ella. Qué bien conozco este tipo de mentalidad.

»Naturalmente, para *sir* Eustace, que trabaja duro para recuperar su fortuna por medio de una próspera boda, ese esquema tiene poco atractivo. Empieza por maldecirse a sí mismo por haber llegado a seducir a la condenada mujer, y sigue por maldecir todavía más a la condenada mujer por haberse dejado seducir. Y cuanto más apremiante se pone ella, más la odia él. Entonces la señora Bendix debió de haber llegado al límite. Se ha enterado del asunto de la muchacha Wildman. Eso tiene que evitarse enseguida. Le dice a *sir* Eustace que si no lo interrumpe de inmediato, ella tomará medidas para hacerlo en su lugar. *Sir* Eustace ve todo lo que ocurrirá, su segunda comparecencia en un tribunal de pleitos matrimoniales, y todas las esperanzas de la señorita Wildman y su fortuna extinguidas para siempre. Es preciso hacer algo. ¿Pero qué se puede hacer? Fuera del asesinato, nada detendría la condenada lengua de la mujer.

»Bueno..., con todo, ya era hora de que alguien la asesinase.

»Ahora estoy en un terreno mucho menos seguro, pero las suposiciones me parecen bastante bien fundadas y puedo presentar una razonable cantidad de pruebas para respaldarlas. *Sir* Eustace

decidió librarse de la mujer de una vez portadas. Lo piensa detenidamente, recuerda haber leído acerca de un caso, de varios casos, en cierto libro de criminología, cada uno de los cuales fracasó por culpa de algún pequeño error. Los combina, extirpa el pequeño error de cada uno y, con tal de que sus relaciones con la señorita Bendix no se conozcan (y está completamente seguro de que no), no hay la menor posibilidad de que le descubran. Esto puede parecer una gran conjetura, pero he aquí mi prueba.

»Cuando estaba estudiándole, le ofrecí a *sir* Eustace todas las oportunidades de ejercer sus lisonjas sobre mí. Uno de sus métodos consiste en manifestar un hondo interés en todo lo que les interesa a las mujeres. Es natural, por lo tanto, que descubriera un profundo, aunque hasta ahora latente, interés en la criminología. Me pidió prestados varios de mis libros, y ciertamente los leyó. Entre los que le presté, hay un libro de casos de envenenamiento estadounidenses. En él figura una relación de todos y cada uno de los casos que han sido mencionados como similares por los miembros de este Círculo (excepto, claro, Marie Lafarge y Christina Edmunds).

»Hará unos seis meses, al volver una noche a casa, mi criada me dijo que *sir* Eustace, quien no se había acercado a mi piso durante meses, me había hecho una visita; esperó un rato en la sala de estar y luego se marchó. Poco después del asesinato, como se me ocurriera también la similitud entre éste y uno o dos de aquellos casos estadounidenses, fui a la librería de la sala de estar con el fin de averiguarlo. El libro no estaba allí. Y tampoco, señor Bradley, mi ejemplar de Taylor. Pero los vi en el piso de *sir* Eustace el día que mantuve aquella prolongada conversación con su ayuda de cámara.

La señorita Dammers hizo una pausa, a la espera de comentarios.

El señor Bradley se los proporcionó.

—Ese hombre se merece lo que le espera —dijo lentamente.

—Les dije que este asesinato no era la obra de una mente muy inteligente —señaló la señorita Dammers.

»Bien, ahora completaré mi reconstrucción. *Sir* Eustace decide librarse de su estorbo, y prepara lo que él considera un sistema perfectamente seguro de hacerlo. El nitrobenceno, que tanto parece preocupar al señor Bradley, a mí me parece una cuestión muy sencilla. *Sir* Eustace se ha decidido por los bombones como instrumento, y además bombones de licor. (Los bombones de licor de la casa Mason, diría yo, son una de las adquisiciones preferidas por *sir* Eustace. Es significativo que hubiera comprado varias cajas de una libra recientemente). Luego busca algún veneno con un sabor que se confunda lo bastante bien con el de los licores. Muy pronto está seguro de haber encontrado el aceite de almendras amargas con respecto a eso, el cual ya se utiliza realmente en confitería, y de ahí al nitrobenceno, el cual es más común, fácil de obtener, y prácticamente indetectable, hay un paso obvio.

»Dispone encontrarse con la señora Bendix para almorzar, con la intención de regalarle en aquel momento los bombones que le han llegado esa mañana por correo, algo perfectamente natural. Entonces tendrá el testimonio del conserje sobre la forma inocente en la que los ha obtenido. En el último minuto advierte el evidente defecto de su plan. Si le da en persona los bombones a la señora Bendix, y especialmente durante el almuerzo en el Hotel Fellow, sus relaciones íntimas con ella serán reveladas. Se devana apresuradamente los sesos y da con un plan mucho mejor. Se pone en contacto con la señora Bendix, y le cuenta alguna historia de su marido y Vera Delorme.

»Con su estilo característico, la señora Bendix pierde de vista la viga en su propio ojo al enterarse de la paja que hay en el de su marido, y enseguida aprueba la sugerencia de *sir* Eustace de que telefonee al señor Bendix, disfrazando su voz y pretendiendo ser Vera Delorme, y averigüe por sí misma si se apresurará o no a aceptar la oportunidad de un pequeño almuerzo íntimo para el día siguiente.

»“Y dile que le telefonearás mañana por la mañana al Rainbow, entre las diez y media y las once”, añade *sir* Eustace

despreocupadamente. “Si va al Rainbow, podrás estar segura de que está pendiente de todos los detalles de esa mujer a cualquier hora del día”. Y ella así lo hace. La presencia de Bendix queda, por lo tanto, asegurada para la mañana siguiente a las diez y media. ¿Quién demonios va a decir que no se encontraba allí por pura coincidencia cuando *sir* Eustace estaba voceando acerca de aquel paquete?

»Y en cuanto a la apuesta que cerró la entrega de los bombones, me resisto a creer que sólo fuera un golpe de suerte para *sir* Eustace. Eso parece demasiado satisfactorio para ser cierto. De todas maneras, estoy convencida, aunque no intentaré demostrárselo (serían simples conjeturas), que *sir* Eustace preparó esa apuesta por anticipado. Y si lo hizo, el hecho no destruye en absoluto la deducción inicial que extraje a partir del mismo, que la señora Bendix no era tan honrada como pretendía; puesto que estuviera o no preparada, el hecho evidente se reduce a que no es honesto hacer una apuesta de la que ya se sabe la respuesta.

»Finalmente, si he de seguir la costumbre y citar un caso parecido, me decido sin vacilar por Jhon Tawell, quien le administró ácido prúsico en una botella de cerveza a su amante, Sarah Hart, cuando se hubo cansado de ella.

El Círculo la miró con admiración. Por fin, parecía que habían llegado al fondo del asunto.

Sir Charles expresó el sentimiento general.

—Si tiene alguna prueba palpable que apoye esta teoría, señorita Dammers... —dijo a entender que, en tal caso, era como si la cuerda ya estuviera en torno del cuello rojo y carnoso de *sir* Eustace.

—¿Se refiere a que las pruebas que ya he presentado no son lo bastante sólidas para la ley? —preguntó la señorita Dammers con tono tranquilo.

—Las reconstrucciones psi... psicológicas no influirían *mucho* ante un jurado —*sir* Charles se escudó tras el jurado en cuestión.

—He relacionado a *sir* Eustace con la hoja de papel para cartas de la casa Mason —señaló la señorita Dammers.

—Me temo que, sólo con esto, a *sir* Eustace se le concedería el beneficio de la duda. —Era evidente que *sir* Charles estaba lamentando la estupidez psicológica de ese jurado suyo.

—He demostrado un formidable móvil, y he relacionado a *sir* Eustace con un libro de casos similares y un libro de venenos.

—Sí. Oh, seguro. Pero lo que quiero decir es, ¿tiene alguna verdadera prueba que relacione a *sir* Eustace categóricamente con la carta, los bombones o la envoltura?

—Tiene una pluma Onyx y solía llenar el tintero de su biblioteca con tinta Harfield. —La señorita Dammers sonrió—. No tengo la más mínima duda de que sigue haciéndolo. Se suponía que había pasado en el Rainbow toda la noche antes del asesinato, pero he descubierto que hay un intervalo de media hora entre las nueve en punto y las nueve treinta, durante el cual nadie le vio. Abandonó el comedor a las nueve y el camarero le llevó un *whisky* con soda al salón a las nueve y media. Entretanto, nadie sabe dónde estuvo. No estuvo en el salón. ¿Dónde estuvo? El conserje jura que no le vio salir, o volver a entrar; pero hay una salida posterior que podría haber empleado si quería pasar desapercibido, como está claro que hizo. Yo misma se lo pregunté, como una broma, y él dijo que había subido a la biblioteca para consultar una referencia en un libro sobre caza mayor. ¿Podía mencionar los nombres de algunos otros socios que estuvieran en la biblioteca? Respondió que no había ninguno; nunca había nadie; nunca había visto a un socio en la biblioteca en todo el tiempo que llevaba perteneciendo al club. Le di las gracias y colgué.

»En otras palabras, él dice que estuvo en la biblioteca, porque sabe que allí no había ningún otro socio para demostrar que no estuvo. Lo que hizo en realidad durante esa media hora, por supuesto, fue salir sigilosamente por la puerta posterior, ir a toda prisa hasta el Strand para echar el paquete al buzón (tal como el señor Sheringham vio al señor Bendix ir a toda prisa), volver a entrar

sigilosamente, subir con rapidez a la biblioteca para asegurarse de que no había nadie, y luego bajar al salón y pedir su *whisky* con soda para probar más tarde su presencia allí. ¿No es más factible que su versión del señor Bendix, señor Sheringham?

—He de admitir que no lo es menos —tuvo que reconocer Roger.

—¿Así que no dispone en absoluto de una prueba sólida? —lamentó *sir* Charles—. ¿Nada que impresionase realmente a un jurado?

—Sí que la tengo —dijo la señorita Dammers apaciblemente—. La he guardado hasta el final porque quería demostrar mis argumentos (como creo haber hecho) sin ella. Pero es absoluta y definitivamente decisiva.

La señorita Dammers extrajo de su bolso un paquete envuelto en papel marrón. Tras desenvolverlo sacó a la luz una fotografía y una hoja de papel tamaño holandesa que parecía una carta mecanografiada.

—La fotografía —explicó—, la obtuve el otro día del inspector jefe Moresby, pero sin decirle el propósito específico para el que la quería. Es de la carta falsificada, en tamaño natural. Querría que todos ustedes la comparasen con esta copia mecanografiada de la carta. ¿Querría examinarlas usted primero, señor Sheringham, y luego hacerlas circular? Fíjense particularmente en las eses ligeramente torcidas, y en la H mayúscula incompleta.

En total silencio Roger las estudió con detenimiento. Las examinó durante dos minutos enteros, que a los demás parecieron más de dos horas, y luego las pasó a *sir* Charles, a su derecha.

—No existe la menor duda de que las dos fueron hechas con la misma máquina —dijo con sobriedad.

La señorita Dammers no manifestó ni menor ni mayor emoción que la que había demostrado todo el tiempo. Su voz traslucía exactamente la misma impersonal inflexión. Podía haber estado anunciando su hallazgo de una cerilla entre dos piezas de tela. De su tono uniforme, nunca podría haberse adivinado que el cuello de

un hombre no dependía menos de sus palabras que la cuerda que iba a colgarle.

—Encontrarán la máquina en el piso de *sir* Eustace —dijo. Incluso el señor Bradley se impresionó.

—Como dije, pues, se merece lo que le espera —dijo despacio, con un aplomo totalmente imposible, en incluso trató de bostezar—. Dios mío, qué penoso chapucero.

Sir Charles siguió pasando la prueba.

—Señorita Dammers —dijo de modo impresionante—, ha prestado un importantísimo servicio a la sociedad. La felicito.

—Gracias, *sir* Charles —contestó la señorita Dammers flemáticamente—. Pero fue idea del señor Sheringham, ¿sabe usted?

—El señor Sheringham —entonó *sir* Charles—, sembró lo mejor que supo.

Roger, que había esperado añadir otra pluma a su sombrero por medio de resolver él mismo este misterio, sonrió de un modo un tanto enfermizo.

La señora Fielder-Flemming embelleció la ocasión.

—Hemos hecho historia —dijo, con adecuada solemnidad—. Cuando toda la policía de una nación ha fracasado, una mujer ha descubierto el oscuro misterio. Alicia, éste es un día señalado, no sólo para usted, no sólo para este Círculo, sino para la Mujer.

—Gracias, Mabel —respondió la señorita Dammers—. Es muy amable al decir esto.

La prueba circuló despacio en torno de la mesa y regresó a la señorita Dammers. Ella se la tendió a Roger.

—Señor Sheringham, creo que sería mejor que se hiciera cargo de ellas. Como presidente, pongo el asunto en sus manos. Usted sabe lo mismo que yo. Como puede imaginar, informar yo misma oficialmente a la policía sería en extremo desagradable. Desearía que evitara por completo mencionar mi nombre en cualquier comunicación que les haga.

Roger se estaba frotando la barbilla.

—Creo que es posible. Yo podría limitarme a entregarle estas cosas, con la información de dónde se halla la máquina, y dejar que Scotland Yard se ocupe del caso. Éstas, y el móvil, con el testimonio del conserje del Hotel Fellow del cual tendré que hablar con Moresby, son las únicas cosas que interesarán realmente a la policía, creo yo. ¡Bah! Supongo que sería mejor que viese a Moresby esta noche. ¿Querrá venir conmigo, *sir* Charles? Impondríamos más autoridad.

—Cómo no, cómo no —aceptó *sir* Charles con presteza.

Todos tenían un aspecto muy serio, y así se sentían.

—Supongo —el señor Chitterwick se inmiscuyó tímidamente en toda esta solemnidad—, supongo que no podría aplazarlo durante veinticuatro horas, ¿verdad?

Roger manifestó su sorpresa.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, ¿sabe usted...? —el señor Chitterwick se agitó, falto de confianza—. Bueno... yo no he hablado todavía, ¿sabe?

Cinco pares de ojos se posaron atónitos sobre él. El señor Chitterwick se ruborizó hasta las orejas.

—Desde luego. No, desde luego —Roger trataba de ser lo más diplomático que podía—. Y... bueno, es decir, usted quiere hablar, claro está.

—Tengo una teoría —dijo el señor Chitterwick con modestia—. Yo... yo no quiero hablar, no. Pero tengo una teoría.

—Sí, sí —dijo Roger. Y miró indeciso a *sir* Charles.

Sir Charles acudió en su rescate.

—Estoy seguro de que todos estaremos muy interesados en oír la teoría del señor Chitterwick —declaró—. Muy interesados. ¿Pero por qué no nos la cuenta ahora, señor Chitterwick?

—No está del todo completa —repuso el señor Chitterwick, desdichado pero pertinaz—. Querría otras veinticuatro horas para resolver uno o dos puntos.

Sir Charles tuvo una inspiración.

—Claro, claro. Mañana nos reunimos y escuchamos la teoría del señor Chitterwick, desde luego. Mientras, Sheringham y yo haremos una visita a Scotland Yard y...

—Preferiría que no lo hicieran —dijo el señor Chitterwick ahora en las simas de la aflicción—. De veras lo preferiría.

Roger volvió a mirar indeciso a *sir* Charles. Esta vez *sir* Charles le devolvió indeciso la mirada.

—Bueno... supongo que otras veinticuatro horas no cambiarían mucho las cosas —dijo Roger a regañadientes—. Después de todo este tiempo.

—No las cambiarían demasiado, por supuesto —convino *sir* Charles, francamente perplejo.

—¿Entonces me da su palabra, señor presidente? —insistió el señor Chitterwick, con gran tristeza.

—Si lo quiere así —dijo Roger, con cierta frialdad.

Entonces la reunión se levantó, un tanto desconcertada.

ESTABA MUY CLARO que, como había dicho, el señor Chitterwick no quería hablar. Cuando, a la noche siguiente, Roger le pidió que lo hiciera, miró suplicante el círculo de caras que le rodeaban, pero, decididamente, éstas no mostraban la más mínima comprensión. El señor Chitterwick, expresaban las caras, se estaba comportando como una vieja estúpida.

El señor Chitterwick carraspeó nerviosamente dos o tres veces antes de dar el paso decisivo.

—Señor presidente, damas y caballeros, entiendo muy bien lo que deben de estar pensando, y he de rogarles que sean indulgentes. Sólo puedo decir, en justificación de lo que ustedes deben de considerar mi terquedad, que, si bien la exposición de la señorita Dammers fue tan convincente como parecían sus pruebas, hemos escuchado tantas soluciones a este misterio en apariencia convincentes y se nos han planteado tantas pruebas al parecer definitivas, que no pude evitar la impresión de que tal vez incluso la teoría de la señorita Dammers pudiera, pensándolo bien, no resultar tan definitiva como se diría a primera vista. —El señor Chitterwick, tras haber superado este gran obstáculo, parpadeó rápidamente pero se vio incapaz de recordar la próxima frase que tan cuidadosamente había preparado.

Se la saltó, y continuó.

—Habiéndome correspondido el deber, a la vez privilegio y responsabilidad, de hablar el último, espero que no lo consideren fuera de lugar si me tomo la libertad de recapitular las diversas conclusiones a las que se ha llegado aquí, muy distintas tanto en sus métodos como resultados. Sin embargo, para no perder tiempo en insistir sobre cuestiones ya sabidas, he preparado un pequeño esquema que puede mostrarles con mayor claridad las diversas teorías, apuestas, semejanzas, y criminales sugeridos. Tal vez los miembros no tendrían inconveniente en hacerla circular.

Con gran indecisión, el señor Chitterwick sacó el esquema al que había dedicado tan cuidadosa reflexión y se lo ofreció al señor Bradley, a su derecha. El señor Bradley lo recibió cortésmente y hasta condescendió a ponerlo sobre la mesa, entre él y la señorita Dammers, y examinarlo. El señor Chitterwick pareció ingenuamente complacido.

—Ustedes verán —dijo el señor Chitterwick, con un poquito más de confianza— que, prácticamente hablando, ni dos miembros han coincidido en una sola cuestión de importancia. La divergencia de opinión y método es realmente extraordinaria. Y a pesar de tales variaciones, cada miembro ha estado seguro de que su solución era la correcta. Este esquema, más de lo que podrían hacerlo mis palabras, no sólo subraya lo extremadamente abierto, como diría el señor Bradley, que es el caso a nuestro entender, sino que ilustra también otra de las observaciones del señor Bradley, o sea, con qué sorprendente facilidad se puede demostrar cualquier cosa que uno desee, por un proceso tanto de consciente como de inconsciente selección.

»La señorita Dammers, creo yo —sugirió el señor Chitterwick—, tal vez pueda encontrar este esquema especialmente interesante. Yo no soy un estudiante de psicología, pero incluso a mí me pareció chocante el reparar en cómo la solución de cada miembro reflejaba, si me permiten decirlo, la tendencia del pensamiento y el carácter de cada miembro en particular. A *sir* Charles, por ejemplo, cuya formación le ha llevado a comprender la importancia de lo material,

no le importará que señale que el ángulo desde el que inspeccionó el problema fue el del muy material *cui bono* en tanto que la prueba igualmente material del papel para cartas constituyó para él su aspecto más notable. En el otro extremo de la escala, la señorita Dammers contempla, casi por completo, el caso desde un punto de vista psicológico y elige como su aspecto más notable el carácter, inconscientemente revelado, del criminal.

INVESTIGADOR	MÓVIL	PUNTO DE VISTA	ASPECTO NOTABLE	MÉTODO DE INVESTIGACIÓN	CASO SIMILAR	CRIMINAL
Sir Charles Wildman	Beneficio	<i>Cui bono</i>	Papel para cartas	Inductivo	Marie Lafarge	Señora Pennefather
Sra. Fielder-Flemming	Eliminación	<i>Cherchez la femme</i>	Triángulo oculto	Intuitivo e inductivo	Molineux	Sir Charles Wildman
Bradley (1)	Experimento	Escritor de novelas policíacas	Nitrobenceno	Deducción científica	Dr. Wilson	Bradley
Bradley (2)	Celos	Carácter de Sir Eustace	Conocimiento de criminología del asesino	Deductivo	Christina Edmunds	Mujer sin nombre
Sherringham	Beneficio	Carácter del señor Bendix	Apuesta	Deductivo e inductivo	Carlyle Harris	Bendix
Srta. Dammers	Eliminación	Psicología de los participantes	Carácter del criminal	Deducción psicológica	Tawell	Sir Eustace Pennefather
Policía	Convicción o deseo de matar	General	Indicios materiales	Rutina	Horwood	Fanático o demente desconocido

[cuadro ampliado]

»Entre estos dos, los demás miembros han prestado atención a las pruebas psicológicas y materiales en proporciones variables. Además, los métodos de erigir los argumentos en contra de una persona sospechosa han sido extensamente distintos. Algunos de nosotros hemos confiado casi por completo en los métodos inductivos, algunos casi totalmente en los deductivos; mientras que algunos, como el señor Sherringham, han combinado los dos. En síntesis, la tarea que nos encomendó nuestro presidente ha resultado ser una muy instructiva lección de indagación comparativa.

El señor Chitterwick carraspeó, sonrió nervioso y continuó.

—Hay otro esquema que podría haber hecho y que no creo hubiera sido menos instructivo que éste. Es un esquema de la singular diferencia entre las deducciones extraídas por los diferentes miembros de los incontestables hechos de este caso. El señor Bradley, como escritor de novelas policíacas, podría haber encontrado este posible esquema de un interés especial.

»Puesto que he observado con frecuencia —se disculpó el señor Chitterwick con los escritores de novelas policíacas *en masse*—, que en los libros de este tipo se suele dar por sentado que cualquier hecho determinado sólo puede admitir una única deducción, y ésta es, invariablemente, la correcta. Nadie más es capaz de extraer la más mínima deducción en absoluto, salvo el detective favorito del autor, y las que éste extrae (en las novelas donde el detective es capaz de extraer deducciones, las cuales, ay de mí, escasean mucho) son invariablemente correctas. La señorita Dammers mencionó algo por el estilo en una velada, con la ilustración de dos botellas de tinta.

»Como ejemplo de lo que, por consiguiente, ocurre, quería citar la hoja de papel para cartas de la casa Mason en este caso. De esa única hoja de papel se han sacado, en un momento u otro, las siguientes deducciones:

1. Que el criminal era un empleado o ex empleado de Mason e Hijos.
2. Que el criminal era un cliente de Mason e Hijos.
3. Que el criminal era impresor, o tenía acceso a una imprenta.
4. Que el criminal era abogado, actuando en nombre de Mason e Hijos.
5. Que el criminal era un pariente de un ex empleado de Mason e Hijos.
6. Que el criminal era un presunto cliente de la casa Webster, los impresores.

»Ha habido, desde luego, muchas otras deducciones a partir de esa hoja de papel, tales como que la posesión fortuita de la misma sugirió todo el método del crimen, pero yo sólo estoy llamando la atención sobre las que fueron a señalar directamente la identidad del criminal. No son menos de seis, ¿comprenden?, y todas se contradicen entre sí.

—Escribiré un libro para usted, señor Chitterwick —prometió el señor Bradley—, en el cual el detective extraerá seis deducciones contradictorias de cada hecho. Probablemente terminará arrestando a setenta y dos personas diferentes por asesinato y suicidándose porque luego descubre que debe haberlo hecho él mismo. Se lo dedicaré a usted.

—Sí, hágalo —el señor Chitterwick sonrió agradecido—. Ya que, realmente, no estaría muy lejos de lo que hemos conseguido en este caso. Por ejemplo, yo sólo presté atención al papel para cartas. Además de que había el veneno, la máquina de escribir, el matasellos, la exactitud de la dosis... oh, una gran cantidad de otros hechos. Y de cada uno de ellos no se han extraído menos de media docena de deducciones...

»En realidad —recapituló el señor Chitterwick—, de nada sirvieron las diferentes deducciones extraídas por los diferentes miembros que demostraban sus diferentes argumentos.

—Pensándolo mejor —decidió el señor Bradley—, mis futuros detectives serán de la clase que no extrae deducciones en absoluto. Además, esto me resultará mucho más fácil.

—Así que con estos breves comentarios sobre las soluciones que ya hemos oído —prosiguió el señor Chitterwick—, los cuales, espero, los miembros me perdonarán, pasaré rápidamente a mi explicación de por qué anoche le pedí tan urgentemente al señor Sheringham que no acudiese enseguida a Scotland Yard.

Cinco caras expresaron su silenciosa conformidad en que ya iba siendo hora de escuchar al señor Chitterwick sobre ese particular.

El señor Chitterwick pareció hacerse cargo de los pensamientos que encubrían las caras, puesto que sus ademanes se volvieron un

tanto aturullados.

—Primero debo ocuparme brevemente de los argumentos en contra de *sir* Eustace Pennefather, que anoche nos proporcionó la señorita Dammers. Sin desvalorizar su exposición de los mismos de ninguna de las maneras, he de señalar tan sólo que sus dos principales motivos para echar la culpa sobre él me dieron la impresión, en primer lugar, de que *sir* Eustace era el tipo de persona que ella ya había decidido tenía que ser el criminal y, en segundo lugar, que había estado viviendo una aventura con la señora Bendix y ciertamente habría parecido que tenía alguna razón para desear quitarla de en medio... si (pero sólo si) la opinión de la señorita Dammers del desarrollo de dicha aventura era la correcta.

—¡Y la máquina de escribir, qué, señor Chitterwick! —Gritó la señora Fielder-Flemming, leal a su sexo.

El señor Chitterwick se sobresaltó.

—Oh, sí; la máquina de escribir. Ya llegaré a ella. Pero antes, querría mencionar otros dos puntos que la señorita Dammers nos hizo creer que eran una importante prueba material contra *sir* Eustace, y no psicológica. Que él soliera comprar bombones de licor de la casa Mason para sus... sus amigas, a mí apenas me parece significativo siquiera. Si todos los que suelen comprar bombones de licor de la casa Mason son sospechosos, entonces Londres debe estar repleto de ellos. Y, seguramente, hasta un asesino tan poco original como parece *sir* Eustace, habría tomado la elemental precaución de elegir algún vehículo para el veneno que no se asocie por lo común con su nombre, en vez de uno que sí. Y si me permiten aventurar la opinión, *sir* Eustace no es tan zoquete como la señorita Dammers parece pensar.

»El segundo punto es que la muchacha de la casa Webster debiera de haber reconocido, e incluso identificado a *sir* Eustace por su fotografía. Esto tampoco me parece, si a la señorita Dammers no le importa que lo diga, tan significativo como nos hizo creer. He averiguado —dijo el señor Chitterwick, no sin orgullo (esto era también una muestra de verdadera indagación) que *sir* Eustace

Pennefather compra su papel para cartas en la casa Webster, y así lo ha hecho durante años. Estuvo allí, hará cosa de un mes, para encargar una nueva provisión. Sería sorprendente, teniendo en cuenta que tiene un título, que la muchacha que le atendió no se hubiera acordado de él; no se puede considerar significativo —dijo el señor Chitterwick, con gran firmeza— que lo recuerde.

»Aparte la máquina de escribir, pues, y quizás los ejemplares de los libros de criminología, los argumentos de la señorita Dammers carecen de verdaderas pruebas que los respalden, puesto que la cuestión de la coartada cuya falsedad probó, me temo, debe considerarse como improcedente. No deseo ser injusto —dijo cauteloso el señor Chitterwick—, pero creo que tengo razón al decir que los argumentos de la señorita Dammers contra *sir* Eustace se apoyan, única y exclusivamente, en la prueba de la máquina de escribir. —Miró con inquietud en derredor, esperando posibles objeciones.

Le llegó una de inmediato.

—Pero usted posiblemente no puede soslayar esto —exclamó con impaciencia la señora Fielder-Flemming.

El señor Chitterwick pareció un poquito afligido.

—¿Es «soslayar» la expresión correcta? No estoy tratando deliberadamente de encontrar defectos en los argumentos de la señorita Dammers sólo por diversión. Tiene que creerlo. Le ruego piense que me mueve el único deseo de demostrar quién fue el auténtico responsable de este crimen. Y sólo con este propósito, puedo sin duda proponer una explicación de la prueba de la máquina de escribir que excluye la culpabilidad de *sir* Eustace.

El señor Chitterwick parecía tan desdichado ante lo que imaginaba era la insinuación de la señora Fielder-Flemming de que simplemente estaba malgastando el tiempo del Círculo, que Roger le habló amablemente.

—¿De veras puede? —dijo tiernamente, como cuando uno anima a su hija a dibujar una vaca que, si no se parece mucho a una vaca, desde luego no se parece a cualquier otro animal de la Tierra

—. Esto es muy interesante, señor Chitterwick. ¿Cómo lo explica, pues?

El señor Chitterwick, respondiendo al tratamiento, resplandeció de orgullo.

—¡Dios mío! ¿Realmente no puede comprenderlo? ¿Nadie lo comprende?

Pareció que nadie lo comprendía.

—Y, sin embargo, la posibilidad de algo semejante ha estado ante mí desde el mismo principio del caso —se jactó el ahora triunfante señor Chitterwick—. ¡Vaya, vaya! —se acomodó las gafas sobre la nariz y dedicó una alegre sonrisa al Círculo, su redonda y roja cara estaba positivamente radiante.

—Bien, ¿cuál es la explicación, señor Chitterwick? —preguntó la señorita Dammers, cuando parecía que el señor Chitterwick seguiría sonriendo en silencio para siempre.

—¡Oh! Oh, sí; claro. Bueno, por decirlo de algún modo, señorita Dammers, usted estaba equivocada y el señor Sheringham tenía razón, en sus respectivas apreciaciones del talento del criminal. Que hubo, en realidad, una mente extremadamente hábil e ingeniosa detrás de este asesinato (las tentativas de la señorita Dammers de demostrar lo contrario fueron, me temo, otro ejemplo de argumentos especiosos). Y que otra de las maneras en la que se manifestó dicho ingenio era disponer las pruebas de tal modo que, si se sospechaba de alguien, sería de *sir* Eustace. Que la prueba de la máquina de escribir, en una palabra, y la de los libros de criminología estaban, según creo es la palabra técnica, «manipuladas». —El señor Chitterwick reanudó su sonrisa.

Todos se irguieron en sus sillas con lo que podría haber sido un espasmo muscular coordinado. En un instante la marea de hostilidad contra el señor Chitterwick había cambiado.

Después de todo, el hombre tenía algo que decir. Verdaderamente había una idea tras aquella inoportuna petición de la noche anterior.

El señor Bradley se puso a la altura de las circunstancias, y se olvidó por completo de hablar con su habitual aire protector.

—¡Caramba! ¡Diantre, Chitterwick! ¿Pero puede justificarlo?

—Oh, sí. Creo que sí —dijo el señor Chitterwick, bronceándose bajo los rayos de aprecio que estaban siendo proyectados sobre él.

—Lo próximo que nos dirá será que sabe quién lo hizo —Roger sonrió.

El señor Chitterwick le devolvió la sonrisa.

—Oh, sí que lo sé.

—¿¡Qué!? —exclamaron cinco voces en coro.

—Claro que lo sé —dijo el señor Chitterwick, con modestia—. Prácticamente me lo dijeron ustedes mismos. Al ser el último, mi labor fue relativamente sencilla, ¿comprenden? Todo lo que tuve que hacer fue separar lo verdadero de lo falso en las exposiciones de cada uno y..., bueno, allí estaba la verdad.

El resto del Círculo manifestó su sorpresa por haberle dicho al señor Chitterwick la verdad cuando ellos mismos la ignoraban.

La cara del señor Chitterwick adquirió un aspecto meditabundo.

—Tal vez ahora pueda confesar que cuando nuestro presidente nos propuso su idea, me invadió la consternación. Carecía por completo de experiencia en la indagación, no sabía por dónde empezar y no me había formado teoría alguna en absoluto sobre el caso. Ni siquiera podía ver un punto de partida. En cuanto a mí, la semana pasó volando y me dejó exactamente en donde estaba en un principio. La noche que *sir* Charles habló, me convenció completamente. La noche siguiente, por poco tiempo, la señora Fielder-Flemming también me convenció.

»El señor Bradley no logró convencerme del todo de que él mismo había cometido el asesinato, pero si hubiera mencionado a alguien más, entonces sí que me habría convencido; con todo, me convenció de que su... su teoría de la amante rechazada —dijo el señor Chitterwick con valentía— tenía que ser la correcta. Ésta, en verdad, fue la única idea que había tenido, que el crimen podía ser

obra de una de..., ¡jejem!..., de las amantes rechazadas de *sir* Eustace.

»Pero a la noche siguiente el señor Sheringham me convenció igual de categóricamente de que el señor Bendijera el asesino. Fue solamente anoche durante la exposición de la señorita Dammers, cuando al fin comencé a comprender la verdad.

—¿Entonces yo fui la única que no le convenció, señor Chitterwick? —dijo sonriente la señorita Dammers.

—Me temo —se disculpó el señor Chitterwick—, que sí.

Reflexionó durante un momento.

—Es realmente singular, del todo singular, lo cerca que todos estuvieron, de un modo u otro, de la verdad de este asunto. Ni una sola persona dejó de presentar al menos un hecho importante, o hacer al menos una deducción importante correctamente. Por fortuna, en cuanto comprendí que las soluciones iban a discrepar en tal medida, tomaba abundantes notas de las precedentes y las mantenía al día cada noche tan pronto como llegaba a casa. Así disponía de una completa relación de las obras de todos estos cerebros, tan superiores al mío.

—No, no —murmuró el señor Bradley.

—Anoche estuve despierto hasta muy tarde, absorto en el estudio de estas notas, separando lo verdadero de lo falso. ¿Tal vez les interesaría a los miembros oír mis conclusiones a este respecto?

—El señor Chitterwick propuso la sugerencia con una suprema falta de confianza en sí mismo.

Todos le aseguraron al señor Chitterwick que les complacería sobremanera oír dónde habían tropezado inadvertidamente con la verdad.

EL SEÑOR CHITTERWICK consultó una página de sus notas. Por un momento pareció un poco inquieto.

—*Sir Charles* —empezó—. Er... *Sir Charles*... —estaba claro que el señor Chitterwick se veía con dificultades para descubrir siquiera algún punto en el que *sir Charles* hubiera acertado, y él era un hombre bondadoso. Se animó—. Oh, sí, cómo no. *Sir Charles* fue el primero en señalar el importante hecho de que había habido una borradura en la hoja de papel utilizada para la carta falsificada. Esto fue... er... de gran ayuda.

»Luego acertó también cuando hizo la sugerencia de que el inminente divorcio de *sir Eustace* fue realmente el origen de toda la tragedia. Aunque me temo —se sintió obligado a añadir el señor Chitterwick—, que la inferencia que extrajo no fue la correcta. Tenía toda la razón al suponer que el criminal, en una conspiración tan ingeniosa, tomaría medidas para prepararse una coartada, y que en el caso había, de hecho, una coartada que tendría que ser burlada. Pero, por otra parte, no fue la de la señora Pennefather.

»La señora Fielder-Flemming —continuó el señor Chitterwick—, estuvo del todo en lo cierto al insistir en que el asesinato era obra de alguien con conocimientos de criminología. Ésta fue una muy inteligente deducción, y me alegra —el señor Chitterwick sonrió—, poder asegurarle que era perfectamente correcta. Ella aportó

también otra importante información, tan decisiva para la verdadera historia subyacente a esta tragedia como sus propios argumentos, a saber, que *sir* Eustace no estaba en absoluto enamorado de la señorita Wildman, sino que esperaba casarse con ella simplemente por su dinero. De no haber sido éste el caso —dijo el señor Chitterwick, sacudiendo la cabeza—, mucho me temo que habría sido la señorita Wildman quien hubiese muerto en lugar de la señora Bendix.

—¡Santo Dios! —musitó *sir* Charles; el hecho de que el gran abogado aceptase estas alarmantes noticias sin ponerlas en duda fue tal vez el mayor tributo que el señor Chitterwick recibiera jamás.

—Esto es concluyente —murmuró el señor Bradley a la señorita Fielder-Flemming—. La amante rechazada.

El señor Chitterwick se volvió hacia él.

—En cuanto a usted, Bradley, es asombroso lo cerca que estuvo de la verdad. ¡Increíble! —el señor Chitterwick manifestó asombro—. Hasta en sus primeros argumentos, en contra de usted, muchas de sus conclusiones fueron perfectamente acertadas. El resultado final de sus deducciones a partir del nitrobenceno, por ejemplo; el hecho de que el criminal debía ser hábil con sus dedos y poseer una mente metódica y creativa; incluso, lo cual me pareció en su momento una pizca traído por los pelos, que un ejemplar de Taylor se encontraría en la librería del criminal.

»Entonces, fuera del hecho de que el n.º 4 ha de modificarse en “debe haber tenido una oportunidad de obtener en secreto una hoja del papel para cartas de la casa Mason”, sus doce condiciones eran totalmente acertadas, con excepción de la 6, que no admite una coartada, la 7 y la 8, sobre la pluma Onix y la tinta Harfield. El señor Sheringham estuvo en lo cierto en esa cuestión, con su punto más sutil de la probable adquisición, de una manera discreta, de la pluma y la tinta por parte del criminal. Lo cual es exactamente lo que ocurrió, desde luego, con respecto a la máquina de escribir.

»En cuanto a su segundo argumento... ¡vaya! —el señor Chitterwick pareció carecer de palabras para expresar su admiración

por el segundo argumento del señor Bradley—. Dio con la verdad en casi todos los pormenores. Comprendió que era el crimen de una mujer, infirió los ultrajados sentimientos femeninos que subyacían en todo el asunto, apostó todos sus argumentos al conocimiento de criminología de la criminal. Fue de veras muy penetrante.

—En realidad —dijo el señor Bradley, disimulando cuidadosamente su satisfacción—, hice todo lo posible excepto descubrir a la asesina.

—Bueno, así es, claro —lamentó el señor Chitterwick, dando en cierto modo la impresión de que, al fin y al cabo, descubrir a la asesina era una cuestión muy secundaria, comparada con los poderes de penetración del señor Bradley.

»Y luego llegamos al señor Sheringham.

—¡No! —suplicó Roger—. Prescinda de él.

—Oh, pero si su reconstrucción fue muy ingeniosa —le aseguró el señor Chitterwick con gran seriedad—. Usted introdujo un nuevo aspecto en todo el asunto, ¿sabe?, por su sugerencia de que, después de todo, se asesinó a la víctima correcta.

—Bueno, parece que me equivoqué en buena compañía —dijo Roger vulgarmente, con un vistazo a la señorita Dammers.

—Pero usted no se equivocó —rectificó el señor Chitterwick.

—¿Ah, no? —Roger manifestó su sorpresa—. ¿Entonces todo apuntaba a la señora Bendix?

El señor Chitterwick pareció desconcertado.

—¿No se lo he dicho ya? Me temo que estoy haciendo esto de una manera muy confusa. Sí, en parte es cierto. Pero la verdadera posición, creo yo, es que apuntaba a la señora Bendix y a *sir* Eustace conjuntamente. Usted se acercó mucho a la verdad, señor Sheringham, excepto que sustituyó a un marido celoso por un rival celoso. Muy cerca, sin duda. Y, por supuesto, acertó de lleno en su opinión de que el método no fue sugerido por la fortuita posesión del papel para cartas o algo así, sino por casos anteriores.

—Me alegra haber acertado de lleno en algo.

—Y la señorita Dammers —el señor Chitterwick inclinó la cabeza —, fue de gran ayuda.

—Aunque nada convincente —complementó esa dama con tono jocoso.

—Aunque me temo que no la encontré del todo convincente —convino el señor Chitterwick, como disculpándose—. Pero realmente fue la teoría que nos ofreció la que por fin me reveló la verdad. Puesto que ella también introdujo un nuevo aspecto en el crimen, con su información relativa al... ¡ejem!... asunto entre la señora Bendix y *sir* Eustace. Y ésta, realmente —dijo el señor Chitterwick, con otra pequeña inclinación a la informadora—, fue la piedra angular de toda la cuestión.

—No veo por qué no podría serlo —dijo la señorita Dammers—. Pero sigo manteniendo que las deducciones que saqué del mismo son las correctas.

—Quizá si sólo puedo exponer las mías —titubeó el señor Chitterwick, por lo visto un tanto defraudado.

La señorita Dammers le dio su permiso con una cierta aspereza.

El señor Chitterwick se tranquilizó.

—Oh, sí; tendría que haber dicho que la señorita Dammers tenía toda la razón en un importante detalle, su suposición de que no era tanto el asunto entre la señora Bendix y *sir* Eustace lo que constituía el fondo del crimen, como el carácter de la señora Bendix. Esto fue, realmente, lo que acarrió su muerte. La señorita Dammers, imagino, acertó plenamente en su rastreo de la intriga, y su imaginativa intuición de las reacciones de la señora Bendix... ¿es ésta la palabra, no? —preguntó el señor Chitterwick, falto de confianza en su autoridad—. Las reacciones de la señora Bendix ante ésta, pero no, considero, en sus deducciones relativas al creciente aburrimiento de *sir* Eustace.

»*Sir* Eustace, me inclino a creer, estaba menos dispuesto a aburrirse que a compartir la angustia de la señora. Puesto que, lo verdaderamente importante, que dio la casualidad que se le escapó a la señorita Dammers, es que *sir* Eustace estaba muy

encaprichado por la señora Bendix. Mucho más de lo que ella lo estaba por él.

»Éste —declaró el señor Chitterwick—, es uno de los factores decisivos de la tragedia.

Todos trataron de asimilar el factor. La actitud del Círculo hacia el señor Chitterwick era ahora de inteligente expectación. Probablemente nadie pensara que había encontrado la solución correcta, y las existencias de la señorita Dammers no habían disminuido de manera perceptible. Pero desde luego parecía que el hombre tenía, de todos modos, algo que ofrecer.

—La señorita Dammers —dijo atrayendo más la atención— también acertó en otro de los puntos que estableció, a saber, que la inspiración de este asesinato, o tal vez debiera decir su método, partió sin duda de aquel libro sobre casos de envenenamiento que mencionara, del cual su único ejemplar (nos dice ella) se encuentra en estos momentos en el domicilio de *sir* Eustace... colocado allí —agregó el señor Chitterwick, con gran asombro—, por la asesina.

»Y otro hecho útil que presentó. Que el señor Bendix había sido tentado (realmente —se disculpó el señor Chitterwick—, no puedo usar otra palabra) hasta el Club Rainbow aquella mañana. Pero no fue la señora Bendix quien le telefoneó la tarde anterior. Ni fue enviado allí con el propósito particular de recibir los bombones de *sir* Eustace. El hecho de que la cita para comer hubiera sido cancelada era del todo extraño al conocimiento de la criminal. El señor Bendix fue enviado allí para ser testigo de *sir* Eustace recibiendo el paquete; eso fue todo.

»La intención era, por supuesto, que el señor Bendix relacionase tanto en su mente a *sir* Eustace con los bombones que si la sospecha llegaba alguna vez a recaer sobre alguna persona, la del señor Bendix se dirigiría al cabo de poco tiempo hacia el mismo *sir* Eustace, ya que el hecho de la aventura de su esposa tendría que llegar a su conocimiento, como creo particularmente que ha ocurrido, provocándole, es natural, el más profundo dolor.

—Por eso tiene ese aspecto tan trasnochado —exclamó Roger.

—Sin duda —convino el señor Chitterwick con gravedad—. Fue una perversa conspiración. Se esperaba que por entonces *sir* Eustace ya estuviera muerto, ¿comprenden?, y fuera incapaz de negar su culpabilidad, y las pruebas que existían habían sido cuidadosamente arregladas para que indicasen asesinato y suicidio por su parte. Que la policía nunca sospechara de él (es decir, según lo que sabemos), demuestra simplemente que las investigaciones no siempre dan el giro que el criminal espera. Y en este caso —comentó el señor Chitterwick con cierta severidad—, creo que la criminal fue, con mucho, demasiado astuta.

—Si éste fue su muy complicado motivo para asegurarse de la presencia del señor Bendix en el Club Rainbow —aceptó la señorita Dammers con cierta ironía—, su astucia fue, ciertamente, demasiado lejos. —Era evidente que no sólo en el aspecto de la psicología no se hallaba la señorita Dammers dispuesta a aceptar las conclusiones del señor Chitterwick.

—Esto es, en efecto, exactamente lo que sucedió —señaló suavemente el señor Chitterwick—. Oh, y a propósito de los bombones, tendría que añadir que la razón por la que fueron enviados al club de *sir* Eustace no sólo fue para que así el señor Bendix pudiera ser testigo de su llegada, sino también, me imaginó, para que así *sir* Eustace se los llevara sin duda a su cita para almorzar. La asesina, por supuesto, estaría lo bastante enterada de sus costumbres para saber que casi con toda seguridad pasaría la mañana en su club y desde allí iría directamente a almorzar; las probabilidades de que llevara consigo la caja de los bombones favoritos de la señora Bendix eran enormes.

»Creo que podemos considerarlo un ejemplo del habitual error en que incurre el criminal de pasar por alto algún punto de suma importancia, el cual, con el tiempo, acaba por descubrirse: qué esta asesina perdiera completamente de vista la posibilidad de que la cita para almorzar pudiera ser cancelada. Ella es una criminal especialmente ingeniosa —dijo el señor Chitterwick con una ligera

admiración— y, sin embargo, ni siquiera ella es inmune a este defecto.

—¿Quién es, señor Chitterwick? —preguntó candorosamente la señora Fielder-Flemming.

El señor Chitterwick le respondió con una sonrisa verdaderamente maliciosa.

—Todos han ocultado el nombre del sospechoso hasta el momento oportuno. Seguramente me permitirán hacer también lo propio.

»Bien, creo que ahora ya he resuelto la mayoría de los puntos inciertos. El papel para cartas de la casa Mason se utilizó, diría yo, porque se habían elegido los bombones como vehículo y la casa Mason era la única empresa de fabricación de chocolate que fuera cliente de la casa Webster. Dio la casualidad de que esto encajaba muy bien, debido a que eran siempre bombones de la casa Mason los que *sir* Eustace compraba para sus... er... amigas.

La señora Fielder-Flemming pareció perpleja.

—¿Porque la casa Mason era la única empresa clienta de la casa Webster? Me temo que no lo entiendo.

—Oh, me estoy explicando muy mal —gritó el señor Chitterwick con gran aflicción, asumiendo toda la culpa por su estupidez—. Tenía que haber alguna empresa en los libros de la casa Webster, ¿comprende?, porque *sir* Eustace se hace imprimir en la casa Webster su papel para cartas, y se le tenía que identificar con haber estado allí recientemente si la hoja de papel robada tuvo alguna vez relación con el libro de muestras. Exactamente, de hecho, como hizo la señorita Dammers.

Roger silbó.

—Oh, ya entiendo. ¿Quiere decir que hemos estado tomando el rábano por las hojas acerca de esta hoja de papel?

—Me temo que sí —se lamentó el señor Chitterwick con seriedad—. Realmente, mucho me temo que sí.

Inconscientemente la opinión estaba empezando a ponerse a favor del señor Chitterwick. Por lo menos estaba siendo igual de

convinciente de lo que había sido la señorita Dammers, y eso sin astutas reconstrucciones psicológicas y referencias a «valores». Sólo la misma señorita Dammers se mantenía aparentemente escéptica; pero esto, después de todo, era lo que cabía esperar.

—¡Bah!, dijo la señorita Dammers con escepticismo.

—¿Y que hay del móvil, señor Chitterwick? —*sir* Charles asintió solemnemente con la cabeza—. ¿Celos, dijo usted? ¿No creo que lo haya revelado todavía, verdad?

—Oh, sí, desde luego —el señor Chitterwick se ruborizó realmente—. Dios mío, pretendía que quedase claro desde un buen principio. Lo estoy haciendo muy mal. No, no fueron celos, me inclino a imaginar. Venganza. O venganza, de todos modos, por lo que respecta a *sir* Eustace, y celos por lo que se refiere a la señora Bendix. Según puedo comprender, esta señora está... Dios mío —dijo el señor Chitterwick, con apuro y turbación—, éste es un terreno muy delicado. Pero tengo que invadirlo. Bien... aunque había conseguido ocultárselo a sus amigas, esta señora había estado muy enamorada de *sir* Eustace y se había convertido... er... se había convertido en su amante. Esto fue hace mucho tiempo.

»*Sir* Eustace estaba también muy enamorado de ella, y aun cuando solía divertirse con otras mujeres, ambos comprendían que eso era completamente lícito en tanto no hubiera algo serio. La señora, diría yo, es muy moderna y liberal. Quedaba sobreentendido, creo, que se casaría con ella tan pronto como pudiera inducir a su esposa (quien ignoraba por completo este asunto) a divorciarse. Pero cuando esto estuvo por fin dispuesto, *sir* Eustace descubrió que, por causa de su extremadamente apurada situación económica, era imprescindible que se casara, en cambio, por dinero.

»La dama sufrió una fuerte decepción, pero sabiendo que a *sir* Eustace no le importaba en absoluto... er... no estaba realmente enamorado de la señorita Wildman y en cuanto a él la boda sería por conveniencia, se conformó con el futuro y, comprendiendo claramente la necesidad de *sir* Eustace, no se ofendió por la

inserción de la señorita Wildman... a quien, realmente —el señor Chitterwick se vio obligado a añadir—, consideraba harto insignificante. Nunca se le ocurrió dudar, ¿comprenden?, de que el antiguo convenio no se cumpliría y ella aún tendría el verdadero amor de *sir* Eustace para contentarse.

»Pero entonces ocurrió algo imprevisto. *Sir* Eustace no sólo dejó de estar enamorado de ella. Se enamoró de modo inconfundible de ella. Además, consiguió hacerla su amante. Esto fue muy reciente, desde que empezó a hacerle la corte a la señorita Wildman. Y creo que la señorita Dammers nos ha ofrecido una buena descripción de los resultados en el caso de la señora Bendix, si no en el de *sir* Eustace.

»Bien, ahora pueden comprender, pues, la posición en cuanto a la otra dama. *Sir* Eustace estaba tramitando su divorcio, ahora la boda con la insignificante señorita Wildman ya no constituía el menor problema, pero la boda con la señora Bendix, víctima de remordimientos de conciencia y viendo en el divorcio de su marido y en el casamiento con *sir* Eustace la única manera de solucionarlos... la boda con la señora Bendix, la verdadera amada, y más deseable todavía que la señorita Wildman en cuanto al aspecto económico, era, según todos los indicios, inevitable. Lamento el uso de citas trilladas como el que más, pero creo de veras que si me permito añadir que ninguna furia del infierno iba a...

—¿Puede demostrar todo esto, señor Chitterwick? —fríamente la señorita Dammers le cortó la trillada cita.

El señor Chitterwick se sobresaltó.

—Creo... creo que sí —dijo, si bien un tanto dubitativo.

—Me inclino a ponerlo en duda —comentó escuetamente la señorita Dammers.

Un poco incómodo bajo la escéptica mirada de la señorita Dammers, el señor Chitterwick explicó:

—Bien, *sir* Eustace, al que recientemente me he esforzado por conocer... —el señor Chitterwick se estremeció un poco, como si el conocimiento no hubiera sido el ideal—. Bien, a partir de unas

cuantas indicaciones que *sir* Eustace inconscientemente me ha facilitado... Es decir, hoy, a la hora del almuerzo, le he estado interrogando tan hábilmente como he podido manifestándole mi creencia de que por fin se había formado la identidad del asesino, y él, sin pretenderlo, dejó caer unas cuantas fruslerías que...

—Lo dudo —repitió la señorita Dammers, terminante.

El señor Chitterwick se quedó bastante perplejo.

Roger corrió a su rescate.

—Bien, aplazando por el momento la cuestión de la comprobación, señor Chitterwick, y asumiendo que su reconstrucción de los hechos es sólo imaginativa, se hallaba usted en el punto en que la boda entre *sir* Eustace y la señora Bendix había llegado a ser inevitable.

—Sí, oh, sí —dijo el señor Chitterwick, dedicando una agradecida sonrisa a su salvador—. Y entonces, claro, esta dama tomó su terrible decisión y elaboró su muy ingenioso plan. Creo que todo esto lo he explicado ya. Su antiguo derecho de acceso al piso de *sir* Eustace le permitió mecanografiar la carta en su máquina de escribir, un día en que él estaba ausente. Ella es una buena imitadora, y le resultó fácil, cuando telefoneó a la señora Bendix, imitar la voz que podría esperarse tuviera la señorita Delorme.

—Señor Chitterwick, ¿conoce alguno de nosotros a esa mujer? —preguntó bruscamente la señorita Fielder-Flemming.

El señor Chitterwick la miró más turbado que nunca.

—Er... sí —titubeó—. Es decir, deben recordar que fue ella también la que introdujo solapadamente los dos libros de la señorita Dammers en el piso de *sir* Eustace, ¿saben?

—Veo que en el futuro habré de tener más cuidado con mis amigas —comentó la señorita Dammers, suavemente sarcástica.

—¿Una ex amante de *sir* Eustace, eh? —murmuró Roger, repasando mentalmente los nombres que podía recordar de su larguísima lista.

—Bueno, sí —aceptó el señor Chitterwick—. Pero nadie tenía la menor idea de ello. Es decir... Dios mío, esto es muy difícil —el

señor Chitterwick se secó la frente con el pañuelo, y semejó sentirse en extremo desgraciado.

—¿Ella había conseguido ocultarlo? —le apremió Roger.

—Er... sí. Ella sin duda había conseguido ocultar el verdadero estado de los asuntos que había entre ellos, realmente con gran inteligencia. No creo que alguien lo sospechase en absoluto.

—¿Al parecer no se conocían entre ellos? —porfió la señora Fielder-Flemming—. ¿Nunca les vieron juntos?

—Oh, una vez sí —dijo el señor Chitterwick—. Con mucha frecuencia. Entonces, comprendí, pensaron que sería mejor que fingiesen haberse peleado... y se vieran sólo en secreto.

—¿No es hora de que nos diga el nombre de esa mujer, Chitterwick? —tronó *sir* Charles desde el otro extremo de la mesa, con aspecto judicial.

El señor Chitterwick eludió con dificultad este bombardeo de preguntas.

—Es muy extraño cómo a los asesinos nunca dejarán de molestarles del todo, ¿verdad? —dijo jadeante—. Ocurre muchas veces. Estoy completamente seguro de que nunca habría tropezado con la verdad de este caso si la asesina se hubiera limitado a dejar las cosas tal cual, con arreglo a su admirable trama. Pero esto de tratar de echar la culpa a otra persona... Realmente, por la inteligencia demostrada en este caso, tendría que haber estado por encima de eso. Por supuesto que su conspiración habría fracasado. Sólo habría salido bien a medias, diría yo. ¿Pero por qué no aceptar este fracaso parcial? ¿Por qué tentar a la providencia? Los problemas eran inevitables... inevitables...

En estos momentos el señor Chitterwick parecía completamente angustiado. Hojeaba sus notas con extremo nerviosismo y se removía en su silla. Las miradas que había lanzado de una cara a otra eran casi suplicantes. Pero qué estaba suplicando no llegó a aclararse.

—Dios mío —dijo el señor Chitterwick, como si estuviera a punto de volverse loco—. Esto es muy difícil. Sería mejor que resolviera el

punto que queda. Es acerca de la coartada.

»En mi opinión, la coartada fue una idea adicional, debida a la suerte. La calle Southampton está cerca del Cecil y el Savoy, ¿verdad? Yo sabía por casualidad que esta dama tenía una amiga, de temperamento un tanto extravagante. Ella está continuamente de viaje, en expediciones de exploración y demás, por lo general completamente sola. Nunca se queda en Londres más de una o dos noches, e imagino que es la clase de mujer que raras veces lee los periódicos. Y si lo hiciera, creo que no divulgaría alguna sospecha que éstos pudieran comunicarle, en particular acerca de una amiga suya.

»He averiguado que inmediatamente antes del crimen, esta mujer, cuyo nombre, dicho sea de paso, es Jane Harding, se alojó durante dos noches en el Hotel Savoy, y abandonó Londres, la mañana en que los bombones fueron entregados, con dirección a África. De allí se dirigiría a América del Sur. De dónde puede estar ahora, no tengo la más remota idea. Ni diría yo, la tiene alguien más. Pero llegó a Londres procedente de París, donde había permanecido una semana.

»La... er... criminal sabría de este próximo viaje a Londres, y de este modo fue rápidamente a París. (Me temo —se disculpó el señor Chitterwick, inquieto—, que aquí hay muchas conjeturas). Sería sencillo pedirle a la otra dama que echase el paquete al buzón en Londres, dado que el franqueo desde Francia es muy caro, y tan sólo se asegurase de que fuera entregado a la mañana de la cita para almorzar de la señora Bendix, diciendo que era un regalo de cumpleaños, o algún otro pretexto, y... y... que debía echarse al correo para que llegase aquel día en particular. —El señor Chitterwick volvió a enjugarse la frente y miró con patetismo a Roger. Roger sólo pudo devolverle la mirada, desconcertado.

—Dios mío —murmuró el señor Chitterwick como un loco—, esto es muy difícil. Bien, me he convencido de que...

Alicia Dammers se había levantado y estaba recogiendo parsimoniosamente sus pertenencias.

—Me temo —dijo—, que tengo una cita. ¿Querrá perdonarme, señor presidente?

—Cómo no —dijo Roger, con cierta sorpresa.

En la puerta, la señorita Dammers se volvió.

—Lamento mucho no poder quedarme para oír el resto de sus argumentos, señor Chitterwick. Pero, realmente, como ya le dije, dudo muchísimo de que sea capaz de demostrarlos.

Salió de la sala.

—Ella tiene toda la razón —susurró el señor Chitterwick, mirándola marcharse, pasmado—. Estoy completamente seguro de que no puedo. Pero no hay la más ligera duda. Me temo que ni la más ligera duda.

Imperó la estupefacción.

—¿Usted no puede referirse a...? —balbuceó la señora Fielder-Flemming con una voz extrañamente chillona.

El señor Bradley fue el primero en dominarse.

—Así que teníamos a una criminóloga práctica entre nosotros, después de todo —dijo lentamente, de un modo que nada tenía que ver con Oxford—. ¡Qué interesante!

El silencio se apoderó otra vez del Círculo.

—Y ahora —preguntó el presidente indeciso—, ¿qué demonios haremos?

Nadie le informó.

INVESTIGADOR	MÓVIL	PUNTO DE VISTA	ASPECTO NOTABLE	MÉTODO DE INVESTIGACIÓN	CASO SIMILAR	CRIMINAL
Sir Charles Wildman	Beneficio	<i>Cui bono</i>	Papel para cartas	Inductivo	Marie Lafarge	Señora Pennefather
a. Fielder-lemming	Eliminación	<i>Cherchez la femme</i>	Triángulo oculto	Intuitivo e inductivo	Molineux	Sir Charles Wildman
Bradley (1)	Experimento	Escritor de novelas policíacas	Nitrobenceno	Deducción científica	Dr. Wilson	Bradley
Bradley (2)	Celos	Carácter de Sir Eustace	Conocimiento de criminología del asesino	Deductivo	Christina Edmunds	Mujer sin nombre
Wetheringham	Beneficio	Carácter del señor Bendix	Apuesta	Deductivo e inductivo	Carlyle Harris	Bendix
a. Dammers	Eliminación	Psicología de los participantes	Carácter del criminal	Deducción psicológica	Tawell	Sir Eustace Pennefather
Policía	Convicción o deseo de matar	General	Indicios materiales	Rutina	Horwood	Fanático o demente desconocido

INV	Sr	Sr	B	B	St	Srta	
-----	----	----	---	---	----	------	--

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff

18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse

- 48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
- 49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
- 50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



ANTHONY BERKELEY COX (5 de julio de 1893 - 9 de marzo de 1971), escritor británico del género policial que a lo largo de su vida escribió bajo varios nombres: Francis Iles, Anthony Berkeley, y A. Monmouth Platts.

Nació en Watford, Inglaterra, y estudió en el Sherborne School; University College de Londres. Ejerció la abogacía y se dedicó a la política, la diplomacia y el periodismo. Sus primeros trabajos en esta actividad, el periodismo, fueron escritos humorísticos para la revista *Punch*, en la que colaboró asiduamente.

Durante la Primera Guerra Mundial prestó servicios en el ejército y posteriormente ejerció como periodista en el *Daily Telegraph*, en la década de los años 30, después de la Segunda Guerra Mundial trabajó para el *Sunday Times* y para *The Guardian* de mediados de los años 50 hasta 1970.

En 1925 publicó, anónimamente, su primera novela de misterio y, en 1928, fundó el «Detection Club», en Londres del que fue primer secretario honorario. Firmó gran parte de sus obras con el seudónimo de Francis Iles y escribió también obras de humor. También realizó numerosos guiones cinematográficos.